

Las páginas de esta autobiografía ofrecen una apretada, amena y por momentos dramática sucesión de hechos ligados a la vida personal de Raúl Tarud, pero ilustrativos de amplios y significativos aspectos del Chile del siglo veinte. Las duras condiciones de vida de los inmigrantes árabes, su lucha por sobrevivir y afrontar la discriminación y los prejuicios; la sociedad talquina de las primeras décadas de la centuria pasada; el despertar de una vocación, el nacimiento de la radio Portales y la espectacular trayectoria que la convirtió en un fenómeno mediático sorprendente.

HISTORIA DE UNA VIDA narra también las amistades y desavenencias con la gente del espectáculo, con empresarios y con políticos, y las vicisitudes vividas por el memorialista durante las administraciones de Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva y Augusto Pinochet. Un capítulo crucial es el de sus encuentros y desencuentros con el gobierno de la Unidad Popular, y con Salvador Allende, con quien mantuvo una cercana relación personal.

Este libro conlleva, en fin, la reafirmación enfática de una identidad: la de quien se reconoce en sus orígenes palestinos y clama por los derechos del pueblo de sus ancestros a constituirse en nación libre y soberana.



I.S.B.N.: 956 247298-1

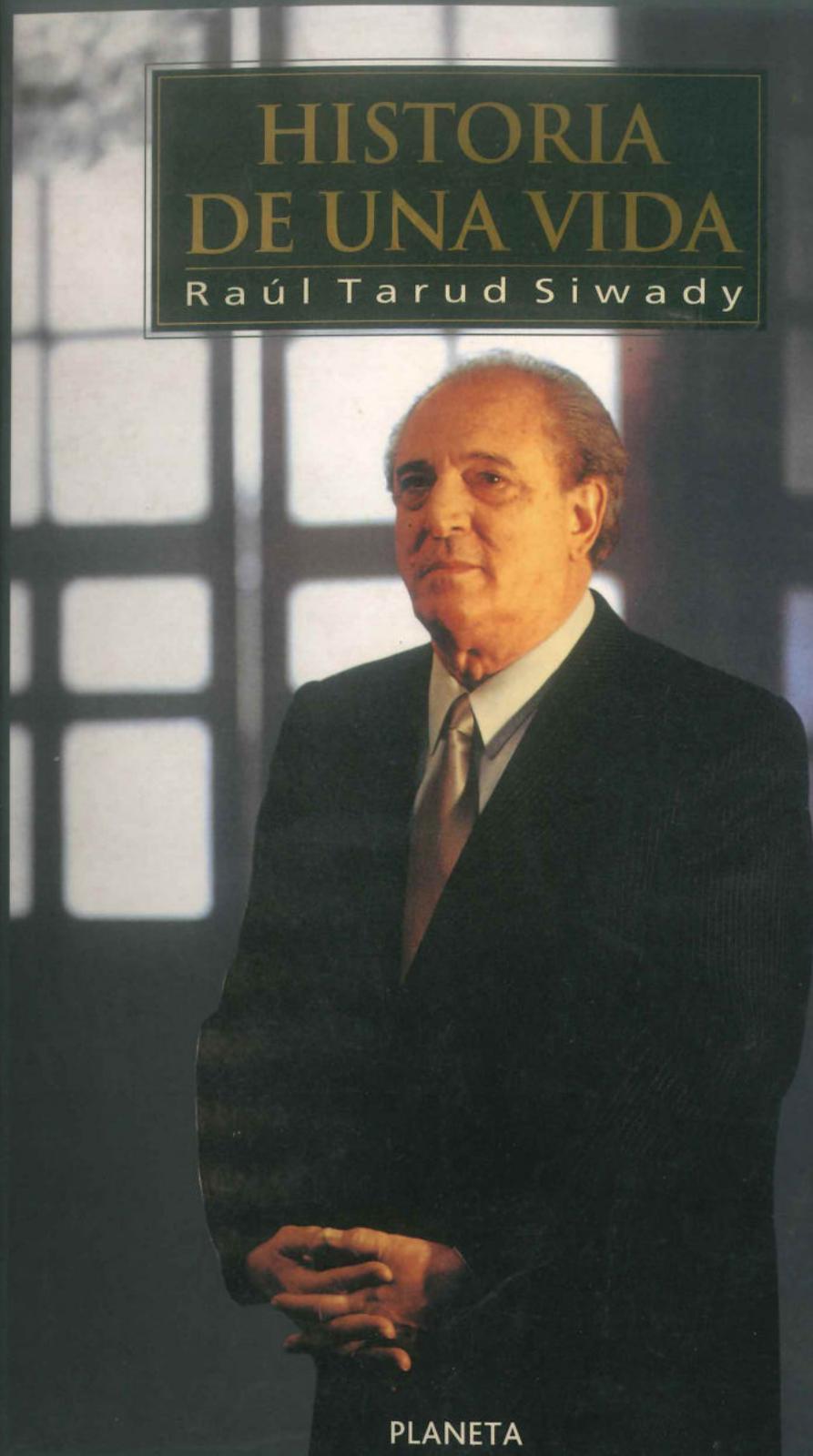


HISTORIA DE UNA VIDA

Raúl Tarud Siwady

# HISTORIA DE UNA VIDA

Raúl Tarud Siwady



PLANETA

RAÚL TARUD SIWADY (Talca, 1931) es hijo de inmigrantes palestinos. Hizo sus estudios secundarios en el liceo de su ciudad natal, y desde joven manifestó interés por las comunicaciones sociales.

Su mayor logro fue la creación de las radios Portales de Talca, Valparaíso y Santiago. Fue el Gerente General de esta última, y durante su gestión la radioemisora se convirtió en un potente medio de comunicación de masas, acuñando el slogan de "la primera de Chile". Fue palanca fundamental en el lanzamiento y difusión del movimiento musical conocido como Nueva Ola, y desarrolló un estilo de trabajo en la información periodística que marcó a la radiodifusión chilena.

Fue fundador también de otros medios radiales: Ca-

F  
e  
l  
s  
o  
r  
r  
o  
t  
s  
o  
o  
e  
n  
t  
e  
y  
o  
t  
e  
s  
e

Historia de una vida

RAÚL TARUD SIWADY

*Historia de una vida*

PLANETA

Colección  
BIOGRAFÍA Y MEMORIAS

© Raúl Tarud Siwady  
Inscripción N° 125.256 (2002)  
Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo  
© Editorial Planeta Chilena S.A.  
Santa Lucía 360, 7° piso, Santiago (Chile)  
© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-298-1

Diseño de portada: José Bórquez  
Foto de Alvaro de la Fuente  
Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: octubre de 2002

Impreso en Chile por  
Andros Ltda.

*A mis padres, con profundo amor  
Giries Tarud El Masri  
y Rahme Suadi Dawid*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Mis agradecimientos  
al periodista Rubén Moore Jeraldo  
por sus investigaciones  
en beneficio del rigor histórico.*

## INDICE

Testimonio	11
PRIMERA PARTE	13
De Belén a los Andes	13
En el Edén de Talca	19
La cruzada del primer Tarud	37
Inmigrantes de primera y tercera clase	41
Tierra indómita	49
SEGUNDA PARTE	55
Desde el comienzo fue la radio...	55
El cuento del nacionalismo	61
Adiós a las tradiciones	68
Modesto imperio	71
Del liceo a la radio	76
Edad del corazón	83
TERCERA PARTE	87
Nacimiento de radio Portales	87
Portales se traslada a Santiago	92
¡Por fin en el aire!	102
Viejos rencores	108
Nuevo estilo radial	114
El fantasma de la televisión	117
La lucha por la mayor sintonía	123
Roberto Inglez, Lucho Gatica y Bill Haley	132
La "Nueva Ola"	139
Radio Candelaria	141
Los últimos bohemios	143
Reprimenda de Monseñor Silva Henríquez	146
Viña rinde buenos frutos	149

CUARTA PARTE	157
Allende y Neruda	157
A Cuba los boletos	160
Encuentros con presidentes y políticos	172
La Reina Isabel y otros mandatarios	176
Cuando la Portales fue clausurada	180
Camino a La Moneda	187
Victoria de la up, amenazas de la derecha	191
Allende ingresa al negocio radial	196
La lealtad de La Payita	208
QUINTA PARTE	211
Hacia el exilio	211
Recuerdos, según Ernesto Merino	213
Amador Yarur, nuestro ángel tutelar	217
La noche que estalló la bomba	222
El infortunio que abatió a mi padre	225
Un enredo de Kukulina Show	229
Pinochet y los curas "rojos"	231
Bolocco y Menem	236
De la cesantía a la televisión	243
Llegó el futuro: radiotelefonía digital	248
EPÍLOGO	251
La herida que no cierra	251
INDICE ONOMÁSTICO	255

## TESTIMONIO

¿Todo tiempo pasado fue mejor? En 1931, año de mi nacimiento, Alemania emprendió la más terrible acción bélica de toda la historia. España se dirigía hacia una guerra fratricida cuyos efectos perjudicaron a varias generaciones. La economía chilena se desangraba en estériles proyectos al tratar de reflotar una industria salitrera en ruinas. Golpes de estado asolaban a numerosas naciones sudamericanas. A falta de antibióticos, tuberculosos y sifilíticos morían en pleno desamparo. Millones de personas vivían hacinadas y sin futuro a causa del desempleo, el analfabetismo y el hambre. Sólo unos pocos soñadores confiaron en las infinitas posibilidades de la tecnología.

Vivimos hoy los mejores años de la civilización. Nada guarda relación con la lentitud del pasado. Las novedades *perecen* en pocos meses, reemplazadas por prototipos más completos y baratos. La televisión digitalizada genera producciones artísticas y reportajes instantáneos. Vemos las guerras *en vivo y en directo* por la CNN. Impera el comercio expedito. Hay libros, discos y también pornografía en Internet. Desenfadadas costumbres sociales imponen el deseo de satisfacerse sin tardanza.

En el 2002 los días se disparan a gran velocidad; el calendario vuela y falta tiempo para observar hacia el interior de nosotros mismos. Las miradas compulsivas dirigidas hacia las exterioridades vulgares nos alejan cada vez más de las tradiciones. Carecemos de aquella sensación de pertenencia íntima que nos ligaba a nuestros padres y al terruño. El esfuerzo intelectual de cada noche se orienta a *devorar* teleseries. Para tranquilizar la conciencia imploramos que nada nos incomode, que nada nos sobresalte.

Debemos admitir que nuestra comunidad es indiferente ante la cultura de los inmigrantes palestinos, de los árabes, en general.

Sólo deseo contar unas cuantas historias que nuestros hijos y nietos desconocen. Nada de lo que hoy disfrutan cayó del cielo.

Este libro está dedicado con emoción a ellos y sus descendientes.

A mis 71 años de edad doy gracias a Dios por tener salud, por haber compartido con hombres importantes y personas humildes.

Desde muy joven viví al servicio de la radio, el medio de difusión más influyente en los años 60 y 70. Conocí a ilustres extranjeros, hice contribuciones al mundo del espectáculo, estuve en fragorosas campañas políticas. Fui autodidacta y creador de empresas de comunicaciones que marcaron hitos en Chile.

Valoro el cariño de mi esposa, hijos y nieto, la afectuosa comprensión de mis siete hermanos y el amor que nos entregaron nuestros padres. Ellos nos instruyeron con valores como la honestidad y la perseverancia. Inolvidable es su legado: no hay que ser soberbio y prepotente; ante el odio uno debe responder con tolerancia.

Disfruto los últimos años de mi vida con paz interior. No tengo rencores y agradezco los dones recibidos.

Si la lectura de estas páginas anima al lector a perseverar en el conocimiento de parte de la historia de la inmigración árabe en Chile, a valorar los esfuerzos realizados por los palestinos, quedaré conforme por la dedicación empeñada. También me sentiré complacido si esta obra contribuye a un mejor conocimiento acerca de las empresas que formé durante cuarenta años de labor al servicio de la radiotelefonía nacional.

EL AUTOR

Santiago, junio de 2002.

## Primera parte

---

### *De Belén a los Andes*

Durante siglos Palestina fue el patio trasero de monarcas ambiciosos y crueles. Los otomanos ejercieron un poder tan sanguinario que todavía la memoria reclama por los millones de hermanos inmolados durante una de las primeras campañas de persecución racial del siglo XX.

En enero de 1907 corrió la voz de que la desgracia se instalaría muy pronto en Belén con la llegada del batallón turco que reclutaba por la fuerza a jóvenes en estado de cargar armas. Los oficiales de Ankara exigían a los soldados aplicar el principio del territorio arrasado contra quienes se negasen a pagar impuestos o reclamaran el derecho a la justicia y la independencia.

Tan pronto llegó la temida soldadesca, los familiares unieron en matrimonio a quienes serían nuestros padres y los enviaron lejos del dominio otomano.

Mi padre era muy propenso a hablar de su pasado. Cuando estaba de buen ánimo evocaba la patria a la que nunca quiso volver. Jamás le escuché vanagloriarse de su proeza. Sostenía que los hombres deben dar un paso importante, por lo menos uno en la vida y a cualquier precio.

A fines de febrero de 1906, Giries Tarud El Masri, nacido en Belén el 21 de agosto de 1889, dejó atrás la tierra patria a los 17 años, acompañado por su esposa, Rahme Suadi Dawid, de 13. "Si apenas son unos pajarillos", decía mi abuela, acongojada por la terrible posibilidad de que perecieran en el vasto océano.

Habían contraído matrimonio en Belén, antes de abordar el mercante que los llevó al puerto de Marsella. En territorio francés cambiaron las túnicas por ropas occidentales; él pasó a llamarse Jorge, y mi madre transformó su apellido Suadi en Siwady.

Unas pocas libras esterlinas, un bulto con ropas y la esperanza de llegar sanos y salvos, tal era el bagaje de los novatos instalados en la penumbrosa tercera clase del barco que los transportaba a Buenos Aires.

La vetusta motonave carecía de condiciones mínimas de higiene. El único alimento no contaminado era el pan duro. De verduras y carnes servidas en platillos grasientos se desprendían olores repulsivos. Tras de un cobertizo los pasajeros aliviaban el vientre sobre unos barriles recordados y llenos hasta la mitad de agua putrefacta.

El escritor Benedicto Chuaqui hizo el mismo recorrido y lo evoca en su libro "Memorias de un inmigrante":

"Todos nuestros padecimientos en la nave eran soportables comparados con los que nos tocaba sufrir por las noches en aquel sótano húmedo, de atmósfera pesada, donde piojos y cucarachas viscosas nos invadían por todas partes".

Durante el mes que duró la penosa travesía los barquinazos dejaron a mal traer a la joven Rahme. Giries estaba obligado a sobreponerse al propio terror y darle aliento a su mujer.

Tenían la certeza de que navegaban hacia una tierra promisoría, pero al cabo de una semana de cielos despejados y cálidos la inmensidad del Atlántico les produjo la impresión de que el barco jamás llegaría a destino. Por fin, después de 32 días de navegación avistaron una bahía abierta muy próxima a un río majestuoso.

Al desembarcar se dieron cuenta que habían perdido su dinero. Nunca supo mi padre si la billetera le fue robada en cubierta o cayó al mar cuando bajaban del barco.

Buenos Aires era una plaza portuaria importante; entre 1821 y 1824 recalaban 329 buques mercantes, y en 1908 se había sextuplicado el movimiento de naves.

Por los portales descendían damas ricamente ataviadas, estancieros y comerciantes, jovencitas de ademanes exquisitos y muchachos de levitas blancas fumando con aires de donjuanes. A los gritos de los vendedores de frutas se unía el coro vocinglero de changadores italianos, gallegos, vascos y negros disputándose los equipajes para transpor-

tarlos a los coches de tiro mientras cerca del muelle circulaban los tranvías con paso trepidante.

Mi padre recordaría a menudo que al pisar suelo argentino sintió una gran angustia por la pérdida del dinero. No podían volver a Palestina, y en caso de haber tenido recursos para cancelar los pasajes, el retorno a casa habría sido un acto de claudicación que no admitía excusas. De pronto recordaron que a bordo viajaba un emigrante palestino llamado Carlos Dacarett, con el que habían cruzado algunas palabras. Enseguida se dieron a la tarea de buscarlo entre el gentío y las montañas de maletas arrumbadas cerca de la reja del ferrocarril y las casetas de vigilancia.

Lustrabotas, vendedores de cigarros, de periódicos y de fósforos le conferían al puerto un ambiente de feria. La gente se arracimaba en torno de dos quioscos de venta de refrescos ubicados en el centro de la explanada. La joven pareja subió al segundo piso de un restaurante con la esperanza de divisar a Dacarett pero enseguida los obligaron a retirarse si no deseaban comer. Cuando descendían por la escalera divisaron al paisano aguardando en la fila del control aduanero. Dacarett había abandonado el barco más tarde que ellos y se alegró al verlos:

—¡Chicos!... ¿Todavía por aquí? ¿Qué hacen?

—Nada...

—¿Cómo, que no van a viajar Chile?

—...

—¡Vayan al frente, no se muevan de allí!...

Confundidos entre el gentío esperaron el retorno de la única persona que podría ayudarlos. Dacarett había ingresado a una oficina para someterse a la inspección de sus papeles de identificación. Entonces era común el uso de documentos falsificados en Europa. Numerosos inmigrantes desembarcaban sin pasaportes o salvoconductos por provenir de países asiáticos o árabes donde la autoridad civil no se tomaba la molestia de consignar nacimientos y defunciones.

Los forasteros procedentes del Medio Oriente eran mal vistos: la mayoría no traía dinero y carecía de oficio.

En la primera década del siglo XX el ingreso de extranjeros se triplicó en Argentina. La inmigración fue un proceso selectivo: a los árabes se les permitía radicarse solamente si demostraban poseer medios suficientes para vivir con holgura.

Debido a la larga espera, los chicos comenzaron a temer que el amigo se hubiese ido para siempre. Por fortuna, Dacarett retornó des-

pués de justificar la posesión de determinada cantidad de dinero. Apenas divisó a sus jóvenes amigos, les preguntó:

—¿Todavía por aquí? ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Guardaron silencio.

—¿Tienen familiares en Buenos Aires?

—A nadie, señor.

—¿Y en Chile?

—En Rancagua vive un hermano de mi padre.

—¿Tienes la dirección?

Mi padre desanudó el bulto que contenía sus pertenencias y extrajo un papel que el paisano descifró con dificultades:

—Es una dirección... Rancagua... ¿Dónde quedará Rancagua?

Salieron del muelle y se sentaron en un escaño del Paseo de Julio, frente a la estatua de Giuseppe Mazzini, el revolucionario genovés que había luchado por unificar a Italia. El progreso de Buenos Aires se manifestaba en la ancha y vistosa alameda del Paseo de Julio; en los edificios fastuosos del área céntrica, en los hoteles y restaurantes.

—¿Qué hacemos ahora —preguntó Dacarett al ver los rostros sombríos de sus amigos.

Mientras fumaba un cigarro, el paisano hizo un balance pesimista del mal momento que enfrentaban los tres. Empezaba a sentir compasión por los chicos al verlos cansados y hambrientos. No podía dejarlos en la calle, y si no los ayudaba, probablemente jamás reanudarían el viaje al vecino país. En caso de abandonarlos a su destino, si alguna vez él retornaba a Palestina, en las calles sería señalado con desprecio como el sujeto que mancilló su honor por esquivar a dos compatriotas árabes que esperaban un gesto solidario para salir del atolladero. Entonces, les propuso buscar una oficina telegráfica para informar al pariente que estaba en Chile de la llegada de sus familiares.

Caminando por Corrientes, cerca de la Bolsa, los inmigrantes palestinos se asombraron al divisar a dos turcos, con sus feces y babuchas pestilentes, mientras llevaban a cuestas baratijas que ofrecían a voz en cuello. En la avenida pululaban charlatanes vendedores de mixturas para sanar de los granos purulentos, curar los males del corazón, el hígado o los riñones.

En la Plaza de Mayo, un cochero esperaba clientela. Hacia él se dirigió Dacarett, para solicitarle la dirección del telégrafo más próximo, desde donde mi padre envió el mensaje de auxilio. El paisano estaba decidido a acompañarlos hasta que recibieran una respuesta. Durante

dos días comieron y alojaron gracias a su generosidad. Mañana y tarde iban a la oficina postal hasta que recibieron el escueto comunicado del hermano que vivía en Rancagua:

*"No tengo dinero. Viajen como puedan".*

Dacarett seguía siendo el salvador predestinado: les dio dinero para que viajaran desde Buenos Aires en el Ferrocarril del Oeste, que conectaba la capital transandina con San Rafael, Mendoza y San Juan.

Después de despedirse de Dacarett, mis padres tomaron conciencia de que estaban a punto de dar un salto al vacío. Desde ahora en adelante dependían de sí mismos, pues difícilmente podrían encontrar otro ángel guardián.

Transcurrieron muchos años antes de que Carlos Dacarett reapareciera de manera asombrosa en la vida de mis padres: una hija suya, Helena Dacarett Mobarek, contrajo matrimonio con mi hermano Rafael. Don Carlos siempre fue un buscador innato de nuevos derroteros. Vivió en Buenos Aires, París y la caribeña Isla Martinica, donde murió rodeado del afecto de los suyos.

Por fin mis padres iban en camino hacia Chile. Durante dos días y medio el convoy recorrió cientos de kilómetros de territorio matizado por un verdor desconocido en Palestina. Escasos riscos sobresalían entre pastizales ralos a medida que se aproximaban a la metrópoli de Cuyo.

El territorio libre de montículos se extendía hasta el horizonte. Al ver tanta desolación se sentían perturbados. Mi madre no cesaba de llorar: habían padecido tanto en tan poco tiempo... Ella añoraba la casa de Belén, el afecto de sus padres y hermanos, la tranquilidad pastoril sólo a veces interrumpida por fieles que iban en peregrinación a la Gruta de la Natividad y compraban artesanías. A pesar del trato vejatorio de los turcos, la patria distante les parecía que era un paraíso comparada con la pampa inhóspita.

Tan pronto llegaron a Mendoza decidieron reanudar el viaje de inmediato. Había dos posibilidades: cruzar la cordillera a pie, tarea imposible de llevar a cabo, o hacer el recorrido a lomo de mula, con las caravanas que iban hacia Chile hasta poco antes de la entrada del otoño. Valiéndose de señas, mi padre cerró trato con un arriero y partieron a la mañana siguiente.

Durante la extenuante marcha hacia la frontera los troperos seguían el curso zigzagueante de las obras en construcción del Ferrocarril Transandino; vía de un metro de ancho, montada sobre pendientes en constante ascenso y que cruzaba diez veces el río Mendoza hasta alcan-

zar la cima. A partir del balneario termal de Cacheuta el panorama era desolador. En el fondo del valle afloraban enormes rocas. Por el sector chileno discurría un túnel enmaderado. Desde el valle de Uspallata se llegaba al camino del Inca, a 2.700 metros sobre el nivel del mar. El viento conocido como *el Zonda* los azotó sin piedad.

Después de permanecer dos días con sus noches en las altas cumbres arribaron a ciudad de Los Andes, donde los esperaba Elías Tarud, hermano de mi padre. La bienvenida era la única gentileza que podía dispensarles porque carecía de dinero para hacerse cargo del joven matrimonio.

No hay otro proyecto público en Sudamérica que haya consumido tanto tiempo, capitales y esfuerzos como el Ferrocarril Transandino cuya construcción se inició en el sector chileno en 1879 mediante capitales aportados por los hermanos Juan y Mateo Clark, oriundos de Valparaíso.

El Ferrocarril Transandino fue inaugurado el 1 de abril de 1910, con 278 kilómetros de línea entre Mendoza y Los Andes. En 1918 corrían entre ambos países hasta cinco convoyes diarios, con pasajeros y mercancías.

Desde los tiempos de la Colonia, el cruce de la cordillera a pie o en caballo ha sido considerado una proeza. El capitán Pedro del Castillo fundó Mendoza el 2 de marzo de 1561 en homenaje al gobernador de Chile, don García Hurtado de Mendoza. Del Castillo no se atrevió a cruzar la mole andina después de escuchar la advertencia de unos indios que sólo semanas antes habían padecido hambre y frío extremos al perderse en remotos valles cordilleranos.

El 12 de abril de 1583, otro español de rango, Luis de Sotomayor, llegó a las provincias de Cuyo, entonces bajo dominio chileno:

“Por estar la cordillera cerrada con mucha nieve, no pude pasar a Chile, y así hice alto en la ciudad de Mendoza hasta septiembre”.

En su libro *Hijo de ladrón*, el escritor chileno Manuel Rojas relata los embates de la naturaleza en el límite chileno-argentino, donde él vivió y trabajó:

“Si miras hacia atrás verás que la nieve parece como que quisiera aproximarse a nosotros. No puede hacerlo: está pegada al suelo; pero su color está suelto e irradia luz, y con esa luz se acerca y

quiere cercarnos y envolvernos. No se resigna a dejarnos ir. No sé si alguna vez te has encontrado en alguna parte en que la nieve te rodea por cuadras y cuadras y en donde tú o tú y tus compañeros, si es que alguien iba contigo, es lo único sombrío, lo único oscuro que hay en medio de la blancura. Cuando uno se encuentra así y puede mirar y ver el espacio y la nieve que lo rodea, se da cuenta de que el blanco es un color duro y agresivo. ¡Qué descanso ver a lo lejos, en algún picacho, un color diferente, un negro, por ejemplo o un rojizo o un azul!...”

### *En el Edén de Talca*

A comienzos del 1900, los talquinos acaudalados disfrutaban de una vida regalada. Industriales, comerciantes y terratenientes cerraban filas para defender sus privilegios y marginar al forastero sin *apellidos*. Los hijos de los ricos caminaban por *su* calle; y, una cuadra más allá, los de medio pelo. Rotos y tirillentos vivían confinados en los suburbios. La elite se gloriaba de pertenecer a la categoría superior de quienes se bañan a diario y almuerzan con gestos delicados.

Si hubo una sociedad de pretensiones aristocráticas, ésa fue la de Talca. Sus calles, paseos públicos y edificios presentaban un estilo más bien campestre, anclado en las postrimerías de la Colonia. A galope ligero cruzabas rápidamente la ciudad de uno a otro extremo. Las avenidas céntricas recibían el verdor de frondosos y centenarios árboles. En las mansiones opulentas la gente vivió con una rusticidad enemistada con el buen gusto que otorga el dinero abundante. Sólo dos o tres residencias alcanzaron en la época del Centenario cierto vuelo arquitectónico. La mayoría de las construcciones calcaban los frontis del 1800: compactos muros de adobes, puertas toscas, techos entejados. Y en los interiores, patios y huertos de inconfundible aire bucólico.

Talca ostentaba la categoría de plaza manufacturera y mercantil importante sino la más destacada del país por lo menos equiparable a las de Valparaíso y Concepción. Los siguientes bancos tenían sucursales en Talca: Chile, Nacional, República, Industrial, Minero, Italiano, Español, Serena, Santiago, Concepción, Ñuble, Mobiliario, Popular, Talca,

A. Edwards, Unión Comercial, Melipilla y Punta Arenas. Seis fábricas de fósforos, cuatro de calzado, tres de cerveza, ocho fundiciones, diez molinos de cilindro y un medio centenar de viñas y haciendas florecientes proporcionaban riquezas a esta zona.

En ese período de bonanza los bienes eran transados con entera libertad, según la nota publicada en el diario de *La Mañana*, el 10 de junio de 1909:

“Este sábado habrá un remate de acciones en el almacén de los señores Destreman, Silva y Compañía, en calle 1 Sur esquina de 3 Oriente: 20 del Banco de Talca, 200 de la CCU de Concepción y Talca, 50 de la Compañía de Gas de Talca, 40 del Club Hípico y 4 bonos del Banco Garantizador de Valores del 8%.”

Si las sucesivas generaciones hubiesen perseverado, Talca habría tenido una bolsa de valores.

En las estanterías elegantes abundaban conservas francesas: Loyannes Sprat a L’huile, Sardines des Gastronomes, Juvé de Foie Grass Truffée, Paté de Veau y Paté de Jambon, Langue de Boeuf, filetes de Maquereaux, Truffles Brassées. Estos productos eran distribuidos por Andrés Vaccaro y Compañía.

La influencia europea marcó aquella época. En la Librería Nacional, por \$4,50 se podían adquirir obras de John Grand Carteret, Restif de la Bretonne, Octave Pradels y Camille Lemonnier. De origen galo eran ciudadanos importantes: Félix Saint Jauveur, propietario del negocio “La Belle Jardinière”; Emile Serieux, dueño de “Modes Parisiennes”; Albert Bellet, alto funcionario de la Compañía de Electricidad; Miguel Palet, fundador de la confitería que llevó su nombre; Ambrose Goltier y Camilo Henriette, industriales.

Entre personas educadas constituía una exigencia social vestir ternos de casimir kaki y brin, paltoes y vestones de alpaca y tursor de seda, chalecos de piqué, elegantes sobretodos de viaje. Para los niños, trajes de casimir. Y para las damas, sombreros de paja y de género, gorras de seda y de piqué, Vichies de hilo aplicados a los delantales, damascos de lino para manteles, creas de hilo y algodón, piqué blanco y linóleos. En perfumería se distinguían las notas francesas de Honbigant, Deletrez, Piver, Roger y Gallet. Los refinados sólo compraban en “La Villa de Madrid”, negocio de don Santos Martínez.

Por tratarse de una economía cerrada a la competencia, nadie co-

rría riesgos experimentando con nuevas modalidades en las ventas. El comerciante Luis Albert pagó un elevado precio por su osadía de introducir un original sistema. En su negocio de calle Comercio, en marzo de 1907 abrió una suscripción popular que él denominó “Club de Calzado Fino para Señoras y Caballeros”. Los inscritos aportaban siete cuotas mensuales de \$1. Cada fin de semana, Albert sorteaba varios pares de calzado. El plan marchó sin dificultades hasta el “Quinto Club” de 80 socios: quienes se habían beneficiado con zapatos antes de completar sus pagos optaron por marginarse voluntariamente. Don Luis fue llevado a la justicia, gastó su escaso capital en defenderse y no supo de clemencias: el comercio establecido se regocijó con el traspie del frustrado competidor.

Si Valparaíso y Santiago eran consideradas metrópolis *pastiches* por sus edificaciones y el toque afrancesado de la clase pudiente, en la ciudad del estero piducano las familias adineradas soñaban con parecerse a la aristocracia capitalina, que a su vez tenía la pretensión de ser idéntica a la de París.

El domingo 27 de septiembre de 1908, la sociedad talquina se dio cita en una velada suntuosa según el reporte de un encandilado redactor del diario *La Mañana*:

“Se llevó a efecto en casa del Sr. Manuel Moreno y de la Señora Concha García de Moreno, la tertulia que estas distinguidas personalidades de nuestro mundo social ofrecían a sus numerosas relaciones.

“Más o menos a las 10 P.M., una escogida orquesta tocó las primeras cuadrillas. El aspecto que presentaban los salones, con sus artísticos arreglos y con las numerosas parejas que en ellos bailaban, era tanto más hermoso cuanto que el entusiasmo de cada uno de los asistentes no decayó un solo momento.

“A las 2 de la mañana se sirvió un espléndido buffet que duró hasta las 4. “Las niñas lucían ricos y elegantes trajes de baile y los jóvenes vestían de rigurosa etiqueta, todo lo cual contribuía al mayor brillo y al mejor aspecto que presentaban los salones.

En casa de una familia amiga de Talca existe una espléndida colección de antiguas fotografías de aquella época. A comienzos del siglo XX

era famoso el fotógrafo Leandro Rodríguez, propietario del salón ubicado en calle Comercio N° 632, donde procesaba retratos al bromuro y en platino, retocaba a la tinta china y preparaba artísticas iluminaciones a la acuarela.

Quien se considerara pudiente estaba obligado a vivir con refinamiento.

Las comidas o banquetes constituían la oportunidad para demostrar cuán elegante se podía ser. Una enormidad de platos finos y costosos contemplaba el menú de las grandes recepciones. La siguiente cena fue degustada por los integrantes del equipo de polo de Talca, en el Grand Hotel de Santiago, la noche del 21 de junio de 1909, después del partido con la selección capitalina, a la que derrotaron 5-3:

*Ostras frescas*  
*Perdices escabechadas*  
*Aceitunas a la chilena*  
*Sopa de tortuga*  
*Mayonesa de corvina*  
*Canapé de paltas*  
*Pollitos con callampas*  
*Jaibas rellenas*  
*Pavo trufado*  
*Ensalada surtida*  
*Café moca*  
*Vino: Tocornal reservado tinto*  
*Macul y Santa Rita reservado blanco*  
*Licores importados*  
*Cigarros habanos*

No todo lo que relucía era oro. Un informe periodístico revelaba la existencia de un submundo peligrosamente cercano:

“Los establos, caballerizas y conventillos, sucios los primeros, antihigiénicos e inhumanos muchos de los últimos. Las numerosas habitaciones y patios de pisos bajos, húmedos y fríos; de techos avejentados y carcomidos, sin desagües y excusados; sin sol: pozos de barro y podredumbres, en donde se ostenta el positivismo extremo de sus propietarios, aunque no tanto como su falta de cultura y hasta de caridad. Las calles apartadas y sus pantanos, que a

veces bastaría unos cuantos pesos para desecarlos y darles salida. El basural de la Alameda que sólo ahora se trata de cubrir...”

Numerosas acequias pestilentes cruzaban la ciudad para suministrar agua de riego a los huertos y diluir residuos orgánicos. El 16 de abril de 1908, el diario *La Mañana* lanzó sus dardos en contra de la autoridad municipal “*por el estado de abandono de dichas acequias, el aire infecto que se nos obliga a respirar cotidianamente, viciando nuestros pulmones y sembrando por todas partes los gérmenes de cuanta epidemia se pueda imaginar.*”

En los canales se acumulaba el cieno, formándose tacos y desbordes. Las principales acequias corrían entre las calles 1 Sur y 1 Norte, 8 y 10 Oriente y en 1 Sur entre 9 y 10 Oriente.

Los pobres no se limitaban a observar el placentero modo de vida de los aristócratas. En junio de 1908, en paredes de casas comerciales y moradas de gente rica aparecieron leyendas ofensivas. El editorialista del diario *La Mañana* condenó a los bárbaros:

“Va tomando el carácter de hábito el escribir palabras y expresiones deshonorosas en las murallas de los edificios de nuestra ciudad. Por donde se mire vemos escritos que repugnan por la refinada maldad que ellos encierran. La calle del Comercio, en especial, está llena de esos letreros atentativos a la moral y buenas costumbres, escritos en su totalidad por muchachos ociosos que se entretienen en manchar las murallas con lo que el vicio de la holgazanería y perdición de sus costumbres, les inculca en sus cerebros enfermos y faltos de educación y cultura.”

Las leyendas escritas con tiza revelaban la frustración de individuos postergados por una sociedad cuyo mayor interés era el deseo de vivir como en tiempos monárquicos, cautiva de los vales vieneses, entre miriñaques, abanicos y miradas seductoras.

Tampoco inquietaban a los policías municipales los estruendos nocturnos provenientes del río, aguas arriba del puente fiscal, donde maleantes y custodios del orden lanzaban cartuchos de dinamita para pescar unas truchas rollizas. Como al alcalde lo tenía sin cuidado la procedencia del obsequio que iba a parar a la cocina de su casa, tampoco

les quitaban el sueño a los regidores las aguas nauseabundas de la acequia que atravesaba la principal calle del Comercio, entre 3 y 4 Oriente. Las denuncias de los médicos del hospital iban al papelerero.

El país de entonces no era mejor que el de hoy. Júzguese la siguiente crítica publicada en el diario *La Mañana*:

“En el Congreso vemos los jirones de partidos que en lugar de luchar por ideales que en la resultante de su choque, producen la fuerza progresista del país, se disputan agriamente las prebendas o hacen sigilosos pactos que son marca de vergüenza para los partidos políticos.

“No hay adversarios ni aliados francos: todo se hace por la conveniencia del momento. Y las leyes sanas, que prestigiarían al Congreso y al país, duermen en el olvido, destrozadas, mal digeridas. Guiñapos inútiles salen a luz para que meses más tarde se vea su ineficacia práctica.”

En 4 Oriente esquina 5 Sur la delincuencia había establecido un radio de acción invulnerable. Legendaria fue la trifulca del 3 de marzo de 1908, cuando se enfrentaron dos bandas integradas por 14 sujetos. Para decidir quiénes eran los amos del barrio se batieron durante horas con piedras, palos y puñales. La batalla dejó heridos y fracturados mientras la guardia municipal se mantuvo a prudente distancia. Los garantes de la paz ciudadana preferían misiones menos riesgosas: antes de la medianoche de esa jornada turbulenta detuvieron a doce ebrios que dormían a pierna suelta en la Plaza de Armas y en calles del comercio.

La población Edén, ubicada en las afueras de Talca, acogió a mis padres, quienes de manera muy modesta emprendieron una vida llena de incertidumbre.

En 1908 una grave sequía afectaba al país desde La Serena a Valdivia. Mi madre se levantaba muy temprano para darle alcance al repartidor que vendía agua en dos barrilitos estibados sobre un borrico. Ella le enseñaba el cántaro, el mozo abría la llave de uno de los depósitos y le entregaba una o varias medidas en un tazón de metal.

Después de asearse con esmero, mi padre observaba a través de la ventana, temeroso de esa tierra desconocida, habitada por individuos huraños y de trato áspero.

De noche deambulaban vendedores que ofrecían “avellanas tostadas”, “al rescoldo, calientitas las tortillas güenas”, “choclos cocíos

con salsita y ají molío”. Alumbrando su camino con linternas o antorchas, además, iban provistos de garrotes para alejar a los maleantes que les salían al paso.

A 6 de la mañana, la calle se llenaba de pregoneros que ofrecían empanadas de horno con pollo y huevo, pan de grasa y hallullas al rescoldo. Famoso era el ñato Órdenes, de reducida estatura y voluminoso cuerpo. Llamaba la atención del vecindario con su agudo vozarrón:

—¡Empanaditas fritas, cuando las muerden gritan, como las niñas bonitas!...

El mulato altanero también atraía a las vecinas con sus historias galantes.

Durante los días calurosos el heladero ofrecía *horchata garapiñá como un helao*. En la cabeza llevaba un bote de metal apoyado en un trozo de género grueso unido a la barbilla, para impedir que se deslizase. En el brazo izquierdo, un canasto con cucharas, copas y platos sucios. Sólo a los mayores les estaba permitido probar la *horchata garapiñá*, porción de helado a la que se le agregaba un vasito de *guarisnaque* o aguardiente. La gente salía al paso del vendedor haciendo caso omiso de su falta de higiene, riesgo al que también quedaban expuestos quienes compraban leche a comerciantes que a lomo de caballo o en carretas ofrecían un producto de vago color amarillento almacenado en cántaros o peroles sucios. Para vender la leche usaban unas medidas de latas que extraían de los bolsillos de sus raídas blusas.

En invierno proliferaban los vendedores de mote con huesillos, de alfajores, caramelos largos y cortos, melcochas y alfeñiques, de comidas y bebidas, pero nadie ofrecía agujas, hilos, cintas y botones.

Una mañana de junio de 1909 en los suburbios corrió la voz acerca de la proximidad de un peligro temible: estaba a las puertas de Talca la peste viruela, caracterizada por una fiebre alta que algo menguaba en tres o cuatro días, para dar paso a erupciones en las manos y los pies. Al cabo de una semana, las afecciones se transformaban en pústulas, reaparecía la fiebre, y si por ventura el enfermo lograba recuperarse, en su cuerpo y rostro quedaban marcas profundas para toda la vida. Quienes no reaccionaron ante las medidas de profilaxis, sufrieron una prolongada agonía debido a que los pulmones, el cerebro y el corazón estaban contaminados por el virus.

El 11 de junio de 1909, un peón de Villa Alegre llamado Pedro

Valdés se había alojado en una pieza de arriendo por día, en la calle 6 Sur entre 11 y 12 Oriente. De madrugada la dueña del hostel sintió unos gemidos y al acudir al lugar donde dormía Valdés se horrorizó al ver que éste alucinaba como un ebrio. En el Lazareto, el llamado médico de vacuna, doctor Crisólogo Molina, constató que Valdés contrajo el mal. El terror sacudió a la ciudad. A través de la prensa, Molina hizo un llamado urgente para que se vacunaran quienes habían viajado con el enfermo en un carro ferroviario de tercera clase, entre Villa Alegre y Talca. De inmediato solicitó a las autoridades de Santiago un equipo de enfermeras y una partida de vacunas. El 23 de junio fueron abiertos los vacunatorios de la Inspección de Higiene Municipal, en la Dispensaria del Hospital, en la Dispensaria de Niños, en el retén de La Pampa Vieja y en el barrio de La Placilla.

Numerosas familias cerraron puertas y ventanas como en los tiempos de la peste bubónica originada en Constantinopla, en el siglo XIV, cuando las pulgas de la rata negra transmitieron el bacilo a decenas de millones de personas que perecieron en China y Europa.

Mi madre jamás había sentido tanta angustia. Era imposible sustraerse al ambiente de sicosis imperante, incluso en la población El Edén, hasta donde llegaban rumores descabellados. Una madrugada, mi padre despertó con fiebre e intensos dolores musculares. Al cabo de una semana de espera se comprobó que padecía de una gripe.

En la misma calle donde vivían mis padres, numerosos vecinos cayeron víctima de la viruela. Además de aplicarse las vacunas, que no surtían efecto en individuos enfermos, a la población se le recomendaba lavarse las manos con oxiacianuro de mercurio, en caso de haber entrado en contacto con un paciente o sus ropas. En las puertas de acceso y escalas de las casas era recomendable colocar paños humedecidos con una solución de sulfato de cobre (12 gramos por litro de agua), para limpiarse los zapatos. Y los enfermos aislados tenían que someterse a tratamientos con licor acetatoamoníaco, tintura etérea de Valeria, Elixir Paragódico, hojas de borraja, abundante agua mineral Janos o Apenta; y en caso de fiebre, además de enjuagatorios de bórax, sobre el vientre del enfermo debía colocarse abundante hielo.

Los vendedores de leche siguieron con su rutina. Ignoraban que el producto sin pasteurizar era el vehículo transmisor de la viruela.

Al despertar, el joven matrimonio esperaba que llegara la señal alentadora. Al mediodía cundía el desaliento. Aunque le daban vueltas al tema siempre llegaban a la misma conclusión: ¿de dónde sacar dinero?

Una mañana alguien golpeó la puerta. Era Ahmed, un joven recién llegado de Palestina, que se había hecho amigo de mis padres. Necesitaba con urgencia un compañero para hacer el aseo y ayudar en la cocina del "Gran Hotel", en 1 Sur, el más próspero de la ciudad. Sus dueños, unos parisinos muy cicateros, se jactaban de las habitaciones y comedores elegantes, espléndidos patios, cocina francesa, italiana, española y chilena. Los domingos, ofrecían *comida de moda*. Mi padre meditó durante un largo rato. No era vergonzoso tomar una escoba y un trapo para limpiar pasillos y piezas, servicios y vajilla, pero más lo alentaba el comercio de puerta a puerta. Mi madre le reprochó su actitud vacilante, pero él se mantuvo firme en su principio de que todo asalariado entregaba los pulmones a otro. ¿Y por tres pesos mensuales? Ahmed se retiró ofendido. Nunca más se volvieron a ver.

Una vez mi padre estuvo dispuesto a trasladarse a Santiago. Cambió de idea al recibir noticias de compatriotas que volvían a provincias después de sufrir tratos vejatorios y robos que nunca eran aclarados por la policía. Gentes de mal vivir asaltaban a los vendedores árabes extrañados en cités o conventillos. Después de robarles el dinero, los despojaban de la pequeña fortuna contenida en las maletas: alfileres, botones, medias, pinches, horquillas, pañuelos, jabones y cintas. Los canallas lanzaban las bagatelas en acequias pestilentes, impidiéndoles recuperarlas.

En extrema pobreza vivían los árabes asilados en temibles barrios de la capital. Cuatro o cinco inmigrantes ocupaban una pieza, sin agua potable y servicio higiénico. Aunque había numerosos palestinos originarios de Belén, por falta de capital no podían dedicarse a sus dos especialidades, la confección de ropas y de artesanías religiosas.

Las ventas de casa en casa eran lentas y enormes las dificultades para comunicarse. Aunque entendiera el lenguaje coloquial, el semanero quedaba confundido si el cliente le respondía con giros criollos. A los italianos les fue mejor. Éstos hablan una de las lenguas románicas de la familia indoeuropea y pueden hacerse entender con quienes se expresan en idiomas originarios del latín. Ya fuese piamontés, lombardo, ligur, emiliano, toscano, corso, sardo o romano, quien procedía de Italia y llegaba a Brasil o Argentina, pronto tomaba el ritmo de la lengua portuguesa o española.

Un mundo de diferencia media entre el español y el árabe. Pertene-

ciente al grupo de las antiguas lenguas semíticas (rama meridional-central), el árabe se relaciona con el hebreo, el etíope y el amárico.

El árabe es la lengua litúrgica de la religión musulmana. Dotado de 28 consonantes y 3 vocales, éstas últimas dan origen a las sílabas largas y breves. Es fundamental el principio lingüístico de la raíz. Estructurados por tres consonantes, los sonidos *raíces* se unen a ciertos patrones vocálicos para formar nombres simples y verbos, a los que se añaden los afijos. Los verbos se conjugan según el número del sistema tradicional (I al X). Partiendo de la raíz *k-s-r-*, si se aplica la forma I del verbo, queda como *kasar* (él rompió); la forma II es *kassar* (él rompió en pedazos); la forma III, *inkasar* (se desmenuzó).

La escritura árabe consta de 18 figuras diferentes. Se estructura de derecha a izquierda, y los libros se leen de atrás hacia delante. Puntos colocados encima y debajo de las figuras completan las 28 consonantes y las tres vocales largas.

Las grafías y pronunciaciones de ambas lenguas son distintas. No hay analogía fonética alguna y las construcciones verbales operan de manera distinta.

Sólo unos pocos orientales lograron superar estos escollos. A falta de conocimientos adecuados, los más imaginativos recurrían al lenguaje gestual: una buena mímica cerraba el trato mercantil y las negativas se desbarataban con sonrisas. No obstante su deseo de aprender castellano, hubo árabes que jamás pudieron leer de corrido un diario escrito en español.

A mi padre lo desconcertaban ciertas reacciones de los chilenos. Después de aprender las palabras esenciales para la práctica comercial, empezó a familiarizarse con las groserías proferidas por gente que rechazaba sus productos. No comprendía cómo el buen Dios toleraba que seres hechos a semejanza suya actuaran de manera tan irracional: si no le cerraban la puerta, lo corrían a palos o a pedradas.

Mientras el régimen aseguraba que ningún extranjero sería vejado por el hecho de trabajar en la vía pública, los desprotegidos *semaneros* sufrieron discriminaciones. Antes que resolver el grave problema sanitario de las acequias pestilentes, las autoridades estaban más preocupadas de ponerle freno a los árabes llamados a ser los más fuertes competidores del comercio establecido. Como una manera de *erradicar* del centro de la ciudad a quienes vendían de puerta en puerta, en abril de 1908 la policía de Talca detuvo a 20 personas por violar el artículo 38 de

las Ordenanzas Municipales que prohibía “el tráfico de individuos con bultos por las aceras de la población”.

En octubre, el diario *La Mañana* insistió en el tema:

“En más de una ocasión nos hemos ocupado de las numerosas personas que trafican por la vereda con canastos o bultos perjudicando grandemente a los transeúntes. Llamamos la atención del señor prefecto de Policía hacia la necesidad de ordenar a sus subalternos la conveniencia de dar cumplimiento al artículo 38, que dice así: Todo individuo que conduzca fardos, canastos, ollas o cualesquier otro objeto que incomode a los transeúntes, no podrá marchar por las veredas o avenidas principales de los paseos públicos, ni aún con el pretexto de hallarse ésta sola, bajo multa de 50 centavos por cada infracción”.

A tal grado llegó la campaña obsesiva en contra de los vendedores callejeros y sus bultos que el segundo alcalde de Talca y el jefe del cuartel policial se desentendieron de las gallinas que pululaban a toda hora frente a sus domicilios. Ante las denuncias se defendían contestando que sólo a los chismosos les importaban las calles convertidas en criaderos de aves.

Los propietarios de pequeños locales solían ser víctimas de abusos. Moisés Zaror, dueño de una tienda de calzados ubicada en 1 Sur 6 y 7 Oriente, atraía a los maleantes con su trato amable. En una ocasión llegó hasta el negocio un sujeto llamado Juan Francisco Garrido Campos, peón del fundo “El Maitén”. Después de probarse numerosos zapatos y de elegir el mejor par, Garrido huyó con los botines puestos. Don Moisés padeció impotente las artimañas criollas. Cada vez que iba a la comisaría para exigir justicia, los guardianes municipales lo desalentaban con un rotundo ¡no pierda más el tiempo!...

Un día fue evidente que Ahmed tenía razón: su experiencia le indicaba que era preferible tener un patrón, idea que también apoyaba mi madre. Mi padre entonces se dirigió a la Compañía de Cervecerías Unidas, en 3 Sur esquina 9 Oriente. En 1908 esta empresa sentó las bases comerciales que todavía perduran. Los carteles publicitarios no mezquinaban elogios para convencer a los consumidores que los productos de la CCU estaban dotados de virtudes sobrenaturales. La malta Cousiño era un “*poderoso recuperador de las fuerzas perdidas, un excelente aumentador de leche materna y eficaz estimulante para las per-*

sonas anémicas". Y qué maravillosa era la cerveza "Stout Tigre": "*Gran reconstituyente de la salud*". Para niños y adolescentes, las tentaciones eran variadas: las aguas gaseosas Kola, Aloja de Culén, Piña Naranja, Plátano y Fresa, y el Agua Mineral del Castillo.

Mi padre entró a la oficina. En la fila aguardaban personas modestas. Un sujeto rechoncho y mandón preguntó si alguien sabía operar calderas. Obtuvo por respuesta el silencio.

Uno de los cesantes sugirió ir a la viña Lontué, entonces propiedad de la sucesión de don Bonifacio Correa. En caravana partieron hacia la bodega. El jefe a cargo de la contratación de personal abrumó con una perorata a los recién llegados. Los vinos se envasan en pipas, cuarterolas, damajuanas y botellas. Las vasijas que contienen los caldos deben tener marcas de pintura blanca al óleo en parte bien visible, señalando si el vino es de urojo, de azúcar, de racimos secos o artificial.

—¿Quién sabe pintar letreros?, —preguntó el jefe.

Los candidatos se esfumaron enseguida.

A pesar de vivir en una tierra noble y gran productora de vinos, mi padre sólo bebía durante Fiestas Patrias, Navidad y Año Nuevo.

En su juventud conoció a un falsificador de licores que tenía su *central vitivinícola* en Villa Alegre. El sujeto se vanagloriaba de la fórmula para elaborar aguardiente: maíz, papas, afrecho y frijoles descompuestos, aserrín y estiércol de caballo.

Entonces era difícil obtener un litro de licor puro de uvas, y el que vendían clandestinamente procedía del orujo descompuesto.

Según estadísticas de 1910, de cada 100 pacientes atendidos mensualmente en el hospital de Talca, más de 80 habían resultado heridos en pendencias de borrachos. En el manicomio, de cada 100 enfermos, 75 eran alcohólicos irrecuperables, y de cada 100 suicidas, 76 se embriagaron antes de tomar la trágica determinación.

Mi padre hizo un último intento para ganarse la vida en industrias de calzado de la zona que contrataban especialistas en terminaciones. En aquellos años, Talca abastecía al país de bellos y cómodos zapatos de charol, cabritilla, de cuero acharolado, Box Calf negro y de color. Por carecer de experiencia, mi padre optó por abandonar el proyecto de emplearse con salario fijo. Estaba más seguro con las ventas a domicilio, convertido en su amo y señor para recorrer la ciudad.

El 22 de abril de 1908, la ciudadanía fue alertada por un ruido atronador.

La principal calle de la población Edén estaba salpicada por los desbordes de acequias y lavazas vertidas por las dueñas de casa. Las filosas piedras de río dificultaban el paso de personas y animales, pero a los intrépidos hermanos Bossio no los arredró la negra fama de la ruta, y hacia allá enfilaron después de asombrar a los transeúntes del centro con su automóvil, el primero que recorrió la ciudad. Mi madre estaba sola, preocupada de sus quehaceres. Sintió algo parecido a un retumbo cordillerano. Enseguida, vio pasar el coche de color negro tripulado por un individuo que cubría su cabeza con un casco y protegía sus ojos con antiparras. Adultos y niños siguieron el vehículo durante varias cuadras. Los ancianos vaticinaron entonces la posibilidad de que ocurrieran terribles desgracias provocadas por los *autos coches* debido al atrevimiento con que los *chauffers* manejaban aquellas máquinas del diablo.

A menudo mi padre iba el centro, para conocer el funcionamiento del comercio. Fue espectador de grandes sucesos. El 20 de marzo de 1909, en la casa comercial de los señores Raab, Bellet y Compañía y en el salón de espectáculos de la "Casa Muñoz" hubo *ensayos* de luz eléctrica. Decenas de transeúntes se reunieron frente a los locales para observar el acontecimiento. Otros se mantuvieron a prudente distancia, temerosos de que el potente rayo de luz los cegara para siempre.

Cuanta maravilla había en esa hermosa estrella de bujías colgando de la puerta de la Casa Raab y Bellet. Las *lmparillas incandescentes* fueron proporcionadas por la Compañía Eléctrica de Talca y alumbraron *sin interrupción* durante dos horas y media.

En la "Casa Muñoz", el *biógrafo* (cine) funcionó de maravillas. Durante el acto del ventrílocuo Bolder, el escenario estuvo regiamente iluminado, causando la impresión de que allí dentro se estaba como a plena luz del día. Así culminó la primera etapa de instalación de los postes públicos, que había comenzado en marzo de 1908, por encargo de la Compañía de Electricidad de Talca.

En casa, los alimentos se cocinaban en una vieja cocina a leña conocida como *económica*, abastecida con trozos de madera cortada en rodela. La luz provenía de una vieja lámpara Blanchard a petróleo que proporcionaba 400 bujías de potencia.

Tiempos mejores auguraba la llegada de la electricidad. En 1910, la empresa talquina habilitó una planta generadora de 200 caballos de fuerza. A mediados de año se iniciaron los trabajos de instalación del servicio sólo en cien viviendas debido a su elevado costo. Un obrero ganaba entre \$5 y \$10 mensuales. El precio fijo por una lamparilla in-

candesciente era proporcional al consumo, según su potencia: 16 bujías, \$2,75; 25 bujías, \$3,75; y 32 bujías, \$5.

Las primeras casas comerciales en disponer de redes eléctricas fueron la pastelería de Ernesto García, la tienda "La Villa de Madrid" y la "Sombrerería Giraud".

Antes de la llegada de la energía eléctrica a Talca, el servicio de alumbrado público funcionaba con gas. Los funcionarios municipales encargados de encender los pebeteros solían llegar tarde al trabajo y dos o tres cuadras del sector céntrico permanecían toda la noche a oscuras.

Una de las consecuencias del uso de la electricidad fue la instalación de tres *biógrafos* o salas de cine. El 9 octubre de 1909, el diario *La Mañana* informaba sobre la función en el "Excelsior Salón":

"Numerosa y escogida concurrencia ha asistido durante estas noches al Excelsior Salón a presenciar las vistas que se han estado exhibiendo y que han resultado de bastante mérito.

"Anoche presentó, entre otras, una ascensión hecha por (el aviador norteamericano) Wright en el famoso aeroplano que le ha conquistado ya gran celebridad en Europa, donde ha ganado numerosos premios. Al principiar la exhibición se ve al inventor de pie, dirigiendo la maniobra de llevar el aparato al puente en que se verificará la ascensión. Si no fuera porque la nave aérea se mantenía casi siempre por las nubes, no habría sido fácil verla, pues los sombreros de nuestras aristocráticas damas forman una valla impenetrable que hace imposible ver lo que pasa en la parte baja del telón.

"¿No sería posible obtener de las simpáticas asistentes al Excelsior que adoptaran la buena costumbre de quitarse el sombrero al principiar el espectáculo?"

No hubo respuesta de las aludidas. Los incidentes habían comenzado en mayo de ese año, según el diario *La Mañana*:

"Hace dos noches nos tocó asistir a una tanda del biógrafo que funciona en el Salón de la Casa Muñoz, pero una enorme bandeja un poco inclinada hacia atrás y colocada a manera de sombrero en la cabeza de una dama, nos ocultaba completamente la vista que se exhibía.

"Tomábamos todas las posturas imaginables, de oriente a poniente, de norte a sur, nos inclinábamos todo cuanto lo permitía el sillón, sin más éxito que poner a prueba la paciencia de nuestros nervios. Entonces comprendimos cuánta razón tienen nuestros colegas de Santiago, siguiendo en su campaña por obtener que las señoras vayan al teatro sin sombreros. Gracias a esa campaña se ha conseguido allá que las damas se saquen sus sombreros durante la representación. Este es un ejemplo muy digno de imitarse porque, de esta manera, la presencia del bello sexo continuará siendo no una molestia sino uno de los más simpáticos atractivos que tiene el teatro".

Los sombreros femeninos ganaron reputación nacional al publicar los diarios irónicos comentarios acerca de las damas indiferentes ante los reclamos varoniles. El primer éxito fue obra de tesoneros santiaguinos, el 11 de noviembre de 1909, según publicación de *La Mañana*:

"Ayer se ha librado una batalla, y se ha obtenido un triunfo colosal contra los sombreros en el teatro. Fue en la función de la tarde del Santiago. Una dama ostentaba un gran sombrero; el espectador de atrás le suplicó que se lo quitara porque no veía el escenario. Protestó la señora que era grosería la petición. Insistió el espectador. Se percataron del caso anfiteatro y galería, que al compás gritaban ¡que se lo saque!, ¡que se lo saque!...

"Sofocada, la dama se lo quitó, y se retiró a un palco, donde se lo puso de nuevo. Siguió la cantilena. Intertanto, todas las señoras de la platea se quitaron el suyo.

"¡El sombrero quedó vencido!...

"¡Que se coloque una placa conmemorativa!..."

A los tres días de la presentación de las habilidades aéreas de Wright surgió competencia casi al frente del "Excelsior Salón", en el "Salón Palet", que inició una ofensiva publicitaria asegurando que pronto estaría en condiciones de presentar películas traídas desde Buenos Aires, y con un atractivo complemento:

"En los intervalos de la exhibición de las vistas habrá concierto de violín y piano".

El 16 de octubre, el Teatro Municipal presentó el *Biógrafo Parlante*, una proeza de coordinación técnica presenciada por un reportero del diario "La Mañana:

"Esta noche, a las 9 en punto, se llevará a efecto en el Teatro Municipal el estreno del *Biógrafo Parlante* que ha traído a esta ciudad el empresario señor Casajuana, y que será amenizado por la banda del Orfeón de Policía.

"Anoche hemos tenido el gusto de presenciar el ensayo que de sus aparatos ordenó hacer el empresario y hemos quedado gratamente sorprendidos de la perfecta correlación que se ha logrado establecer entre el movimiento de las figuras que se proyectan en el Salón y la música que se deja oír. En esta colección se cuentan vistas hermosísimas como bailes y trozos de óperas y varias otras piezas musicales en perfecta armonía con las figuras que se exhiben."

Igualmente atractivas resultaban las temporadas musicales en el Teatro Municipal. No se ha visto después tal despliegue de notabilidades artísticas que se embarcaban en Europa para visitar sólo cuatro ciudades: Buenos Aires, Santiago, Valparaíso y... Talca. El 20 de enero de 1911 hizo su debut la Compañía de Operetas Italianas Gattini-Angelini, que venía de ofrecer 60 presentaciones en el Teatro Municipal de Santiago. Y el 17 de agosto del mismo año actuó con gran suceso la Compañía de Operetas Papke-Tuscher de Berlín, con la obra de Franz Lehar, "El conde de Luxemburgo". Fue tal el éxito que durante dos semanas representó a tablero vuelta "La casta Susana", "La viuda alegre" y "La divorciada".

En los hogares ricos, los jóvenes estudiaban música y aprendían a tocar piano y guitarra. Encargaban a Santiago o a Europa las partituras de canciones de moda. En el escalón social inferior las familias ahorran hasta comprar un gramófono. El reproductor de discos alcanzó tal popularidad que el 9 de octubre de 1909 el diario *La Mañana* planteó una grave denuncia:

"El gramófono es un alarde indiscutible de un ingenio de muchísimos quilates. Sin quitar ni poner gloria sobre el asunto de su esclarecido inventor, nadie me negará que, como fastidioso, no hay otro aparato que le aventaje. Puesto al alcance de todo el mundo,

no hay casa, por modesta que sea, donde se le haga chillar todo el día, y en ocasiones, toda la noche.

"¿No podría reglamentarse su uso para descanso de los nervios de más de un inofensivo habitante de la ciudad?"

Ese fue el mundo que conocieron mis padres en sus primeros tres años de permanencia en Talca, donde ya vivían otros paisanos.

El primer árabe conocido en Talca fue un empleado de la Empresa de Ferrocarriles que el 31 de marzo de 1908 asumió como jefe de la estación. Se llamaba Ramón Youssef.

Otro de los pioneros fue nuestro pariente Raúl Nassar, quien se radicó a comienzos de 1900, acompañado de su esposa y de su hermano mayor, el tío Elías, un soltero que soñaba con armar casa por estos lados. Cruzaron Los Andes a lomo de mula, a comienzos de otoño, cuando las condiciones climáticas todavía son tolerables. No les agradó Santiago por su muchedumbre ansiosa, los tranvías acechando en cada esquina y los carros tirados por caballos que se desbocaban con frecuencia. Tampoco se sintieron a gusto en Rancagua. La villa dormitaba como en tiempos de la Colonia y el comercio de las calles céntricas languidecía.

Se instalaron en Talca para vivir en modestas condiciones en l Norte, debajo del puente fiscal. Echando mano a los pocos pesos disponibles compraron dos cajas de madera, les colocaron correas para llevarlas colgando de los hombros y apoyadas sobre la cadera. Con los centavos restantes adquirieron hilos, agujas y botones. Aprendieron a pronunciar cinco palabras clave: *vendo hilos, agujas y botones*. El primer día salieron a la calle, cada uno caminando por su vereda. A menudo, Jorge, mi padre, recibía un llamado en árabe de Elías:

-¡Me olvidé como se dice hilos!...

-¡Por Dios que tienes mala memoria!...

Y repetían las palabras hasta memorizarlas.

Paulatinamente ampliaron su vocabulario.

Con infinita paciencia fueron vendiendo y comprando, tolerando las bromas de pilluelos y adultos.

Cuando hubo un relativo respiro económico, mi madre quiso ver el mar. Durante semanas planificaron el viaje. Un sábado de enero de 1911 tomaron de madrugada el tren a Constitución. Al cabo de cuatro horas de viaje, el convoy se detuvo en Banco Arena, después de tediosas paradas en Colin, Huinganes y Maquehua.

Cruzaron el río Maule en lancha. Un segundo tren los llevó desde la ribera hasta las inmediaciones del balneario. El último tramo se cubría en una pequeña góndola arrastrada por caballos.

Las calles sin pavimentar, orientadas de norte a sur, desembocaban en la barrera del río surcado por chalupas y botes a vela. Hacia el poniente se distinguía la silueta inconfundible del cerro Mutrún, donde montaba guardia el vigía costero; a la distancia, la isla Orrego, fondeadero de vapores de cabotaje; más allá, los campos de Quivolgo, con sus cerrillos cubiertos de robles apellinados. Y cerca del anfiteatro natural de los acantilados, la hermosa playa, el infranqueable sector de los ricos, defendido con dientes y muelas por matronas obesas, rápidas de lengua para injuriar a quien osara cruzar la línea divisoria.

En la mañana, la servidumbre limpiaba el tramo playero de los opulentos. Contrastaban las algas malolientes de acá y la arena pulcra de allá. Bajo toldos policromos y sentados en sillas acolchadas, los ricos platicaban sobre acontecimientos sociales. En el balneario de Constitución se decidió el destino de personas y empresas. Los de acá observaban a los de allá con envidia; y los de allá se desentendían del populacho.

Deslumbradas por el sol desde casetas instaladas a escasa distancia del mar salían jovencitas cubiertas de pies a cabeza con trajes de baño pudorosos, mangas hasta los codos y una hendidura cuadrada conocida como *escote virgen*. La moda del momento era la cinta de terciopelo *sígame mocito*, anudada al cuello con dos lazos que caían coquetamente por la espalda. Se desconocía la utilidad de tal adorno.

Los hombres *tomaban las aguas* con pantalones holgados, chaqueta amplia, cinturón grueso, pantuflas y gorras de caucho. Damas y varones se desvestían en casetas convenientemente separadas. A los muchachos les estaba prohibido detenerse frente a las casetas de las mujeres a la espera de verlas salir.

*La flor y nata* talquina chapoteaba en la orilla.

El paseo a la playa fue el acontecimiento inolvidable.

Poco tiempo después se trasladaron a la población El Edén, que entonces estaba cercada por grandes potreros y cuya principal vía se conectaba con la *calle de la cerveza*, así conocida porque en ese sector de Talca funcionaba la mayoría de las fábricas productoras de pilsener.

Mis padres prosperaron sin darse un respiro, ahorrando forzosamente.

Cuando tuvieron dinero suficiente compraron un local comercial en la calle 11 Oriente, conocido como "La Esmeralda". Al sector llegaban los agricultores con sus productos cultivados en predios de Colin.

Los talquinos comentaban con ironía:

—Este turco está loco... Quiere venderles a los burros...

Después adquirieron el segundo negocio, con casa habitación, en el Sur 9 Oriente. El establecimiento fue bautizado como "El Cairo".

Un día, el desconsuelo aplastó a toda la familia al fallecer mi hermano Antonio de bronconeumonía. Entonces no había antibióticos. El joven moribundo imploró piedad de manera muy lastimera porque deseaba seguir viviendo.

La solidaridad mantuvo vivos los lazos familiares. Mi padre enviaba remesas en libras esterlinas a sus padres en Palestina.

### *La cruzada del primer Tarud*

Según investigaciones genealógicas el primer Tarud llegó a Palestina desde Europa como integrante de la primera Cruzada alrededor del 1100, y permaneció en Tierra Santa para servir como traductor a los viajeros cristianos.

Durante siglos, las familias católicas del rito latino registraron los nacimientos de Belén en la iglesia Santa Catalina, ubicada en la Plaza del Pesebre, a escasa distancia de la gruta donde nació Jesucristo. El primer volumen de anotaciones databa del año 1000. Un incendio ocurrido en 1642 destruyó el valioso material. La jerarquía dispuso reanudar ese mismo año los censos bautismales, de modo que ahora sólo existe información sobre los últimos tres siglos y medio.

Uno de los tesoros más notables de Belén es la iglesia de la Natividad, construida por Constantino I el Grande, emperador de Roma (330 d.C.).

Belén (en hebreo y arameo significa *casa del pan*) pertenece al territorio de Cisjordania. Está ubicada al oeste del río Jordán, en el Oriente

Medio. En 5.879 kilómetros cuadrados habitan 973.500 personas, en su mayoría árabes palestinos.

Nuestros antepasados vivieron muy próximos al lugar más reverenciado por los cristianos. La antigua casa familiar de dos pisos y cinco habitaciones fue construida en un terreno de 500 metros cuadrados de superficie, y está ubicada a 150 metros de la gruta de la Natividad. Carecemos de información acerca de quienes construyeron sus contrafuertes de piedra y arcos que airean la espaciosa área edificada.

El sentido de hermandad ha fomentado una devoción respetuosa entre padres e hijos palestinos. Como lo ha descrito el cineasta chileno Miguel Littin, constituye el vínculo primordial ante las adversidades. Ese sentimiento brota espontáneamente, cuando uno visita aquellos lugares donde vivieron nuestros mayores y comparte con los parientes. Así lo describió Littin:

“Tuve la sensación de nunca haber salido de allí... Fui con mi hijo Miguel Joan. La tía Sofía, que desde la muerte de su marido no abandonaba su hogar, salió a la calle a recibirnos. Avanzó hacia nosotros, nos miró a ambos a los ojos y dijo salió uno y regresaron dos. Jamás la habíamos visto. Cada paso que dábamos por esos lugares era un momento en una historia muy personal. Los sentimientos son tan profundos que el más mínimo recuerdo me provoca una emoción incontrolable. El sentido de familia es muy profundo. Los niños son absolutamente privilegiados en el mundo árabe. Están protegidos por el amor de toda la familia”.

En Belén, la mayoría vive del turismo mientras el resto del territorio se halla atrapado en una guerra inacabable provocada por quienes ensalzan el amor y la caridad como los pilares de una sociedad que ellos desean afianzar con ametralladoras, tanques y misiles.

Principal objetivo de los visitantes es conocer la Gruta de la Natividad que el común de los cristianos suele confundir con un pesebre enramado, tal como se aprecia en las representaciones idealizadas por los pintores del Renacimiento. Pero tan sólo se trata de una cueva de diez metros de profundidad donde se encorralaba a los animales que pastoreaban en las proximidades de Belén. No es el único socavón natural existente en la zona. Se cuentan por cientos estas formaciones en la accidentada geografía palestina.

Sobre la Gruta fue erigida la Iglesia de la Natividad. El templo se

encuentra semidestruido. Ha habido planes para restaurarlo pero prevaleció la idea de que debe permanecer expuesto con sus destrozos a la vista como ejemplo de intolerancia religiosa. En la época de las guerras con los musulmanes, durante las cruzadas, la jerarquía católica redujo el tamaño de la principal puerta del templo, reemplazándola por una más pequeña, para dar paso a una persona, a fin de impedir que los jinetes irreverentes ingresaran con sus cabalgaduras hasta el altar. En veinte siglos, la iglesia ha sido incendiada tres veces. Los últimos trabajos de restauración parcial datan del 1400 d.C. Ciertos sectores conservan murallas, contrafuertes, techumbres y adornos de 15 siglos de antigüedad.

A cinco cuadras de la Gruta de la Natividad se encuentra la Iglesia de la Gota de Leche, llamada así porque, según la tradición, cuando la Virgen María daba de mamar a Jesús, de su pecho cayó una gota, y días después, en la tierra brotó una hermosa planta.

La iglesia es administrada por los ortodoxos. La jerarquía católica tiene acceso al altar bajo cuyo basamento se encuentra la Gruta donde se realizan misas muy concurridas. En ese sector hay una hermosa Plaza de la Natividad cuyo ordenamiento arquitectónico es morisco. Allí estuvo el Papa Juan Pablo II con motivo de la visita que hizo a Tierra Santa el 2000.

A seis kilómetros de Belén, se encuentra la capital, Jerusalén, centro de una milenaria disputa y enclave de las tres religiones más antiguas del mundo.

Una universidad norteamericana recientemente anunció que después de complejos estudios genéticos se había llegado a la conclusión de que hebreos y árabes proceden de la misma familia racial. Si la investigación es correcta, no resulta muy consolador ver a los *primos* enfrascados en una sangrienta lucha fratricida.

En los últimos años varios parientes nuestros visitaron los lugares ancestrales. Después de buscar sin éxito nuestras raíces concluyeron que los Tarud han desaparecido en Palestina. Hacia América viajaron los jóvenes y en el Oriente siguieron viviendo los viejos hasta extinguirse sin dejar descendencia. En mi familia hubo numerosos solterones y solteronas reacios a zarpar hacia la nueva tierra.

Mi primo Nelson Tarud Beltrán ha viajado tres veces a Belén.

“Durante la época en que nuestros padres emigraron a América —recuerda—, Belén era un villorrio de cinco mil habitantes. Hoy es una ciudad de 100 mil personas. Cuando no hay escaramuzas

con los judíos, la población aumenta debido a los turistas que llegan desde los lugares más remotos del mundo para visitar el lugar donde nació Jesús. Allí predomina la religión musulmana, y entre los cristianos, los ortodoxos son mayoría. Conviven de manera muy armoniosa, aunque suele haber roces con los musulmanes porque ellos controlan la ciudad, administrativa y políticamente. Según los creyentes de Alá, nuestro Jesús era un profeta y no el hijo de Dios hecho hombre. Lo respetan como tal, y nada más. Para ellos, el único interlocutor con Dios es Mahoma, fundador de su credo.

“Afecta a los cristianos el fundamentalismo con que los islámicos practican su religión. Los jóvenes y los viejos de distintas creencias pueden ser amigos, pero jamás habrá camaradería íntima y fraterna. Con los judíos ocurre otro tanto: también hay diferencias entre ortodoxos y radicales: aquéllos representan el 30 por ciento de la población de Israel, y éstos son más liberales y asequibles.

“En Belén no existe el deseo de emigrar hacia América, como a comienzos de 1900. La gente quiere paz y no acepta moverse del terruño. Peleará por su patria hasta rendir la vida, pero no se muestra dispuesta a seguir los pasos de sus antepasados, que viajaron a este continente para librarse de la oprobiosa tiranía turca.

“Mayoritariamente eran cristianos quienes abandonaron Palestina. Los musulmanes son renuentes a trasladarse a otras naciones. Hace 40 años, en Talca sólo hubo dos familias musulmanas practicantes, una de ellas de apellido Chat, pero sus cinco hijos se desligaron de la religión de don Adrián el patriarca. Cuando era un deber social ineludible, los niños Chat iban a misa en la iglesia católica y participaban asiduamente en las actividades del Club Árabe. La otra familia musulmana de Talca, de apellido Alul, también experimentó el mismo proceso de renuncia a su identidad religiosa ancestral.

“Entre los Tarud fue muy notoria la pérdida del único nexo vinculante con Palestina: al cabo de una generación ninguno de sus descendientes hablaba árabe. Sólo nuestros padres mantuvieron con gran persistencia la costumbre de conversar en el idioma patrio. Ellos estaban más interesados en que estudiáramos en el liceo, que cumpliéramos con aplicación los deberes escolares para después obtener un oficio digno.”

Nelson es un conversador apasionado. Durante sus prolongadas visitas a Belén tomó contacto con numerosas familias. En la mayoría de ellas hubo parientes que emigraron a Chile a comienzos del siglo XX. Las relaciones epistolares se mantuvieron al comienzo no sin dificultades, propagándose a través de ellas el mito de que *América era oro puro*. A Palestina llegaban las noticias de que en este extremo del mundo era posible hacer fortuna y echar raíces en una tierra cercana al paraíso. Quienes se asentaron en Sudamérica conocen el otro perfil de la visión idealista.

### *Inmigrantes de primera y tercera clase*

La leyenda habla de un Chile muy acogedor y solidario pero la historia registra innumerables episodios de racismo y discriminación. Acerca de ellos pueden hablar con propiedad los peruanos y también con mayor crudeza los árabes y sus descendientes. A través de nuestra historia, las autoridades han establecido claras diferencias entre los inmigrantes de origen europeo y los de otras regiones. ¿Ha sido una política de estado? Lo ignoro, pero, a todas luces, ha habido segregación.

A los alemanes que trajo Vicente Pérez Rosales se les abrieron las puertas del sur chileno; italianos, españoles y franceses engrosaban complacidos las filas de la nación. En cambio, a los árabes, se les hizo patente el desprecio que por ellos sintieron desde el comienzo quienes se jactaban de su hospitalidad.

Chile celebró el primer centenario de la independencia nacional en septiembre de 1910. Invitados extranjeros alabaron el florecimiento de este país aislado geográficamente y a salvo de golpes de estado muy frecuentes en Centroamérica, Perú y Bolivia. La aristocracia disfrutaba de sólido bienestar, perpetuándose en el control de los bienes productivos, mientras la gente de medio pelo y los pobres ocupaban sus espacios como ciudadanos de segunda y tercera clase.

Con motivo del Centenario de la Independencia la colectividad árabe encargó a un artista criollo que esculpiera un monumento conmemorativo que las autoridades edilicias de Santiago se avinieron de malas ganas

a inaugurar como un tributo foráneo a la chilenidad, pero al cabo de unos meses la estatua fue retirada por *antiestética*.

El 3 de noviembre de 1917, cuando eran trasladados al Cementerio General de Santiago los restos de don Manuel Saba, al pasar la comitiva fúnebre por calle Ahumada, que entonces tenía circulación de sur a norte, tres oficiales del Ejército que viajaban en la imperial de un tranvía prorrumpieron con gritos de “¡todo a 40, todo a 40!” al constatar que el cortejo era integrado por ciudadanos de origen árabe.

Años después el periodista Domingo Melfi (nacido en Italia, criado en Talca), evocó en el diario *La Mañana* (jueves 28 de septiembre de 1939) la conmemoración del Centenario y el clima social imperante en el país que conocieron mis padres:

“Chile bogaba en la placidez de una mar boba... Todo era idílico en la superficie y las castas sociales se divertían por encima de las trágicas miserias del pueblo. Una oligarquía política y social prepotente, daba la pauta y el tono. Todos vivían sin sobresaltos y sin inquietudes. Se derrochaba el dinero a manos llenas en fiestas y saraos, y unas embajadas fastuosas salían al extranjero en misiones extraordinarias. Nadie pensaba en las rebeldías sociales; las huelgas eran ahogadas en sangre, y los obreros de las ciudades y los campos carecían en absoluto de leyes de defensa.

Aunque no hubo una campaña antiárabe concertada, ciertos medios informativos solían alentar el desprecio racial. El 13 de abril de 1911, *El Mercurio* editorializó en los siguientes términos:

“Ya sean mahometanos o budistas, lo que se ve y huele desde lejos, es que todos son más sucios que los perros de Constantinopla, y que entran y salen del país con la libertad que esos mismos perros disfrutaban en el suyo; pues nadie les pregunta quiénes son, de dónde vienen, ni para dónde van. Ni siquiera se comprueba si traen o no algunas de esas horribles y misteriosas plagas de Oriente, como es el caso de la lepra descubierta días pasados en Talcahuano, después que siete años que el infestado se pasea tranquilamente en este puerto, repleto de marineros chilenos. Y es así como han entrado a Chile por la gran vía de nuestras indolencias todas las plagas que al presente sufrimos.”

A comienzos del siglo XX, las autoridades nacionales instituyeron las bases administrativas de la segunda ola inmigratoria, después de la de Vicente Pérez Rosales, con el objeto de aplicar una política muy parecida a la de Argentina, basada en el ingreso de ciudadanos europeos sanos y poseedores de oficios liberales lucrativos.

Durante el régimen del presidente de Germán Riesco, (1901-1906) Chile suscribió el “Contrato Fantini”, para transportar familias en vapores de una nueva línea que conectaría el Mediterráneo con Valparaíso. Las autoridades nacionales deseaban establecer contacto permanente con Génova, Marsella y Barcelona, tres puertos clave para enviar a Italia, Francia y España productos chilenos y comprarles sedas, jabones, aceites y conservas a más bajo precio y de mejor calidad que los costosos similares ingleses y alemanes.

El día de la firma del decreto, el presidente Riesco, aseguró que la franquicia de navegación había sido otorgada «a una honrada y valiente firma de armadores genoveses» cuyos ejecutivos, antes del viaje inaugural, mostraron una gran agilidad administrativa al cargar las bodegas con salitre chileno destinado al viejo mundo. La empresa fue bautizada como «Lloyd del Pacífico». Dotada de dos barcos casi nuevos construidos en un astillero de Génova, se estimaba que en esta línea traería a al país mentes y brazos vigorosos. Pero algo ocurrió con el resultado gravísimo para los armadores de que el gobierno de Chile les suspendió a partir del tercer viaje una millonaria subvención estatal. El «Lloyd» siguió operando a pérdidas. Los propietarios se afirmaron en la esperanza de que La Moneda repararía el perjuicio pero al cabo de 45 días de suspenso el primer mandatario ordenó por cable al embajador de nuestro país en Italia que firmara contrato con una empresa genovesa, muy desacreditada en puertos europeos debido a negocios ilegales.

Durante el régimen del presidente Pedro Montt (1906-1910) fue creado el Departamento de Colonización. El gobierno instaló en París y Roma a la flor de nuestra diplomacia. Los inspectores *cazaban* inmigrantes en pueblos remotos. En sus informes enviados desde Europa los agentes aseguraron al Ministerio del Interior que las personas seleccionadas eran profesionales capacitados. Montevideo fue la piedra angular de esta operación a gran escala. Antes de embarcarlos hacia Chile en tierra uruguaya se inspeccionaba por última vez a los extranjeros.

El encargado de negocios de Chile en Uruguay, Francisco Gana Edwards, el 25 de julio de 1908 informó al Departamento de Colonización del viaje a bordo del “Presidente Montt” de 1500 inmigrantes espa-

ñoles, franceses e italianos. De ellos, 890 fueron aceptados por la Agencia de Inmigración. La lista impresionaba por los oficios disponibles: 52 agricultores, 36 albañiles, 38 jornaleros, 41 mineros, 18 mecánicos, 12 carpinteros, 8 herreros, 4 marmoleros, 3 fundidores, 2 forjadores, 2 carroceros, 1 caldero, 2 hojalateros, 2 maquinistas, 2 tapiceros, 1 relojero, 1 alpargatero y 1 cantero.

La nave llegó a Talcahuano el 4 de agosto del mismo año. Al comparar las informaciones enviadas por Gana con los antecedentes proporcionados por los inmigrantes las autoridades advirtieron varias anomalías: sólo 61 familias habían sido *pedidas* por la Inspección General de Colonización de Chile; otras 619 viajaron con la protesta de la Agencia de Inmigración de Italia, por carecer de requisitos. De 288 adultos se ignoraba su profesión, y 208 inmigrantes se embarcaron clandestinamente. Tres meses antes 35 familias españolas habían abordado en Montevideo el barco "Arcana", con destino a Chile. Según el parte de Gana Edwards, en el grupo había 127 viñateros.

Uno de los mitos nacionales atribuye al campesino una capacidad de trabajo sin parangón: es catalogado como entusiasta, imaginativo y muy responsable. En 1908, el agricultor talquino, don Segundo Gana, fracasó en su intento por incorporar una moderna cosechadora de granos, y no porque el elemento importado desde Estados Unidos fuese de mala calidad; simplemente la peonada era reacia a aprender el manejo de la endiablada máquina. Y quien se atrevió lo hizo de mal en peor dejando averiada la cosechadora. Don Segundo decidió encomendarse a los buenos oficios de la agencia chilena encargada en Europa de enrolar a trabajadores competentes. En septiembre de ese año llegaron a Talca cuatro familias de Escocia, integradas por 19 personas, de las cuales 9 eran menores de 10 años. A Gana le bastó una mañana de observación para darse cuenta que los cinco hombres y las cinco mujeres jamás habían trabajado en la agricultura. Dispuso el término de sus contratos, les canceló una semana de jornal y los despidió, pero los escoceses se hicieron fuertes en sus dormitorios. El dueño del predio tuvo que desalojarlos con la fuerza pública. Las cuatro familias recibieron alojamiento y comida durante una semana en un cuartel policial de Talca. La historia no consigna cuál fue el destino final de los inmigrantes recomendados por la agencia chilena como muy aptos en las tareas del agro.

Considerada por los gobernantes de la época como una solución para examinar a Chile por la senda del progreso, la llegada de inmigrantes sólo originó problemas. En Valparaíso eran conocidos como *los Fantinis* en recuerdo del agente italiano que obtenía pingües beneficios con este negocio. La primera *remesa* de *Fantinis* llegó al puerto el miércoles 9 de septiembre de 1908. Hubo gran expectación en los días previos al desembarco. Apenas empezó a bajar de los lanchones aquella murga de afligidos extranjeros, las autoridades fueron presa del estupor: ¿dónde estaban los varones de aspecto digno, dónde las damas merecedoras de elogio? Un correveidile hizo acallar los sonos triunfales de la banda municipal. No eran oportunas las clarinadas para recibir a sujetos de vestimentas raídas, sucios, malolientes, enfermos y mal constituidos físicamente.

Un articulista porteño caló hondo con su comentario:

"(entre los recién llegados) los que no son atorrantes, son churreros, barquilleros, músicos ambulantes, artistas de tono menor y mendigos..."

A despecho de los reparos formulados en nuestro país, la corriente migratoria no decreció. A los burócratas les interesaba más la cantidad que la calidad. Entre tantos gestores dispuestos a satisfacer propósitos de enriquecimiento personal hubo una voz autorizada que dio el alerta. Agustín Gana Urzúa, Agente General de Chile para la Inmigración en Roma, confió a sus familiares detalles acerca de la caza de foráneos. Aunque no trascendieron los textos de las cartas el diario *La Mañana* (10 de septiembre de 1908) se aproximó a la versión de Gana:

"Se recoge la escoria que se encuentra en las calles de las ciudades italianas para embarcarlos hacia Chile. No se selecciona, y si los agentes oficiales de nuestro gobierno se oponen al embarque de gentes inútiles, son burlados por los agentes de Fantini, asegurando que se harán valer en Chile las influencias necesarias para que se les admitan.

"Y la inmigración libre? ¿La decantada inmigración libre, para la cual se dictó un pomposo reglamento? ¿La inmigración libre para la cual se nombró el año pasado un personal numeroso, selecto y escogido, bien pagado? La inmigración libre, que cuesta al Fisco tantos miles de miles de pesos, está produciendo, por desgracia, los mismos frutos que la inmigración a contrata."

Finalmente, Gana Urzúa se vio obligado a acatar las órdenes del régimen; y, por ello, a recibir críticas del mismo periódico que antes había ensalzado su honestidad:

“El señor Gana Urzúa anuncia la venida a Chile de 14 familias de agricultores irlandeses por el vapor ‘Oravia’, y los recomienda como los escogidos, lo mejor de lo mejor. En la comunicación, el Agente General, empleando un lenguaje colorista, dice que el agricultor (que los contrate) va a formar, muy pronto, un jardín del predio al que se le van a destinar. Y el subagente de Inmigración (un señor Barnett) manda la factura correspondiente señalando como profesión a cada inmigrante, la de agricultor. ¡Agricultores mandados desde Londres!...

“Y bien, ¿qué ha pasado? Que los tales inmigrantes enviados por el señor Barnett no son ni han sido nunca agricultores. Son pobres gentes recogidas en las calles de Londres, rezagados de las grandes fábricas, que no han salido jamás de la capital inglesa.

“Hemos tenido oportunidad de ver a estos inmigrantes y de interrogarlos, y nos han convencido que son derrotados de la existencia, desvalidos que en la intensa vida de miseria y de lucha de la gran metrópolis no podían ya subsistir con los escasos jornales que ganaban. Pobres diablos de aspecto enclenque y de fisonomía pálida. Más parecen proyecto de tísicos que obreros capaces de desafiar las luchas del trabajo.”

A tanto llegaba el desconcierto entre los empresarios de la zona talquina que el diario *La Mañana*, el 10 de septiembre de 1908, hizo una proposición desusada:

“Los agricultores que nos vienen de Europa sirven para medieros en pequeña escala, y nada más. Tal vez los únicos inmigrantes que pudieran servir para nuestros campos serían los japoneses, que se alimentan frugalmente y son resistentes para el trabajo”.

Renuente a aceptar las críticas de liberales y conservadores, el gobierno de Montt se obstinó en abrir las puertas a los extranjeros, de acuerdo con el sistema *Fantini*. En octubre de 1909, cuando 120 chinos se aprestaban a tomar un barco con destino a nuestro país, el funcionario

diplomático chileno apostado en el puerto de Hong Kong rechazó a 43 de ellos por sus deplorables condiciones higiénicas. El Consulado de Chile levantó un acta sanitaria que remitió al Consejo Superior de Higiene en Santiago. Nunca se supo cuál fue el destino del informe.

El flujo inmigratorio hacia Chile era un buen negocio. Siempre hubo triquiñuelas para justificar gastos extraordinarios que el gobierno pagaba sin demora. En 1907, el Departamento de Inmigración costó al país, 2 millones 778 mil 483 pesos.

Agentes chilenos ilusionaban a los inmigrantes que pronto terminaron desencantados por el incumplimiento de las promesas: quienes llegaron a Valparaíso en el vapor “Manuel Montt”, exigían entre \$15 y \$20 diarios de paga. Las autoridades consideraron excesivas las demandas. Después de varias semanas de buscar trabajo sin éxito, casi todos traspusieron la frontera, “hacia un destino mejor”, según la prensa porteña:

“Nuestro gobierno se encarga de fletar estos cargamentos humanos, y la República Argentina se aprovecha de los pocos elementos buenos que vinieron. Lo malo, lo que no sirve, es lo único que queda vagando por nuestras calles.”

Privados de la asistencia del estado, los inmigrantes árabes estaban desamparados legalmente. Además de la discriminación, enfrentaron los mayores problemas: desamparo legal, persecuciones. Por carecer de poder económico para financiar una prensa independiente, la colonia árabe mantuvo durante años el modesto mensuario *Aschabibat*.

“De vez en cuando —planteó en un editorial, el 3 de diciembre de 1917—, y con justificado desagrado, leemos en algunos diarios locales una crítica sin base en contra de nuestra colonia, un artículo científico sobre nuestros defectos, nuestra procedencia —siendo tan conocida por todo el mundo—, o sobre nuestras creencias. Y todas estas malevolencias son infundadas. Si en realidad algunos de nuestros compatriotas proceden mal en algunas ocasiones, de ello no puede responder la colectividad en general.”

Mientras la prensa nacional controlada por liberales y conservadores rompía lanzas en contra de los comerciantes de origen árabe, la re-

vista planteaba defensas argumentales circunscritas a la colonia por su reducida circulación:

“El sirio es enemigo acérrimo de los malos vicios: la ebriedad, el juego, la corrupción, etc. El sirio es honrado en todos sus actos, especialmente en su comercio, pues todos los sirios se dedican al comercio limpio, y ninguno mantiene negocio sucio, como ser burdeles, tabernas, etc.

“El sirio es enemigo de los desórdenes, y todos reconocen que vive tranquilo y retraído de toda agitación, pues nunca se ha sabido de un turco anarquista o agitador, u organizador de bandas de ladrones o bandidos, al menos aquí en Chile. El sirio es de carácter dócil y afable, obedece y cumple todas las leyes morales y gubernativas, es modesto por demás y respetuoso para con todos sus semejantes.”

Para escapar de las persecuciones y por razones comerciales se hizo costumbre castellanizar los nombres árabes. *Hanna* se llamó Juan; *Muhammad*, Manuel; *Jalil*, Julio; *Tamil*, Emilio; *Habib*, Amador. Otros adoptaron apellidos fáciles de pronunciar: Tapia, Díaz, García, Pinto, Martínez, Flores, Campos.

El común de los chilenos ignoraba quiénes eran los árabes. El 10 de noviembre de 1908 hubo evidente desencanto cuando los periodistas vieron descender del tren, en la estación Mapocho de Santiago, a un ciudadano de Oriente vestido a la usanza occidental, sin turbante ni túnica, que se expresaba en correcto castellano. El ingeniero agrónomo Luid (sic) Ab El Kader, de 32 años de edad, titulado en la Universidad de Roma, era hijo de un califa de Arabia en cuya casa se había hospedado el General de la Orden Mercedaria, padre Armengol Valenzuela, de nacionalidad chilena, quien proyectaba fundar una parroquia en el corazón del islamismo.

En aquella época, la Orden de la Santísima Virgen María de la Merced de la Redención de los Cautivos se había propuesto ser consecuente con su legado fundacional (10 de agosto de 1218), y el padre Armengol ansiaba propagar la Palabra en las tierras donde se había originado la vocación misionera católica.

Deslumbrado por los comentarios del padre Armengol, el joven ingeniero especialista en riego viajó a este extremo del mundo para conocer Chile y colaborar con los agricultores. Luid Ab El Kader era por-

tador de una carta de recomendación del Presidente Pedro Montt. Después de asesorar al dueño de una hacienda del valle Aconcagua, el ingeniero se enroló como funcionario de la Dirección de Obras Públicas pero carecemos de noticias acerca de su destino final.

Las contribuciones realizadas por los inmigrantes de nuestra raza al desarrollo nacional aparecen descritas en La “Guía Social de la Colonia Árabe en Chile”, obra de Ahmed Hassan, quien, en 1941, informaba que en Chile vivían entonces 3.466 personas de origen árabe, de las cuales, 789 eran comerciantes; 92 se dedicaban a ramos comerciales diversos, 410 eran dueñas de tiendas y paqueterías, 25 tenían concesiones hoteleras, 15 eran relojeros o joyeros, 34 realizaban negocios como mayoristas y 185 eran industriales.

A comienzos de 1937, la fábrica de hilados y algodones Yarur representaba uno de los mayores logros empresariales del siglo, con la nueva planta ubicada en Avenida Pedro Montt, donde trabajaban 1.000 operarios que hilaban algodón, tocuyo, dril y crea. Los propietarios de origen árabe habían invertido 60 millones de pesos, una suma imponente en aquella época.

En 1940, entraba en funciones en Quillota la hilandería de seda de Said e hijos, quienes habían invertido 150 millones de pesos.

Sesenta fábricas textiles pequeñas y medianas representaban el esfuerzo paciente de dos generaciones de árabes y sus descendientes chilenos. Las empresas cuyos capitales oscilaban entre \$500.000 y \$5.000.000 daban ocupación a 15.000 obreros, que junto a sus familiares representaban medio millón de personas, en tanto que de dicho universo industrial dependían otras 60 mil personas como proveedoras de insumos, distribuidores y vendedores. Menos rápido fue el aumento del nivel de profesionalización: hace 60 años en Chile había 80 abogados, médicos, dentistas, ingenieros y académicos.

## Tierra indómita

Movimientos telúricos de gran intensidad registra la historia de Talca. El 20 de febrero de 1835, cuando la mayoría de la población almorzaba en sus hogares, se sintió un ruido retumbante, como si algo muy poderoso

so rodara bajo tierra. La violenta sacudida hizo salir a la gente a los patios y calles. Después del primer temblor, un segundo movimiento más intenso tumbó paredes y torres, cubriéndose la ciudad de una gran nube de polvo.

Poco antes del terremoto de Chillán, algo intranquilizador gravitaba en el ambiente. Como un anuncio previo, a las 21:50 horas del 17 de enero de 1939, un sismo grado cinco remeció La Serena y Coquimbo. Al día siguiente, otro temblor de similar intensidad puso en estado de alerta a los antofagastinos.

Fomentaron los malos presagios las tempestades eléctricas registradas en la precordillera de Talca. Un calor húmedo traspasaba las ropas. En las tardes las nubes recargadas daban la sensación de que vivíamos en un país tropical. Lluvias y lloviznas veraniegas acentuaron la incertidumbre. La radio "Atlántica" hablaba de *perturbaciones electromagnéticas*. El 12 de enero, a pleno día, se hizo patente en el cielo un astro de intenso brillo. Parecía un lucero, pero en la noche no fue posible avistarlo. Doce días después llegó la desgracia, a las 23:15 horas.

Ese fin de semana habíamos viajado a El Melosal, ubicado a unos 50 kilómetros de Linares para alojarnos en el fundo de mi cuñado, Jorge Abraham, casado con mi hermana María.

Las viejas casonas se mantenían muy firmes por sus gruesas y altas paredes encaladas. Los adobes habían sido ensamblados con recia madera sureña. Amarras esquineras le daban buen soporte a la pesada estructura. Las puertas dotadas de enormes cerraduras permanecían siempre entreabiertas porque ya no era posible reproducir las enormes llaves originales. Aunque no había luz, agua potable, ni alcantarillado se disfrutaba allí de la tranquilidad del campo.

Esa noche comimos más tarde de lo común. Luego me acosté en la habitación de mis hermanas. Nuestros padres se habían quedado en Talca. Estábamos de fiesta, libres del rigor de los mayores. Pasadas las 11 de la noche nos despertaron intensos ruidos. Entonces yo tenía 10 años. De pronto las cosas colocadas sobre muebles y repisas empezaron a oscilar, los cuadros se movían cada vez con mayor violencia.

La cocinera ingresó despavorida al dormitorio:

—¡Temblor, muévanse, fuera, fuera!...

Mi hermana María intentó imponer orden:

—¡No se asusten, va a pasar pronto!...

En el comedor, un enorme trozo de adobe rebotó sobre el mueble de la loza. Las puertas amenazaban con salirse de los goznes y las lám-

paras caían al piso agitado por una mano colosal. Mis hermanas fueron presa de gran pavor. La tierra tenía una consistencia gelatinosa, como de oleadas sucesivas. El ruido aumentó en intensidad y de nada servía que uno se tapara los oídos para no percibir el rotundo tronar. Apenas logramos salir, se desplomaron varias murallas.

Los colchones fueron colocados al aire libre, pero las réplicas nos impidieron dormir. Al día siguiente aparecieron las señales de la catástrofe. A pocos metros de la casa se divisaba una enorme grieta que se internaba en el fundo vecino. La parte trasera de la construcción había resistido los embates pero el frente se desplomó. Nadie pronunciaba una palabra. Estábamos preocupados por saber qué había pasado en Talca. Horas después llegó mi hermano Rafael. En casa todos estaban bien y apenas se habían caído unas murallas. Retornamos enseguida a la ciudad. El automóvil patinaba en el barro: el agua afloraba desde numerosos surtidores dispersos por el camino. Al bajarnos para alivianar el vehículo chapoteamos en un líquido extrañamente tibio. Era de no creer lo que ocurría: en 1938, el centro del país había enfrentado una severa sequía.

Camino a Talca estaba patente la huella de la catástrofe. La mayoría de las viviendas había sido arrancada de cuajo. Al llegar a casa fuimos recibidos con gran alegría. Mi madre no cesaba de agradecer al Altísimo.

El terremoto no había castigado a Talca con el mismo ensañamiento que a Chillán pero a la familia Tarud le costó muchos años recuperarse económicamente. Fuente de nuestros únicos ingresos, la paquetería "El Cairo" había resultado con serios daños. Las paredes agrietadas eran el mal menor: el suelo quedó regado con la mercadería. Muy poco se pudo salvar. Nueva e ímproba tarea obligó a nuestros padres a emprender el recorrido de años atrás ante la realidad inevitable de los 8 hijos que esperaban todo de ellos.

La iglesia de La Merced y la Casa Parroquial fueron las más afectadas. En Chillán la tragedia alcanzó niveles dantescos: 10 mil muertos, 50 mil heridos. Numerosas ciudades y pueblos estaban en ruinas: Talcahuano, San Carlos, Bulnes, Yungay, Penco, Cauquenes, Linares, Florida. El terremoto había assolado un área de 62 mil kilómetros cuadrados y sus efectos gravitaron de manera perdurable en el destino de más de un millón de personas.

El Presidente Pedro Aguirre Cerda y su esposa, Juanita Aguirre de Aguirre, llegaron a las 17:30 horas del día siguiente del terremoto, acom-

pañados por el secretario de la Presidencia y futuro senador radical, Humberto Aguirre Doolan. En Talca hubo cinco muertos y 6 heridos graves, el canal Maule resultó destruido en varios tramos, un recuento de menor importancia comparado con los informes que llegaban desde Chillán: en 144 manzanas construidas y urbanizadas sólo cinco edificios resultaron sin daños.

Un conocido vecino, don Francisco Mercadal, se encontraba esa noche en Chillán, donde debió permanecer varios días antes de poder retornar a Talca. Los vehículos fueron requisados, y aunque hubiese tenido medio de movilización disponible, su viaje habría sido una odisea. El camino de tierra presentaba grietas enormes y derrumbes. Al mediodía siguiente habían rescatado 120 cadáveres que fueron expuestos en la Plaza de Armas para ser reconocidas por sus deudos. El desplome del edificio del Cuerpo de Carabineros sepultó a 32 funcionarios. La caída de paredes y la techumbre de la estación ferroviaria provocó la muerte de otras 30 personas que esperaban viajar o habían ido de paseo a la estación.

Los calores sofocantes obligaron a las autoridades a sepultar a las víctimas en fosas recubiertas con cal, pero muy pronto las tumbas colectivas fueron insuficientes, a pesar de los esfuerzos de 350 trabajadores enviados desde Talca, Parral y Cauquenes, para colaborar en el rescate de las víctimas. La autoridad reclutó *manu militari* a cientos de obreros que viajaron en camiones particulares. Recuerdo haber visto sus rostros acongojados cuando se dirigían al epicentro. Los esperaban las ruinas del movimiento telúrico más devastador del siglo pasado.

A dos días del triste suceso llegaron noticias desalentadoras desde Cauquenes, donde mis padres tenían numerosos amigos. Decenas de cuerpos permanecían insepultos en las calles y en la Plaza de Armas. Del desplome de la cárcel sólo se salvaron tres reos que en vez de emprender el escape definitivo decidieron ponerse a disposición de las autoridades para colaborar en las operaciones de salvataje.

Por la radio se llamaba a los familiares de la señorita Ema Merino, que había escapado de Quillón después que toda su parentela fuera aplastada por los adobes mientras ella se encontraba en el patio dándole de comer a las aves. Antes de dirigirse a pie a Talca, Ema Merino conversó con el cura párroco. Don José Guíñez, muy malherido, lamentaba no poder socorrer a los vecinos y rescatar los cadáveres que eran devorados por los cerdos.

Cerca de nuestra casa vivía un primo de don Alfonso González

Dávila, funcionario de la Caja Agraria, que estaba destacado en Talca para asesorar a los campesinos en la tramitación de préstamos y asistencia técnica. Por intermedio de su pariente supimos que el martes 24, día del terremoto, González había salido a temprana hora hacia el campo en una misión profesional. A medianoche se encontraba a cuarenta kilómetros de la ciudad. Inició de inmediato el retorno en su automóvil. Sor-teando las agrietaduras llegó de madrugada a Talca. Su vivienda estaba convertida en ruinas. La única señal de vida provino de su hijo de once años, que se había salvado de manera milagrosa: el catre de bronce lo protegió del desplome del tabique. En el segundo piso, apartando maderos y trozos de muralla, el desocnsolado padre alcanzó el techo. En ese momento sintió los gemidos de un sobrino que estaba atrapado. Los demás ocupantes de la casa —dos familias y una empleada doméstica— yacían bajo los escombros. González Dávila ubicó los restos de su esposa y de su hijo menor. Después de cubrir sus cuerpos con sábanas y depositarlos en la parte trasera del automóvil, con su hijo y el sobrino algo maltrechos, emprendió viaje, la madrugada del miércoles 25, hacia San Bernardo, a donde llegó el jueves en la mañana, para dar sepultura a sus deudos.

La maestra del liceo nos encareció que tomáramos muy en cuenta un mensaje enviado por la poetisa Gabriela Mistral desde el pueblo español de San Agustín de Ponce de León:

“El gobierno de entraña popular, que había llegado con el programa de dar trabajo y llevar pan, va a aplicarse ahora a rehacer el cuerpo de las siete provincias en desgracia”.

Al cabo de cinco días las pérdidas humanas y materiales eran enormes: Chillán destruido, Concepción con daños graves, similares perjuicios en otras ocho ciudades, más de un millón de personas viviendo a la intemperie.

En 1 Sur 1 Norte, un piquete de trabajadores derribó la antigua Casa Parroquial. Fue una tarea que duró varios días. Los adobes eran duros como piedras. Sentados en la berma, observábamos los movimientos cansinos de cuerpos y brazos como si no hubiese urgencia. Los trabajadores chilenos no son rápidos porque dosifican sus energías no sé si mañosamente.

La iglesia hizo gestiones para preservar el recinto construido a mediados de 1880, pero ante el temor de nuevos desplomes, el intenden-

te dictó el decreto de demolición para proteger a eclesiásticos y laicos que allí laboraban.

Durante años la zona central vivió atemorizada. La frecuencia de los rumores de nuevas y mayores tragedias dependía de los informes semanales que entregaba a la prensa un señor llamado Carlos Muñoz Ferrada, experto de la Marina Mercante Nacional, meteorólogo del Ejército y de la Marina. Afirmaba que en 1939 había realizado diez *notables* aciertos sísmicos y meteorológicos.

La novedad científica de Muñoz Ferrada, divulgada a fines de abril de 1939 por el diario *La Mañana* de Talca, dejó a mal traer a los lectores: el martes 9 de mayo, en el cuadrante isla de Formosa (Japón)-Coquimbo-Caldera, a las 6 horas y 10 minutos pasado meridiano, ocurrirían “extraordinarios fenómenos meteorológicos” originados por la conjunción del Sol con Urano, Marte, la Luna y Plutón, “muy cerca del meridiano inferior, a declinaciones equidistantes”. Para el menor entendimiento de los lectores, Muñoz Ferrada afirmaba:

“A causa de todos estos trastornos planetarios, las fuerzas eléctricas entrarán rápidamente en acción, pasando tangentes a los puntos indicados y los arcos de círculos peligrosos”.

Nada extraordinario sucedió.

En la Portales de Santiago, Muñoz Ferrada intentó obtener un espacio que le permitiera estimular a un auditorio ávido de sensaciones descalabrantes. Era tal el terror que imponía con sus informes que se optó por mantenerlo fuera del micrófono.

## Segunda parte

---

### *Desde el comienzo fue la radio...*

¡El primer receptor de radio en casa!...

Nos habíamos incorporado a la categoría de la gente *rica*.

Quedaron pendientes otros objetivos: automóvil, teléfono, heladera (después los llamarían refrigeradores).

Apenas llegué de clases, mi madre me ordenó:

—Anda al comedor... Hay una sorpresa...

—¿Qué, mamá?

—Anda, anda...

Me abracé a ella. Ese era el momento esperado. Buscaba la oportunidad de sentir su regazo. No hay mejor cobijo en el mundo cuando uno es niño. Desaparecen las dudas y frustraciones. La sensación de afecto que emana de la madre mitiga todos los dolores. Ella me condujo hacia *la sorpresa*:

—Mira, ahí está...

—¡Una radio!...

Ignoraba de qué modo ese aparato de caoba reluciente cambiaría mi vida.

—¡Enciéndelo, hijo!...

—¿Cómo, mamá?

—El botón de la izquierda, gíralo...

Pulsé nerviosamente. Subí el volumen.

—¿Ahora?

—Gira la siguiente perilla... Sintoniza una radio...

—¿Qué radio?

Mientras buscaba una emisora en onda larga percibí unos ruidos extraños. Radio “Atlántida” se materializó en el parlante con el vals porteño “Yo no sé qué me han hecho tus ojos”. Después lo escuché con tanta frecuencia que lo aprendí de memoria:

*“Yo no sé si es cariño el que siento,  
yo no sé si será una pasión,  
sólo sé que al no verte, una pena  
va rodando por mi corazón.”*

La voz acartonada del locutor dio la hora. Me hizo recordar el tono solemne del rector al ensalzar a la patria y sus héroes. Permanecí extasiado, sin comprender el milagro. Y cuando pregunté cómo se producían los sonidos, me contaron el cuento:

—En el interior del aparato, unos seres diminutos leen noticias, poemas, los títulos de los discos...

Las dudas perdurarían durante largo tiempo: ¿La electricidad *vuela* a través del espacio, cómo transporta voces y aires musicales? ¿Es un acto de magia?

Busqué la aclaración del enigma en la enciclopedia del liceo. El breve párrafo ad hoc no me satisfizo. Tuve que salir de dudas inspeccionando el interior de la radio. Con un desatornillador abrí la cubierta trasera y encontré varios tubos de vidrio de cuyo interior surgían tenues luces amarillas. ¡No había tales enanos!... Los adultos habían falseado la verdad, una vez más...

El profesor de castellano resolvió mis dudas al trazar en el pizarrón un dibujo aclaratorio. Ante la rotunda evidencia, me tranquilicé, porque en la música y las voces no había hechicería. Visité radio “Atlántida”, donde el locutor de turno accedió a complementar las explicaciones del maestro. Estuve una hora en la sala de locución, sin poder aclarar otra cuestión esencial: ¿cómo la voz *penetra* en el aparato receptor?

En Talca, CC 144 radio “Atlántida” emitía sus programas en la década del 40 a partir de las 13 horas con el concierto auspiciado por la Mercería “El Serrucho”. El último espacio, el “Concierto de la Empresa de Autos Ford V-8”, comenzaba a las 22:15. Seis empresas colocaban sus avisos en esta emisora: Geniol, Empresa Teatral Calaf Hnos., Compañía de M. Gleisner, Piccardo y Compañía, Philips Chilena y Feria de Maquinarias.

Nefasta influencia ejerció entonces la radiodifusión según uno de sus detractores, el columnista Mario Brack, que escribía en el diario La Mañana:

“Se silba el tango, se canta el tango, la radio con tangos, la victrola con tangos; se lustra el calzado y, ¡¡zás¡, que en vez de echarle pomada lo ungüentan con un tango...”

“El suplementero vende sus diarios con música de tango, la empleadita nos piropea con un tango.

“¿Cuándo acabará esta tangofilia?”

Aún perduran las melancólicas adhesiones al baile rioplatense. En numerosos clubes ensalzan el ritmo del cuatro por cuatro, transportando a sus fieles cultores a la época en que la pareja, firmemente entrelazada, rendía tributo al amor.

Nuestro aparato receptor, un RCA Victor “Q”, cumplió con creces sus años de servicio, con profusión de tangos incluidos. Dotado de cinco tubos, tres bandas y recepción de alta fidelidad —toda una novedad en 1939—, permitía captar estaciones nacionales en onda larga e internacionales en onda corta. La British Broadcasting Company, caracterizada por el bronco sonar del Big Ben como señal horaria, irradiaba sus programas en español en 25, 31 y 49 metros. La Radio Nacional Suiza de Onda Corta, Radio Suecia, la Deutsche Welle estimulaban el deseo de conocer más allá de nuestras fronteras. A fines de la década del 40, había 600 emisoras en los cinco continentes.

Durante siglos el mundo fue marcado por la luz y la sombra: con el amanecer todo era movimiento; apenas anochece, retornaba la calma al internarse la gente en sus madrigueras. Al amparo de las tinieblas, los hombres vivieron asaltados por supersticiones y misterios de ultratumba. Sólo a partir del invento de la energía eléctrica, la humanidad dio pasos gigantescos. Toda creación emanó de la poderosa fuerza motriz: teléfonos, telégrafos, discos, tranvías, trenes, máquinas caseras e industriales. La radiotelefonía fue uno de los logros más influyentes en la sociedad contemporánea.

Corría 1922. La prensa capitalina no cesaba de alabar a *las cajas parlantes*. Por un misterioso proceso físico, la voz y la música se convertían en ondas que a la velocidad de la luz recorrían cientos de kilómetros para materializarse instantáneamente en los receptores.

El ciudadano norteamericano, Harvey Diamond, gerente de la Com-

pañía de Alumbrado y Tracción de Santiago, y el joven Enrique Sazié, fundaron el Radio Club de Chile, con el objeto de efectuar transmisiones a distancia. Sazié, Diamond y el profesor Arturo Salazar iniciaron la fabricación de un equipo en el laboratorio de electrónica de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Salazar, jefe del citado laboratorio, ya había experimentado en un modelo receptor que recibía las señales de estaciones transmisoras ubicadas en Burdeos (Francia), Baden Baden (Alemania) y Annapolis (Estados Unidos).

Nieto de un médico francés que se avecindó en Chile a mediados del siglo XIX, Sazié era un ingeniero agrónomo apasionado por la electrónica. Sazié conocía los experimentos realizados por Hertz, Alexander, Forcít y Marconi. Gracias a su inventiva construyó el primer transmisor chileno con una bobina de inducción Rumkord. En 1921, con la ayuda de Salazar armó un receptor de válvulas que recibía las señales de las estaciones de la Armada Nacional.

Pronto fue del dominio público que los ingeniosos jóvenes estaban desarrollando un proyecto fantástico. La prensa seguía paso a paso su evolución. Floridos editoriales daban cuenta del auspicioso encuentro del país con la ciencia.

Con bombos y platillos, la antena transmisora fue instalada en el frontis de la Universidad de Chile, y el aparato receptor en el segundo piso de *El Mercurio*. Una caja de madera contenía la bobina de sintonía, el condensador variable, la lámpara detectora de la señal, dos piezas de amplificación conectadas al fono marca Baldwin y una membrana de mica colocada detrás de la bocina de aluminio que había pertenecido a un tocadiscos francés marca Pathé. El transmisor fue alimentado con la energía proveniente de dos baterías ocultas por una cortina.

A las 21:30 horas del sábado 19 de agosto de 1922, en presencia del director de *El Mercurio*, Carlos Silva Vildósola, redactores e invitados especiales, se realizó en Chile la primera transmisión radial.

En su edición del día el periódico informó:

“Podrán escucharse números de declamación, canto y música transmitidos desde la Universidad de Chile, en la Alameda de Las Delicias, a cinco cuadras (...) Quienes posean aparatos receptores pueden recibir la señal a 100 metros de distancia.”

En la apertura del programa un locutor cuyo nombre no fue legado a la posteridad dio las explicaciones de rigor. Con una victrola instalada

en la sala de transmisiones de la Universidad de Chile fue irradiada la marcha “It’s a long way to Tiperary”, que al término de la Primera Guerra Mundial era ejecutada por las bandas de las tropas aliadas. El dúo de violines integrado por los señores Enrique Cabré y Norberto García interpretó un tema en boga. Titulada “Discurso de Actualidad”, la intervención del periodista Rafael Maluenda abordó el tema “El perro de Alcibíades y el perro de su Excelencia el Presidente de la República, don Arturo Alessandri”. Alumna sobresaliente del Conservatorio Nacional de Música, la señorita María Ramírez Arellano, acompañada al violín por el señor Cabré, interpretó el “Ave María” de Gounod. En el programa hubo una sorpresa: el público oyente se deleitó con la canción interpretada por el aficionado Carlos Quinteros Tricot, quien más tarde abandonaría la carrera de Odontología en la Universidad de Chile para llegar a ser gerente y propietario de Radio del Pacífico. Después del discurso del jefe del Telégrafo del Estado, Quinteros volvió al micrófono para leer el primer boletín de noticias de la radiotelefonía nacional que contenía los siguientes titulares:

Grave enfermedad del senador radical Enrique Mac Iver, inminente crisis de gabinete debido al Protocolo de Tacna y Arica firmado por los gobiernos de Chile y Perú en Washington y fuerte temblor que cortó las vías de comunicación en el sur de Chile.

Antes de un año de ocurrido el acontecimiento, Alfredo Figueroa Arrieta, a quien se le considera como el primer locutor de nuestro país, inauguró Radio Chilena (26 de marzo de 1923) cuya potencia era de 250 watts. Durante la ceremonia oficial, la orquesta de cuerdas fue dirigida por el maestro Ubaldo Graziolli. El discurso fue pronunciado por el célebre compositor Osmañ Pérez Freire; la joven Marta de la Quintana cantó una tonada y Luis Rojas Gallardo contó un chiste. Los discos para esta emisión fueron cedidos por la Casa Grundig y amigos.

En esta etapa primitiva de la radiodifusión chilena la victrola era colocada a la altura del micrófono para captar la música. El noticiario de apertura de las 9 de la mañana consistía en la lectura de noticias de primera página publicadas por diarios capitalinos, una costumbre que se mantuvo durante décadas.

Al emprendedor técnico Enrique Sazié pronto le fue encomendada la tarea de construir el equipo de radio *El Mercurio*, inaugurada en 1924, con una potencia de 800 watts. La estación llegaba a zonas tan distantes

como Chillán y Temuco, desde donde amables auditores enviaron cartas a la dirección para dar cuenta que habían recibido la señal con algunas dificultades. El locutor Jorge Echegoyen divertía a los auditores en el primer programa de concurso que premió a los participantes. La “Clínica Deportiva”, dirigida por Carlos Cariola, informaba sobre fútbol y otras actividades recreativas. En su particular estilo, los reporteros se trataban de doctor.

En 1924 inició sus transmisiones la radio Cerro Alegre de Valparaíso, fundada por Ricardo Vivado Orsini, quien tiempo después armó el equipo del Radio Club, cuyo transmisor estuvo instalado en la torre del diario “La Unión”.

Entre 1926 y 1931 en la capital fueron creadas las radios “del Cuerpo de Carabineros”, “de la Escuela Militar”, “de la Escuela de Caballería”, y en provincias, las radios La Mañana de Talca y El Sur de Concepción, ambas pertenecientes a los periódicos del mismo nombre.

Breve pero significativo es el historial de radio La Nación dirigida por Enrique Sazié: fue la primera estación que transmitió una temporada lírica completa del Teatro Municipal de Santiago. Entre los cantantes de categoría mundial cuyas voces fueron irradiadas por La Nación figuraron el tenor italiano Tito Schipa y el bajo ruso Fiodor Chaliapin. Entonces no existía un sistema doméstico de grabación de sonido y de las óperas en que ambos intervinieron no quedó registro alguno. Clausurada en 1931 por liberales y conservadores, opositores del Presidente Carlos Ibáñez, dicha emisora estuvo bajo tres administraciones, y se llamó Bayer, Baquedano y Nacional.

Durante el período más crítico de su régimen Ibáñez impuso la primera censura a un medio radial chileno.

En 1929, Jorge Quinteros Tricot fundó la radio Diario Ilustrado, bajo el alero del Partido Conservador, enemigo irreconciliable del general. Muy pronto fueron cuestionados los boletines que detallaban los traspiés económicos y sociales del ibañismo. Aunque el gobierno envió funcionarios que tacharon ciertas noticias, para burlar el control policial, Quinteros Tricot transmitió informes en clave y marchas militares que incitaron a un alzamiento popular.

A las pocas semanas de la caída del general Ibáñez fueron creadas las radios Chilena Consolidada y Universo. En ésta última, 25 veces más potente que cualquiera otra estación del país, ocurrió un suceso increíble: durante la República Socialista de los 100 días, el líder golpista, Marmaduke Grove, ordenó instalar un equipo en La Moneda, para trans-

mitir en directo la revolución. A radio Universo también se le debe otro logro histórico: difundió el primer radioteatro, “La enemiga”, una adaptación de la obra literaria de Dario Nicodemi. Los papeles principales fueron interpretados por dos jóvenes de brillante futuro en la naciente radiotelefonía: Maruja Cifuentes y Carlos Justiniano.

En 1938, la radio Chilena Consolidada pasó a llamarse “del Pacífico”. En los estudios del Portal Fernández Concha, frente a la Plaza de Armas de Santiago, comenzaron sus carreras artísticas Anita González la Desideria, Ester Soré—entonces “Miss Radio”—, y Eduardo de Calixto, creador de “Hogar dulce hogar”.

La radiotelefonía adquirió patente de grande al instalar la firma norteamericana RCA Victor el estudio de grabación discográfica en alta fidelidad más avanzado de América Latina en el edificio del Banco de Chile, en calle Ahumada. La fábrica de radiorreceptores de la misma empresa era la más moderna de Sudamérica.

A fines de los años 50, el transistor innovó la radiotelefonía: de los equipos pesados de madera y enormes parlantes estáticos, los usuarios pasaron a usar los portátiles, algunos tan diminutos que cabían en el bolsillo de un vestón o en la cartera de una dama. En febrero de 1960, un editorialista de *El Mercurio* clamó a los dioses por la irrupción de cierta legión de desatinados:

“Ya sucede una casualidad hasta previsible: que en un trolebús o en un microbús aciertan a coincidir dos o tres radiomaníacos. Cada uno toca por su lado, y entonces la conmiseración de los circunstancias pasa pronto a convertirse en manifestaciones de impaciencia y hasta de protesta. ¡Los portadores de radios portátiles a otra parte con su música!...”

### *El cuento del nacionalismo*

Transcurridos cuarenta años desde la llegada de los primeros inmigrantes palestinos, las autoridades aún se resistían a aceptarlos como ciudadanos que se ganaban la vida de manera decente. Los planes de colonización del Presidente Montt encontraron eco en el régimen del Presidente

Arturo Alessandri Palma. El 10 de agosto de 1937, el ministerio del Interior hizo saber públicamente que la Caja de Colonización Agrícola realizaba intensas gestiones en Holanda, Bélgica y Noruega para traer ciudadanos que serían instalados en nuestro país: los noruegos en Aysén; los belgas en Chiloé; y los holandeses en Reumel, zona del lago Llanquihue, donde, con recursos del estado, sería establecida una planta lechera. A comienzos de mes, el presidente de la caja, Óscar Villalobos, se había reunido con el Presidente Alessandri, entusiasta defensor del proyecto que contemplaba la construcción de casas para los inmigrantes y la entrega de animales, herramientas y máquinas. Alessandri dejó el poder y su iniciativa pasó al olvido, pero, en 1938, el reemplazante del León de Tarapacá, el Presidente Aguirre Cerda, sorprendería al país con la adopción de medidas atentatorias contra los inmigrantes.

En su discurso ante el Congreso, el 21 de mayo de 1939, el Presidente Pedro Aguirre Cerda lamentó que la política europea *empujara* hacia Chile a numerosos inmigrantes:

“Ello nos induce a presentaros un proyecto de ley que contemple este problema en su conjunto, y al respecto debo anticiparos que el actual gobierno, si bien carece de todo prejuicio en materia racial o religiosa, desea que, en forma ordenada y de control efectivo, se establezcan principios severos de inmigración, que permitan la incorporación a nuestra nacionalidad de elementos exclusivamente productores en la industria, la minería y la agricultura.”

El ala derechista de los parlamentarios radicales dio su apoyo a proyectos que contrarios a la apertura de países como Estados Unidos, Brasil y Argentina, donde los inmigrantes formaban importantes conglomerados multiétnicos.

Pocos días después que pronunciara su discurso ante el Congreso pleno, Aguirre Cerda envió un proyecto de ley cuyos principales artículos eran los siguientes:

“1°. Sólo los chilenos podrán ejercer el comercio por menor en el territorio de la República. Esta disposición comprende también a los llamados comerciantes ambulantes. Los chilenos por nacionalización sólo podrán ejercer el comercio por menor después de 5 años de obtener la carta respectiva.

“Artículo 4°. Si un negocio minorista actualmente estableci-

do se transmitiera a un extranjero por causa de muerte, éste (sic) gozará del plazo de un año para proceder a su liquidación.”

Dicha iniciativa obligaba a las municipalidades a remitir un informe mensual al Ministerio del Interior con la nómina de patentes otorgadas a comerciantes minoristas a fin de determinar su nacionalidad. El funcionario que contraviniese la disposición sería sancionado con reclusión menor en cualquiera de sus grados. Y el extranjero que hubiese obtenido patente comercial estaba expuesto a la pena de reclusión menor en cualquiera de sus grados o a una multa de entre \$500 y \$10.000 a beneficio municipal.

Como consecuencia de las restricciones una sensación de regocijo alentó a los comerciantes criollos. En junio de 1939, *La Mañana* elogió el nuevo giro gubernamental:

“La reserva del ejercicio del comercio minorista en Chile a sus hijos importa una iniciativa feliz. Una cuota muy importante de ese comercio está entre nosotros absorbida por extranjeros, en perjuicio directo y grave de los naturales del país, y se impone una medida de protección y defensa que, sin herir intereses creados muy legítimos, cierre para el futuro esa absorción radicalmente. Las leyes que han restringido la inmigración y creado múltiples suertes de cortapisas para el ingreso de extranjeros a los distintos países, son otra manifestación del espíritu nacionalista”.

Con la campaña en contra de los comerciantes minoristas extranjeros, el Frente Popular daba la espalda a ideales proclamados en su campaña preeleccionaria. Esta persecución guardaba similitud con las prácticas del nazismo alemán. En 1938, Adolfo Hitler impidió a los judíos fundar y administrar negocios.

Al promediar noviembre de 1939, *La Mañana* legitimó el proyecto de ley que prohibía a los extranjeros ejercer el comercio minorista:

“Así se eliminaría de golpe la afluencia de migrantes extranjeros y de otros elementos que llegan a nuestro país, no a producir nueva riqueza, lo que sería razón suficiente para permitirles el acceso, sino a distribuir y hacer circular la existente, que es en lo que consiste el comercio, giro que debe ser reservado a los nacionales, sin excepción.”

La política inmigratoria de entonces aplicó el doble estándar: el 12 de junio de 1939, en el vapor "Orazio", llegaron a Valparaíso cien judíos de origen alemán, rumano, húngaro y checoslovaco, autorizados por la Cancillería para residir en Chile.

Entre los miembros de la colonia árabe, además, existía la impresión de que el régimen favorecía el nacionalismo. Aguirre Cerda creó la institución "Defensa de la Raza y Aprovechamiento de las Horas Libres", con el objeto de *"salvar a nuestra raza, crear una nacionalidad firme y vigorosa dentro de los principios del respeto a los derechos, culto al trabajo, adoración a la paz, estímulo al sentimiento patriótico, superación del cariño al hogar"*.

El mandatario asumió la presidencia, y como secretario general fue designado Humberto Donoso. Con gran prontitud, en las grandes ciudades y pueblos cabeceras de comunas se instalaron centros para perfeccionar la raza. Jóvenes dirigentes prohibían el ingreso de gente foránea.

Como ciudadanos de tercera clase, los árabes seguían bregando para hacer frente al trato discriminatorio. La falta de educación también dificultaba sus negocios, según testimonio de Abraham Atala Zacur, en sus inicios modesto vendedor en San Pablo y Matucana:

"Muchos analfabetos, que vendían puerta a puerta con créditos, no sabían anotar el nombre ni la dirección de sus deudores. Inventaron un sistema parecido al de los carteros. Cuando la dueña de casa se entraba, hacían unas rayitas en algún lugar del frontis, las que iban borrando a medida que eran canceladas las cuotas."

Cientos de comerciantes ambulantes árabes recorrían apartados caminos para ofertar sus productos a comienzos de los años 50. Y como a ningún chileno se le había ocurrido entonces emular el trabajo de un semanero, desde lejos era posible identificar a los vendedores orientales por su indumentaria característica, según la descripción de Roberto Sarah:

"Usaban a la sazón alpargatas y una camisa rayada o blanca bajo un gastado saco de vestir que habían comprado de segunda mano a un ropavejero, todo lo cual confería a algunos de ellos una vaga apariencia de presidiarios, pues llevaban, además, el cabello siempre largo para ahorrarse el peluquero: cuando la longitud excedía de lo conveniente, cortábenselo unos a otros."

Hacia este ejército de individuos casi desharrapados enfilaron durante años sus críticas los integrantes de una red de 75.000 almacenes, farmacias, verdulerías, tiendas y mercados, que proporcionaban trabajo estable a 150 mil personas, sin considerar los funcionarios navieros, bancarios, de transportes camineros, ferrocarriles y muelles, sectores vinculados a la producción nacional. Finalmente, hubo de transcurrir mucho tiempo antes que los inconformistas acallaran sus denuncias.

En febrero de 1940, por instrucciones presidenciales, el Comisariato de Subsistencias y Precios, dependiente del Ministerio de Economía, aplicó un recargo del 10% como máximo de ganancia por las ventas a domicilio. *"Los infractores serán sancionados con el decomiso de la mercadería"*, advertía el decreto. El diario *La Mañana* reflejó la satisfacción del comercio establecido:

"Siendo el giro de que se trata de la especial devoción de elementos de inmigración económicamente indeseables, como los que han ingresado al país últimamente, es esta otra circunstancia la que contribuye a hacer especialmente recomendable y plausible la reglamentación antes referida".

Entonces era muy notoria la fuerte competencia de los *semaneros* en detrimento del comercio establecido, todavía incapaz de responder al agresivo plan de la entrega de productos en cuotas y sin pie:

"(Esta venta a largo plazo)... importa para el comprador un recargo de valor que va más allá de todo límite razonable con respecto a los precios que puede hallar en el comercio minorista establecido.

"Halagado el comprador con la expectativa de recibir inmediatamente la mercadería sin tener que pagar nada al contado, se compromete en un contrato de ventas a plazos con pagos parciales al término de cada semana que, sumados, en definitiva arrojan el resultado antedicho..."

El círculo se estrechó, finalmente. El Comisariato dispuso que los comerciantes a plazo o a domicilio se inscribieran en sus oficinas en cumplimiento de lo dispuesto en el decreto N° 108 del 6 de febrero de 1940.

Años después, el comercio establecido terminó por adoptar las ven-

tas a crédito. Es el sistema imperante hoy, que tanto éxito reporta a las grandes tiendas: vas al negocio, pides lo que deseas, firmas el contrato de compra sin dar un pie, pagas como te plazca.

Al Presidente Aguirre Cerda lo apremiaba el proyecto de consolidar los almacenes medianos y pequeños con capitales nacionales. En la sesión de gabinete del 31 de octubre de 1939 abogó por una ley que obligaría a las empresas industriales foráneas a que en el plazo de cinco años sólo contrataran chilenos, exceptuándose a aquellas que habían enviado funcionarios a especializarse fuera del país.

Durante años, las iniciativas permanecieron en el Congreso, sin que se adoptaran resoluciones acordes con las denuncias sobre competencia desleal.

Si durante el gobierno del Presidente Montt la burocracia actuó con diligencia para encubrir engaños relacionados con la política inmigratoria, durante el régimen de Aguirre Cerda hubo falta de discreción para ocultar un negocio muy comprometedor.

Aunque el mandatario radical le exigía actuar con honradez al personal de la administración pública, altos personeros del Frente Popular montaron una red de tráfico de judíos alemanes deseosos de huir del nazismo. A espaldas del jefe del estado, los funcionarios de su confianza cobraron en oro la entrega de pasaportes a hebreos que, además, recibían garantías *oficiales* para emprender actividades de lucro comercial en Chile.

Tan pronto se supo que el tráfico de personas comprometía al ministro de Relaciones Exteriores, Abraham Ortega Aguayo, parlamentarios liberales y conservadores presentaron una acusación constitucional contra el titular de la cartera.

En abril de 1940, el cónsul de Chile en Bremen (Alemania), Eleazar Vergara, principal inculpado, escribió una extensa carta a un hermano contándole que el 7 de junio de 1939 el ministro Ortega le había ordenado otorgar visa de inmediato a 400 judíos de un total de 3 mil en lista de espera desde hacía meses. Por tener dudas acerca del procedimiento a seguir, Vergara hizo una consulta al subsecretario de RR.EE., el 7 de julio de ese año, y el 14 del mismo mes éste le contestó que la orden era auténtica ya que emanaba del propio ministro. El cónsul procedió a documentarse ante cada caso, y atendiendo una recomendación del subsecretario, fotografió los expedientes. Muy pronto, y después de reunir otros antecedentes comprometedores, para el funcionario fue evidente que entre Bremen y Santiago de Chile estaba operando una mafia:

“Logré originales muy interesantes en que se ofrecían visas del Ministerio de Chile mediante el pago de cantidades que variaban en casa caso. Como este asunto me pareciera tan inmundado, me resolví a denunciar este escándalo tan lamentable al propio ministerio, con fecha 20 de julio mediante el oficio confidencial N° 156|29, al cual agregué copias fotográficas de los originales en cuestión. Yo esperaba que esta grave denuncia le pusiera término al negociado, pero el ministerio, lejos de proceder a una activa campaña de depuración e investigación, continuó mandándome nuevas órdenes de visas: llegué a tener más de 3.000 órdenes.”

A pesar de las instrucciones, Vergara dificultó cuanto pudo la aprobación de las visas por cuanto a determinados funcionarios no les importaba la cuestión humanitaria sino la obtención de millonarias recompensas. Además, Vergara inició gestiones para obtener su traslado a otro consulado en Europa:

“La actitud pasiva de mi parte para visar pasaportes a granel motivó una enérgica nota del ministro, en la cual me prohibía solicitar documentos a los judíos, debíendome contentar sólo con la carta de nacionalidad del interesado.”

En cinco meses, Vergara cursó 157 visas, lo que provocó el malestar del ministro, quien dispuso reemplazarlo por un aviador aficionado llamado Roberto Costábal, desconocido en el servicio exterior chileno.

Los inmigrantes árabes no interesaban a los burócratas capitalinos. La atención estaba centrada en los hebreos que se instalaron en nuestro país gracias al oro importado desde Alemania. Acerca de la riqueza de los judíos, el escritor Joaquín Edwards Bello comentó lo siguiente el 13 de mayo de 1940:

“A los israelitas se les ve en Santiago en todas partes: en ciertas horas, el Correo, la Plaza de Armas y algunas casas de café parecen pedazos de ciudades europeas trasladadas por ensalmo a nuestra ex franciscana ciudad de hace 50 años.

“Los israelitas cuyo número nadie podría dar con exactitud, han traído dinero en grandes cantidades y su influencia es visible: compran comercios grandes y pequeños, transforman los sistemas

y salas teatrales, acaparan las industrias de moda, dominan en los remates e inundan de mercadería frívola o artículos de París.

“No se les va un detalle. Vienen a triunfar, a moverse y a dar nueva vida, a luchar. En las calles se les ven armados, desde temprano, de maletines, de carteras, de paquetes; miran, observan, van de un lado a otro, cuentan con sus créditos, sus sociedades, su prensa, su sinagoga de puro estilo oriental. Se protegen entre sí.”

### *Adiós a las tradiciones*

En menos de una generación de inmigrantes, la lengua materna entró en desuso: además de mis padres, sólo mi hermano mayor hablaba árabe. Fue la mayor pérdida, la ruptura con las tradiciones orientales.

Siendo joven alcancé a conocer la última costumbre de nuestra comunidad resignada al modo de vivir de los chilenos. Al suscitarse una cuestión grave se constituía el consejo de familia integrado por padres, hermanos, tíos y cuanto pariente estuviese cerca a fin de aprobar o rechazar el futuro matrimonio de un hijo. Se exigía unanimidad al elegir a la novia. Si el interesado no encontraba a una chica en su familia, viajaba a Palestina para contraer matrimonio. Los inmigrantes no consideraban idóneas a las jóvenes chilenas. Esta tradición ya no existe, pues la colonia ha asimilado las costumbres criollas. Ahora es común que nuestros sobrinos y nietos se casen con oriundos o descendientes de extranjeros.

Dedicados a trabajar muy duro para sobrevivir, nuestros padres y abuelos también se olvidaron de la música y los bailes árabes. Era impensable crear academias para mantener vigentes las usanzas de la patria. Cuando llegó a Talca un cotizado trovador oriental, tuve la oportunidad de disfrutar mi primera audición de música árabe, cuando ya no brindaban mucho placer los discos rayados por las agujas de acero del viejo fonógrafo Pathé. El tenor Chami se presentó un fin de semana de abril de 1939 en el Centro Unión Árabe de Talca. Las palabras que precedieron a su actuación fueron pronunciadas por mi hermano Rafael, muy preocupado entonces de llegar a ser un *grande* de la política nacional.

Chami despertó añoranzas en el auditorio integrado por gente de la colonia. Mis padres soportaron la melancolía, pero hubo quienes sollozaban al evocar la patria. Laudista de categoría, Chami venía de actuar en teatros y radios de Santiago. Antes había dejado una estela de recuerdos gratos en Uruguay y Argentina.

A la salida del teatro, los árabes más entusiastas se juramentaron para promover las tradiciones, pero, con el tiempo, los deberes cotidianos fueron más poderosos que sus sueños. Sólo perdurarían las comidas tradicionales y los encuentros en familia con motivo del año nuevo. Después de los abrazos cantábamos la canción nacional de Chile como un reconocimiento a la tierra que nos había acogido. Entre las voces destacaba la de mi padre. Pese a nuestros ruegos, nunca quiso retornar a Palestina. Su mayor empresa consistió en viajar a Santiago, pero tan pronto terminaba sus negocios, enseguida volvía a Talca. En la capital le faltaba el aire y padecía de fobia por el multitudinario desplazamiento de personas de gestos agrios, ensimismadas en sus problemas.

Cincuenta años después de la llegada del primer árabe a Talca, superados la discriminación y los viejos rencores, los inmigrantes mostraban trayectorias ejemplares. De pobres y perseguidos pasaron a comerciantes y empresarios, algunos de ellos muy ricos. Con gran honor para nuestra familia, el primer reconocimiento de la comunidad talquina a un árabe le fue otorgado a mi padre el 6 de julio de 1978, cuando tenía 68 años de edad.

Abuelos querendones fueron los viejos Tarud. Amaban a sus nietos sin distinciones, a las pequeñas visitas las mimaban obsequiándoles golosinas, celebraban las festividades y cumpleaños sin dejar nombres al olvido.

Daniel Tarud Rumié, uno de los nietos al que mis padres profesaron cariño entrañable, ahora se desempeña como agente del banco BHIF de Talca. Desde su perspectiva, Daniel considera como el más valioso de los legados recibidos el principio de la moral pública y privada:

“Los abuelos marcaron nuestras vidas. Vivieron aplicados con gran sentido familiar a defender a los suyos, a veces sobreprotectores, pero ello era así por el cariño que nos profesaban. Eran trabajadores tenaces. Nunca supe que le desearan mal a alguien. Predicaban con el ejemplo: jamás exigieron a los demás lo que ellos no podían cumplir. Nuestro abuelo fue un hombre íntegro y bondadoso, sabio en sus consejos. Siempre decía que la santidad se

expresa no sólo en la asistencia dominical a misa y el firme apego a lo que dicta la religión cristiana, sino que también se debe ser consecuente al vivir sus valores. Expresaba una franqueza a veces dura, pero sabía del perdón oportuno. Tenía gran respeto por los semejantes, un gran sentido de humanidad, virtudes de las que hay gran carencia en nuestra sociedad. Y la abuela era otro ejemplo de abnegación. Bajo su fragilidad se ocultaba la fuerza de voluntad para superar los problemas. Trabajó con tal intensidad que sus últimos años los pasó postrada en cama por padecer de una hemiplejía. Aún así, estaba siempre informada de lo que ocurría con toda la familia. Se fijaba metas: quería ver el matrimonio de aquella persona con ésta, y movía contactos hasta lograr el objetivo.

Se podrá impugnar de mil maneras la idea de que los hijos del rigor y las privaciones encaran de mejor manera la vida, pero no admite discusión alguna que los niños demasiado abrigados desde el comienzo se acostumbran a un pasar exento de dificultades, y como todo se les hace fácil, carecen de fortaleza para superar las adversidades. Con su carácter algo rudo pero cariñoso, mis padres desalentaron la holgazanería. No hay pedagogía más eficaz que una mano firme dispuesta a levantarlo a uno cuando se cae.

Uno cree de manera desalentadora que cuando llega a la edad madura los demás suelen ignorarlo, que no hay lugar en su corazón para un individuo que de manera regularmente penosa inicia la cuenta regresiva. Es un error pensar que las cosas son así. Mi sobrino, Juan Antonio Rock Tarud, vicerrector académico de la Universidad de Talca, se encuentra en la etapa final de su doctorado, que sin dudas obtendrá de manera brillante en Estados Unidos. Hace poco me envió una emotiva nota sobre mis padres:

“Recuerdo a mis abuelos Jorge y Rahme como un ejemplar matrimonio, cada uno absolutamente entregado al otro, aportando lo mejor de sí para sacar adelante a su familia. Ambos dotados de una profunda fe en Dios; tal vez ésa era su más profunda raíz de conexión con la tierra que los vio nacer.

“Al abuelo Jorge lo recuerdo como una persona muy sociable, cariñoso con sus nietos. Él observaba el mundo con su prisma

de bondad. Era un hombre justo, que practicaba la virtud del perdón con sorprendente autenticidad e incluso sacrificio. Tenía una gran sabiduría para interpretar la vida, poseía la sencillez evangélica de los ricos de espíritu. Era un hombre interesado en lo que ocurría en el mundo y gozaba de las celebraciones familiares. Fue un esforzado trabajador hasta los últimos días de su vida. Personificaba los valores más sentidos de nuestra comunidad.

“A mi abuela Rahme la recuerdo como una mujer tenaz, inteligente, abnegada, extraordinariamente trabajadora, siempre dispuesta a apoyar a su marido. Poseía un elevado orgullo familiar, se esmeraba por evitar la humillación que podría generar una potencial situación de pobreza. Era cariñosa con hijos y nietos. Tenía una notoria predilección por sus hijos varones, lo que, seguramente, era el reflejo de una tradición ancestral.

### *Modesto imperio*

En el invierno la población Edén nadaba en el barro. Entonces llovía con una intensidad que ha ido decreciendo con los años, a la par que la vegetación de la zona central. Las techumbres eran coladeros de agua. En primavera el sol obsequiaba cálidos rayos que se posaban sobre las camas. Con mi hermano mayor, Manuel, contemplábamos llenos de júbilo esas partículas de polvo dorado ascendiendo a través de fantásticos haces luminosos.

Se desconoce a quien bautizó la población con el nombre de *Edén*. Nada más distante del Paraíso que aquel conjunto heterogéneo de casuchas divididas por tembleques cercos de palos y alambres de púa que servían de colgaderos de ropas lavadas.

Tiempo atrás estuve en la población Edén. Ha cambiado tanto que ahora es imposible conectarse con los días remotos. Las antiguas construcciones terminaron abatidas por la pala y la picota; y donde hubo un árbol gigantesco ahora se levanta una casa de dos pisos, con mansarda, un moderno castillejo de maderos barnizados. Tampoco existe la piedra chancuana, testimonio de la breve permanencia de los incas en esa zona.

El bosque de don Pedro Serra desapareció y las antenas de televisión reemplazan a los árboles de antaño.

En la población Edén nació la mayoría de los hermanos Tarud. El primero, Antonio, murió a los 18 años de edad, de bronconeumonía. Entonces no había antibióticos. Mis padres vieron con impotencia cómo se extinguía la vida del primogénito. Sobrevivimos Manuel, María, Rafael, Arturo, Elena, Graciela, Hilda y yo.

Manuel, tiene 88 años de edad. Es un trabajador empedernido. No sabe hacer otra cosa en la vida que levantarse muy temprano pensando en la hora en que abrirá su negocio.

Tarea nada de fácil es ser el hijo menor de la familia. En uno convergen las miradas de reproche de los hermanos mayores que a cada paso ven disminuidos sus privilegios. La proximidad con mis padres me comprometía: estaba enterado mejor que nadie de las dificultades que enfrentaban para alimentar a una familia tan numerosa. Yo era beneficiario de escarmientos aminorados por la tolerancia: *Al más chico no se le castiga con dureza*. Pero a tal ventaja se agregaba un inconveniente casi ofensivo: cada cierto tiempo recibía como herencia el terno remendado de mi hermano inmediatamente mayor. A los 10 años de edad, con la toma de conciencia de mi inferioridad, empecé a reclamar con cierta estrategia: lanzaba la protesta y enseguida tomaba prudente distancia. Cuando cumplí 12 años, mi madre se avino a darme en el gusto y me llevó donde el sastre de la colonia, para que me confeccionara un traje de terciopelo azul. Durante un mes soñé con la chaqueta y el pantalón largo. Me veía caminando airoso por la Plaza de Armas, provocando la envidia de otros chicos de mi edad, que no lucían tan elegantes como yo. En mi cuaderno de tareas dibujé un calendario. Cada mañana tachaba el día anterior, ansioso al ver cómo se acercaba la entrega de mi ropa nueva. Durante la prueba final en casa del sastre la decepción enfrió mi entusiasmo. El corte de las prendas me había conferido un aire de niño-niña, o de varón delicado, si se quiere. El domingo de estreno oficial intenté rechazar el terno, pero mi padre me previno:

—¡Te lo pones de inmediato o pierdes los centavos para ir al cine!

La corte de los Tarud marchó hacia la Plaza de Armas a presenciar la retreta de la banda policial. Deseaba ser tragado por la tierra. Nunca antes me sentí tan ridículo al creer que todos los transeúntes me observaban irónicamente.

En casa me esperaba el bálsamo de los días festivos. Deliciosos platillos árabes que mi madre preparaba no obstante sus múltiples ocu-

paciones. ¿Cómo se daba tiempo para atender a un regimiento alborotador como el nuestro? En los primeros años no hubo sirvienta. Al amanecer se levantaba antes que nadie, sin hacer ruido. A veces adivinábamos que estaba en la cocina porque nos llegaba el aroma del café de trigo tostado o del pan recién horneado. Servía el desayuno en silencio. Adelantaba el almuerzo, aseaba las habitaciones y a las 10 de la mañana ya estaba junto a mi padre atendiendo la paquetería “La Esmeralda”, en 11 Oriente. En la noche, mi madre revisaba nuestras tareas. Entre risas y correctivos aprendía a la par que nosotros. Era la última en acostarse. Durante cuarenta años vivió según el mismo ritmo cotidiano en contraste con esta modernidad que tanto favorece la pereza.

Las expresiones de mi madre estaban marcadas por una gran economía de palabras, pero era otra cuando se enojaba. El ceño fruncido, los ojos airados y el semblante rojo anunciaban la proximidad de un temporal. Luchando con denuedo para no utilizar vocablos árabes, en su medio castellano nos llamaba la atención con el rigor equivalente al de una paliza.

Es propio de los orientales su inclinación al recogimiento espiritual. Cuando yo era adolescente vagabundeaba por las calles de Talca, visitando con frecuencia dos o tres negocios de árabes. A pesar de mis pláticas desenfadadas era difícil sustraerlos de su ensimismamiento. Aquellos aires de gravedad daban a entender que vivían *mirando* hacia el interior de sí mismos, desconectados de la realidad. A don Ahmed, un viejito amable y generoso, no era posible distraerlo cuando, perdida su mirada en los edificios del frente, se desentendía de mis saludos y de las sacudidas que le daba para que se despertara de aquellos raros ensueños.

A los occidentales les cuesta entender la espiritualidad árabe. De manera errónea, sus narraciones místicas y poesías suelen ser apreciados como insulsos. Durante siglos, los moradores del desierto han convivido con el silencio de los arenales. Disfrutaban de la soledad, la apreciaban como un complemento natural. Los árabes se diferencian de los occidentales en que éstos son vividores innatos y siempre obsesionados por las apariencias.

Desde el comienzo de sus actividades comerciales, los orientales trabaron estrechas relaciones con los ciudadanos más pobres de este país. Eran sus clientes más fieles los *patipelaos*, los jornaleros y los campesinos. Nadie puede desconocer que nuestros inmigrantes labraron su estabilidad asociándose con la clase más retrasada.

Fraccionado rígidamente el país en dos categorías —ricos y pobres—,

el poder adquisitivo de los primeros se dirigía a los negocios de mayor prestigio; y los últimos mendigaban crédito en almacenes de barrio, con libreta en mano donde el comerciante apuntaba las ventas: 1/4 de azúcar, 1/2 de harina flor, 3/4 de porotos, 1/2 de arroz, 3/4 de aceite.

Recuerdo el Chile de la gente humilde, de sus casas húmedas y pestilentes, con cuartos sin ventanas, sin baños, las calaminas a la vista, muros al desnudo y el frío colándose por entre los toscos maderos.

El paisano que se iniciaba en un negocio estaba compelido a juntar centavo a centavo, sin distraer su pequeña fortuna en gastos dispendiosos. Aquella economía de guerra los obligó a escalar pausadamente durante décadas de ahorro y trabajo. Nada surgía de un día para otro. La modesta fortuna atesorada por mis padres fue el producto de cuarenta años de labor inacabable, sin vacaciones, con gastos muy moderados.

Entre los favorecedores de nuestra familia había un chileno travieso y amable, propietario del local de "La Esmeralda". De figura menuda y ágil, a fin de mes aparecía don Venerando Gutiérrez. Tomaba asiento en la silla de mi padre, echaba unas tallas picarescas, ponía en juego sus habilidades de pronosticador del tiempo y sacaba conclusiones acerca de las próximas cosechas.

Rehuyendo el tema de la cobranza, el visitante declaraba un propósito amable antes que financiero. Mi padre comprendía que esa cháchara vivaz de don Venerando era una mera evasiva. Al cabo de media hora abría el cajón y sacaba el sobre con el dinero.

—Don Venerando, aquí está lo suyo...

—Pero, mi señor, ¡cuánto apuro!... Si no le estoy cobrando...

—Pero yo le estoy pagando...

En los años 40, don Venerando empezó a sufrir de gota y reumatismo, también de soledad por la muerte de su esposa. Sin hijos, la vida se le hacía cuesta arriba. Una mañana, llegó agitado como si lo persiguiera el diablo:

—Señor Tarud... ¡Lo decidí, lo decidí!...

—¿Qué decidió, don Venerando?

—Le vendo mis locales...

—¡Es mucha plata!... No he ahorrado tanto...

—Mire, eso lo arreglamos después...

Mi padre no cabía en sí de estupor.

—Comprendo que esté sorprendido, pero usted es un hombre honesto y puntual.

—¡Tenemos que ir a la notaría!...

—¡Qué notaría ni ocho cuartos!... Basta con un apretón de manos, sin papeleos engorrosos, como en los viejos tiempos.

Aunque los nuevos locales eran pequeños, rendían lo suficiente para costear las necesidades hogareñas.

Pasado el mediodía del sábado se entornaban las puertas. Después de almuerzo mis padres juntaban los vales de crédito, sumaban y restaban. ¿Resultado? Pan para la semana entrante, luz, agua.

¿Diversiones? Muy ocasionales. Sólo en los últimos años solían reunirse los días domingos con otros integrantes de la colonia. Nadie medraba con cargo a los escasos recursos del pariente más próximo. Y si por ventura uno de los más necesitados solicitaba un préstamo, devolvía lo concedido hasta el último centavo, y sin intereses.

Nunca estuvimos descalzos ni desprovistos de ropas. No eran prendas de las mejores pero nos servían. Y un remiendo oportuno salvaba la camisa o el pantalón del inminente paso a retiro.

Después de vivir en la población Edén, la familia se radicó en una antigua casona de 1 Norte; años más tarde en 1 Sur 9 Oriente, donde fui el último en nacer.

El *regimiento* de los Tarud se desplegaba en cuatro dormitorios grandes.

La casa era antigua, de cielo alto y adobes gruesos, fresca en verano, cálida en invierno. Allí viví la adolescencia, los sueños y las frustraciones. Un día mi padre sorprendió a todos al anunciar su decisión de legarme la vivienda.

Construida con anterioridad a 1900, al fondo del enorme patio interior había una Virgen del Carmen a la que le tributábamos rendida devoción.

Los Tarud fueron cristianos desde tiempos inmemoriales. En Belén acudían a la misa dominical, costumbre en la que mis padres perseveraron en Talca. ¿Árabes en misa? Por supuesto. Conocían los cánticos y las palabras rituales tanto como el más ilustrado de los criollos.

*Del liceo a la radio*

La primera noción acerca del genio y el talento que uno recibía al ingresar al Liceo de Hombres de Talca se relacionaba con el eclesiástico cuyo nombre perpetúa el establecimiento al que tanto amó el filósofo y gran maestro, don Enrique Molina Garmendia. El plantel lleva el nombre de "Juan Ignacio Molina". Más que a Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera, Manuel Bulnes y Manuel Rodríguez, entre profesores y alumnos se manifestaba una idolatría por el naturalista, lingüista e historiador. El discurso de recepción anual comenzaba y concluía con referencias acerca del insigne abate Molina. Era nuestro santo patrono, el modelo decimonónico de la sociedad talquina.

El abate Molina nació en la hacienda Guaraculén, en la ribera sur del río Maule, el 23 de junio de 1737. Hablaba seis idiomas. A los 20 años de edad fue designado catedrático y bibliotecario de la Casa Grande de la Compañía de Jesús en Santiago. Fue profesor de la Universidad de Bolonia y miembro de su Academia de Ciencias. El emperador Napoleón lo distinguió al nombrarlo miembro del Instituto de Italia. Pero el logro monumental del abate Molina fue su "Historia Natural y Civil de Chile", publicada entre 1776 y 1810. Veintiséis ediciones en siete idiomas le granjearon prestigio universal.

Con motivo de la inauguración del año lectivo, la primera clase magistral del rector, don Carlos Soto Ayala, versaba sobre la vida y obra del ilustre religioso. Y en el mismo tono grandilocuente también se expresaban nuestros queridos maestros, Hilda Villarroel, Guillermo Silva, Lautaro Torres, Mariano González, Osvaldo Aguilera y Manuel Norambuena. Todos en perseverante sintonía común.

El liceo talquino fue creado el 5 de julio de 1827 por decreto del Vicepresidente de la República, Francisco Antonio Pinto, y del Prosecretario de Instrucción, Melchor José Ramos.

Ante la literatura, yo rendía mis armas. Si me aplicaba en las clases de castellano recibía como premio una salida al frente, para recitar versos. Mis preferidos eran Víctor Domingo Silva, Gabriela Mistral, Gustavo Adolfo Bécquer y los hermanos Machado. Durante años guardé un ejemplar del profesor Juan Guzmán Maturana en cuyas páginas había poemas sencillos y conmovedores.

En las veladas hogareñas, los mayores aguardaban que los deleitaran con una *gracia*. En vista de que mis hermanos profesaron otros intereses —el deporte, los primeros romances—, yo siempre esperé que las miradas se volvieran hacia mí:

—¡Que recite, que recite!...

Muy poco le costaba a mi padre imponer silencio. Su mirada severa aquietaba sin demora a los juguetones. Por ser el menor de la familia me concedían el privilegio de mortificarlos con unas actuaciones que ahora juzgo eran algo ridículas. No sé de dónde sacaba una voz que martillaba los oídos. Después entendí que la recitación llama al recogimiento espiritual. Desbarata el acto de magia quien lanza los versos como ametralladora, sin reparar en las necesarias cadencias a que obliga el verso.

Cuando supe que visitaría Talca una joven recitadora llamada María Maluenda, le imploré a mi madre que me regalara los dos pesos que costaba la entrada al Teatro Municipal. Desde el balcón divisé a una muchacha ataviada con un vestido vaporoso de color celeste y un ramo de ilusiones sobre el pecho. María marcaba cada frase doliente con rostro de pena infinita y brazos agitados como un remolino. Sus versos hablaban de padecimientos amorosos, traiciones y muertes a lo Margarita Gautier. Unos chuscos de la galería se rieron cuando ella sobreactuó para imprimirle un ritmo más dramático a la declamación. Al terminar la función, ella nos obsequió uno de sus poemas:

*Caminé por mil caminos  
hasta llegar a una noche  
que tenía más estrellas  
que las que tienen las noches,  
porque era una noche mía.*

También disfruté del privilegio de asistir a un recital de Berta Singerman, argentina, viajera impenitente. En Chile estuvo veinte o treinta veces, qué menos. Debutaba en el Teatro Municipal de Santiago, con un repertorio de poemas para gente refinada. Días después, Singerman emprendía gira hacia el norte o el sur del país, ofreciendo un programa de obras sencillas, al alcance del pueblo que deseaba más sentimiento y menos intelecto.

Aún guardo unos recortes en que la Singerman se refiere a su peculiar estilo declamatorio. Conocida como *la patrona de la poesía americana*.

na, en el escenario se prodigaba con unos contrastes maravillosos, inflexiones calculadas, voces tronantes, a veces unos susurros celestiales.

La declamadora afirmaba que su arte era un diamante que debía labrarse con mucha aplicación:

“Quien desee recitar bien tiene que someterse a una preparación lenta y sacrificada. Debe aprender interpretación en una escuela dramática, estudiar canto para la modulación de la voz, estudiar literatura y pintura, aprender a caminar bien, a dirigir con gracia los movimientos estudiando danzas rítmicas.

Por buena conducta en casa y el liceo, también me premiaban con dinero para ir a la función de cine dominical.

Mis hermanos Rafael y Arturo eran los deportistas de la familia. Primero se interesaron por el atletismo, después por el tenis, que sólo practicaban quienes pertenecían a las familias aristocráticas de Talca. No me agradaba ver corriendo durante horas a dos o cuatro individuos para responder los tiros de sus rivales. Mis hermanos solían encontrarse en las canchas del Club de Tenis Palestina de Talca con sus inseparables amigos, Alfredo Chat, Miguel y Antonio Zaror.

Por apasionarme tanto con las letras, terminé restándole tiempo a las operaciones aritméticas. Entonces me inculcaban en casa la idea de que debía perseverar en los números, para hacerme cargo algún día de la paquetería “El Cairo.

No obstante mi empeño, un maestro exigente ahondó mis pesares, en 2º año de Humanidades, y no pude remontar los *colorados*. Al domingo siguiente, debí acatar la orden paterna:

—¡No hay cine!...

Mi madre tampoco estaba de buenas para otorgarme el perdón. En la noche, una vecina irrumpió en casa con la noticia del día: un niño había muerto y otros diez resultaron heridos durante una estampida que se produjo en la función de matiné del cine “Palet”. De manera descuidada, uno de los espectadores de platea tiró al piso un cigarrillo encendiéndose que rodó hasta quedar atrapado en el cortinaje de la puerta de escape. Otro concurrente lanzó el grito *¡incendio, incendio!*... En la galería, más de trescientos menores de edad huyeron despavoridos hacia la escalinata para escapar de las llamas. Bajo el tumulto pereció un pequeño de siete años. Durante semanas el vecindario comentó la tragedia ocurrida el 25 de junio de 1939.

Fui un alumno de carácter retraído, nunca una estrella de primera magnitud. Finalmente, hubo desaliento en casa cuando se dieron cuenta que las matemáticas no serían el factor predominante en mi *currículum vitae*. Como yo disfrutaba con las clases de historia, las guerras, invasiones, actos heroicos, Roma y Grecia, mis padres abandonaron las esperanzas de que yo asumiría el control del modesto negocio familiar.

En 4º de Humanidades mi tiempo libre lo dedicaba a la revista *Prisma*.

Siempre son unos pocos los que se desvelan. Las madrugadas nos sorprendían en la vieja imprenta, vigilando que no se desmontaran los clichés.

Colmaban mi agenda las ediciones trimestrales, el interés por los asuntos liceanos, la labor social entre alumnos y maestros.

Suelen ocurrir encuentros providenciales. Una mañana corrió la voz que había entrado a la rectoría un celebrado artista.

—Raúl, ¿viste a Alejandro Flores?

—¡No!

Los radios de Santiago difundían entonces los recitales de Flores, a quien yo escuchaba con gran interés. Era mi modelo como inspirado declamador.

El rector don Carlos Soto Ayala me llamó a su oficina.

—Tarud, te voy a presentar a uno de nuestros artistas más famosos...

—¿...?

—Alejandro Flores, mucho gusto.

De traje cruzado, alto, rostro moreno, ojos de profundo mirar, nariz aguileña y ademanes gentiles, era el mismísimo Alejandro Flores (1896-1962), entonces camino al mito, conocido por sus libros de versos *Alondra* y *La Oración del Siglo*, y sus obras teatrales, “El derrumbe”, “Mal haya tu corazón”, “A toda máquina”, “Match de amor”, “La comedia trunca” y “El brindis”.

—Raúl, puedes entrevistarlo para la revista del liceo —dispuso el rector.

Nació una gran amistad entre ambos. Contrariando las advertencias familiares, decidí salir en gira con la compañía de Alejandro Flores.

La hora de almuerzo era la más propicia para dar noticias a la parentela acerca de los nuevos planes. Mi padre siguió comiendo con la calma de siempre, mis hermanos sofocaron las risas, pero mi madre ardía en ganas de darme un correctivo por el atrevimiento de haberles dicho que me iba de casa. Más tarde, ella me dio una lección acerca de

los peligros que corrían los jóvenes imberbes que abandonaban sus hogares, para sufrir hambre y quizás que otras penurias junto a saltimbancos alcoholizados y adictos a otros vicios perturbadores. Fui inflexible, pero le garanticé una ausencia de dos o tres semanas, en gira por la zona central del país. Ella mantuvo su negativa. Entonces le repliqué con el último argumento posible:

—¿Y cómo, usted y mi padre se lanzaron a recorrer el mundo cuando eran unos niños?...

Su rostro se llenó de afecto. Ahora le tocaba a uno de sus hijos emprender una aventura de corto alcance.

Partí con la Compañía Nacional de Comedias de Alejandro Flores cuya obra principal en cartelera entonces, “Casa de mujeres”, de Vicente Suárez de Deza, se consideraba como “impropia para señoritas por su crudo argumento, aunque su finalidad es de regeneración y moralidad”.

La llegada de los artistas despertaba gran interés. Los principales de la comunidad —el alcalde, el jefe policial, el cura y el director de la escuela— visitaban la residencial para saludar al celebrado artista, encomiarle por sus éxitos y obtener un autógrafo.

Mi aporte consistía en ofrecer un recital de poemas románticos. También participé en pequeños papeles en obras tales como “Algún día será”, muy en boga entonces.

El fin de fiesta estaba a cargo de Alejandro Flores. Los números precedentes no daban en el gusto del auditorio inquieto por ver a su ídolo. Tan pronto aparecía Flores en el escenario, la gente quedaba prendada de ese actor alto, dueño de una voz poderosa y rica en matices. Mientras recitaba sus poemas la emoción cundía entre los espectadores. Al pronunciar Alejandro las últimas palabras de su cantar lastimero y apasionado, esperábamos una salva de atronadores aplausos, pero entre el público gravitaba un silencio religioso, agitados los corazones por sentimientos exaltados.

Casi el mismo efecto de asombro provocaba Chela Bon, una actriz hermosa, ágil como una adolescente y vanidosa. Jamás aceptó un papel secundario. Hubiese sido una humillación insoportable para ella tener que hacer de reemplazante.

A fines de los años 40, los famosos *teatros móviles* de la época representaron el esfuerzo titánico de actores y modestos empresarios dispuestos a abandonar el gran Santiago, rendidos por las pugnas para obtener un buen local y no ser avasallados por los competidores. En provincias, la contienda no era menos dura.

Permanecí poco tiempo en la compañía de Alejandro Flores. Siempre deseé llevar una vida más estable, con horario y sin la tensión de saber que de la venta de boletos dependían nuestros modestos ingresos.

Retorné a clases y a la dirección de *Prisma*. Gracias al prestigio que alcanzó la revista del liceo, el propietario de radio Lircay de Talca se avino de buen grado a cedernos un espacio de una hora, los lunes, miércoles y viernes. Mariano Arias, primo de Carlos Dandurain, tocaba el violín; Silvia Céspedes el piano, y yo recitaba. El programa “Arpegios” duró diez años. Fue el primer intento para vincularnos a la radiodifusión.

Entre 1940 y 1970, las emisoras nacionales influyeron sobre la sociedad chilena como un elemento complementario de la educación y el buen gusto. A ningún productor se le hubiese ocurrido echar mano de libretos vulgares para ganar sintonía.

A la radio Lircay íbamos todos los días. Era menester preparar el programa “Arpegios” como si fuese una joya a la que uno tuviese que pulirla sin pausa. A menudo nos llegaban cartas emotivas de personas amantes de la poesía y deseosas de perfeccionar sus conocimientos. Solíamos naufragar en la búsqueda de los datos precisos cuando el solicitante ahondaba en materias complejas: que la métrica latina o griega, las modalidades acentuales o silábicas, las sílabas fonéticas, las sílabas métricas, las sílabas rítmicas, la sinafia, el octosílabo, el pie quebrado, los versos alejandrinos, las combinaciones estróficas...

La poesía romántica daba sus últimos aleteos. Poetas chilenos y extranjeros introdujeron cambios tan profundos que sus obras pasaron a ser del dominio de especialistas. El lector común no estaba educado para remontar más allá de los hermanos Machado, Gabriela Mistral, las primeras obras de Neruda y Vallejo, todo lo de Carlos Pezoa Véliz, Manuel Magallanes Moure y Víctor Domingo Silva. Las elites culturales restringieron su arte al ámbito de la minoría ilustrada, rehuyendo a los autores de versos sencillos. El profesor de castellano del liceo de Talca, don Reginaldo Gutiérrez, insistía en que debíamos cultivar la poesía popular, y concederle un lugar trascendente en nuestras aficiones culturales:

—Los intelectuales de alto vuelo escriben de manera correcta, sus poemas tienen un buen esqueleto pero les faltan médula, nervios y sangre...

Un día venturoso me llamó el director de la radio “Lircay”:

—Jovencito... ¿Aceptaría trabajar conmigo?

—Lo que usted diga...

—¿Se atrevería a contratar avisos?

Al día siguiente salí a la calle con un maletín que me obsequiaron mis padres, seguros de que esta vez tomaría distancia de los ensueños poéticos.

Desde la mañana hasta la noche visitaba los negocios apelando a una paciencia a toda prueba. Algunos propietarios eran renuentes a contratar avisos:

—¿Publicidad? ¿Para qué?, —respondían, enfatizando su idea de que el *chaucheo* diario los recompensaba en grado suficiente para tener un buen pasar.

Ante los clientes más tercos me esmeraba en lucir una sonrisa ancha aunque quisiese increpar al amarrete. Los comerciantes de medio pelo hacia arriba examinaban el contrato con lupa, reparando en detalles insignificantes para tener la seguridad de que todo estaba en regla.

El avisaje de radio Lircay creció lento pero seguro. Los principales clientes eran la Joyería Vilas, Productos Calaf, Calzados Yarza, Tintas Nobel, Laboratorio Chile, Medias Labán, Tiendas de la Plaza, El Nuevo Siglo.

Fue en esa época cuando compré mi primera billetera. De cuero negro y buen tamaño, con numerosos compartimentos, parecía destinada a honrar a un propietario afortunado. Cuando recibí mi primer sueldo en la radio fui al Banco de Talca a cambiar el cheque. Esperé en una larga fila. A mi turno le pasé el documento al cajero. Lo revisó y todo marchaba bien hasta el momento en que el funcionario me hizo una pregunta insólita.

—Catorce pesos a pagar, señor... ¿Cómo los quiere?

—En dinero...

—Desde luego, señor, en dinero, pero ¿cómo?

—En dinero...

El cajero se despojó de la antigualla de lentes ópticos que usaba, se atusó el bigote y dio la orden imperiosa:

—¡Que pase el siguiente!...

—¿Y yo?

Fui atropellado ignominiosamente, protesté y el cajero se avino a pasarme los catorce pesos de mi primer sueldo. Después entendí que uno puede cobrar en billetes grandes o chicos.

Ese año de 1945 egresé de Humanidades. El negocio publicitario rendía tan buenos dividendos que el patrón practicó un inesperado giro

a la chilena. Me propuso reducirme el porcentaje en las ventas y el sueldo mínimo, pero como no acepté, contrató a otro pasante con la mitad de lo que me pagaba.

La actividad comercial de nuestra familia estaba radicada en la tienda "El Cairo", propiedad de la sociedad Tarud Limitada, compuesta por nuestros padres y sus tres hijos mayores. Ellos advirtieron que, después de mi paso desalentador por radio Lircay, el futuro se veía nebuloso y decidieron que yo me instalara como único propietario del negocio.

### Edad del corazón

A los 17 años, el semanario *Vea* era la única señal explícita acerca de la anatomía femenina. En sus páginas abundaban las mujeres luciendo trajes de baño marca "Catalina". Cada viernes, día de la llegada de la revista a Talca, nos entregábamos a la emocionante tarea de calificar las graciosas prominencias. Aquellas chicas del vodevil eran nuestras diosas íntimas. A impulsos del éxito editorial y del atrevimiento de las bailarinas, *Vea* descubría cada vez más centímetros de piel. Y en cada oportunidad, la iglesia católica emitía su condena para sancionar la desvergüenza de algunos medios de comunicación. En la tarea fiscalizadora mostró una gran eficacia el presbítero Enrique Rivera, secretario del Obispado de Talca. Las películas tampoco se salvaban de la interdicción. El 22 de noviembre de 1939, la jerarquía condenó una producción cinematográfica que hoy podrían ver hasta los párvulos:

"La cinta 'Éxtasis', que hoy se exhibirá en uno de los teatros de la ciudad, ha sido clasificada por nuestra censura como abiertamente inmoral. La Autoridad Eclesiástica, deplorando esta exhibición, recuerda a los fieles que la moral católica prohíbe asistir a espectáculos de esta naturaleza."

Con o sin censura, para nosotros no tenían precio las páginas de *Vea*, con sus fotos de atrevidas bataclanas santiaguinas y parisienses. Adorábamos los grabados. Los comentarios se transmitían a media voz, como si fuesen los secretos iniciáticos de una hermandad medieval. Tal

era nuestro máximo descaro porque nadie se habría atrevido a recibir un beso volado desde la acera del frente. Las esquelas románticas pasaban de mano en mano a través de gentiles mensajeros siempre temerosos de que un adulto descubriera contenidos tan explosivos como unas promesas de amor eterno o el día y hora de la próxima cita en la Plaza de Armas, donde las jóvenes parejas se sentaban a prudente distancia, observadas por severos paseantes que solían horrorizarse al ver a unos jovencuelos tiernamente entrelazados.

Queríamos ser *grandes*, para disfrutar a nuestras anchas. Nos estaba vedado el acceso a las cenas bailables. A la hora de onces se reunían en las confiterías los jóvenes que buscaban pareja sentimental, y, a diferencia de los adultos, las conversaciones estilaban un pudor incomprendible para los chicos de ahora.

Por fin, llegaba el verano; por fin había campo expedito para los menos afortunados: Constitución estaba democrátizándose paulatinamente al desplazarse las familias pudientes hacia las playas del litoral central.

A comienzos de enero nuestra familia se instalaba en una pensión.

En el balneario florecieron los primeros romances. Mi primo, Nelson Tarud, pololeaba con una hermosa jovencita llamada Carmen Valdovinos, y su hermana, Paulina, fue mi primer amor, pero ella nunca lo supo.

Los sueños juveniles se mantenían a ras de piso; sólo los más audaces tomaban vuelo al involucrarse en arrebatos pasionales muy mal vistos por una sociedad atravesada por el disimulo y la hipocresía. Sabíamos de buena fuente que *equis* se había enredado en un adulterio con *zeta*, pero *equis*, como padre de familia serio y responsable, mostraba a todo el mundo una actitud de tribuno romano impoluto. A los novatos nos estaban prohibidas todas las picardías que deleitaban a los adultos. Como entonces era imposible pensar en cubrirse la cabeza con una toalla para besar a la prometida en la playa, mi máximo acercamiento con Paulina se produjo accidentalmente, cuando le toqué la mano. Ella hizo un mohín de fastidio. Le pedí perdón pero sus ojos verdes tan seductores me observaron con frialdad, lo que me provocó una angustiante sensación de rechazo. No pude articular palabras durante toda la tarde. Mi primo presentía que mi actitud ocultaba una gran contrariedad.

Llegó el fin del verano. Al despedirnos como dos camaradas de juegos playeros, quise retenerle su mano pero ella me traspasó con una mirada indiferente. Años después la vi en un salón. Atravesé por entre decenas de personas que disfrutaban de un cóctel. Estaba sola, quizás

esperando a alguien. No pude reprimir el deseo de revelarles mi secreto. Le conté que había sido mi primer amor, que por ella me desvelé durante las noches de Constitución. Paulina manifestó un estupor lleno de gracia. Nunca se imaginó que hubiese ocurrido algo así, pero la evocación sólo causó en ella el efecto de una anécdota muy especial.

Se equivocan quienes afirman que el dinero no importa cuando dos personas se aman. ¿Contigo, pan y cebolla? La fórmula es una bobería hollywoodense. Y vaya que lo sé bien. Paulina pasó a ser un recuerdo amable. Meses después conocí a una linda chica recién llegada de Roma. Sus fascinantes ojos azules, el pelo trigueño, su andar cimbreante, su figura opulenta... Mireya Bertucci pertenecía a un clan de prósperos molineros italianos avecindados en Talca. El pololeo se ciñó a estricto protocolo. Un día, ella retornó a su patria y nunca más supe de la hermosa romana. Después, por intermedio de un amigo común, fui presentado a una joven llamada Isabel Said, integrante de una respetable familia de origen árabe. La relación duró lo que un suspiro.



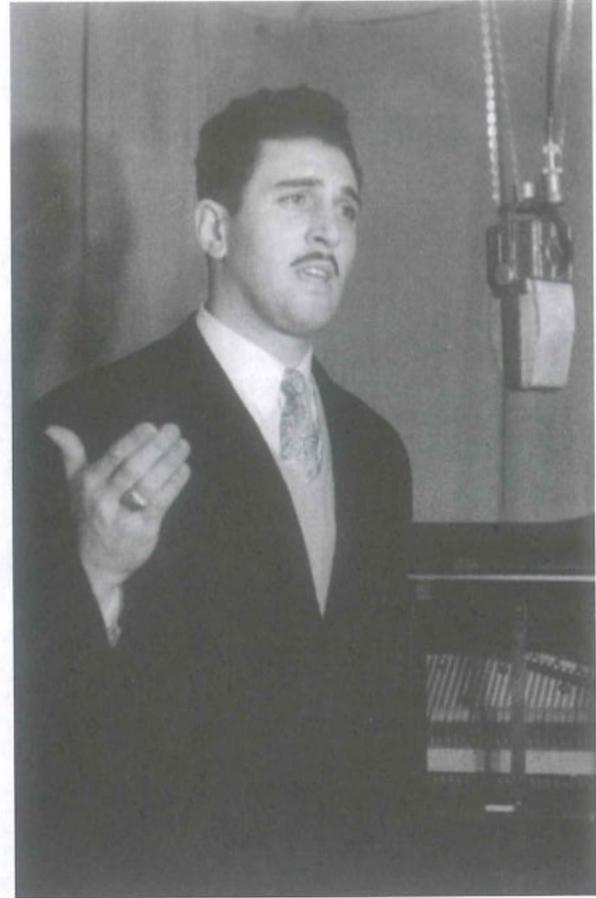
En primer plano, Raúl, el menor de los hijos de la familia Tarud Siwady. De izquierda a derecha, sus hermanas Elena e Hilda; su madre doña Rahme Suadi; su padre, Giries Tarud; Manuel, el mayor de los hermanos, y Graciela, otra hermana. De pie, en segundo plano, su tía Lucila; su hermano Rafael, futuro senador, y sus hermanas María y Arturo.



Belén: La casa en que vivían los abuelos y padres del autor.



Los ocho hermanos que componen hoy la familia Tarud Siwady.



Recital ofrecido en Radio Cooperativa por Raúl Tarud.



1968: Celebración del aniversario de la Radio Portales en calle Ahumada.



El autor con su esposa, doña Natalia Aravena.

## Tercera parte

---

### *Nacimiento de radio Portales*

Después de dar un recital en radio Condell de Curicó decidí que había llegado el momento de conquistar a la gran capital. En la radio Americana de Santiago se me abrieron las puertas de una audiencia más amplia, y en radio Cooperativa Vitalicia me acogió con amabilidad un joven llamado Adolfo Yankelevich. El mismo se encargó de presentarme antes de mi segundo recital, que en buenas cuentas fue el último.

Descubrí un mundo atractivo en las emisoras capitalinas. *"Lo dijo la radio", "lo recomendó el locutor tanto", "siga el consejo de la animadora tal"...* La sociedad empezaba a ser bombardeada por una nueva tendencia, tan efectiva que modificó las costumbres sociales y económicas. La radio y la publicidad penetraban sin golpear la puerta. Al comprar un aparato receptor y adoptarlo como elemento hogareño imprescindible, obtenías un beneficio adicional: si te desagradaba la compañía del locutor o te disgustaba la música, bastaba girar la perilla para recobrar el silencio.

Esta pasión perdurable se inició cuando mi padre llevó el primer receptor de radio a casa. La pequeña caja parlante de caoba inundaba el ambiente de música y palabras. El día que visité radio Lircay me propuse una meta ambiciosa: ser dueño de una estación.

Con 22 años de edad inicié en Santiago los trámites ante el servicio encargado de fiscalizar a las radioemisoras. Si en estos días la burocracia dificulta las iniciativas privadas basándose en una densa maraña legal, a comienzos de los años 40 cualquier ayudante adoptaba aires de



Premio entregado en 1984 por la Cámara de Comercio de Santiago al Cardenal don Francisco Fresno y a Raúl Tarud por su labor de bien público.

emperador, y sin demora estampaba el no rotundo en el voluminoso papeleo labrado a fuerza de gestiones en la notaría, el conservador de bienes raíces, la gobernación, la intendencia, la tesorería y la municipalidad. El argumento predilecto era el de que no había cabida en el dial para otra emisora en Talca.

Los espacios radiales podían ser arrendados, para comercializarlos después, pero yo carecía de recursos. Retorné con las manos vacías a Talca.

Alguien me habló de un empresario llamado Tulio Valenzuela. Fui a verlo. En Santiago, él también había gastado dinero y tiempo, sin obtener la concesión radial. Narraba su experiencia con profundo disgusto. Conocía a todo el personal de la subsecretaría encargada de autorizar la instalación de las emisoras, se paseó por el Ministerio del Interior, buscó apoyo entre senadores y diputados, pero de la radio, nada.

—Se lo digo de corazón, señor Tarud... No intente caer en el mismo juego... Es imposible sacarle una autorización al gobierno... Perderá hasta la camiseta...

—¿Me puede mostrar sus papeles, señor Valenzuela?

Quedaron a la vista decenas de oficios con la respuesta del mismo tenor: “Por ahora, no ha lugar a su estimada solicitud...”

El voluminoso legajo no me arredró. Adquirí los derechos de don Tulio y me asocié con mi cuñado, Abraham Hasbún. La proeza mayor consistió en reunir el dinero para abordar una empresa de resultado incierto. Hasta el último peso dio motivo a discusiones. En la familia contábamos con un apoyo irrestricto; entre los amigos y potenciales contribuyentes primaba el temor al fracaso. Fue necesario que mi futuro suegro, Jorge Aravena Carrasco, entonces presidente del Banco del Estado, acudiera a La Moneda, a solicitar la merced pertinente. Nadie le dijo no, y pronto logramos la concesión CB 102 Radio “Diego Portales”.

Como propietario de la tienda “El Cairo” yo registraba un historial bancario irreprochable. Tal fue el argumento que hizo valer ante el directorio el agente del Banco de Talca, Waldo López. Con el crédito compramos una casa que albergó las oficinas de la estación, la planta transmisora y los equipos fabricados por el ingeniero Pedro del Campo en su taller de Santiago.

El 11 de marzo de 1958 inauguramos la radio Diego Portales, de gran calidad técnica, con la novedad del ecorama, una característica que la distinguió entre las emisoras de la zona central. La planta transmisora estaba ubicada en el camino a Maule y la antena fue construida por

Socometal, empresa de Eugenio Heiremans. El ingeniero del Campo armó un transmisor de 2 kilowatts que cubría la zona comprendida entre Linares y Curicó.

Mi suegro gestionó la participación en la ceremonia inaugural del elenco artístico de radio Corporación. Allí estaban Anita González la Desideria, el celebrado cómico y actor Ricardo Montenegro, el compositor Donato Román Heitman...

El primer director fue Gastón Vivado, padre de la actriz Sonia Viveros. Su familia vivía en los altos del edificio donde funcionaba la emisora. La pequeña Sonia jugaba en el patio, indiferente ante el intenso movimiento porque los auditores entendían que la Portales era un alero hópito bajo toda circunstancia.

Al materializarse este primer proyecto de la radio Portales se dio comienzo a una nueva modalidad en la radiotelefonía. Dejábamos atrás los programas de lento desarrollo, marcados por un ritmo anticuado, y comenzaba la era del contacto amable entre locutor y auditor, lo que ahora se conoce como *espacio interactivo*. Los animadores irradiaban un estilo ameno, privilegiando los gustos del público. La radio tenía que ser un medio de cultura y de apoyo a las causas sociales.

Al conocerse la noticia de que la Portales de Talca ya estaba en el aire, llegaron numerosos muchachos que aspiraban a ser locutores, oficio bien visto porque daba cierto prestigio en provincias. Así fue como aparecieron buenas voces entre personas que antes habían incursionado en teatros de aficionados.

Gastón Vivado era el motor del proyecto. Excelente locutor y asiduo lector de buena literatura, se prodigaba ordenando que todos actuaran con aplicación y seriedad. Vivió tan intensamente esos primeros meses que ninguno de nosotros supo que padecía un cáncer al que hizo frente redoblando sus energías con ímpetu juvenil. En cuestión de semanas la enfermedad terminó por minar su resistencia. Su muerte fue un duro golpe que nos costó asimilar porque Gastón estuvo muy vinculado al nacimiento de la emisora talquina.

Enfrentados a tan grave emergencia fue necesario llenar el puesto con otro profesional. Y llegó Enrique Maluenda, un joven alto, de maneras correctas y hablar pausado. Parecía un caballero antiguo.

Mientras las emisoras de la competencia languidecían con su estilo fuera de época y repetido, la Portales incendiaba el dial. Hubo tres locutores de gran valor: Carmen Palma, Liselotte Bach y Erasmo Gatica. Piezas vitales en una época en que en Chile la locución pasaba por su

más alto nivel, con profesionales dignos de lucirse en emisoras tan cotizadas como la BBC de Londres, la radio Nederland, la Voz de América y la Radio Nacional de España.

Formamos una pequeña compañía de radioteatro y gracias al auge publicitario hubo recursos para llevar los fines de semana a artistas de la talla de Arturo Gatica, Los de Ramón, Jorge Romero "Firulete", la Orquesta Huambaly. El sábado, cientos de personas hacían fila desde temprano para ingresar al pequeño auditorio de 80 butacas ubicado en 1 Norte 7 y 8 Oriente.

Portales de Talca tenía dos salas de locución —una de uso diario y otra para grabar programas y spots—, una discoteca con buen material nacional y extranjero. De 6 a 9 horas, el departamento de prensa entregaba un noticioso regional y hacíamos cadena con Cooperativa a través de una línea telefónica no siempre en condiciones óptimas para recibir con nitidez su señal. Eran nuestros reporteros, Candia, López y Villarroel.

A Carmen Palma le correspondía la tarea de mantener a los auditores pendientes de la transmisión. Su estilo se basaba en el sentido común: nada de recetas culinarias para ricos ni charlas rebuscadas sobre conflictos matrimoniales.

Los locutores se ceñían a libretos redactados por Mario Ramos, esposo de Carmen. Los escritos constituían la pauta rígida. Una de las deficiencias de la radiotelefonía chilena es la falta de libretistas. Los últimos redactores trabajaron hasta finales de los años 90, pues los engulló el hoyo negro de las economías innecesarias. Ahora les entregan los micrófonos a muchachos audaces, cuyo vocabulario es elemental. Por carecer de ideas interesantes recurren a lo peor del lenguaje. Cuando bromean con los radiocontroladores, les envían mensajes que sólo entienden ellos, mientras los auditores ignoran de qué se trata aquella conversación salpicada por chistes de mal gusto. En mis tiempos era impensable que un locutor divagara por su cuenta entre lo absurdo y lo grosero.

Los noticieros se irradiaban a las 8, 12, 13 y 20 horas. A las 21 horas Portales difundía espacios de música romántica. Y los domingos, después de almuerzo, la música clásica en grande. Alguna vez presentamos óperas de Puccini, Verdi y Wagner, pero muy pronto fue evidente que el gran público prefería las sinfonías de Beethoven y Mozart antes que las monumentales tragedias y episodios épicos en italiano y alemán.

Fuerte influencia ejerció entre nosotros la notable radiotelefonía argentina de los años 50 y 60, probablemente la mejor del continente en

habla hispana. Radios "El Mundo" y "Splendid" estructuraron sus programas con reputados libretistas y cómicos. Lisa Ben de Barajas y Luis Sandrini nos señalaban el camino para imitarlos creando espacios que concedieran todas las respuestas al público: noticias, amenidades, cultura, música, radioteatros. Habría constituido una expresión de mal gusto cederles los micrófonos a contadores de chistes que se ensañan con los individuos más desgraciados de la sociedad, los analfabetos, los borrachos, los limitados físicos y psicológicos.

En pocos meses, la Portales de Talca tenía una sintonía sin precedentes en la zona central. Con tres periodistas, cuatro locutores, cinco radiocontroladores, dos empleados administrativos y un discotecario, nuestra estación era un modelo de eficiencia, con gastos e ingresos equilibrados. Mi cuñado administraba la emisora y yo atendía la programación y la publicidad. Aunque no nos presionaba la urgente necesidad de lograr una fortuna, pronto llegamos a la conclusión de que Santiago nos esperaba con las puertas abiertas si demostrábamos en la capital el mismo grado de acometividad.

En Talca librábamos una *guerra sin cuartel*. Los propietarios de las radios Lircay y Lautaro vieron crecer nuestro proyecto pensando con el criterio del negociante que no se inmuta porque al lado se instaló un competidor. *Igual habrá ganancias para todos* suelen decir los más optimistas, sin advertir que la nueva empresa plantea el desafío de obligarlo a uno a luchar por el primer puesto.

Al cabo de un año, don Hernán Vaccaro, propietario de la Lircay, admitió que la torta no alcanzaba para las tres emisoras de Talca. Sin mal ánimo me dijo un día:

—Es demasiado fuerte el antagonismo. Aquí sobra uno... y como yo no estoy dispuesto a desgastarme compitiendo con ustedes, me voy mañana mismo...

Después de vender su propiedad se instaló en Chillán, con otra radioemisora que le ha reportado mayores beneficios que los que hubiese obtenido en caso de permanecer en Talca.

*Portales se traslada a Santiago*

El Presidente Carlos Ibáñez inició su segundo mandato después de ganar las elecciones presidenciales, al superar a Pedro Enrique Alfonso, Arturo Matte y Salvador Allende. El general puso en marcha el Ministerio de Minería, el Banco del Estado, la Corporación de la Vivienda y el Instituto de Seguros del Estado; reformó la ley electoral y al derogar la ley de defensa de la democracia, el Partido Comunista reingresó a la política después de permanecer proscrito durante el gobierno de Gabriel González Videla.

En el PAL militaba gente deseosa de escalar en servicios fiscales convertidos en fuentes proveedoras de empleos. Los parlamentarios del PAL actuaron con suma diligencia en la remoción de miles de funcionarios opositores —eficientes o ineptos, daba lo mismo—, para reemplazarlos con simpatizantes veteranos o recién llegados. Entonces no existía el concepto jurídico de la propiedad del empleo.

Mi hermano Rafael y mi futuro suegro, Jorge Aravena, eran apasionados agrariolaboristas. Elogiaban las bondades de la colectividad y el futuro resplandeciente que aguardaba a sus militantes. Al cabo de una tarea de convencimiento paternal, me inscribí en el partido de gobierno.

Las campañas preeleccionarias fomentaban un crecimiento partidista ficticio. Los recién llegados al PAL no se contenían para ocultar sus ambiciones. En la asamblea provincial de Talca, los militantes se batieron por esos días en duelos implacables a fin de obtener los codiciados cupos parlamentarios y de regidores. Debido a que el carné del partido nos obligaba a acatar sin protesta los acuerdos de la cúpula, pronto empecé a rebelarme en contra de los caciques. Reacio a soportar por más tiempo ese ambiente de ramada dieciochera, al cabo de tres meses hice ver mis reparos, pero fui expulsado con cajas destempladas.

Aravena lamentó mi decisión de alejarme del PAL. Además de presidente del Banco del Estado, había sido ministro de Agricultura y de Salud en el gabinete de Ibáñez. Para todos los efectos institucionales, era un excelente apoderado, muy influyente, aunque su modo de actuar guardaba distancia de los negocios turbios. Jorge Aravena sostenía que la política chilena estaba marcada por el legado de nuestros ancestros criollos, donde primaban la contienda tribal y las componendas, pero que, finalmente, los hombres de bien y sus causas nobles prevalecerían sobre los oportunistas.

La única gracia que obtuve del Partido Agrario Laborista fue que en una de sus actividades conocí a mi futura esposa, Lidia Natalia, hija de Jorge Aravena Carrasco, a quien iba a buscar todas las noches en automóvil porque entonces vivían en un fundo de Maule. Durante una comida del partido quedé prendado de la estupenda muchacha. Nos casamos en 1952. Entonces viví una experiencia que estuvo a punto de frustrar mis planes matrimoniales. Yo tenía 18 años de edad cuando me sedujo una agraciada morena, de ojos verdes y magnífica figura. La amistad se transformó en romance. A partir del primer encuentro, aquella tarde de domingo, cuando Isabel caminaba por el centro de Talca, la atracción mutua no dejó lugar a dudas que había gran afinidad. Al cabo de unos meses empecé a madurar la idea de transformar el pololeo en una relación perdurable.

Es cierto aquello de *pueblo chico, infierno grande*. Cuando todo parecía marchar de la mejor manera, un entrañable amigo me visitó para revelarme lo que todo el mundo sabía, menos yo: después de nuestros encuentros, Isabel ventilaba de noche el más apasionado idilio con un argentino. Sólo horas después que ella aparentaba un cariño a toda prueba, se dirigía a un lugar discreto de la ciudad, donde sostenía sus encuentros con el otro muchacho. Esa misma noche le representé a Isabel su deslealtad y falsas promesas de amor. Al verla abatida por las pruebas e incapaz de desmentirlas, puse término de inmediato al pololeo. Tiempo después aparece Lidia Tany Aravena como una prometedor novia, seria y respetable. Aquella noche en que ella fue a buscar a su padre a la sede provincial del Partido Agrario Laborista me acerqué a ambos para saludarlos. Confiando en que podíamos ser amigos, Tany aceptó mi invitación para tomar once en la confitería Palet. Diez meses duró el noviazgo. Con pleno acuerdo de nuestros padres decidimos contraer matrimonio. Durante las semanas siguientes nos dedicamos a los preparativos nupciales. Cursamos invitaciones al Presidente Carlos Ibáñez del Campo y su esposa, a la totalidad del gabinete, senadores, diputados y jefes de servicios.

Días antes de la boda recibí una advertencia telefónica de Isabel:

—¡Estoy dispuesta a provocar un grave escándalo con tal de impedir que te cases!...

A fin de que mi novia no se llevara la sorpresa más grande de su vida le narré la historia, no con el propósito de conseguir clemencia sino para hacerle ver que yo no aceptaba la burda maniobra de persona tan desleal. En la tarde siguiente me dirigí al centro de la ciudad. Después

de dejar a Tany en el negocio de mi primo Nelson Tarud, acudí donde Isabel, que estaba en ascuas, simulando ser víctima de una grave traición. Como no se avino a conversar en privado hablamos en la calle, mientras la gente pasaba a nuestro lado, intrigada por la discusión:

—Te ruego que no lleves adelante tu idea descabellada de armar un altercado el día de mi boda. Nosotros terminamos nuestra relación hace mucho tiempo, y aquí no hay nada más que hacer...

—¡Me lastimas, me causas daño!...

—¿Olvidaste tu relación con el argentino?

—¡No es cierto!... ¡Esa es una falsedad que alguien inventó para perjudicarme!...

En vista de su intransigencia, el diálogo degeneró en palabras cargadas de resentimiento. Le advertí que no toleraría la acusación de paternidad que ella pensaba endosarme. Isabel representó magníficamente su papel: parecía una aventajada actriz dramática. La dejé hablando a solas, con su furia y su despecho tan bien logrado. Fui de inmediato a ver a mi futuro suegro, quien entonces era intendente de la provincia de Talca. Al describirle los detalles, Jorge Aravena perdió los colores. Aunque tenía conciencia de la tempestad que se avecinaba, sólo se limitó a guardar silencio. Le insistí:

—¡Jorge, tienes que hacer algo para controlar esta situación que me puede superar, con grave perjuicio para todos nosotros!... ¡Vienen el Presidente, ministros, políticos!... ¡No me veo junto a Tany enfrentando un chantaje!...

Aravena mantuvo un mutismo inexplicable. Abandoné su despacho muy intranquilo. Me sentí desprotegido por quien yo pensaba administraría de inmediato las medidas para controlar a la desquiciada muchacha. Poco antes del casamiento, fijado para las 19 horas del día siguiente, mis hermanos montaron guardia en los alrededores del templo, dispuestos a contener a Isabel con la mayor discreción y alejarla del lugar. Acompañado por mi madre me dirigí a la puerta de la iglesia, a la espera de mi novia. Entré en pavor cuando vi llegar al Presidente Ibáñez y a su esposa, custodiados por numerosos funcionarios policiales. Si mi ex polola lograba sortear la vigilancia, frente a nuestras familias y la primera autoridad del país yo sería el protagonista del más bullado escándalo de los últimos años.

Al mandatario lo había conocido semanas antes, por intermedio de mi futuro suegro. Al extenderle la invitación para que asistiera a mi boda, el general accedió con agrado:

—Usted es hermano de Rafael, mi entusiasta favorecedor en la provincia de Talca. Téngalo por seguro: voy a llegar puntualmente...

En el templo, Ibáñez saludó a mi madre con ese modo acogedor y paternal que prodigaba a sus íntimos en La Moneda. De pronto fui cogido por una fuerza poderosa, izado del suelo, aventado. Quedé a merced del bullicio ensordecedor en el mismo instante en que el Presidente tomaba asiento en la primera fila de bancas cuyos extremos estaban profusamente adornados de flores. ¡Dios mío —balbuceé—, ahora sí que se armó la grande! Era el momento más desgraciado de mi vida. Adentro aguardaban autoridades, parientes, numerosos amigos de la colonia árabe. No hay modo de describir con precisión el nerviosismo que sentí. La película se aceleró sin freno posible. Estaba a segundos de vivir el caos absoluto. Recuperé la conciencia cuando alguien se acercó para informarme que los gritos provenían de jovencitas deseosas de ver a los novios, pero fue tal su entusiasmo que sobrepasaron el cordón policial y derribaron a dos carabineros. Alertado por el bullicio, el oficiante, monseñor Manuel Larraín Errázuriz, salió al atrio para llamarles la atención a las revoltosas, encareciéndolas que guardasen respeto por el templo.

Al llegar Tany acompañada de su padre, me adelanté, a fin de esperarla en el altar. Con la sensación de que los pies me pesaban como plomo, el corto tramo me pareció interminable. Al término de la ceremonia temí lo peor. Nos rodearon varios familiares, apremiándonos para abandonar la iglesia sin demora. En el Club Español, lugar de la recepción, mis hermanos permanecían vigilantes con el objeto de cortar el paso a Isabel. Fueron horas de sobresalto. Cada mano que se alargaba en medio del mar humano para congratularnos, me parecía que era la de ella. Sólo al día siguiente supe que mi suegro ordenó al jefe de Investigaciones de Talca, comisario Manuel Leiva, retener a Isabel en el recinto policial. Interrogada por los detectives, ella dijo que había decidido provocar un escándalo con el propósito de obtener dinero, pues estaba consciente que el padre de su hija era el joven argentino. Finalmente, Isabel se perdió en la noche, para siempre.

Después de mi abrupta salida del Partido Agrario Laborista, decidí consolidar a la radio Portales. A comienzos de 1959 empecé a viajar a Santiago para tomar contacto con las agencias publicitarias, MacCann-Erickson y J. Walter Thompson. Retornaba los viernes a Talca, convencido de lo ventajoso que sería instalar una filial de Portales en el

corazón capitalino. En este proyecto medió mi hermano Arturo, dispuesto a materializar el sueño del pibe. El dinero provendría si no a raudales por lo menos en cantidad suficiente. Formamos una sociedad anónima. Empezamos a vender acciones entre los amigos de Talca, Curicó, Linares y Longaví. Fue una tarea ardua convencer a quienes poseían medios económicos, pues sólo estaban dispuestos a invertir si les otorgábamos plenas seguridades de que sus aportes no se volatilizarían de un día a otro. Logramos reunir el capital y elegimos el pomposo nombre de la naciente corporación: Emisoras "Diego Portales" Sociedad Anónima...

Surgió entonces una nueva dificultad. En una agitada reunión, el director de Servicios Eléctricos me manifestó que era imposible que nos otorgara una concesión porque no había más cupos en el dial. Ante mi insistencia, el funcionario ordenó al jefe de área que realizara un estudio. Al cabo de varios meses de espera me informaron que había una concesión disponible, CB 59, de 10 kilowatts de potencia, ubicada entre radio Sociedad Nacional de Agricultura y radio La Reina.

Fue providencial la colaboración de mi suegro. De intendente de Talca había pasado a ocupar la cartera de ministro de Salud del Presidente Carlos Ibáñez. Cuando nos cerraron las puertas con negativas rotundas, Jorge Aravena Carrasco interpuso sus influencias: los porfiados tramitadores de ayer se vieron obligados a desempolvar sus papeles hasta encontrar la fórmula que resolviera nuestra demanda.

A fines de 1959, el Ministerio del Interior aprobó la concesión radial de 10 kilowatts de potencia para la frecuencia CB 59, en el extremo izquierdo del dial.

La nueva sociedad aspiraba a tener equipos del más alto nivel. Nos obsesionaban los folletos de las modernas y bien implementadas estaciones norteamericanas, como la WRUL de Nueva York, donde Raúl Matas había trabajado como locutor estrella del área latinoamericana.

Una vez más contratamos al ingeniero Pedro del Campo, quien, sin demora, inició la construcción del equipo transmisor. Desde el comienzo el capital se hizo insuficiente, y con el objeto de no retrasar el proyecto, a del Campo le propusimos que se incorporara como socio: él aportaba el transmisor a la sociedad anónima y recibía acciones proporcionales. Nuevas remesas permitieron la compra de un terreno de 5 hectáreas, en la comuna de Conchalí, donde fueron construidas dos antenas direccionales que cubrirían el 80 por ciento del territorio nacional mediante un equipo de onda corta. Con el dinero restante habilitaríamos los estudios y un auditorio de 140 butacas.

Del Campo puso en juego toda su experiencia en el nuevo equipo que en modo alguno sería similar al que tuvo la radio Cooperativa Vitalicia de Valparaíso en los años 50, cuando su señal se recibía en Alaska y Madrid.

En todo momento, Pedro estuvo al corriente de las dificultades económicas.

Una mañana no pudo reprimir un gesto de desaliento:

—Raúl... ¡Esto no da para más!...

—¿Qué pasa?

—Los últimos cincuenta mil pesos se esfumaron sólo en la importación de parte mínima de los tubos y el modulador.

—¿Tan mal estamos?

—Si no tenemos un modulador de primera línea será imposible aprovechar de la mejor manera los voltajes proporcionales para controlar las variaciones en la intensidad de oscilación o la frecuencia instantánea de la portadora.

—¿...?

—No importa que no entiendas la parte técnica, pero asegúrame que no perderé todo mi esfuerzo en un proyecto destinado al fracaso...

—Ten confianza, Pedro... No desmayes...

Pero el dinero proveniente de la publicidad difundida por la Portales de Talca era insuficiente para adquirir el equipo de 50 kilowatts. Tomé una medida extrema: vendí a mi cuñado en 15 millones de pesos la casa que con tanto sacrificio yo había comprado en Talca. Empecé a golpear las puertas de poderosos inversionistas, para convencerlos de las bondades del negocio radial: recibí negativas rotundas, sólo les interesaban ganancias substanciosas en el menor tiempo posible.

Pedro del Campo seguía trabajando en el nuevo transmisor y nos endeudábamos con proveedores de partes y equipos. La cadena de compromisos bancarios y refinanciamientos parecía no tener fin. Hasta ese momento, la sociedad había invertido 300 millones de pesos, una cifra enorme para la época.

Al terminarse los fondos acudí al empresario Jorge Yarur, propietario del Banco de Crédito e Inversiones. Nos recibió de manera muy fraterna pero se negó a incorporarse como socio. El tiempo le demostraría que no tuvo ojo para el negocio radial. Mi hermano Arturo tampoco tuvo éxito en las gestiones para atraer a la familia Hirmas. El mismo resultado obtuvimos en las reuniones con la mesa directiva de la Sociedad Nacional de Agricultura. La desesperación cundía. Entonces llamé

al senador Salvador Allende, quien deseaba tener un medio informativo al servicio de su causa, pero a última hora se desistieron quienes aparecían como financistas.

Cuando los vencimientos estaban próximos a expirar, jugué la última carta dispuesto a saltar al vacío. ¿Por qué no acudir al senador y abogado liberal, Eduardo Alessandri Rodríguez? Éramos rivales políticos: él representaba a Talca, y yo siempre manifesté leal adhesión a mi hermano, el senador Rafael Tarud. A pesar de ello, estimulaba mi interés en ponerme en contacto con él su calidad de integrante del directorio de Algodones Hirmas. Yo carecía de antecedentes acerca de su modo de pensar. Ignoraba si después de plantearle un asunto tan grave él exigiría una *recompensa* por los servicios solicitados, costumbre muy común en esos años, aunque partidos y dirigentes afirmaran que sus negocios públicos y particulares se ceñían a procedimientos inmaculados.

Planteada la solicitud de una audiencia, el secretario del senador me llamó para que fuera al Congreso un martes al mediodía. Al cabo de prolongada espera vi salir de la sala a Eduardo Alessandri. Nuestras reacciones fueron distintas: él sonreía con expresión bonachona, yo temblaba. Su voz suave y pausada, sus ojos inteligentes y bondadosos, revelaban a un Alessandri de distinta hechura. Mientras almorzábamos le expliqué el proyecto.

—Usted es integrante del directorio de la Sociedad Algodones Hirmas...

—Efectivamente...

—Los Hirmas han rechazado días atrás una proposición nuestra para ingresar como socios mayoritarios a radio Portales...

—¿Entonces?

—Le pido que usted intervenga a favor nuestro, y los convenza de que la radiotelefonía también puede ser muy buen negocio para ellos...

—Haré la gestión, pero no le garantizo el éxito. El jueves próximo venga a tomar el té conmigo...

El día tan esperado fui a la oficina de Alessandri, quien me recibió muy animoso:

—Vamos, don Raúl, arriba ese ánimo...

—¿Cómo le fue, senador?

—El negocio está arreglado...

—¿...?

—Los Hirmas le van a ceder a usted la radio Cristóbal Colón de

Valparaíso. Aportarán 42 millones de pesos a cambio de las acciones que emitirá radio Portales. ¿Le parece bien?

Me contuve para no expresar mi alegría con un grito de alborozo.

Superada la deuda que de manera tan irresponsable contrajimos —lo admito paladinamente—, Pedro del Campo se aplicó con entusiasmo a terminar el transmisor de 50 kilowatts.

En la sociedad radio Portales, los nuevos socios, los Hirmas, pasaron a controlar el 30%; Arturo Tarud el 3%; yo el 30%; y Abraham Hasbún, el 25%. El 12% restante quedó repartido entre pequeños accionistas. Nassir Hirmas fue designado presidente del directorio integrado por Eduardo Alessandri Rodríguez, Arturo Aldunate Philips, Alfonso Ardizonni (representante de Duncan Fox), el senador Julio Durán Neumann, el abogado Sergio Diez, Arturo y Raúl Tarud.

A paso lento fuimos equipándonos con tornamesas, consolas, grabadoras y micrófonos. Teníamos los muebles pero nos faltaba legalizar la autorización para iniciar las transmisiones, contratar a los funcionarios y arrendar o comprar las oficinas. La última tarea fue la más complicada: convencer a don Arturo Matte Larraín que Renta Urbana haría un buen negocio si nos vendía aunque fuese parte del décimo piso de su propiedad ubicada en Agustinas 1022, a metros de calle Ahumada.

Don Arturo nos preguntó quiénes éramos, quiénes nos respaldaban, de qué magnitud eran nuestros medios económicos. Como respuesta categórica le brindamos seguridad de que no sería defraudado. Aquella palabra empeñada en 1959 se cumplió a cabalidad. Años después, al pagar la última cuota mensual, el 80 por ciento del piso terminó siendo propiedad de la emisora.

Con casa lista y los equipos casi a punto de ser estrenados, nos dedicamos a buscar profesionales competentes. De un extremo a otro del dial no eran diferentes los enfoques noticiosos, los programas hogareños y los radioteatros; todo era marcado por el mismo ritmo en la locución y las selecciones musicales.

Me puse en contacto con un ejecutivo radial ingenioso y creativo: Alfredo Lieux, director artístico de radio Minería. Lieux venía llegando de una visita a varios países europeos, donde conoció los últimos avances en programación. Estaba dispuesto a cambiarse de tienda. Cuando en noviembre de 1959, Lieux hizo llegar su renuncia a la Minería, su director propietario, Hernán Videla Lira, se indignó, llevando la mal-

querencia con nosotros al extremo de no olvidar jamás que él había sido víctima de una traición.

Entre los puestos esenciales de la emisora figuraba el de jefe de prensa, y como yo no tenía un candidato, Alfredo me recomendó a Raúl González Alfaro, quien entonces se desempeñaba en "La Tercera":

-¿Lo conoces bien?

-¡No!...

-¿Qué sabes de él?

-He leído sus reportajes y comentarios. Sus notas son incisivas, diferentes. No marcha con el montón en materia de enfoques. Te lo garantizo: es de primera línea...

-Pero no tiene experiencia en radio...

-Precisamente, por eso... Necesitamos un periodista que carezca de experiencia radial, que no esté contaminado con el sistema antiguo.

En la primera reunión intuí que González Alfaro estaba destinado a ser el gran jefe del departamento de prensa de Portales. Con Lieux fueron los adelantados de una empresa inolvidable, cuando nuestra radio se perfiló como la exponente del periodismo responsable y apolítico.

Debido a la demora en la construcción del transmisor de 50 kilowatts, lo que retrasaba el comienzo de las transmisiones, el 1 de diciembre de 1959 salí al paso de los rumores periodísticos acerca del fracaso definitivo del proyecto e informé que la inauguración de la radio quedaría postergada para marzo del año siguiente.

Días después, el diario *Clarín* acogió el malestar de quienes fueron enconados rivales nuestros:

"La radio Cooperativa Vitallia de Valparaíso reclamó que, como la Portales va a salir en su misma frecuencia, y con un tremendo vozarrón, la va a borrar del mapa de Valparaíso."

A la espera de dar nuestra posición exacta en el dial, publicamos la nómina del nuevo directorio de la Portales. Esta notificación desató suspicacias entre los rivales políticos de mi hermano Rafael, quien se vio hostigado por las sospechas de que la radio era el fruto de un enriquecimiento ilícito durante su desempeño como ministro de Economía en el gobierno del Presidente Carlos Ibáñez del Campo. Rafael colocó las cosas en su lugar:

"En relación con diferentes comentarios que me atribuyen participación en la propiedad de las radios Portales de Talca y Santiago, comentarios que se han intensificado últimamente con el anuncio de la constitución del consejo directivo de la sociedad propietaria de estas emisoras, debo reiterar que jamás he poseído interés financiero o comercial alguno en tal empresa, ni a mi nombre o por interpósita persona.

"No siendo dueño ni siquiera de una acción en dicha sociedad anónima, mal podría haber tenido participación en el nombramiento del actual directorio."

La radio Portales de Santiago empezó a emitir programas experimentales el 26 de abril de 1960, y aunque nos habíamos comprometido a inaugurarla al día siguiente, hubo una nueva postergación debido a que un temporal de viento y lluvia inundó la planta transmisora.

Los atrasos ocurrieron una y otra vez, a pesar que en la frenética carrera contrarreloj invertíamos todos los recursos disponibles, pues nos habían advertido de varios empresarios dispuestos a legalizar nuevas radios. Desde mediados de 1959, la Superintendencia de Servicios Eléctricos había recibido en Santiago cinco peticiones para instalar emisoras, de las cuales tres se concretaron: Universidad Técnica del Estado, Andrés Bello y CB 136 Radio Panamericana.

Los competidores afilaban estacas en la capital. El poderoso empresario, Carlos Vial Espantoso, propietario de radio Cooperativa Vitallia, el 25 de abril de 1959, logró paralizar en dos oportunidades los trámites legales de la Portales. Vial presionó a la Contraloría General de la República arguyendo que el dial de la amplia modulación "se encuentra absolutamente saturado, y que la proyectada emisora lesionará legítimos (sic) derechos adquiridos". Cuando el organismo fiscalizador desestimó la primera denuncia, el empresario insistió, advirtiendo que nosotros violábamos la primera autorización al emplear un equipo transmisor de 50 kilowatts en vez del originalmente solicitado, cuya potencia no debía exceder los 10 kilowatts. También perdió la siguiente demanda, pues todos los trámites se habían ejecutado conforme a la ley.

*¡Por fin en el aire!*

El 21 de mayo de 1960 desperté cuando todavía no aclaraba. Agobiado por una sensación de intranquilidad, era tal mi abatimiento que fui a la cocina para beber agua como si hubiese llegado recién del desierto. Recordé el mismo ambiente tenso previo al terremoto de Chillán. Al aumentar la presión atmosférica, pesa más el cuerpo, la respiración se torna anhelante, tienes deseos de huir pero no sabes hacia dónde.

Densos nubarrones cordilleranos anunciaban probables lluvias y vientos de mediana intensidad. En la tarde, el Presidente Jorge Alessandri Rodríguez rendiría cuenta del estado político, económico y administrativo de la nación, ante el Congreso Pleno.

Retorné a la cama. No pude conciliar el sueño. A las 06:02 un violento remezón hizo oscilar las paredes. El ropero estuvo a punto de desplomarse, el reloj despertador y la lámpara del velador cayeron.

¡Terremoto!... ¿Dónde? Pensé en mis padres y hermanos que vivían en Talca. Me vestí impulsado por una gran ansiedad, dispuesto a llegar a la radio lo antes posible. En el Peugeot establecí un récord de velocidad entre mi casa ubicada en Las Condes y Agustinas 1022. A las 06:30 estaba en la sala de control de la Portales. Seguía temblando. El piso décimo se mecía como gelatina. Sólo entonces reparé en el detalle significativo de que aún no habíamos iniciado las transmisiones, y cuánto deseaba en ese momento que así hubiese ocurrido. A las 06:40 horas otra emisora estableció contacto telefónico con el Instituto de Sismología de la Universidad de Chile, cuyo subdirector, Edgar Kausel, estaba muy preocupado, pues los sismógrafos saltaron durante la primera sacudida, cuando las agujas habían marcado poco más del grado 6 en la escala de Richter.

La radio del Pacífico, con Enrique Folch, el "Reporter X", difundía los boletines de la Dirección General de Carabineros, que había obtenido datos parciales de radioaficionados de Talcahuano, Concepción, Coronel, Angol y Chillán. A las 7 se conocían los primeros antecedentes oficiales sobre una tragedia de magnitud apocalíptica.

Entre las 06:02 horas del 21 mayo y las 13:55 del 6 de junio de 1960, hubo nueve terremotos de entre 7 y 11 grados de la escala de Mercalli. Valdivia sufrió el impacto telúrico más devastador en toda la historia de la sismología moderna, a partir de 1870, cuando los científicos empezaron a llevar cuadros estadísticos.

A las 48 horas recibí noticias de Talca. Hacia el norte del cruce del río Maule se había hundido un tramo de 70 metros de carretera, quedando la vía a un metro de profundidad. En Chillán sólo murieron cinco personas. La ciudad azotada por el terremoto de 1939 había reconstruido sus viviendas con material sólido.

Un sentimiento de honor nos impulsó a poner en marcha la emisora a como diera lugar. La prensa ya no confiaba en nuestros frecuentes boletines porque periódicamente no se materializaba la inminente salida al aire de la Portales. Una noche, el ingeniero Pedro del Campo nos confirmó la noticia esperada:

—¡Todo está listo, Raúl!... ¡Podemos empezar a transmitir!...

La radio Diego Portales de Santiago inició sus transmisiones en frecuencia modulada el jueves 2 de junio de 1960, y el sábado 4, a las 9 horas, el locutor Jorge Agliatti pronunció las palabras inaugurales a través de la onda larga. No hubo ceremonia de gala. El país vivía en estado de duelo. Habría sido un desatino enorme reunir a lo más granado de la sociedad capitalina en un cóctel espléndido mientras en el sur cientos de miles de compatriotas pasaban hambre y frío. Con el objeto de contribuir a la cadena solidaria nacional, aportamos a los damnificados el millón de pesos que pensábamos gastar en nuestra recepción inaugural.

El único medio noticioso de la época que reparó en el detalle de la salida al aire fue el diario *Clarín*, propiedad del polémico Darío Sainte Marie, un combativo exponente de la prensa sensacionalista:

"Pesando 7 kilos (kilowatts) de potencia nació la nueva guagua de los hermanos Tarud. CB 59 comenzó a emitir antenoche. Esta nueva criatura de la familia, Radio Portales, es una criatura atrasada respecto de sus otras hermanas: radios Portales de Talca y Portales de Valparaíso (ex Cristóbal Colón). Jorge Agliatti, que será locutor y narrador de fútbol, fue el primero en sacar al aire a la chiquilla, que nació parada, y ayer mismo empezó a zandungear con la música de la orquesta de Roberto Inglez, que además canta, y no lo hace nada de mal. Para festejar el parto, los portalianos comerán en el restaurante del Pato Huneus."

La irrupción de la Portales en el dial desencadenó una competencia que no tiene parangón en la historia de la radiotelefonía chilena. La Agricultura dio un giro con extrema celeridad: el 12 de junio de 1960 inauguró su "Show Dominical", de 13 a 14 horas, en el auditorio de

Agustinas 718, con las actuaciones estelares del más español de los cantantes chilenos, el recordado Pepe Lucena, y un chico de 14 años, originario de Austria, cuyo seudónimo era Peter Rock, acompañado por el conjunto rítmico de René Calderón. El ambiente laboral estaba exacerbado en la Agricultura. A los funcionarios se les exigía redoblar sus esfuerzos para mantenerse entre las primeras cinco radios más populares. Una mañana, el abogado y locutor, Mario Migliano, se negó a leer un noticiario "Odontine", muy molesto porque con demasiada frecuencia lo reemplazaban con tardanza después de concluir su turno. El gerente, Francisco "Paco" Deza, lo llamó a su oficina. Migliano mantuvo su negativa, Deza se enfureció, Migliano lo tomó de la solapa, Deza fue más agresivo todavía, y Migliano le dio una bofetada que dejó al gerente sentado en su sofá. El locutor fue despedido, pero la tensión se mantuvo durante mucho tiempo.

Tres días después, mi hermano, el senador Rafael Tarud, dirigente del Panapo (Partido Nacional Popular), anunciaba el acuerdo de su colectividad de modernizar y potenciar a radio "Presidente Balmaceda". Por una vinculación que nunca supe cómo se gestó, el Panapo, otrora Partido Agrario Laborista del Presidente Carlos Ibáñez del Campo, aparecía ahora como propietario de la emisora que unos años después pasó a ser propiedad de Jorge Yarur Banna.

Promediaba agosto de 1960, cuando nuestro jefe de prensa, Raúl González Alfaro, anunció la conformación definitiva de su departamento, con los reporteros Sergio Pineda, Guillermo Ramírez, Róbinson Rojas, Josefa Aubá, Phidias Acevedo, Víctor González, Marco Antonio Guzmán y Alberto Guerrero. Éste último sería años después director del diario "La Tercera".

En el curso de los dos años siguientes se enrolaron en nuestras filas profesionales de alto nivel: Luis Hernández Parker, José y Mario Gómez López, Eugenio Lira Massi, Germán Gamonal, Ciro Quintana. Y en locución, Patricio Varela, entonces un novato, ahora un profesional muy experimentado que luce la misma prestancia de hace cuarenta años.

Entre los comentaristas, Hernández Parker acreditaba una interesante hoja de servicios profesionales. Había nacido en Antofagasta, el año 1911. En Santiago abandonó los estudios de Derecho para dedicarse al periodismo. Entre 1934 y 1936 fue reportero de "Frente Popular", diario que contribuyó de manera decisiva al triunfo presidencial de Pedro Aguirre Cerda. Durante un par de años fue corresponsal en Europa del diario bonaerense "Crítica", y en Santiago representó a la revista

norteamericana "Time". Al cabo de prolongada permanencia en la revista "Ercilla", donde fue redactor político y jefe de informaciones hasta 1946, Hernández Parker se dedicó al periodismo radial: Agricultura (1947), Corporación (con "Tribuna Política" en 1948 y 1949), Minería (con "Tribuna libre" desde 1951) y Portales. Legó un libro, "Catástrofe en el paraíso", escrito en un estilo ágil, lleno de emotivas notas relacionadas con el terremoto de 1960.

Quienes entonces se desempeñaban en las emisoras de la capital no gozaban de difusión en los medios impresos. En los periódicos del 40 al 60 no había conciencia de que las actividades artísticas y profesionales generadas por los medios radiales ameritaban una acogida distinta. A veces aparecía una reseña de la información enviada para dar a conocer nuevos programas o innovaciones técnicas, pero los cantantes, actores, músicos, animadores y libretistas tenían vida propia sólo en sus respectivos medios.

Entre las 07:59 y las 22:45, la emisora difundía espacios destinados a atender las necesidades informativas de los auditores. "Ferias y mercados" daba a conocer precios al por mayor y al menudeo; "Van y vienen", el movimiento de pasajeros en estaciones ferroviarias y terminales de buses; "El trabajo de los ministros", las agendas de los miembros del gabinete del Presidente Alessandri; "El movimiento bursátil", datos oficiales sobre el mercado de valores; "La queja de mi vecina", un espacio que acogía inquietudes comunitarias; "Noticiario de arte", un alero para todas las actividades creativas; y "El correo de las provincias".

Pasado el mediodía del 21 de junio recibí un llamado urgente de La Moneda. El Presidente Jorge Alessandri citó a reunión a los propietarios de las emisoras capitalinas. Permanecimos en la antesala durante horas, y a pesar que varios broadcasters abandonaron el palacio disgustados por la espera, con Hernán Videla Lira, copropietario de radio Minería, decidimos esperar y fuimos los únicos en concurrir a la audiencia nocturna con el mandatario.

—Gracias por su paciencia, señores... Las pido perdón por la demora en recibirlos.

En ese momento sonó el teléfono presidencial. A Alessandri no le temblaba la voz. Se veía descansado, como si hubiese dormido una siesta. Dio respuesta a cada pregunta. Hizo dos llamados más a oficiales de

alta graduación, los conminó a poner orden en las devastadas Concepción y Valdivia, donde cientos de hombres luchaban por impedir que las aguas del Riñihue inundaran decenas de pueblos. El Presidente, disgustado por los enfoques alarmistas que desde el comienzo realizaron algunos diarios y radios al informar sobre el terremoto, nos advirtió con tono enérgico:

—Les pido encarecidamente que mantengan la calma de la población, que eviten las noticias sensacionalistas. Si a los enormes padecimientos de los sobrevivientes agregamos noticias falsas, ustedes deben comprender que pronto habrá mucha gente que no deseará seguir viviendo... De manera muy razonable, les pido mesura y discreción. Confío en que no me obligarán a clausurarles las radios. Y respecto de los que se fueron, por favor, comuníquenles que estaban esperando al Presidente de la República y no al vendedor de barquillos de la esquina...

Fue obligatorio moderar los despachos de los enviados especiales. Un reportero tendencioso habría *disfrutado* con la tragedia: 13 de las 25 provincias del país desoladas, miles de muertos. Carreteras, vías férreas, teléfonos, servicios de luz, agua, alcantarillado y de gas interrumpidos. Puertos, aeropuertos, industrias y faenas agrícolas muy dañadas. Miles de millones de dólares en pérdidas materiales. Ciudades que eran el orgullo sureño abatidas por terremotos consecutivos. Y para colmo, un maremoto que se llevó a quienes aprovechaban la sorpresiva retirada de las aguas para recoger peces y mariscos.

En el lago Riñihue, tres deslizamientos de tierra impidieron el desplazamiento del caudal hacia el río San Pedro, la cota estaba alcanzando niveles peligrosos con las lluvias intermitentes, y de mantenerse la represa creada por la naturaleza, un turbión incontrolable iba a arrasarse localidades y tierras situadas más abajo.

Mientras las cuadrillas luchaban para doblegar al Riñihue, durante dos semanas nuestros locutores estrellas, Sergio Silva Acuña y Jorge Agliatti, durmieron en la radio. Tomaban una comida ligera a la hora más impensada y volvían al micrófono. Desde el lago Riñihue, los enviados especiales de la Portales despacharon informes acerca de los trabajos de técnicos de Obras Públicas, Corfo, Endesa y de las fuerzas armadas, dirigidos por el ingeniero Raúl Sáez, para contener la inundación, mientras en los barrios bajos de Valdivia se vivía en permanente vigilia a la espera de una orden de las autoridades para dirigirse a lugares más seguros.

El Riñihue estaba recargado por las aguas provenientes de los la-

gos Calafquén, Panguipulli, Neltume, Piriñueico y Lacar, éste muy próximo a la frontera con Argentina. Sobre el río San Pedro, tres derrumbes de entre 16 y 60 metros formaron diques de millones de metros cúbicos de lodo, piedras y restos vegetales. Al aumentar el nivel del lago, las cuadrillas intensificaban sus esfuerzos para abrir canales. Al cabo de 59 días de titánica lucha, civiles voluntarios y uniformados lograron evacuar el excedente de las aguas.

En periódicos y revistas de la época existe un abundante material sobre este esfuerzo casi sobrehumano que impidió una desgracia mayor a la ya vivida, pero aún no se ha escrito la gran obra sobre el Riñihue. Las nuevas generaciones ignoran que este país hizo frente con temple heroico a una emergencia sin precedentes.

Como consecuencia de este *bautismo de fuego*, radio Portales escaló hasta coronarse como *la primera de Chile*.

Todavía no se apagaban las voces agradecidas por la cruzada que salvó a cientos de miles de personas en Valdivia, cuando los ejecutivos de la radio Agricultura, muy proclives al gobierno de Alessandri, iniciaron una campaña en contra nuestra argumentando que la señal CB 59 estaba tan próxima a la de ellos que producía graves interferencias en el dial.

En lenguaje llano, Portales se montaba sobre las emisiones de la Agricultura cuyo gerente, Francisco Deza, se atrincheró con tribuna en el *Diario Ilustrado*, para acusarnos de ser los corsarios de la radiodifusión, pues no nos importaba lesionar derechos adquiridos.

Guiado por su vocación de investigador, el ingeniero Pedro del Campo hizo mediciones y determinó que el problema se originaba en la Agricultura. Los cristales habían sido manipulados a fin de invadir ex profeso un espacio que no les asignaron en el dial.

La frecuencia de transmisión de una radio es controlada mediante un oscilador de cristal de cuarzo, que favorece la producción de corrientes alternas de frecuencia determinada y estable e impide que circulen señales distintas. Aunque el cristal de cuarzo se fabrica de manera muy exacta, es posible modificarlo al agregarle un condensador al circuito. Y este condensador era el responsable de que nosotros apareciésemos invadiendo terreno ajeno.

Durante los primeros meses del gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva recrudecieron las acusaciones mutuas, y Servicios Eléctricos nos ordenó bajar la potencia del transmisor.

Al cabo de arduas disputas, Frei encomendó al subsecretario del Interior, Enrique Krauss, la tarea de poner la casa en orden.

Para evitar un progresivo deterioro en las relaciones, con el gerente de la Agricultura, Francisco Deza, convinimos en retirarnos de la frecuencia CB 59 y pasar a la frecuencia de la Portales de Valparaíso, segunda filial de la cadena cuya singularidad residió en el hecho de que disponía de la señal CB 109 de rango internacional en onda larga. Lo que en apariencias era una derrota se transformó en una ventaja.

A pesar de no disponer de todo el dinero necesario para implementar el equipo, aumentamos la potencia de 10 kilowatts a 50 kilowatts, suficientes para cubrir gran parte del territorio. Así, quedaron en la retaguardia los competidores capitalinos.

Cooperativa Vitalicia y Minería tomaron palco, observando como nos desgastábamos en una polémica absurda originada por los celos que nacen cuando surge una empresa que avasalla, no con métodos gangsteriles sino mediante una creatividad puesta al servicio de la comunidad.

### *Viejos rencores*

Todavía no se ha inventado un código que ponga a salvo a las sociedades comerciales cuando las rencillas dividen a los socios. Pocos años duró la compañía con mi cuñado Abraham Hasbún, después que ambos fundáramos la radio Portales de Talca. Las discrepancias se acentuaron hasta la ruptura. Abraham es el esposo de mi hermana Hilda, a quien quiero mucho, pero los lazos familiares tan estrechos no bastaron para superar las dificultades. Como es común en la colonia árabe, se procedió a designar un árbitro, responsabilidad que asumió don Elías Deik, un hombre muy respetable.

Abraham se quedó con la Portales de Talca, y yo con la de Santiago, emisora que —como se verá más adelante— fundamos en sociedad con mi hermano Arturo, y a la que se integró la familia Hirmas. Desde entonces, con Hasbún no ha habido tregua. Sentí siempre la sensación de que, cada vez con mayor encono, él me hostilizaba a través de terceros, prodigándose mediante tal rencor que jamás he podido entenderlo. Al cabo de unos años,

Abraham vendió la Portales a Minería. A manos de otros fue a parar un patrimonio creado con tantas ilusiones y esfuerzo.

Parodiando una conocida canción, el resentimiento entre familiares *es un animal que pisa fuerte...* Mi hermano Rafael no me saluda desde hace 30 años. A veces, me llegan noticias tuyas. Está bien, está enfermo. Viajó, llegó. Le he enviado señales de acercamiento, pero él se mantiene inflexible en su actitud de persona muy lastimada por razones que desconozco.

En los buenos tiempos no nos costaba mucho coincidir en la misma ruta.

Durante el régimen del Presidente Gabriel González Videla las reducidas fuerzas del Partido Agrario Laborista intentaron ganar posiciones en el Parlamento. Dispuesto a ser candidato a senador por el PAL, Rafael no encontró un ambiente muy propicio en la colectividad ibañista, y con el objeto de obtener apoyo familiar envió a Talca a su colaborador, Manuel Yáñez, quien nos expuso sin rodeos el objeto de su misión:

—Rafael quiere ser senador y cuenta desde ya con el respaldo de toda su familia...

—No puede ser peor el momento elegido —le contesté—. Las dificultades económicas son enormes.

—Pero tú puedes ayudar a la causa.

—No deseo comprometerme a nada.

Entonces yo recién daba mis primeros pasos como comerciante. La paquetería “El Cairo”, cedida por mis padres, era mi modesto patrimonio.

Rafael no cedía fácilmente. Viajó a Talca, sostuvo una larga conversación con mi madre, y ella se encargó de doblarme la mano: fui generalísimo de mi hermano en una zona donde la gente se manifestaba partidaria de liberales y conservadores. Fue una campaña dura, de puerta a puerta, que me exigió restarle mucho tiempo a mi esposa, quien dio a luz nuestra hija cuando me encontraba en el campo, lidiando con un centenar de campesinos obstinados en apoyar a la derecha.

Mi hermano ganó el sillón senatorial con la primera mayoría. En los siguientes comicios fue reelecto. Lo acompañaba en la lista mi suegro, ganador del primer lugar como candidato a diputado en los mismos comicios. Cuando Rafael quiso postularse por tercera vez, experimentó el fracaso. El Partido Comunista le negó su apoyo. Rafael volvió a la actividad privada, sé que vive bien, y nada más.

Si hubo un malentendido, todavía no recibo el mensaje pertinente.

Presumo ahora que cierta nota periodística pudo ser el factor adverso para ambos.

¿Cuánto daño puede hacer un medio de comunicación que asigna responsabilidades a profesionales novatos? Un día recibí el llamado telefónico de un reportero del diario "La Segunda". Deseaba entrevistarme sobre la Portales ahora que estaba en manos de la Sofofa. Para muchos constituía algo incomprensible que la emisora de Salvador Allende, el estandarte radial de la revolución chilena, abogase en los nuevos tiempos por la junta militar de gobierno. En mala hora accedí: el periodista puso en marcha su grabadora y durante una hora me bombardeó con preguntas. Quería saberlo todo. Parecía un chico competente. Días después vino la sorpresa. Suele ocurrir que a uno le cambian el nombre, la edad, la profesión, sacan fuera de contexto algunas expresiones, las combinan con otras pero es imperdonable que nos adjudiquen palabras jamás pronunciadas. El cagatintas afirmó que yo le había atribuido a mi hermano Rafael la calidad de político marxista, aseveración que nunca hice, y por dos razones: primero, tendría que haber mentido, porque él nunca militó en el PS o en el PC, ni admitió públicamente su devoción por tal doctrina; y, segundo, porque el periodista incurrió en un grueso error al atribuirme una afirmación que sólo era el fruto de su delirante fantasía. Como en la prensa escrita las rectificaciones generalmente pasan derecho al papelerero, los lectores jamás se enteraron que yo desmentí de la manera más enérgica al diario de marras.

Rafael y Abraham siguen muy unidos por el rencor. Tengo las mejores relaciones con mis demás hermanos y parientes políticos, pero aquéllos guardan como tesoros egipcios los motivos de su inquina.

A pesar de divergencias que marcaron nuestra relación durante tantos años, evocaré uno de los momentos más difíciles que enfrentó mi hermano Rafael durante el segundo gobierno del Presidente Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958).

Tiempo atrás vi en el Museo de Historia ubicado frente a la Plaza de Armas de Santiago la libreta negra, adornada con un emblema precioso, que perteneció a Ibáñez. Según Raúl González Alfaro, esa libreta la utilizaba el general para anotar datos importantes sobre amigos y potenciales enemigos.

Tan pronto asumió el poder en su segundo mandato, el general se esmeró por darle la espalda a la derecha, apreciándose muy pronto en él un gran afecto por los chilenos de origen árabe. Ajeno a las protestas de los terratenientes —él mismo era uno de ellos—, designó en 1952 a Ale-

jandro Hales como embajador de Chile en Bolivia, y a Miguel Labán, en El Líbano y Siria. Dos parlamentarios del gobernante Partido Agrario Laborista, José Musalem y Marco Antonio Salum, y el socialista Alejandro Chelén, representaban a una minoría sobresaliente en el Parlamento.

Una de las resoluciones más controvertidas de Ibáñez fue el nombramiento de mi hermano Rafael como Ministro de Economía y Comercio, un puesto que tradicionalmente estuvo en manos de la clase alta, salvo el interregno radical. En las primeras semanas no hubo reacciones por el nuevo secretario de estado proveniente de la familia *turca*. Duraría muy poco tiempo tal clima de bonanza: aguijoneada por intereses subalternos, la revista *Vea* inició una injuriosa campaña en contra de Rafael, dedicándole reportajes especiales, pues Tarud *está sentando las bases de una nueva clase oligárquica en el seno del gobierno ibañista*. Al Presidente se le acusó de poner en marcha una *vendetta* en contra de la derecha que en 1931 había logrado derribarlo del poder. Ibáñez, según sus detractores, deseaba disfrutar ahora maquiavélicamente viendo cómo la *turquería* apaleaba a la vinosa aristocracia.

Viejos troncos de origen vasco y patriarcas de la añeja sociedad se sintieron interpretados en aquella época cuando el agricultor chillanejo Raimundo Larraín Gorigoytía comentó:

“¡Nosotros hemos dejado de ser las llamadas cincuenta poderosas familias de la oligarquía!... ¡Los turcos se han quedado con todo!...”

*Vea* soliviantó al país con sus denuncias. *El Imperio Tarudiano* estaba en boca de todos: los *turcos* habían tomado por asalto el gobierno, Chile corría el riesgo de ser despojado vilmente de sus preciados tesoros.

La revista no ahorró tinta al momento de exponer sus demenciales conjeturas:

“El Imperio Tarudiano extiende sus ramificaciones por todos los senderos de la economía nacional por medio de las dos subsecretarías del ministerio, la de Comercio y la de Transporte. A través de la primera controla el comercio interior y exterior, para lo cual se creó el Instituto Nacional de Economía (Inaco), la fijación de los costos y precios y la producción esencial industrial y de ali-

mentos; la fijación del cambio monetario y los tratados comerciales. A través de la segunda subsecretaría controla el transporte terrestre, aéreo y marítimo. Este inmenso poder se prolonga a través de la Corporación de Fomento y sus industrias fundamentales, hasta el corazón mismo de la economía nacional, colocando en las manos de Rafael Tarud Siwady una concentración de poder como jamás en Chile ministro alguno tuvo en sus manos en lo que lleva recorrido este siglo.”

Rafael soportó el primer golpe. Cuando sobrevinieron las andanadas consecutivas de *Vea*, cada cual más disparatada, empezó a sentirse muy solo. Hasta su despacho llegaban visitantes ocasionales para hacerle demostraciones de solidaridad, particularmente de quienes pertenecían a la colonia y padecieron también de la misma impotencia al ver como uno de los suyos era rebajado al nivel de un malversador.

Acusado constitucionalmente ante el Congreso, en noviembre de 1953, Rafael se defendió utilizando un argumento de tal simpleza que pronto los parlamentarios desecharon los cargos. Dijo que superaba todo límite de racionalidad la denuncia acerca de la existencia de un *imperio tarudiano*. Si él, por mandato legal, era el superior jerárquico de numerosos servicios dependientes del Ministerio de Economía, ¿cómo calificar entonces al Presidente, quien, por imperio de la Constitución de 1925, ostentaba el rango de generalísimo de las Fuerzas Armadas y de Orden? ¿En mérito de tal función superlativa todas las pistolas, ametralladoras, tanques, submarinos, fragatas, destructores, carros policiales, y otros elementos castrenses, eran de su propiedad, constituían su *imperio ibañista*?

En lo que constituyó un ejemplo de persecución odiosa, al cabo de unos años, la revista *Vea* revivió un episodio escandaloso que tuvo su origen en el acuerdo suscrito el 1 de noviembre de 1952, entre el presidente del Sindicato de Autobuseros de Santiago y la “O.M. Società per Azioni di Milano”, mediante el cual la empresa italiana se comprometió a vender 200 buses Fiat, durante el gobierno del Presidente Gabriel González Videla. La revista involucró al senador Rafael Tarud en ese *abominable negociado*. La falta de acuciosidad reporteril quedó en evidencia cuando mi hermano, con documentos oficiales, les recordó a los plumarios que el convenio estaba supeditado al visto bueno de las autoridades de ese momento, pero González Videla se retiró del poder sin adoptar una resolución. El asunto pasó a manos del

régimen entrante, encabezado por el general Carlos Ibáñez. Cuando Rafael Tarud asumió la presidencia del Consejo de Comercio Exterior, organismo encargado de administrar la entrega de dólares para efectuar negocios de importación o exportación, mi hermano se opuso a la compra de los 200 buses porque irrogaría un gasto de divisas excesivo en un país que enfrentaba graves dificultades económicas. Sin embargo, el consejo de gabinete de Ibáñez aprobó, por unanimidad, la partida de dólares, “*porque en este negocio está empeñada la palabra de Chile*”.

En su descargo, Rafael destacó la torcida campaña periodística por el caso de los buses Fiat como un asunto humillante para un hombre como él, pues se había entregado honestamente al servicio público:

“Mi actuación como ministro de Economía fue escarmenada desde todos los ángulos, cuando las fuerzas derechistas plantearon una acusación constitucional en mi contra. Nada me comprobaron, y la acusación constitucional fue rechazada. Luego, el electorado de las provincias de Curicó, Talca, Linares y Maule, desoyendo las campañas de calumnias, me ungió senador con una de las más altas mayorías.

“Hay que tener cuidado cuando la derecha alza la bandera de la moral y el orden, porque en sus manos ella es una bandera pirata que esconde las más egoístas intenciones de acumular nuevos privilegios a expensas del pueblo consumidor.”

La mayoría de los historiadores suele apuntar (¿por comodidad?) a la línea gruesa de los acontecimientos, perfila sólo el cometido de los principales actores y desecha como materiales inservibles aquellos sucesos que revelan de manera transparente cómo marchó el país en determinada época, y en qué dirección. El caso de Rafael Tarud constituye una demostración de la irracionalidad política instrumentalizada por un órgano de prensa. Acerca de episodios de esta naturaleza no hay un capítulo siquiera brevísimo en la historia oficial de la nación: los inculpadados siguen siéndolo para siempre...

Respecto de la justiciera autodefensa de Rafael, bien vale la pena citar las declaraciones del empresario y uno de los líderes más respetables de la derecha, don Pedro Ibáñez Ojeda, quien, en 1969, condenó los comentarios vejatorios en contra de ciudadanos de origen extranjero:

“Yo mismo he sido objeto de estos ataques bajos de parte de la derecha. A mí mismo, la derecha a la que toqué con sus especulaciones cuando fui ministro del general Ibáñez, me quiso lanzar como una afrenta mi condición de descendiente de árabe. No obtuvieron otra cosa que repudio de la opinión pública. Quienes han salido perdiendo en estas confrontaciones son quienes intentaron convertir el problema de la ascendencia en un instrumento de ataque personal.”

A pesar de la defensa perseverante de sus canonjías seculares, los partidos de derecha tuvieron que abrirse más temprano que tarde para dejarles espacios a los ciudadanos chilenos de origen árabe vestidos como regidores, senadores y diputados. Alcaldes competentes y reelectos, en la mayoría de los casos, fueron Luisa Chijani, José Láscar, Emilio Zalaquett, Nicolás Alamo Appara y Jorge Esbir. Parlamentarios de nota, Guillermo Noemí, Víctor Valech Sarquis, Alfredo Nazar, Carlos Melej, Alejandro Noemí Huerta, Mario Hamuy, Juan Tume, Margarita Paluz, Juanita Dipp.

### *Nuevo estilo radial*

Portales aplicó el primer golpe al estilo radial imperante en Santiago, con audiciones llenas de frescura, y *tandas* publicitarias breves, de tres avisos cada media hora.

De acuerdo con una encuesta realizada por la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, en 1960, cada una de las emisoras más importantes de la capital difundía 1.500 avisos diarios. Nos comprometimos a no emitir más de 200 anuncios directos o grabados. Los competidores sacaron provecho de las ventas florecientes en los grandes negocios como Peñalba, Casa García, Almacenes París y Falabella, atiborrando a los auditores con diez y más minutos de tediosa publicidad cada dos o tres discos. A las agencias no les importó uniformar las bondades de la tienda, el hotel o la farmacia, y distribuían acetatos con textos similares. Daba lo mismo destacar la Tienda Peñalba en la Pacífico, en la Carrera o en la Corporación, porque en todas se resaltaba el acento inconfundible

del *Lolo* Achondo, una de las voces radiofónicas más notables de todos los tiempos.

En la primera conferencia de prensa de la Portales, Alfredo Lieux dio a conocer el propósito de llevar un alivio a los martirizados radioescuchas:

“Los avisos serán convincentes, pero no gritados. Y a la hora del almuerzo no difundiremos esos desagradables avisos sobre mosquitos y moscas... Los avisadores pagarán más por su publicidad, pero ella saldrá al aire en horarios donde el producto se notará de inmediato por el reducido número de anuncios”.

Pronto el público notó la diferencia entre los programas ágiles y amenos de la Portales y la difusión anclada en el gusto de los años 40. En estaciones de modesto giro sobrevivían algunos exponentes de aquella época, que pronto quedaron más retrasados aún respecto de los cambios que experimentó la radiodifusión.

Nuestra plantilla programática se transformó en un modelo a seguir: de 6 a 8.50, el informativo “Revista de la Mañana”, con comentarios de tres minutos sobre las noticias más relevantes en economía, deportes, política nacional e internacional. De 8.53 a 9 horas, el “Sobregiro Sangriento” de Jorge Romero “Firulete”. De 9 a 9.30, “Lo que cuenta el viento”, un radioteatro ligero. Enseguida los espacios a cargo de Malú Gatica, Alejandro Flores y Pepe Guixé. Luego, Julián Aldea en “Portaleando la mañana”. En la etapa siguiente se incorporó Julio Videla, quien venía de la Balmaceda. En la Portales dirigió durante diez años uno de los espacios de mayor éxito. Videla recibía el apoyo de dos de los mejores libretistas del momento, para dar vida al espacio humorístico “El pato y la guagua”. Al mediodía, el resumen informativo de la mañana. A las 12.06, “Lo que cuenta el viento”. A las 12.32, un recuento de éxitos musicales de todas las épocas, y de 13 a 14 horas, “La Revista de la Tarde”, programa periodístico con despachos desde los lugares donde ocurrían los acontecimientos. A las 14.19 horas, el radioteatro unitario y seriado producido por nuestra emisora, con elenco propio, y primera sintonía nacional. De 19 a 20 horas, el “Servicentro Musical Esso”, y de 20 a 22, el “Show Continuo”, una realización distinta de los musicales nocturnos, con actuaciones en directo. En esa etapa realizó presentaciones inolvidables el más español de los trovadores chilenos, Pepe Lucena, pilar de las campañas publi-

citarias de Falabella, cuyos ejecutivos aspiraban a transformarla en un gran núcleo comercial.

En la "revista" noticiosa los primeros locutores fueron Sergio Silva y Patricio Varela; Luis Hernández, Gerardo Jorquera y Guillermo Parada.

Los *jingles* fueron creados por los norteamericanos a comienzos de los años 30. Conjuntos instrumentales y vocales, que animaban los textos con ritmos de moda, reemplazaron a los locutores. A la profesora Alicia Puccio se le encomendó la tarea de perfeccionar a tres jovencitas, las primeras cantantes de *jingles* de la radiotelefonía local. Cada veinte minutos entonaban los comerciales con un estilo que fue recibido con gran acogida entre las agencias publicitarias. Pronto la modalidad fue copiada a escala mayor por los competidores.

Roberto Inglez administraba la programación musical y humorística, que consistía en dos canciones a cargo de un artista chileno, una canción folclórica, "Radiotanda" (20 minutos), dos canciones por un artista internacional, el humor de "La Bandita de Firulete" (otros 20 minutos), dos canciones por un artista nacional, "La Caravana del Buen Humor" (20 minutos) y noticias breves, presentadas como una especie de cortina entre espacios de distinta naturaleza.

Durante los años 60, en una noche de espectáculo de mediados de semana se daban cita en nuestros estudios estrellas de primera magnitud. Recuerdo un viernes memorable, cuando en el "Show Continuo" de hace exactamente 41 años actuaron Los Panchos, Sonia la única, Arturo Gatica y el *chansonnier* de América, Mario Clavel, artistas cotizados y productores de dinero para las casas discográficas. Una semana después la cartelera portaliana ofreció las actuaciones del *dotor* Alberto Castillo, Los Santos y Los Cinco Latinos, con Estela Raval, quien aún trina en Buenos Aires como en sus mejores tiempos. Con la orquesta de Los Cinco Latinos vino un muchacho encargado del transporte de los instrumentos. Una noche el pibe le planteó a Roberto Inglez su deseo de actuar en el programa "Calducho". El maestro lo había escuchado mientras tarareaba temas de Estela Raval. Al aspirante pasó la prueba con algunas reservas de parte de los productores: Palito Ortega tuvo su minuto de gloria al debutar en Portales. Cuando le preguntan al político del Partido Justicialista argentino por sus comienzos, Ortega no vacila en señalar el primer hito de su carrera:

—Debuté en radio Portales de Santiago, con gran acogida del público chileno...

Entre los auditores se originó un hábito social. A hora determinada, la radio unía a la familia. Para conquistar esa audiencia, las seis emisoras más importantes de Santiago organizaron compañías de radioteatros. Pronto se hizo evidente que si no contábamos con un autor dramático como Arturo Moya Grau, perderíamos el liderazgo que tanto nos había costado ganar. Arturo se integró a la Portales con el radioteatro "Esmeralda, la hija del río". Cuando comenzaba la serie, el país se *colgaba* de los receptores. En las poblaciones se percibía el grandioso eco de un gigantesco parlante.

Cuando Minería se dio cuenta que la competencia amenazaba su condición de radio estrella, el director propietario, senador Hernán Videla Lira, instruyó a sus asesores para que iniciaran una arremetida vigorosa, sin reparar en costos. En la prensa publicaban avisos sobre programas y entrevistas a destacados políticos liberales y conservadores. En septiembre de 1960 anunciaron la presentación *exclusiva* del cantante juvenil Paul Anka, un exitoso canadiense de origen libanés, y del múltiple Frankie Leymon, de asombrosos recursos escénicos, pues era imitador, compositor, cantaba, bailaba, tocaba la guitarra y la batería. Paul Anka debutó el 8 de octubre de ese año y el 26, Frankie Leymon. Además de reforzar sus programas en vivo, la Minería instaló una antena de dos mástiles irradiantes de 150 metros de altura, para aumentar su potencia en 3,5 veces; importó el primer equipo portátil para transmitir desde 60 kilómetros de distancia; modernizó su sala de grabaciones, y para neutralizar la campaña de Portales redujo sus tandas publicitarias a 3 minutos y 25 segundos cada media hora.

### *El fantasma de la televisión*

A fines de los años 30, los radiodifusores empezaron a vislumbrar los primeros signos de cambios trascendentales en las comunicaciones. La televisión se encontraba en una etapa experimental, y transcurriría una década antes que ingresara al mercado competitivo norteamericano y europeo, para disputarle la publicidad a los medios escritos.

El 8 de julio de 1939, el doctor en ciencias, William Roger Baker, jefe del Departamento de Radio y Televisión de la General Electric, hizo

el siguiente anuncio ante la Asociación Nacional de Anunciadores reunida en asamblea anual, en Nueva York:

“Nadie puede saber por ahora cuán rápidamente haya de progresar la televisión ni hasta que punto haya de llegar ese progreso; pero el caso es que ya está aquí.”

Tan pronto Enrique Sánchez asumió sus funciones de presidente de la Asociación de Radiodifusoras de Chile (Archi), el 19 de enero de 1958 hizo saber al país que entre los propietarios de emisoras había plena conciencia de que sólo ellos detentaban la prerrogativa para incursionar en el futuro negocio de la pantalla chica:

“La televisión se demorará muchísimo en llegar, debido principalmente a la falta de divisas motivada por la baja del cobre, pero en caso de llegar, nosotros estamos en condiciones de hacer respetar nuestro derecho de ser los primeros en traerla e instalarla. Creo que es un derecho inapelablemente justo”.

Pronto Sánchez se convenció de que los empresarios radiales chilenos no estaban en condiciones de afrontar los enormes gastos que demandaba la instalación de un canal de televisión. Su estrategia siguiente consistió en impedir que al negocio radial se incorporaran nuevos empresarios. Basándose en la teoría peregrina del *derecho inapelablemente justo*, un privilegio no adquirido legalmente, la Archi dificultó cuanto pudo el desarrollo competitivo de la radiodifusión chilena. Cuando se le preguntó si era partidario de permitir el ingreso de nuevas estaciones, Sánchez dio una respuesta categórica:

“Se me ha preguntado acerca de los trámites que particulares realizaban para crear tres emisoras. Respondo: es imposible aceptar tales peticiones, ya que éstas traerían como consecuencia un excesivo número de radios, lo que iría en desmedro del perfeccionamiento (sic) de las existentes.”

Es incorrecto el alegato de que la televisión irrumpió en Chile avasalladoramente, para borrar del mapa a la radiotelefonía comercial. Fueron los propios *broadcasters* quienes no actuaron rápidamente para encarar el nuevo desafío.

Mientras la radiotelefonía se consolidaba como el medio comunicacional por excelencia, en 1960 el gobierno no hizo oídos sordos ante el clamor de las autoridades universitarias que deseaban controlar la televisión experimental. Dos años después, en varios establecimientos comerciales de calle Ahumada, fueron instalados aparatos receptores de televisión para mostrar los aspectos más relevantes del Campeonato Mundial de Fútbol.

En Chile, la televisión ganó espacio a grandes zancadas merced a la falta de audacia de los propietarios de radioemisoras. Es un hecho histórico indesmentible. A comienzos de 1960, la Asociación de Radiodifusoras de Chile (Archi), trató de impedir que capitales foráneos financiaran los futuros canales. Julio Menadier Carrasco fue designado como gerente de Archi. En 1951, Menadier había asesorado a la Sección Latinoamericana de la División de Radio de las Naciones Unidas, en Nueva York, y en 1955, por aclamación, fue nombrado Director General de la Asamblea de la Asociación Interamericana de Radiodifusión. Se pensaba entonces que Menadier, con su experiencia internacional, lograría convencer al Presidente Jorge Alessandri de que la Archi tenía que ser la depositaria exclusiva del negocio televisivo.

El 16 enero de 1960, la Archi tomó muy en serio su proyecto de capitalizar la futura televisión chilena: en el Diario Oficial fue publicada la constitución de una sociedad cuya gerencia estaba a cargo de Ricardo Vivado, alto ejecutivo de Radio del Pacífico. Cada uno de los siete socios aportaría 1 millón 500 mil escudos, y la sociedad vendería acciones en la Bolsa al valor unitario de 20 escudos. Esta notificación al país fue recibida con un prolongado mutis por los principales diarios de Santiago; sólo *Clarín* se hizo cargo de la novedad:

“Sólo cabe ahora desear, porque la solicitud es una brasa caliente que está encima del escritorio del ministro del Interior (Sótero del Río Gundián), que si los dueños de radio proyectan hacer una televisión tan descarada y groseramente mediocre como la actual radiotelefonía, jamás, por ningún motivo del mundo, se le vaya a ocurrir al gobierno (del Presidente Jorge Alessandri) autorizarle la TV.”

Una semana después, el gerente Vivado entregó al ministro del Río un pagaré por 17 millones de pesos como garantía de que la Archi deseaba ser la propietaria exclusiva de un canal. Desvirtuando el proyecto

corporativo de la Asociación de Radiodifusoras de Chile, varios socios tomaron el camino propio. En febrero de 1960, la Dirección de Servicios Eléctricos recibió diez solicitudes para postular a los canales de televisión; entre otras, las de las radios Minería, Corporación y Cooperativa Vitalicia, además de *El Mercurio*.

Dos años antes el gobierno había dictado un reglamento de televisión basado en normas legales vigentes en Estados Unidos y Europa. Santiago tendría 7 canales, tres de ellos educacionales, asignados a la Universidad de Chile (señal 7), Universidad Técnica del Estado (9) y Pontificia Universidad Católica de Chile (13), que llevaba la delantera, pues desde febrero de 1960 transmitía dos horas diarias. Para la televisión comercial habría 4 canales disponibles, de los cuales se reservaba un canal (4) para transmitir en colores, y otro para el Ejército (3), de circuito cerrado, atendería sus necesidades institucionales. Los canales 2 y 5 quedaban a disposición del sector privado. Desde 1958, a todo nivel se libró una lucha sorda por ganar el mejor derecho. En esta disputa intervinieron las radios Agricultura y Cooperativa, Emelco (estudio filmico y distribuidor nacional de cinematografía), Cineam (del mismo rubro que la anterior) y la Compañía Nacional de Radiodifusión y Televisión como representante de 51 radioemisoras nacionales ubicadas entre Arica y Magallanes.

Si el régimen político chileno es presidencialista, en tiempos de Jorge Alessandri Rodríguez la influencia del Ejecutivo era aún más aplastante, pese a que el Congreso estaba facultado para patrocinar proyectos que irrogaran gasto fiscal. *El Paleta* fue un obstinado opositor a la televisión privada. Basaba su argumento en las escasas divisas provenientes del cobre, principal fuente suministradora de dólares. Decía Alessandri —y se lo escuché varias veces—, que el país no estaba en condiciones de invertir capitales exorbitantes en la compra de equipos destinados a entretener a una sociedad cuyas mayores urgencias eran la pobreza, los problemas en salud y educación. Cuando llegó el momento de decidir, el Presidente congeló las expectativas privadas al pronunciar un discurso por cadena nacional de... emisoras:

“Mucho más cómodo sería para el actual gobernante continuar con el régimen de chacota económica en que Chile ha estado viviendo en esta materia. Pero mientras él prevalezca, pese a todo lo que digan los teorizantes de la economía, que jamás en su vida han invertido un peso en producir nada y que luego no saben las

dificultades que eso entraña, no habrá inversión suficiente de capitales que pueda mejorar de verdad el poder adquisitivo de todos los chilenos y especialmente el de los más modestos”.

Alessandri consideraba a la televisión como un medio de comunicación social tan importante que su manejo no debía ser entregado a los particulares sino a las universidades por su vasta experiencia como administradoras de cuantiosos recursos.

El mensaje se entendió claro y potente entre los directivos de la Archi, muchos de ellos propietarios de emisoras de capitales modestos. En dinero de la época, la instalación de un canal costaba la astronómica suma de 800 millones de pesos; cada aparato receptor valía 400 mil pesos; y a marcha forzada, las dos empresas nacionales de productos electrónicos sólo estaban en condiciones de fabricar 5 mil televisores anuales.

Mientras en el sector privado siguió imperando el escepticismo debido a la falta de apoyo presidencial, las universidades enviaron al extranjero a perfeccionarse a hombres claves: Juan Ramón Silva viajó en enero de 1960, becado a Italia, para estudiar en la cadena estatal de la RAI; Carlos Godfrey estaba en Holanda, con el patrocinio de la Philips. Raúl Matas se hallaba en España, a la espera de ser llamado por su experiencia en Nueva York; también aguardaban Lucy Dunsmore y Raúl Fuentes, que años antes habían sido becados por la cadena norteamericana NBC.

En aquellos días también le otorgué credibilidad al periodista José María Navasal, cuando en una oportunidad me dijo:

—Pasará mucho tiempo antes de que la televisión se convierta en competidora seria de la radiodifusión...

Avalaba nuestra esperanza de seguir disfrutando del productivo negocio radial el hecho de que en Chile había un millón de receptores mientras la población total no superaba los 12 millones de habitantes.

Navasal que había llegado a Chile en 1939, huyendo de la guerra civil española, también creyó en un sistema radial inamovible, estructurado sobre la base de sus grandes virtudes:

“La radiodifusión ha tenido un efecto culturizador indiscutible a través de la difusión de la buena música. La televisión termina esa clase de progreso. Una buena orquesta sinfónica no es espectáculo. La única clase de música que se transmite por televisión

es la de orquestas e intérpretes populares que acompañen su interpretación con bailes o sketches.”

No mucho tiempo se demoraron José María y su esposa en ser seducidos por la televisión. En canal 13 marcaron una época. Los escépticos también suelen ser convencidos.

A comienzos de 1960, según informe de la ONU, el poder de la radiodifusión se expresaba de manera contundente: 9.000 estaciones y 335 millones de aparatos receptores.

*El Mercurio* también certificaba las ventajas del arrollador medio radiofónico:

“En estos tiempos de radiotelefonía y de propaganda, la celebridad se mide en palabras. La repetición, varias veces al día, del nombre de una persona asociada al de un producto, termina por rodearla de un halo de celebridad. El proceso de la gloria radiotelefónica se ejecuta de acuerdo con el principio de la conservación de la materia: nada se crea y nada se pierde”

Mientras se acrecentaba en Archi la convicción de que Alessandri le otorgaría un canal, las universidades aceleraron sus preparativos. La Universidad Católica de Valparaíso inauguró en marzo de 1960 un curso rápido para formar libretistas, locutores, actores, animadores, maquilladores, coreógrafos, camarógrafos y sonidistas. La UCV coronaba un año de esfuerzos: en 1959 había deslumbrado a los visitantes de la Exposición Agropecuaria y Comercial de Chillán con un sistema de transmisión en circuito cerrado.

A las 21:30 horas del 4 de noviembre de 1960, el canal 9 de la Universidad de Chile inauguró la nueva era comunicacional chilena al emitir el primer programa de televisión que duró dos horas y fue sintonizado por los 197 aparatos receptores que había en Santiago. Tres años demoró la construcción de los equipos en el Laboratorio de Electrónica y Telecomunicaciones de la “U”. En esta misión pionera participaron Rodolfo Boffica, Carlos Haramoto y Bartolomé Dezerega. Los generadores de sincronismo y las cámaras con elementos importados fueron armados en el país.

El discurso inaugural fue pronunciado por el secretario de la Universidad de Chile, Álvaro Bunster; el profesor Mario Céspedes entrevistó al sismólogo Cinna Lomitz; Darío Moreno disertó sobre el tema

“¿De qué tamaño es la molécula?”; fue exhibido el cortometraje “Santiago 1929”; Margot Loyola interpretó canciones mapuches; hubo un diálogo entre los escritores Jorge Edwards y Manuel Rojas; Luis Hernández Parker leyó una nota alusiva y el cierre de transmisión, a las 23:30 horas, estuvo a cargo del *relator* Camilo Fernández.

Al materializarse el proyecto de la televisión chilena, los radiodifusores permanecemos como sujetos pasivos. Creíamos cándidamente que pasarían muchos años antes que se privara a las emisoras de substanciosos ingresos económicos. Hubo tales desinteligencias que los mismos empresarios dejaron la puerta abierta al nuevo medio de comunicación. Pesaban más las disputas triviales, las zancadillas menudas que las cuestiones de fondo. Demasiado tarde se dieron cuenta los *broadcasters* que la corriente bajaba incontenible. Al consolidarse la televisión en Chile como un medio universitario, no hubo más que aceptar la realidad: los canales de la Católica y de la Chile ganaron terreno sin apuros mediante una hábil penetración publicitaria. El proyecto original de una programación de alto contenido educativo —tal cual lo exigía Alessandri—, empezó a desdibujarse para centrar la inventiva en espacios populares de alta retribución económica. Pronto toda la estructura erigida en torno a la radio —el medio ideal para dar cultura y entretenimiento— sucumbió ante lo que se ha dado en llamar *el embrujo de la caja idiota*.

### *La lucha por la mayor sintonía*

Hubo un momento en que también me sedujo la posibilidad de ser parte del negocio de la televisión. El 22 de mayo de 1960 visitó Santiago el jefe de programación del Servicio Latinoamericano de la British Broadcasting Company (BBC), George Hills, uno de los seis ejecutivos más poderosos de una organización estatal monstruosa: 15 mil empleados, 600 periodistas y animadores que informaban al mundo en 40 lenguas. En Inglaterra había 10 millones de aparatos receptores; en Santiago, 197... La producción de una hora de teleserie costaba 3.773 libras esterlinas. La BBC gozaba de los mayores niveles de audiencia gracias a una programación meticulosamente estructurada: espacios dedicados a temas científicos, culturales y documentales, 25%; ópera y ballet, 3%;

teatro, 10%; espectáculos de música ligera, 12%; programas infantiles, 13%; escuelas, 25%; religión, 2%; y deportes, 10%.

Hills llegó a Chile invitado por el Presidente Alessandri, quien deseaba obtener información acerca del sistema de televisión estatal más avanzado del planeta. A pesar de las graves dificultades por las que atravesaba el país debido al terremoto del sur, *El Paleta* se dio tiempo para recibir al ejecutivo, quien le describió los resultados de audiencia logrados por la estación inglesa. Hills respondió afirmativamente cuando el mandatario le preguntó si estimaba más beneficioso para la sociedad chilena la creación de canales dependientes de las universidades. Seis meses después, la intransable resolución de Alessandri se tradujo en la salida al aire del canal de la Universidad de Chile. Si la porfía del jefe del estado aparecía como inamovible, mayor era la dificultad para reunir cantidades de dinero tan enormes. Allí se desvaneció el sueño de una noche de invierno para muchos radiodifusores.

Portales decidió *marcar la diferencia*. La primera pregunta que rondó en varias sesiones de comité fue: ¿cómo replicar ante la televisión, que es suma de imagen y sonido? Hubo decisión corporativa, de paje a capitán: brindarle al público un beneficio suplementario por el hecho de sintonizarnos: el más innovador de los estilos periodísticos, obra pionera del periodista Raúl González Alfaro en la radiotelefonía chilena. Los párrafos breves y bien tramados, leídos con soltura por dos locutores, proporcionaban una electrizante sensación de rapidez comunicacional, como si el auditor estuviese viviendo el momento mismo en que se produjo el hecho. Las grabaciones calzaban a la perfección con el texto. Formaban un todo coherente de principio a fin. González Alfaro desechaba los preámbulos largos y fastidiosos, ordenaba a sus pupilos que redactasen las noticias con estilo directo y entretenido. A falta de imágenes, allí estábamos nosotros, con reportajes prolijos, ricamente descriptivos y buen sonido ambiental. De tal manera que el auditor lograba una certera composición de la escena. Mientras en las demás radioemisoras repetían el acontecimiento oficial, Portales buscaba el anverso de la medalla, el perfil oculto, la otra verdad, el dato exclusivo, la declaración polémica. No nos quedábamos con lo que entonces empezó a transformarse en un vicio: las declaraciones públicas repartidas por docenas. Íbamos a los suburbios para conocer el modo de vida de los pobres y transmitir sus problemas y esperanzas, nos aproximábamos a la gente acomodada, a los intelectuales, deportistas y políticos, sin establecer exclusiones. Este ambiente de tolerancia ideológica y religiosa se

expresaba también en los comentaristas, los *superstars* de entonces. Cada uno apuntaba a los hechos de acuerdo con su propia visión.

Ahora se habla mucho de la interactividad como si se tratase de una técnica comunicacional que apareció a fines de los años 90. Nada más distante de la verdad. Al César lo que es del César... El origen de la modalidad radica en la etapa precursora de la Portales de Talca, convalidada después en la Portales de Santiago. ¿A quién se le ocurrió profundizar lo que antes había sido un estilo elemental? Entre Alfredo Lieux, Raúl González y quienes comandábamos la empresa surgió la idea de transformar a los locutores en camaradas amables y atentos, siempre sintonizados con las aspiraciones y necesidades de los auditores. Nada mejor que el teléfono para acercarnos a las personas instaladas en su hogar, en el trabajo, en el norte o el sur.

Al departamento de prensa le correspondía poner en práctica el concepto de interactividad al comentar la noticia internacional mediante un estilo dinámico que no sabía de pausas. Cuando no era posible viajar al lugar del acontecimiento, los reporteros ubicaban al hombre preciso en África, Asia, Oceanía, donde fuera, así se tratase de un sujeto tan detestable como Idi Amín, el ex ministro de Cultura de Francia, André Malraux, o el actor James Stewart.

Durante los encuentros sociales, los propietarios de las emisoras santiaguinas solían formular ásperos comentarios acerca de nuestros *atrevimientos* programáticos: éramos desleales, violadores de normas preestablecidas; el *terrorismo* radial que practicábamos terminaría por desperfilar el medio. Ajenos a las críticas construíamos una Portales diferente. Nuestras risas contagiaban a la gente, cuando la televisión era un proyecto que demoró años en conquistar la audiencia que los propios *broadcasters* no supieron mantener cautiva.

A fines de los años 60, un lamentable accidente permitió a las estaciones capitalinas la posibilidad de demostrar su poder de acción en caso de grandes emergencias. Decenas de periodistas acudieron al mineral de Andacollo, donde siete operarios de la mina de cobre "La flor de té" yacían bajo toneladas de piedras. Las cuadrillas de rescate dirigidas por el Servicio de Minas del Estado avanzaban lentamente con sus perforaciones a través de un murallón de sólida roca. Como resultado de la falta de novedades empezaron a retornar a Santiago algunos reporteros, y sólo continuaron en guardia los periodistas de Minería y Portales. Por fin, una madrugada, técnicos radiales tomaron contacto con los mineros, después de introducir a través de un estrecho conducto un micró-

fono diminuto conectado a la línea telefónica abierta entre Andacollo y Santiago. El creciente temor de que otro derrumbe sepultara para siempre a los accidentados, las dificultades para alimentarlos a través del tubo que también permitía suministrarles aire, el clamor de parientes y amigos, las misas de campaña, los ruegos multitudinarios del pueblo angustiado, todo conformaba un cuadro noticioso espectacular, que se prestaba para que un periodista talentoso se luciera con narraciones escalofriantes. La Portales rindió entonces prueba de mayoría de edad: fuimos los primeros en anunciarle al país que empezaban a salir a la superficie los mineros andacollinos.

Nuestra sintonía alcanzó niveles muy satisfactorios. Estábamos en la cúspide. La demanda de servicios publicitarios crecía, y con ello la estabilidad económica.

En dos años alcanzamos los cuatro objetivos trazados durante la primera etapa: transmisiones de buena calidad técnica, excelente penetración publicitaria, un bloque de radioteatros de línea moderna y el exitoso "Show Continuo", en horario vespertino, con el atractivo "Calducho".

Simultáneamente, nos creamos un espacio en Valparaíso al inaugurar, el 6 de julio de 1960, la radio Portales, ex Cristóbal Colón, cuya gerencia estaba a cargo de mi primo Nelson Tarud Beltrán. Las oficinas estaban ubicadas en el tercer piso de Prat 814, en un edificio de la Marina Mercante, donde laboraba una treintena de funcionarios. En la Portales porteña comenzó como locutor, Julián García Reyes, actual propietario de la radio Oasis. También incursionaron allí los locutores Carlos Kuschel Paz, Julio Rivas López, Ramón Ut, propietario de una emisora en Punta Arenas, y Miguel Davagnino, actual locutor de enlace de Televisión Nacional de Chile.

Valparaíso también tenía su "Calducho", que patrocinó a una de las voces más formidables de todos los tiempos en el género popular: Luz Eliana, una morocha agradable que después de su debut se transformó en visitante asidua de la emisora.

Al cumplir radio Portales de Santiago tres años de labor programamos un espectáculo artístico en la calle Ahumada. A las 19 horas comenzó la fiesta en el escenario. La orquesta de Roberto Inglez atrajo a cientos de transeúntes, pero quienes estaban más lejos empezaron a presionar a los más próximos al tablado. De pronto, la turbamulta se enardecía y hubo graves desmanes. La radio tuvo que indemnizar a los propietarios de locales comerciales que resultaron con daños. Fue la primera y la última vez.

La tienda "Hites" obtuvo logros importantes al asociarse con la Portales. Marchábamos de la mano auspiciador y radio en beneficio de las poblaciones. Con su generoso apoyo fundamos 390 centros de madres. Los sábados y domingos, mil mujeres tejían prendas de abrigo para obsequiarlas a las personas de escasos medios económicos. Ante la demostración de solidaridad las empresas aportaban de acuerdo con sus posibilidades. Este ejemplo de buena voluntad ratificó la tesis de que los medios radiales pueden cumplir tres roles importantes sin ver afectados sus ingresos: entretener, educar y servir a la comunidad.

Siempre llevaba conmigo un receptor portátil *importado* de Arica, para determinar si las emisoras capitalinas se movían en la misma dirección o seguían con los mismos esquemas. Nos interesaban las opiniones de publicistas, locutores, libretistas y animadores a fin de corregir descuidos. La imposición del gusto personal conduce hacia soluciones erradas y de costosas consecuencias: en radiodifusión no resultan eficaces las decisiones tomadas al vuelo porque uno se cree el genio de la lámpara maravillosa. Siempre es el público quien tiene la clave del negocio.

Tan pronto la Portales se afirmó en el primer lugar, la preocupación empezó a cundir entre los empresarios. Estaban enfrentados a una competencia, señal de los nuevos tiempos. Radio Corporación, con el respaldo de la empresa publicitaria McCann-Erickson, inauguró el "Show Efervescente de Yastá", creación de Ernesto Merino. "Lo bueno se debe imitar", tal era la consigna de los radiodifusores rivales.

En pocos meses, el jefe de prensa de la Portales, Raúl González Alfaro, uniformó el estilo reporteril. Las grabaciones de los entrevistados se amoldaban al libreto; los párrafos concisos permitían una lectura rápida a cargo de dos locutores. Los reportajes causaban sensación de vértigo, objetivo deseado por González Alfaro. Los auditores creían estar en el lugar donde se registraban los acontecimientos. Otro aporte a la calidad periodística se logró con la adquisición de grabadoras portátiles RCA Victor. Las cintas magnetofónicas utilizadas en esos artefactos recogían con fidelidad los sonidos del medio ambiente, para brindar al auditor una sensación de instantaneidad.

Corporación, la primera en copiar el estilo noticioso de la Portales, también redujo las tandas de avisos. Los auditores y las agencias publicitarias hacían notar este hecho positivo.

La Cooperativa Vitalicia fue la siguiente emisora dispuesta a reno-

vase o morir... La más tradicional de las radios de Chile se esmeró en pulir su programación con el concurso de locutores del mejor nivel, entre los que se destacaba Adolfo Yankelevich. Minería siguió los mismos pasos, y con el joven Javier Miranda montó un show espectacular en su auditorio de la calle Matías Cousiño.

Entre los años 60 y 70, la radiotelefonía nacional alcanzó niveles jamás superados. Radio Chilena recurría a todos los medios posibles con el fin de no quedar rezagada. Una de sus primeras medidas fue la de contratar a nuestro asesor musical Camilo Fernández, quien creó el "El Malón de la Chilena", donde se lucieron los animadores y los debutantes de la "Nueva Ola", juveniles cantantes de baladas y rocks interpretadas en español e inglés. Alcanzó tal éxito "El Malón" que, en la siguiente encuesta mensual, Portales fue desplazada por la Chilena al segundo lugar.

Esta noticia provocó un terremoto en el comité asesor de la Portales. Todos se preguntaban en qué habíamos fallado, y qué cabezas caerían como responsables de que hubiésemos perdido la delantera en la tabla de posiciones. A los abochornados integrantes del comité les manifesté que estábamos en una *guerra*; por tanto, habría avances y retrocesos. Pero, como en todo conflicto, todos los *soldados* servían a la causa, y lo mejor era descubrir los errores que posibilitaron el inesperado ascenso de la radio Chilena. Se acordó realizar ajustes programáticos, con nulo efecto inicial porque la estación rival se mantuvo en el primer lugar durante tres meses. Pero, *tanto fue el cántaro al agua*, hasta que la Chilena nos cedió el paso, derrotada por cuenta de un competidor demasiado perseverante. Años después irrumpió en el dial radio Colo Colo, con música tropical y humor. En seis meses, la Colo Colo fue otro gran suceso, y superó a la Portales en dos oportunidades; después, nunca más.

Entre las emisoras de gran tradición figuraba radio del Pacífico. El "Radioteatro Romántico", dirigido por Lucila Durán, constituía su firme punta de lanza publicitaria. En enero de 1960, obtuvo una de las más altas sintonías capitalinas con la obra "Sinfonía Pastoral", del francés André Gide, adaptada por Miguel Espinoza.

Desde sus estudios ubicados en el Portal Fernández Concha, la radio del Pacífico asumía costos riesgosos manteniendo una revista musical que se irradiaba los domingos. Actuaban la orquesta de Federico Ojeda, conjuntos folklóricos, humoristas y solistas: Los Yumbelinos, Los Caminantes, Los Flamings, Carlos Helo, Lucho Navarro, Inés María y

Geovanni, La Dolores, El Sureño y El Cimarrón. Figuras que el tiempo olvidó.

El mayor éxito de la radio del Pacífico era el programa "Hogar, dulce hogar". En el comité de Portales analizamos la posibilidad de conquistar al director de "Hogar", Eduardo de Calixto, y a toda su compañía. Hubo un largo debate acerca de si era correcto o no aplicar la grúa para traer al espacio cómico que en mayo de 1960 había cumplido 20 años, con sus celebrados personajes Celedonio Menares, la Sinforosa, la Suegra, la Raca, la July, el maestro Chasquilla, el Emeterio, el viejo Cloro y el tío Liborio, entre otros.

Antes de dedicarse al humorismo radial, de Calixto había participado en competencias de lucha libre o catch as catch can, y en aquellos días ganó el premio mayor de la Polla Chilena de Beneficencia consistente en 80 millones de pesos. La prensa transformó el caso en un bocado apetitoso. Sintiendo dueño de una pequeña mina de oro, de Calixto soñaba a lo grande, e hizo saber a sus íntimos que filmaría una película con los mejores capítulos de "Hogar, Dulce Hogar". Para tal efecto había hablado con el conocido cineasta argentino, Luis César Amadori, quien dirigiría la cinta. La fotografía sería encomendada al mexicano Gabriel Figueroa, de prestigio internacional. El principal papel femenino, la Sinforosa, cubriría de gloria eterna a Silvia Piñeiro cuyo caché se elevó anticipadamente a nivel hollywoodense. El tema fue la comidilla en el centro capitalino. Al cabo de dos meses, de la película, nunca más se supo; tampoco del destino final de la fortuna caída del cielo.

Aun a riesgo de aparecer como atropelladores, decidimos que era inevitable el juego de la oferta y la demanda. Propuse oficialmente a De Calixto y sus colegas un contrato con la Portales. Al cabo de unos días de reflexión aceptaron el contrato que incluía un aumento del 40 por ciento en sus honorarios. Jorge Quevedo y Tennyson Ferrada celebraban como niños el ingreso a una emisora de alcance nacional. Eduardo de Calixto estuvo doce años con nosotros, hasta el último día de su vida. "Hogar Dulce Hogar" fue primera sintonía imbatible de 13 a 14 horas.

De aquellos actores, el maduro Jorge Quevedo registraba una larga carrera profesional. Se inició en los años 20 como integrante de los cuadros obreros de Valparaíso. Con el conjunto teatral "León Tolstoi" obtuvo sus mayores logros escénicos al representar papeles de ancianos. En 1922 hizo su debut en Santiago en la obra "Paco Ramiro", con la compañía del famoso cojo Luis Romero y Zeta. Al cumplir 40 años de actividad artística, el 11 de noviembre de 1960, el gobierno de la época le tributó un

merecido reconocimiento al designarlo Premio Nacional de Arte. Jorge fue reacio a pasar a retiro forzoso, y siguió entregando más de lo suyo con su celebrada caracterización del tío Liborio en "Hogar, dulce hogar".

A pesar del fortalecimiento gradual de la programación, aún no librábamos los combates más fieros para mantenernos en el primer lugar. Desde atrás venía ganando posiciones la radio Corporación, que entonces era propiedad del Banco del Estado. Un día el país tomó conocimiento que dicha emisora había sido vendida a Ruperto Vergara Santa Cruz, el Ruca, ex ministro del Presidente Jorge Alessandri. Su mayor mérito fue el de mejorar la programación al incorporar espacios de gran éxito: "El doble o nada", "La verdad y sus consecuencias", "La feria de las sorpresas" y "La sobremesa de la suerte". En los shows participaban los Huasos Quincheros, Los Caporales, la orquesta de Pedro Mejías y la Huambaly, la primera agrupación chilena de música tropical que realizó una exitosa gira a Europa, con Humberto Lozán a la cabeza.

La Corporación obtuvo logros significativos con los sorteos de productos de calidad, como los 30 tocadiscos que por primera vez en el país regaló el conocido locutor Renato Deformes a los auditores que respondieron preguntas de cultura general. Deformes había incursionado brevemente en el extranjero. Después de dos años de permanencia en la radio Carve de Montevideo volvió a Chile. Un día confesó lo que para muchos fue un chiste:

—¿Saben por qué retorné? ¡Yo echaba de menos las empanadas calduas!...

Decididos a establecer alianzas estratégicas le propusimos a radio "Presidente Balmaceda" que uniéramos nuestros intereses, pero su dueño, Jorge Yarur, se negó. Aunque producía un show de calidad y buenos programas de prensa, la Balmaceda nunca pudo escalar posiciones.

Radio Agricultura, propiedad de la Sociedad Nacional de Agricultura, también iba al frente de *batalla*, producía espacios entretenidos pero jamás estuvo en el primer puesto durante un largo período.

Corriendo el riesgo de no poder financiar sus espacios, las emisoras pequeñas se esmeraban por captar el interés de los auditores. Radio Nacional, entonces la novena entre veinte, impuso con gran fuerza sus radioteatros de las 14 y 22 horas. En febrero de 1958, la mayoría de los auditores seguía "Los milagros de Lourdes", basado en la vida de Bernadette Soubirous, la niña francesa que en 1858, a orillas del río Gave-de-Pau, en los Pirineos, dijo haber tenido numerosas visiones en las que se le apareció la Virgen María.

En el elenco de este radioteatro participaron destacados actores: Amparito Landaeta, Enrique Balladares, Mario Montilles, Flor Hernández, José Perlá y Pompeyo Saavedra. Balladares y Saavedra fueron después las voces características de radio Agricultura.

Al ser clausurada la radio Portales por el gobierno del Presidente Alessandri, nuestros rivales tocaron sus campanas a rebato creyendo que el camino quedaba expedito. Cometieron un error de cálculo porque volvimos con mayores bríos.

Con gran majadería nuestros competidores criticaban el eslogan *Portales, la primera de Chile*. Se dijo que había sido una maniobra aventurera, con el objeto de capitalizar los mejores avisos. Cuando la empresa Salas y Reyes empezó a otorgarnos el primer lugar en la preferencia del público, surgió la versión de que estábamos confabulados con los propietarios de la encuestadora para repartirnos las ganancias en perjuicio del resto.

Respecto de la Portales, los *broadcasters* rivales accionaban con los oídos tapados, negándose a admitir evidencias contundentes: la programación era fuerte, desde el comienzo de las transmisiones hasta el cierre. Habíamos incorporado un elemento revolucionario: concursos con premiación instantánea a quienes acertaran la respuesta exacta. Se quiso desvirtuar una de las primeras encuestas de Salas y Reyes mediante el cargo de que nuestra popularidad provenía de esos concursos millonarios, y que el público quedaba capturado para no perder las claves que cada diez o quince minutos daba a conocer el locutor. Emitimos una declaración pública precisando que el primer lugar era una retribución por nuestra línea programática moderna: radioteatros apasionantes, excelente música, animadores de primera categoría, un periodismo profesionalizado.

En la Asociación de Radiodifusoras de Chile (Archi) arreciaron las críticas. Fue el momento oportuno para plantear una solución definitiva. Acordamos encomendar la próxima encuesta de sintonía a un organismo neutral. El departamento especializado de la Universidad Católica hizo mediciones en las comunas de Santiago. No sólo ocupamos nuevamente el primer lugar sino que la diferencia entre la cabeza de serie y la siguiente (radio Minería) era tan grande que nuestros competidores quedaron mudos.

Esta victoria parcial redobló nuestro estado de alerta. Todos los programas se grababan durante la emisión y las cintas eran analizadas posteriormente por el comité.

Al cabo de unos años, el propietario de Cooperativa Vitalicia, Carlos Vial Espantoso, tenía dos motivos de preocupación: a pesar de sus esfuerzos no lograba despojarnos del primer lugar, y después de arduas conversaciones con los integrantes de "Radiotanda", logré que renunciaran a Cooperativa, para emitir su programa cómico en la Portales. Un día me llamó Vial Espantoso, aparentemente con el ánimo distendido, sin dar muestras de rencor.

—Raúl, ¿qué harás esta noche?

—Quedarme en casa.

—Te invito a la mía...

No fue muy agradable tener que beber y comer bajo el mismo techo del *enemigo*. La cena se prolongaba demasiado, no aparecían las señales del motivo de la invitación y Vial Espantoso seguía charlando a gusto. Por fin llegó el momento tan esperado.

—Raúl, deseo ser muy franco contigo...

—Yo también...

—No me gustan las competencias desleales, porque parecen maniobras de mafioso italiano...

—Lo que tengas que decir, dilo de una vez...

—Quiero que te desistas de la contratación del programa "Radiotanda".

—¡Eso no!...

—¿Por qué no?

—Porque los artistas tienen la libertad para irse donde ellos quieran, y como la Portales está en el juego de las oportunidades, decidimos mejorarles los beneficios económicos. Nosotros propusimos, ellos aceptaron. Eso es todo.

Vial Espantoso no cesó de presionarme para que desahuciáramos el contrato. Aquella noche retorné a casa convencido de que, a partir de entonces, no nos dirigiríamos nunca más la palabra. Y así fue.

### *Roberto Inglez, Lucho Gatica y Bill Haley*

A comienzos de los años 60 llegó a Chile un músico que gozaba de gran prestigio en Londres como fantasista en piano y director de orquestas de

música ligera. Entre sus auditores figuraron los miembros de la casa real británica y dignatarios europeos. Roberto Inglez se aficionó en Europa a los ritmos latinoamericanos, pero jamás confesó porqué había dejado un medio artístico de excelencia para venir a vivir en un país subdesarrollado como el nuestro, cuando en Santiago sólo había tres o cuatro teatros pequeños dedicados al bataclán, un género revisteril muy modesto, que imitaba de manera caricaturesca las comedias musicales de Broadway.

A Roberto Inglez lo conocí en el "Hideway", local de calle Ahumada, por donde circulaban viejas *góndolas* cuyas carrocerías estaban armadas de madera terciada y gruesos vidrios que al entrechocar producían un ruido infernal.

Tan pronto se avecindó en la capital, Roberto fue deslumbrado por una hermosa criolla de la que no quiso separarse más. A despecho de los lenguaraces, que le atribuyeron cierta afición escandalosa por los varones, su comportamiento fue intachable: parecía un auténtico *sir*, amable y muy competente en su trabajo.

El productor musical Camilo Fernández me sugirió contratar a Inglez, sin pérdida de tiempo porque el notable músico se aprestaba a abandonar el país. Cansado de lidiar con ejecutivos discográficos, técnicos y ejecutantes que siempre tenían una excusa para retardar el cumplimiento de sus deberes, Roberto había decidido retornar a Inglaterra, donde la disciplina es el método plural y la palabra empeñada se cumple sin demora. Echaba de menos Londres, le fastidiaba el estilo criollo del *en un ratito más le entrego el trabajo*, y no podía tolerar la impuntualidad en los ensayos, una costumbre que acompaña como un reloj atrasado a los músicos nacionales. El medio artístico santiaguino no era atractivo para un profesional de su categoría. Sostuve varias reuniones con el *gringo*, y no fue tarea fácil convencerlo. Finalmente, accedió a quedarse. Yo estaba feliz, y él, muy triste, como si el contrato lo hubiese transportado a las puertas del infierno.

Roberto Inglez fue el artífice del primer éxito de Lucho Gatica: orquestó en 1954 el tema "Las muchachas de la plaza España", y dirigió a los músicos que acompañaron al cantante en su primera grabación. El sello Odeón distribuyó el disco en Sudamérica, a la espera de una respuesta del público amante de los boleros, que por cierto fue impactante. Tal éxito tuvo Gatica con sus discos que, en 1957, ya se había presentado en los shows de Patty Page y de Perry Como, celebrados espacios de la televisión norteamericana. Por cantar una canción en el programa de Patty Page ganó 2.500 dólares, dinero que en su valor actual sería de 6

millones 710 mil pesos. La consagración de Gatica en el medio estado-unidense se produjo la noche del 11 de abril de 1960, cuando actuó en el Show de Dinah Shore. Era el espacio de variedades más caro de Estados Unidos. Cada programa costaba 250 mil dólares, y lo retransmitían en 50 estados para una audiencia de 50 millones de telespectadores. En julio de 1960, Lucho había grabado 300 temas y, en dinero de la época, su fortuna se calculaba en 400 millones de pesos. El bolero, "Historia de un amor", le reportó los mayores beneficios.

Gatica contrajo matrimonio el 21 de mayo de 1960 con María del Pilar Mercado, más conocida como *Mapita Cortés*, actriz de cine y televisión de Puerto Rico. Cuando los novios se retiraban de la iglesia San Juan Bautista, en el distrito Coyacán de Ciudad de México, el cantante recibió la infausta noticia del devastador terremoto que había asolado a gran parte del territorio chileno.

Lucho se conmovió con la desgracia que castigaba tan duramente a los compatriotas en el sur del país. La noche del sábado 2 de julio de 1960 encabezó un show en el Teatro Astor, que produjo 2.190 escudos de recaudación. El dinero fue recibido por el intendente-alcalde de Santiago, Ramón Álvarez Goldsack,

A dos años del funcionamiento de la Portales, Gatica todavía era un artista que estaba al alcance de nuestro presupuesto. Eso creí ingenuamente porque fui víctima de un grave error de cálculo al contratarlo por 14 millones de pesos para que cumpliera cinco presentaciones en la Portales y otras seis en *boites* de Santiago, Viña del Mar y Talca.

Lucho venía de ofrecer un recital ante 45 mil mujeres en el principal estadio de La Habana, pero durante la primera noche de compromiso, en la *boite* Capri, las mesas ocupadas no pasaron de la docena. La segunda noche fue un fracaso, y decidimos cancelar la tercera presentación. Temiendo que en Viña del Mar y Talca el público no demostrara interés por ver al cantante, llamé a Gatica:

- Lucho, no es conveniente seguir con la gira programada...
- ¿Por qué no?
- Estamos perdiendo mucho dinero. Demos la explicación pertinente y suspendamos el programa hasta nuevo aviso.
- No te preocupes, Raúl... Pronto vendrá la buena. Además, no es conveniente suspender las giras anunciadas con anticipación.
- No es un problema de falta de voluntad, es una dificultad mayor. ¿De dónde crees que voy a obtener dinero para cancelar tu contrato?
- No te preocupes... Te propongo lo siguiente: te hago una rebaja

interesante, y así podemos realizar las funciones tal cual estaban programadas.

Al decir que sí coloqué mi cabeza en la guillotina. Entusiasmado por la serena reacción de Lucho Gatica, complementamos su show con la orquesta de Roberto Inglez y el cómico Jorge Romero "Firulete". En Valparaíso hubo 76 espectadores; en Talca, la primera noche, 20 asistentes, y en la segunda, 100... De vuelta a Santiago, en la quinta de recreo Rosedal, apenas un centenar de personas.

Cuando llegó el momento de fijar la rebaja propuesta por él mismo, Gatica me concedió la gracia de reducir sus honorarios en... 500 mil pesos. Me contuve a duras penas, y le mostré toda la documentación que respaldaba las enormes pérdidas, pero Gatica discutió como si se le fuera la vida en su exigencia de obtener 13 millones 500 mil pesos. Al ingresar a mi oficina la esposa de Gatica, cedimos por unos segundos en nuestra discusión. Creí que la presencia de Mapita Cortés impondría una tregua, pero si la obstinación del marido rayaba en la inconsciencia, la actitud de la esposa era doblemente tenaz. Ella exigió el pago hasta del último centavo. Tuve que hacer frente a la deuda. El entonces cantante más famoso de Latinoamérica no fue grosero en su demanda, pero se dio el gusto de poner en juego el egoísmo de un viejo avaro. A pesar de este traspie, mantuvimos una relación de individuos civilizados.

A fines de los años 70, cuando me encontraba de paso en Ciudad de México, Gatica me llamó al hotel para invitarme a cenar en su mansión. Como buen brujo, él siempre conseguía los teléfonos y estaba bien enterado de los movimientos de los chilenos en tierra azteca.

Esa noche me puse en marcha hacia el condominio donde vivía Gatica. Las distancias son planetarias en la urbe más poblada del mundo, sus calles, laberínticas, el tránsito infernal y los policías, muy codiciosos. Me costó pero llegué. En el espacioso living se encontraba un señor de pequeña estatura, marcados rasgos indígenas y tímido. Se irguió para saludarme, y le tendí la mano a una persona del porte de un adolescente:

- Mucho gusto, señor... Armando Manzanero a sus órdenes.
- Armando es un gran compositor -expresó Gatica.
- ¡Qué va, Lucho!... Nada de lisonjas por hoy...

En el centro del espacioso lugar había un lujoso piano de cola que Gatica no tocaba porque carece de conocimientos musicales para leer una partitura a primera vista.

Manzanero accedió a ejecutar algunas piezas. “Es material que se encuentra en proceso”, dijo con tono carente de pretensión.

Pasados algunos años vi al gran Manzanero en el Festival de la Canción de Viña del Mar. Tan pronto terminó su actuación, nos asilamos en el “Tatío”, lejos de los fotógrafos que en el agitado febrero viñamarino ganan alas de  *paparazzis*  obstinados.

Medio año después viajé a Nueva York y Washington. De vuelta a Chile hice escala en la capital mexicana. Al descender de la nave fui sorprendentemente detenido y mi esposa quedó atrapada entre los pasajeros. La policía mexicana me notificó que yo no podía ingresar al país. Eran los tiempos del gobierno de Eduardo Frei. Llamé al cónsul de nuestro país. Al cabo de una hora, el funcionario llegó a la estación policial:

—No te preocupes... Yo arreglo esto... Pásame 300 dólares...

—¿Para qué, se puede saber?

—Para la *mordida*...

—¿La *mordida*?

—¡La coima, hombre!...

El jefe policial recibió el dinero con rostro de evidente satisfacción:

—Muy bien, señor Tarud. Está libre, pero mientras permanezca en esta ciudad, llamará todos los días al siguiente teléfono a fin de mantenernos al corriente del lugar donde se encuentra.

Nunca supe la razón de mi detención. Hubo dos posibilidades: me tenían fichado por haber viajado a Cuba junto a Salvador Allende y Volodia Teitelboim o todavía guardaban el recuerdo de un bullado incidente ocurrido en el mismo aeropuerto, cuando Allende intentó pasar hacia Chile unas grabaciones magnetofónicas con discursos de Fidel Castro, objetivo finalmente logrado. Entonces, no había vuelos directos entre La Habana y Sudamérica. Ciudad de México era la única vía de conexión entre Cuba y el resto del continente.

A Lucho Gatica le ha ido bien en la vida con su estilo  *british* : se priva de emitir juicios mordaces delante de personas a las que descalifica en privado. Cuando supo que viajaríamos con Allende a Cuba, me llamó para programar una estada en México. Dos días eran más que suficientes. Mientras Salvador y otros integrantes de la comitiva recorrían la ciudad, con Gatica nos reunimos en un restaurante ubicado cerca del Palacio de Gobierno.

Lucho detestaba a los socialistas.

—Yo soy un enemigo declarado de Allende —me confesó.

—¿Lo conoces bien?

—Basta con lo que ha hecho como senador, sus vinculaciones con los fidelistas y el Partido Comunista. Está perjudicando a nuestro país...

Allende aún no era Presidente de la República. Horas más tarde, Gatica invitó al futuro mandatario a cenar en un rumboso restaurante folclórico. Lucho todavía cantaba. Nos deleitó con los boleros que marcaron a varias generaciones de amantes del género romántico. Años después lo vi en la televisión. Estaba bien físicamente, un poco más gordo, pero sus cuerdas vocales no eran las mismas de los años 50.

Las grandes pérdidas económicas que sufrimos con Lucho Gatica no fueron las únicas. Con el norteamericano Bill Haley y sus Cometas, las cuentas también quedaron en rojo.

Los rockeros Bill Haley y sus Cometas le disputaban la primacía en Norteamérica al nuevo astro Elvis Presley. Y tras de ellos, en guerra sin cuartel, esperaban treinta o cuarenta cantantes tan buenos como los *superstars*.

Un día amanecí con la brújula orientada hacia Nueva York. Le propuse a mi hermano Arturo:

—¿Por qué no traemos a Bill Haley y los Cometas?

—¿Qué cosa?

—¡Bill Haley y los Cometas!...

Sus carcajadas me causaron un enojo. Yo aspiraba a que la Portales fuese un faro radiante cuya luz alcanzara de Arica a Magallanes. Enviaba el poder económico de las emisoras bonaerenses. Un viernes, en radio El Mundo, cantaba Edith Piaf. A la semana siguiente, siempre en la onda francesa, apenas se disipaban los ecos del gorrión de París, entraba al escenario monsieur Maurice Chevalier. Al mes siguiente contrataban a Gilbert Becaud, mientras nosotros, los pobres vecinos de la otra banda, sólo a veces podíamos traer una modesta murga tropical.

Insistiendo en lo de Bill Haley, mantuve a firme mi proposición ante el comité creativo.

—Podríamos fracasar —comentó el siempre cuidadoso Antonio Castillo.

—¡Intentémoslo —dije con empecinamiento.

Terminé imponiéndome: Bill Haley y sus Cometas fueron contratados exclusivamente por la Portales.

Llegó el día de la bienvenida a los rockeros en el antiguo aeropuerto de Los Cerrillos. Ante miles de *fans*, decenas de policías se mostraron faltos de entrenamiento para controlar multitudes porque nunca habían tenido la oportunidad de participar en demostración tan tumultuosa.

Por entonces alguien había rebautizado el término *colérico* para categorizar a jóvenes y chicas vestidos a la moda yanqui, ellos de jeans, chaquetas de cuero y zapatos vaqueros; ellas, con faldas de amplio ruedo y sweaters muy ceñidos, a lo Anita Eckberg. El *colérico* vivía a lomo de motoneta (Lambretta o Vespa), bailaba contorsionándose espasmódicamente, se ejercitaba con movimientos pelvianos; las *coléricas* se dejaban llevar por el ritmo atropellador del *rock and roll*, para encimar a su pareja con piruetas gimnásticas, y terminaban cubriéndose la cabeza con la falda. Fumaban a lo Humphrey Bogart, caminaban a lo James Dean.

Bill Haley actuó en nuestro modesto auditorio mientras cientos de personas se quedaron frustradas esperando en calle Agustinas esquina de Ahumada para subir al décimo piso.

El tema característico del álbum "Al compás del reloj" se escuchaba a toda hora. Portales lo incluyó en su parrilla para difundirlo cada treinta minutos. Cuando caminabas por cualquier calle de Santiago, brotaban los sonos rocanroleros aquí y al frente, en los pisos superiores, también. Tenías la sensación espacial de que provenían de un gigantesco parlante ubicado entre las nubes.

Además de presentarse en la emisora, Bill Haley actuó en el Tap Room. Lo más desconcertante fue que el público, sólo unas horas antes poseído por un delirio irracional, no concurrió en la cantidad esperada a los tres espectáculos programados. Fueron un gran fracaso. Salimos de esta experiencia con cuentas al rojo vivo. Bill Haley capitaneaba una banda de bebedores magistrales: antes de actuar aprovechaban la espera para *desenfundar* sus botellas de whisky.

Cuando la primera noche vi las mesas del "Tap" desocupadas, presenté que mi hermano Arturo y Antonio Castillo tenían razón, pero convencí a los santiaguinos que todo era posible, incluso bajar las estrellas si, para lograrlo, uno ponía en juego algo más que un simple estado de ánimo.

## La "Nueva Ola"

Un refuerzo eficaz fue el de Camilo Fernández, cuya vida está ligada al movimiento artístico que se originó en la Portales y que ahora ha revivido con cierta vitalidad. La paternidad de la *Nueva Ola* corresponde a Fernández, con quien me une una amistad de muchos años.

Camilo ingresó a la radio en marzo de 1960, para organizar la discoteca, intervenir en la creación de programas con música grabada o en vivo, buscar un director y arreglador musical, y, lo más importante, tratar de *levantarle* a Ricardo García a radio Minería, en lo que fracasamos porque él no quiso poner fin a su estrecha relación con Raúl Matas y "Discomanía". En su reemplazo, Pepe Guixé asumió como conductor del programa "Discos al día", animado por Patricio Varela, que venía llegando de Concepción. Pero faltaba el *hombre ancla*. Fernández convenció a Roberto Inglez, quien entonces actuaba en el piano-bar y restaurante "Hideaway". El famoso pianista se hizo cargo de la dirección de la orquesta estable de la Portales.

Otro aporte de Fernández fue el programa "Calducho", animado y dirigido por Eduardo Grunert Torrealba. Pero el gran suceso fue el "Show de la Nueva Ola", programa dominical en vivo, creado en 1959 por Camilo, con la participación de cantantes juveniles, entre ellos dos prometedoras figuras nacidas artísticamente en la Portales de Valparaíso: Luz Eliana y Larry Wilson.

Al persistir las dudas de que la Portales de Santiago había alcanzado un lugar de preferencia en el público, en 1961 contratamos los servicios de la empresa de Horacio Salas Reyes, que realizó la primera encuesta radial. La sorpresa fue enorme: la Portales figuró en segundo lugar, después de radio del Pacífico.

Estudios demográficos y de costumbres de sintonía radial nos permitieron estructurar la programación en bloques orientados a determinados grupos de auditores. Otro caso de adecuado conocimiento del gusto popular fue la creación del espacio vespertino con grata música dedicada a quienes salían del trabajo y retornaban a casa. Fue el primer antecedente en Chile de lo que hoy se llama *la hora del taco*.

En 1963, Camilo fue tentado por la agencia publicitaria McCann-Erickson, para crear un espacio en radio Corporación, que, de manera muy urgente, necesitaba entrar en competencia con la Portales. Junto a

Ernesto Merino y a Arístides Aguilera, le dio forma al "Show Efervescente de Yastá", con el apoyo de la Química Bayer y los *nueva oleros*.

Al acrecentarse su prestigio como organizador, Camilo recibió una oferta del director de radio Chilena, Daniel Ramírez, para imprimirle una línea distintiva a la emisora del Arzobispado. Anticipándose a los años 70, convirtió la repetición de discos de éxito en un estilo moderno, que inicialmente llamó "Top Eighty", copia de los "Top Forty" de la revista *Billboard*. Así nació la famosa *parrilla*. Además, durante un año dirigió el departamento de prensa de la Chilena. Y cuando la Portales empezaba a declinar, a mediados de los años 60, Fernández se retiró de la Corporación y de la Chilena, para realizar ajustes programáticos que revitalizaron nuestras transmisiones.

La contribución artística perdurable de Camilo es la *nueva ola*. En nuestro pequeño auditorio, los jóvenes cantaban en inglés, vestían a la norteamericana y deseaban parecerse a los modelos *hollywoodenses*. El cambio artístico generacional inquietó a los aficionados a los clásicos y la ópera porque les resultaba desconcertante que chicos carentes de formación académica imitaran a los astros foráneos. La *Nueva Ola* destronó a cantantes de rancheras, boleros y tangos que habían dominado el mercado nacional desde hacía décadas. Los adultos estaban desencantados. Hubo fuertes polémicas. Miguel Aceves Mejía, Pedro Vargas, los hermanos Aguilar, Argentino Ledesma, Leo Marini, Raul "Shaw" Moreno y otros trovadores de la misma cuerda pasaron a ser los segundones ante la irrupción de muchachos como Luis Dimas.

Los jóvenes constituyeron entonces *el mal necesario* en la Portales. Copaban todos los espacios, invadían pasillos, estudios y oficinas. Eran los primeros filones de una mina de oro: Gloria Benavides, Larry Wilson, Luz Eliana, Fresia Soto, Willy Monti, María Pilar Larraín y Scottie Scott y José Alfredo Fuentes.

En aquellos años hubo otro aporte significativo. Pese a los denodados esfuerzos de un grupo de respetables creadores, el folclore constituía el patio trasero de la música popular chilena.

—¿A quien están silbando?, —le pregunté una noche a Antonio Castillo.

—El público está aburrido del clásico huasito y del *tiquitiquití* de la cueca...

—¡No es posible que repudien el baile nacional!...

—Así será, pero en las fiestas patrias nadie baile cueca. Ahora prefieren el *rock and roll*.

Un día llamamos al "Chino" Urquidi, quien a su vez entró en contacto con amigos cultores de la guitarra y el canto. Coincidimos en que el folclore tradicional ya no era del agrado de la mayoría. Había llegado el momento de introducir nuevos aires. El "Chino" y sus camaradas estaban buscando una nueva expresión, un estilo acorde con la modernidad, sin renegar de las raíces. El debate nos convenció de que la cueca es una expresión popular respetable pero escasamente atractiva debido a su ritmo monocorde y movimientos coreográficos algo rústicos.

El "Chino" Urquidi dictó la frase para el bronce:

—Ha llegado el momento de gestar una revolución artística en Chile. ¿Qué les parece el nombre de *neofolclore*?

## Radio Candelaria

Radio Candelaria fue un interesante logro personal, fruto de una feliz sociedad con mi hermano Arturo. Desde hacía años, un ex ibañista, Guillermo Mujica, mantenía inactiva una concesión radial. Se sorprendió cuando le informé que deseaba adquirirle sus derechos. Para ponerse a salvo de reclamos posteriores, me describió el panorama:

—Si te haces cargo de esta señal, irás seguro al despeñadero...

—¿Por qué?

—El dial se ha llenado de radios en amplia modulación y en frecuencia modulada... ¡No hay espacio para más estaciones...

—Igual la quiero comprar...

Cerramos el trato. Único socio era mi hermano Arturo.

Al despedirnos, Mujica estaba convencido que yo me encaminaba hacia la bancarrota.

Iniciamos la aventura en 1965, con Antonio Castillo, un profesional serio, creativo, cuya vida se extinguió penosamente, junto a su familia, en una ramada dieciochera del barrio alto. Cuando él y los suyos observaban un número folclórico fueron arrollados por un camión que bajaba con los frenos cortados.

Arrendamos una casona en Monjitas 626. La fórmula del éxito fue muy simple: acoger a quienes no tienen un alero para expresar sus inquietudes sociales y económicas. Al año de actividad manteníamos

contacto con 500 centros de madres, agrupaciones vecinales creadas en Chile durante el gobierno del Presidente Frei Montalva. En la sala habilitada especialmente, las socias de centros de sectores periféricos realizaban sus exposiciones. Además, recibían atención dental y médica gratuita.

Una campaña de penetración en la gran masa de auditores no puede ser fulgor de un día. Requiere del deseo de servir a los demás. Si quienes serán los depositarios naturales del esfuerzo se dan cuenta que bajo un manto de atenciones se escudan sólo intenciones publicitarias, pronto abandonan la institución que los ha convocado tramposamente.

A las socias les insuflábamos optimismo y confianza en sus capacidades. Pronto acudieron al llamado de la solidaridad para tejer miles de prendas de lana destinadas a familias pobres. Conseguíamos los materiales con grandes rebajas en las fábricas. Al terminar una partida de calcetines, chalecos y bufandas, los centros de madres programaban un espectáculo artístico de campanillas en determinado barrio, donde radio Candelaria transmitía la entrega de obsequios.

Una vez más, los competidores quedaron a la zaga. Confundidos empresarios llegaron a insinuar que la Asociación de Radiodifusoras de Chile (Archi) debía investigar supuestas prácticas desleales de radio Candelaria. A despecho de tales acusaciones, la emisora se mantuvo en la segunda sintonía durante tres años, y en los tres primeros lugares en los años siguientes. Los costos eran bajos. Utilizábamos la misma planta transmisora, asumíamos los gastos en común y el equipo de diez funcionarios duplicaba la productividad. Mientras la Portales exigía un elevado financiamiento y generaba ganancias marginales, la Candelaria era un pozo de oro. Jamás obtuvimos ingresos tan espectaculares. En vista del creciente éxito, las agencias publicitarias empezaron a contratar espacios horarios de alta sintonía y a *bombardearnos* con avisos, desde el comienzo hasta el cierre de las transmisiones. A pesar que alzamos las tarifas, para impedir la saturación, la demanda se mantuvo.

Candelaria fue nuestro Eldorado. Todo marchaba a buen ritmo durante el gobierno del Presidente Frei. La llegada del régimen de la UP empezó a minar paulatinamente las bases económicas. Aún así, la pequeña estación se mantuvo entre las cuatro primeras. Debido al obstinado control de los medios productivos, las empresas publicitarias se quedaron sin clientes, y el financiamiento se hizo cada vez más difícil.

Para no perder todo el esfuerzo de una década, vendí Candelaria al abogado y periodista Jorge Molina, que entonces militaba en el Movi-

miento de Acción Popular Unitaria (MAPU), y que fue diputado del PPD durante el primer gobierno de la Concertación.

### *Los últimos bohemios*

En los años '60, toda emisora que se preciara de *grande* armaba el tinglado para tener orquesta propia a cualquier precio.

Al calor de la bohemia se entretrejan historias que nunca trascendieron más allá del círculo de los músicos. Éstos se esmeraban en el cumplimiento de los horarios, para hacer *dobletes*, a fin de incrementar sus ingresos. Después de las actuaciones en las emisoras, a medianoche comenzaba la curva en ascenso de sus otros compromisos. La mayoría volaba hacia las *boites* o cabarets, donde integraban conjuntos más pequeños. A pesar de que la madrugada los sorprendía demasiado agotados para reanudar sus labores en pocas horas más, ignoro de dónde sacaban fuerzas adicionales porque reaparecían al mediodía tan frescos como si recién hubiesen salido de la ducha.

Quien conoció las candilejas santiaguinas sabe cómo vivían los artistas de hace cuarenta años. Todo era transitorio para la mayoría de ellos: sus relaciones sentimentales, los trabajos, el lugar de residencia. Caía el anochecer y llegaban atraídos por el teatro, el cabaret y la juerga de amanecida.

El célebre actor nacional Alejandro Flores fue protagonista de una anécdota inolvidable. A mediados de los años 60 lo invité al fundo de mi suegro, Jorge Aravena, ubicado en Maule. Flores viajó desde Santiago muy temprano, con todos los integrantes de su compañía.

Al vernos los anfitriones rodeados por gente tan alegre, pronto intuimos que el almuerzo sería el primer pie de una cueca larga. En la zona de Talca abundan los buenos caldos. Cuando el motivo lo merece, se bebe con el consuelo de que el lecho sanará las heridas de guerra. Yo ignoraba que esa noche la compañía de Alejandro debutaba en el Teatro Municipal de Talca. A las 4 de la tarde, los taconeos y huifas clamaban por otra ronda del generoso pipeño y otro pie de cueca. Algunos de los eufóricos actores empezaron a desafiar la ley de gravedad con giros atrevidos, pero un llamado telefónico colocó las cosas en su lugar. El em-

presario que había contratado a la compañía reclamaba ante la ausencia de los artistas. Juvenal Carmona estaba muy irritado. Por un milagro había logrado comunicarse conmigo:

—¡Raúl, la compañía debuta esta noche!...

—Alejandro no me dijo nada cuando llegaron...

—Él sabe de este compromiso desde hace un mes. ¿Cómo está Flores?

—Bien...

—Tienes que hacer algo para que viajen de inmediato a Talca y no me liquiden la función.

Flores y compañía estaban seducidos por las delicias del campo. Sus cuerpos cansados necesitaban reposo. La tarea más complicada consistió en rehabilitarlos con gigantescas tazas de café y caldos quemantes. Más de alguien irradiaba profunda paz interior y el deseo de no mover un dedo. Un integrante de la compañía intentó caminar pero trastabilló jocosamente. Unos estaban demasiado locuaces, otros mudos.

Por fortuna la operación de rescate tuvo éxito. A las 6 de la tarde, cuando anochece porque era invierno, la comitiva retornó a Talca, donde actuó en el Municipal, con notable éxito.

También fui amigo de otros dos actores: Rafael Frontaura, de excelentes dotes profesionales, y Juan Carlos Croharé, intérprete de teatro y cine.

Al alejarme del arte dramático en mi juventud, durante la madurez a los demás sólo los vi pasar por la vereda del frente. Se necesitaba tener temple de romántico empedernido para adoptar una vida azarosa y llena de incertidumbres. Para tales desafíos se nace o no con la estrella propicia.

De la otra vertiente del arte popular procedía Jorge Romero Firulete. Ignoro por qué Romero escogió dicho seudónimo. Firulete significa adorno superfluo y de mal gusto.

Fue el mejor humorista que tuvo la Portales durante 25 años de fructífera relación profesional.

Romero llegó con los aires de un consagrado. En 1958 había cumplido un año de exitosas presentaciones en la *boite* Pigalle. Se había formado en lo que él llamaba *el teatro animado*. Se sentía atraído por el alma de los niños, su candor, su diafanidad, y a ellos les dedicó los mejores personajes.

Dudo que haya existido otro artista tan esforzado como él. A propósito de 1958: ese año fue para Firulete la mejor temporada veraniega

de su vida. Se daba tiempo para actuar en radio Yungay (en el programa "Aquí se confeccionan risas"), en radio Corporación ("Firulete con Alejandro", en sociedad con Alejandro Gálvez otro humorista destacado de la época), en Cooperativa Vitalicia ("Topaze en el aire"), y cerraba la noche en la *boite* Capri.

Durante dos meses trabajó con un ritmo enloquecedor, soportando imperturbable todas las exigencias.

Debido a su anhelo de vivir velozmente, *Firulete* sufrió un grave accidente automovilístico en Rancagua. Resultó politraumatizado y estuvo fuera de la actividad artística durante varios meses. La gente echaba de menos sus chistes blancos. El humorismo chileno aún no entraba en contacto con las narraciones sobre los órganos genitales, la homosexualidad, la tartamudez, el enanismo y la gordura patológica.

Otro humorista de categoría era Carlos Helo, por quien siempre he sentido gran simpatía. Fue uno de los que impuso el chiste telegráfico. Incorporó los elementos característicos de la personalidad de los árabes. Aunque hacía referencias amables sobre los judíos —éstos siempre empeñados en cordiales disputas con los jasieros—, Helo no llevó las diferencias al campo de Agramante. Sus notas alegres acerca de ambas colonias resultaban acogidas de muy buena manera.

De Romero, sé que vive en Algarrobo, alejado definitivamente de las tablas; de Helo, me enteré hace un tiempo que ha superado graves problemas de salud.

Un romántico del buen humor fue nuestro locutor estrella, Pepe Guixé, quien se sintió tocado por los dedos de un ángel cuando le presentaron la hija del senador por Talca, don Ulises Correa. La joven, amable y muy comunicativa, se dejó rodear por las exquisitas atenciones de su enfervorizado admirador. Ella planteaba cautelosas advertencias ante las flamígeras intenciones de Guixé, que entonces desempeñaba un rol importante en el programa matinal al reportar desde cualquier lugar de Santiago los acontecimientos del minuto. La consorte de Guixé supo muy pronto de los devaneos de su media naranja y una mañana irrumpió en mi oficina:

—Señor Tarud, mi esposo no está llegando a casa desde hace varios días...

—¿...?

—...y me parece que debe enmendar la conducta.

Ante la denuncia, apenas retornó Guixé de su mañana de reportes, lo llamé a la moderación:

—Se han quejado con justa razón de que ya ni siquiera apareces por casa...

—Raulito, usted sabe lo que es el acople justo de dos piezas hechas milimétricamente. Y nosotros, somos tal para cual.

Poco duró el entretiem po, y Guixé retornó a casa.

### *Reprimenda de Monseñor Silva Henríquez*

Portales presentaba dos casos extremos: un programa de humor liviano y un espacio para adultos. Eduardo de Calixto obsequiaba a diario sus series amenas basadas en las jocosas experiencias domésticas de una familia de clase media baja. De Calixto mantuvo su programa con tesón admirable. Aún enfermo, trabajó a diario durante ocho meses: escribía el libreto, actuaba, dirigía. Murió en la primera línea de batalla. Hace algún tiempo, a su hija, Mónica de Calixto, el canal 13 le ofreció un sueldo mensual de dos y medio millones de pesos para que ella le cediera los derechos de autor a fin de llevar a la pantalla “Hogar, dulce hogar”. La cantante rechazó la oferta.

De Calixto fue un creador dotado de habilidades innatas para el humor insinuante. Escribía sobre la marcha para incluir los acontecimientos del día, porque siempre fue reacio a dejar libretos adelantados para no provocar la idea de que utilizaba noticias añejas. Escribía en su Underwood desde las 11 de la mañana. Terminaba la última carilla faltando cinco minutos para las 13 horas.

En “Hogar, dulce hogar” se plasmaron amables protagonistas de sucesos identificados con el común de los chilenos, de clase media y pequeños arribistas inspirados por lindos sueños.

Uno de los aciertos innovadores de “Hogar, dulce hogar” fue la inclusión de publicidad en los diálogos de los personajes:

—¡Sinforosa, Sinforosa!...

—¡Ay!... Celedonio, ¿qué pasa?

—¿Dónde dejaste el dentífrico?

—La pasta Odontine está en la repisa del baño...

—¿Te vas a lavar los dientes antes de almorzar?...

—¿Qué me tiene de comida rica, mijita?

—Unos exquisitos fideos Carozzi, con la nueva salsa Tucco de Maggi, que compré en la Bandera Azul. Me la recomendó el propio dueño del negocio... ¡Qué caballero tan simpático!...

Productivos en todo sentido fueron los tres pilares de la programación portaliana, en orden descendente: “Hogar, dulce hogar”, “La Bandita de Firulete” y el “Show Continuada”.

Durante meses, mientras disfrutábamos del inamovible primer lugar en sintonía, hubo un programa que nos quitó el sueño. A partir de las 23 horas, el mundo se conectaba con radio Agricultura, para escuchar “La tercera oreja”. Los libretos, redactados por un señor de apellido Mischiatti, despertaban tal interés entre los auditores que las emisoras tradicionales —Minería, Cooperativa y Corporación— optaron por admitir públicamente el éxito irresistible de la Agricultura. En cada reunión de comité, después de despachar los asuntos de la agenda, chocábamos con la misma piedra: ¿qué hacer para doblarle la mano a la atractiva serie rival?

Una tarde de luces radiantes a alguien se le ocurrió montar un espacio distinto al de los cuentos de ultratumba, bautizando el nuevo espacio como “Los ofensores”, con el objeto de apuntar a asuntos más terrenales: problemas conyugales en la alcoba, disfunciones sexuales, conductas extrañas de gente enferma que requería de tratamiento urgente. El redactor sería un médico especialista. Fue aprobado el proyecto. Durante el primer mes nos mantuvimos en el segundo lugar, después de “La tercera oreja”, pero al cabo de sesenta días superamos a la Agricultura con una sintonía sin precedentes.

Amparándose en los elogiosos comentarios de la prensa, el libretista fue imprimiéndole a textos y personajes un sello cada vez más agresivo y escandaloso. Cuerpos y almas de pervertidos capaces de cometer los vejámenes más reprensibles desfilaban por la Portales. Tal grado de audacia escandalizó a la jerarquía católica. Hace 40 años, el comportamiento general correspondía al de una sociedad intolerante, que prefería vivir bajo la ignorancia deliberada antes que buscar el conocimiento, las razones, los porqués de conductas consideradas anormales.

Una mañana, la secretaria me informó que el arzobispo de Santiago y futuro cardenal, monseñor Raúl Silva Henríquez, deseaba conversar conmigo. He sido siempre fiel creyente, pero a la chilena, convencido de la existencia del buen Dios, aunque nunca me he destacado por la frecuencia de mis visitas al templo en los días puntuales. Al llamarme, el ilustre prelado ejercía un derecho de mando espiritual sobre uno de

sus fieles algo descarriados. Fui a verlo. Monseñor me habló con voz apacible pero firme:

—Señor Tarud, su programa de “Los ofensores” es de una crudeza tal que no sólo escandaliza a los profesionales que conocen clínicamente de las perversiones a que pueden llegar los seres humanos enfermos. Anoche me llamó el presbítero Piñera, que, como usted sabe, es médico. Estaba francamente consternado. No podemos proporcionarles ese tipo de información a los católicos. ¡Ese espacio no puede continuar, señor Tarud!...

—Monseñor, comprendo su preocupación, pero “Los ofensores” está dirigido a personas adultas. El libretista plantea el problema y enseguida ofrece la solución.

—Yo entiendo las cosas de otra manera. En el Arzobispado hemos recibido reclamos muy graves. Los casos que presenta el programa son excesivamente crudos. ¿Qué me dice de los niños que escuchan la radio a esa hora? Quienes la han sintonizado llegaron a la conclusión de que está muy reñido con la moral y los principios cristianos. ¿Comprende?

—...

—Y no enseña nada. Todo es morbosidad, es puro sexo. No podemos aceptar ese enfoque que avergüenza tanto al ser humano.

—Monseñor, usted tiene toda la razón. Voy a conversar con el libretista, para que modere los textos.

Salí afligido de la curia. En la radio conversé con el médico. Acepté las observaciones. Durante dos semanas, “Los ofensores” se mantuvo en una línea informativa, en beneficio del rigor clínico. Decenas de llamados telefónicos denunciaron el inexplicable retroceso que había experimentado el espacio. Se informó a los quejosos que no esperaran más porque la radio daría un giro total hacia las buenas costumbres. Confiamos en que nada se escaparía peligrosamente fuera de control.

Una semana después, desde el Arzobispado nuevamente arreciaron los llamados de atención. Pedí copias de los libretos. En efecto, si antes “Los ofensores” habían escandalizado a los individuos más liberales, ahora marcaba niveles de vulgaridad impactante. Los textos causaban la impresión de que habían sido redactados por depravados y asiduos visitantes de lenocinios. Cada violación o estupro estaba descrito con detalles tan perfectos que estimulaban la mente de sujetos inestables. De nuevo el libretista se nos había escapado de las manos y dejaba una mancha en la línea programática de la radio Portales.

No soy hombre explosivo, pero cuando se me viene una idea a la cabeza, no tardo en aplicarla. El libretista sabía que yo no quería un programa de tal crudeza. Esa tarde estaba tan afectado que cuando lo vi, lo tomé de un brazo y lo lancé contra la pared. Aún me asombra saber que fui capaz de un movimiento tan rápido porque ambos éramos altos y fornidos.

Finalmente, me hizo caso. Moderó los textos, y le ganamos a “La tercera oreja”.

No teníamos enemigos en la prensa. Siempre mantuvimos relaciones cordiales con sus representantes. A menudo almorzábamos con otros directores de medios de comunicación, pero nunca recurrimos al expediente de estimular a ciertos periodistas para que nos hicieran campaña.

Santiago es una aldea grande y muy pronto se sabe cuando un reportero recibe dinero a cambio de promociones noticiosas especiales. Doy fe de que con profesionales como Luis Fuenzalida y Luis Muñoz Rakatán seguimos una línea de relación honesta. Jamás aceptamos sus engranajes.

### *Viña rinde buenos frutos*

Durante once años, la Portales fue el único medio radial que transmitió en forma exclusiva el Festival de la Canción de Viña del Mar.

El argentino Alberto Cortés, radicado en España, matizaba las baladas románticas con discretas observaciones sobre la desigualdad social. Cortés se alejaba cuanto podía de los medios de prensa. Era difícil cazarlo para obtener una entrevista exclusiva.

José Luis Perales constituía el reverso de la moneda: afable, siempre dispuesto a conversar. Y Chabuca Granda, la peruana insigne, de carácter muy acogedor, disfrutaba como si estuviese en Lima.

En el cóctel de recepción que la Portales ofrecía a los artistas, había estrellas de primera y segunda magnitud. Recuerdo con mayúsculas los nombres del argentino Leonardo Favio y del español Raphael, para nuestro gusto los más talentosos cantantes que actuaron en la Quinta Vergara.

Leonardo Favio no oculta su profundo interés por problemas como el subdesarrollo. El común del público ignora que es actor y director de cine. Durante las conferencias de prensa sólo en raras ocasiones le planteaban preguntas que apuntaran a sus sobresalientes obras cinematográficas. Los cazanoticias se colgaban de sus discos para balancearse tomados majaderamente de la misma cuerda, que el título aquí, que la letra acá, que el compositor allá.

En su juventud, Favio provocó gran sensación entre los transandinos al dirigir con éxito la película *Sóñar, soñar* (1977). Su consagración mundial la obtuvo con *Gatica el mono*, ganadora en 1994 del prestigioso Premio Goya de la Academia Española de Cinematografía.

Una noche invité a Favio a tomar una copa. Habló con orgullo de su pasado de chico pobre en una "villa miseria" (campamento), donde la frustración y las carencias derrotaron a tantos, marcándolos para el resto de sus días. Leonardo se salvó a fuerza de mirar más allá de la sórdida barriada. Encontró su camino gracias al director Leopoldo Torre Nilsson, quien en 1961 lo eligió como la figura estelar de la película *La mano en la trampa*, aclamada por la crítica bonaerense. Al cabo de siete años, con el mismo director, Favio protagonizó *Martín Fierro*, y una década después tuvo un rol secundario en *El jefe*.

Cada vez que actúa en Chile, a Favio lo aclaman jóvenes y viejos. Sin distingos generacionales, todos se sienten prendados de sus temas románticos. Y el artista sabe muy bien que esta fama le obligó a relegar a un plano secundario su interés por la dirección y la actuación.

—¿Por qué no te dedicas definitivamente a la cinematografía, Leonardo?, —le pregunté aquella noche.

—El cine requiere de grandes capitales y un verdadero batallón de profesionales. Cincuenta, ochenta, quizás cien o más personas. Depende del guión y de las ambiciones del productor. En cambio, para cantar me basto a mí mismo, con un pequeño grupo de músicos. ¿Entendés?

En 1964, Favio conquistó a la crítica con su *Crónica de un niño solo*, con la que debutó como director. Entonces dio un salto significativo al remozar el cine tradicional de Argentina. "Es un poderoso viento innovador que nos llega de la mano de este talentoso artista", apuntó el diario *Clarín*.

Favio admite que durante un tiempo se dedicó al canto para juntar dinero y filmar. Pero el escenario ha neutralizado a un cineasta que aún podría lograr objetivos superiores, si él se lo propusiera.

Acerca de Raphael: está pendiente su gran biografía, aunque circula el primer tomo de sus *Memorias ¿Y mañana, qué?*, bien redactada pero mezquina. Rafael Martos ha dejado en el tintero episodios enjundiosos que se espera figurarán en los tomos siguientes.

En 40 años de carrera, Raphael ha logrado mantener a su familia alejada de los flashes. Excepcionalmente, admite periodistas en su mansión ubicada en un apartado barrio madrileño, donde reside gente muy acaudalada. Se ignora la magnitud de su fortuna, las empresas que controla, qué come, dónde y a qué hora, si tuvo o tiene romances extramaritales. Otros viven ventilando adrede sus enredos de alcoba a través de las *revistas del corazón*—gran negocio en España—, pero Raphael prefiere sellar su vida privada con dos signos de interrogación.

Años atrás, una revista vasca desplegó una caricatura a todo lo ancho y alto. En ella, Raphael aparecía con un traje de luces muy ceñido, ofreciéndole su trasero a un toro a punto de pitonearlo. El detalle significativo del dibujo radicaba en el rostro complaciente del cantante, como aprestándose al disfrute. Esa inminente cornada constituyó una cruel venganza de los conservadores que entonces le reprochaban a Raphael una supuesta connivencia con partidos de izquierda, principalmente con el comunista, al que—decían— financiaba con parte de los dineros recolectados durante las galas veraniegas.

El Raphael que conocí en Viña del Mar era un chico comedido. Vino en 1966, para quedarse en el corazón de varias generaciones de chilenos.

Rafael Martos, Raphael, o Marcos Sánchez Bustos Martínez Martos: es único, irrepetible.

Se disgustó cuando, después de su primera conferencia de prensa en el festival le pregunté si había nacido el 5 de mayo de 1942 o el 5 de mayo de 1945 en Linares, Jaén:

—¡Qué va, hombre!... ¡Nací, y punto!... La gente dice cosas, inventa mucho...

La noche de su debut, los asistentes al festival confirmaron su calidad registrada en discos long play de vinilo. Al día siguiente, decidí correr el riesgo de recibir un rotundo no. Se escapaba hacia el auto que lo llevaría de vuelta al hotel después de su tercera salida al escenario. Entre los gigantes de seguridad caminaba el agitado y menudo cantante:

—¡Raphael!... ¡Raphael!...

—¡Hombre, que tanto alboroto!... Perdón, ¿usted es de la radio...?

—¡Portales!...

—¿Entonces?...

—¿Cuándo podemos conversar?

—Pues, ahora mismo... ¡Vamos, déjenlo pasar!... ¡Vamos al hotel!...

Mucha agua mineral para él, y para mí unos tragos cortos. Nada de cigarrillos. Dos horas de charla amena.

Rafael Martos nació en una familia muy pobre. Cantaba día y noche, cantaba de todo. A los 9 años ganó un célebre concurso en Salzburgo como la mejor voz infantil de Europa. Cinco años después inició una carrera profesional sin parangón. La Quinta Vergara es un episodio menor en sus actuaciones.

Le pregunté acerca de las fuentes musicales de las que se nutría para su realizar su arte. Contestó:

—Jamás escucho mis grabaciones... Sería una pedantería insoportable para la gente que me rodea. Yo no soy narcisista... Por nada del mundo. Escucho mucha música clásica, los grandes, desde Bach hasta Brahms; también, aires flamencos.

—¿Cómo logras mantenerte siempre en los primeros lugares?

—Trabajando mucho, bien asesorado por gente que entiende de este negocio. Vamos al detalle fino, luego al conjunto. Quienes dejan todo librado a la suerte se equivocan. Hay que pulir y pulir. Buena manía es la de mejorar y mejorar. Porque cuando llegas a la cima, otros querrán lanzarte al despeñadero, pero nada lograrán si te firmas con calidad, y con dientes y con uñas...

En escalón menor pero igualmente importantes, figuraron en Viña artistas como El Puma Rodríguez, Miguel Bosé, Sheena Easton. Montaban sus shows seguros de que la Quinta Vergara les garantizaba difusión extra en el ámbito sudamericano.

Julio Iglesias es otro caso. Cientos de historias románticas jalonan su carrera. Hay tanto de mito como de episodios verdaderos. En los años 70, Iglesias aseguraba al festival actuaciones a tablero vuelto.

Una noche fui al hotel Miramar para coordinar con Iglesias una entrevista para la Portales tan pronto terminara de actuar. Se encontraba en su cómodo apartamento con Isabel Preisler. Afuera montaba guardia con gran celo la secretaria de Iglesias, de nacionalidad chilena.

—No puedes entrar por ningún motivo —me advirtió tan pronto le expuse el motivo de la visita...

—¿Está muy ocupado?

—Le están colocando una inyección...

El manager de Iglesias era un sujeto de apellido Fraile, que me dio un portazo cuando por otro motivo quise entrar a la habitación del cantante. En el segundo viaje de Iglesias a Chile, los organizadores accedieron ante las fuertes presiones de Fraile y arrendaron para el cantante una hermosa casa con piscina en Olmué. Las chicas le rondaban día y noche, con la secreta esperanza de ser objeto de una cordial bienvenida. El filtro de seguridad dejó camino expedito sólo a las jóvenes más hermosas. De madrugada, las fiestas privadas de Olmué le otorgaron un tono cálido al festival.

Por esos días, *El Mercurio* envió a su reportera estrella, Rosario Guzmán Bravo, a entrevistar a Iglesias en Olmué. No en vano los españoles conquistaron un continente de punta a cabo: Julio desplegó toda su gentileza para que la reportera accediese a un entendimiento más efusivo, pero ella mantuvo una digna distancia.

Ocupaba entonces el cargo de director de *El Mercurio* el periodista Arturo Fontaine. Al día siguiente fuimos invitados a un almuerzo en las instalaciones que el diario posee en el sector oriente de Santiago. Iglesias me propuso que viajáramos en helicóptero, pero no acepté su invitación al recordar la experiencia vivida en la nave que comandaba Fidel Castro.

Durante el almuerzo, Fontaine se hizo el desentendido del incidente entre Iglesias y la periodista Rosario Guzmán.

Puertas adentro, el Festival de Viña tenía otro color. Rutilantes estrellas bebían vasos enormes de whisky puro antes de enfrentar al *monstruo*. Otros se inoculaban calmantes potentes, algunos esnifaban, otros prendían pitillos caseros.

El *monstruo* del Festival de la Canción puede destruir una carrera con cinco minutos de rechifla. El *monstruo* es la amalgama resultante de dos elementos: los espectadores deseosos de pasarlo muy bien, sin que les importe la calidad artística; y la chusma inconsciente —como decía el Presidente Arturo Alessandri—, que grita porque sí, porque alguien tomó la iniciativa, y no puede dejar de manifestar su alegría o su malestar por lo que sea.

Entre los españoles que se presentaron con éxito en el Festival de Viña se destacó el catalán Joan Manuel Serrat, un genuino exponente de

la *nova canço*. Hombre de izquierda, Serrat tuvo su primer desencuentro con las autoridades franquistas en 1968 al negarse a representar a la televisión de España en el Festival de Eurovisión. A partir de entonces fue víctima de innumerables prohibiciones que aceraron su posición ideológica.

En gran medida, su éxito se debe a las adaptaciones que hizo de poemas de Antonio Machado y Miguel Hernández.

Impedido de retornar a España por criticar al régimen de Franco luego que fueran fusilados varios políticos opositores, Serrat sólo pudo volver a su patria después de la muerte del Generalísimo.

En 1969 obtuvo el primer lugar en el Festival de la Canción de Río de Janeiro, punto de partida de su fructífera relación con América latina. Al año siguiente debutó en el Festival de Viña del Mar.

Serrat era un poderoso imán que atraía a jovencitas y atractivas mujeres maduras que lo esperaban en el hotel o en la reja de ingreso a la Quinta Vergara, donde nunca vi adhesiones tan apasionadas como las que le brindaban a él.

Una noche, con Serrat y varios funcionarios de la Portales conversábamos muy cerca de la puerta de su camerino. Al fondo del pasillo se escucharon unos gritos destemplados. Los guardias se dieron por vencidos ante la inusitada fuerza de una bella admiradora, que corrió para prendarse de los brazos del cantautor catalán, al tiempo que le decía *mijito lindo, precioso...* Serrat se dejó seducir, y allí mismo, delante de cinco o seis conturbados espectadores involuntarios respondió con el mismo ardor. Mientras protagonizaban una tórrida escena nos retiramos del lugar. La *fans* disfrutó a gusto de su audacia recompensada.

La trastienda deparaba momentos gratos. Compartíamos responsabilidades organizativas con el canal encargado de transmitir el espectáculo. Entre los deberes comunes figuraba la atención de artistas extranjeros. Para el tenor Pedro Vargas fue necesario unir dos camas debido al enorme volumen de su cuerpo, siempre insatisfecho porque gozaba de un apetito formidable.

Una noche nos reunimos en casa de un amigo. El celebrado cantante de boleros mexicano elogió cada plato, los vinos, el pisco sour y el bajativo:

—¡Qué grandiosos son estos mariscos!...

La dueña de casa entendió que era menester obsequiarle otra por-

ción de lenguas de erizo, y otra más de choros zapato y otra de ostiones al pil pil, con un vino blanco bien seco y tostadas de pan integral con untuosa mantequilla sureña.

Pedro Vargas cantó a capella. Al brindarnos un obsequio tan espontáneo ratificó su condición de gran tenor y gentil caballero.

## Cuarta Parte

---

### *Allende y Neruda*

A Salvador Allende Gossens lo conocí cuando era candidato a senador por Valparaíso, su ciudad natal. Después de recibir el título de médico en la Universidad de Chile (1932), Allende no ejerció en contacto con pacientes y en el quirófano debido a la especialidad elegida. Al año siguiente, se unió al grupo de fundadores del Partido Socialista. Al cumplir 30 años de edad fue uno de los diputados más jóvenes de la época. Allende optó por la política, para, a través de ella, lucirse con sus conocimientos sobre salubridad pública, tema en el que fue un prestigioso experto.

Nuestro primer contacto se produjo a comienzos de 1961, cuando Allende iniciaba la campaña electoral. Una mañana lo encontré en la radio Portales de Valparaíso, charlando con mi primo Nelson Tarud, gerente de la filial porteña.

El futuro Presidente de la República se sentía como en casa. Contó chistes ingeniosos sobre sus conocidos de izquierda y derecha. No hubo modo de quitarle la palabra, pues se explayaba con entusiasmo sobre sus principios ideológicos. Con Nelson solía verse a menudo. Mi primo también mantuvo cordiales relaciones con la familia de Laura, hermana de Allende y diputada socialista.

En la penúltima y frustrada campaña presidencial de Allende fui su generalísimo en la provincia de Talca. Durante sus visitas a la ciudad, Salvador dormía en mi casa. Al día siguiente reanudábamos muy temprano las actividades que culminaban pasada la medianoche, con el candidato eufórico y el equipo colaborador exhausto.

En sus discursos evitaba las definiciones sobre temas confrontacionales. Era más bien un político moderado, un demócrata confiable. Ofrecía a sus electores fórmulas clásicas para mejorar la alicaída economía nacional. Sus propuestas carecían de la profundidad social que le imprimió al país desde la Presidencia. Cuando se enardecía en el Parlamento o durante una concentración, Allende tornaba su voz regularmente suave en un lanzacohetes de formidables proyectiles. Hendía sus lanzas ideológicas en los flancos de latifundistas, industriales y banqueros. Despertaba el pánico entre conservadores y liberales porque, con el menor descuido, de seguro aparecería Allende encabezando la aplanadora para barrer un sistema cuyos fundamentos sociales y financieros provenían de la Colonia.

Si él me estimó de veras, nunca lo supe. Jamás lo sometí a prueba para determinar si estaba conmigo o no. La única oportunidad en que requirió mis servicios de manera extraordinaria fue para que yo mediara ante el demócratacristiano José Foncea, a fin de obtener su apoyo a su candidatura presidencial. Nos reunimos a cenar en mi casa de la calle Málaga, y asunto concluido.

Con Allende nunca tuve el diálogo que algunos me adjudicaron en su oportunidad. Se dijo entonces que yo lo había presionado para que acelerara el proceso de izquierdización de la radio Portales. Nada más lejos de la verdad porque siempre he sentido simpatía por la Democracia Cristiana.

Allende fue una persona muy delicada conmigo, pero, al parecer, el buen trato quedó relegado al olvido cuando los Hirmas le vendieron sus acciones de la radio Portales en 300 pesos.

Un fin de semana, el entonces senador me invitó a almorzar en su casa veraniega de Algarrobo. Lleno de aprensiones, acudí con mi mujer. El gesto cordial no admitía excusas, pero ¿cómo vestarnos para la ocasión?, ¿de *sport*, o como si se tratase de un encuentro formal? Optamos por ropas livianas. El verano de 1962 fue uno de los más calurosos de las últimas décadas.

Allende nos recibió con talante dicharachero. En el living estaba Pablo Neruda, a quien antes había visto en el Senado.

El dueño de casa distinguía al vate por sobre todos:

—Raúl, el camarada Neruda también nos honra con su visita...

Del poeta, algo corpulento y de maneras reposadas, recibí un suave apretón de manos. Su esposa, Matilde, dejó de leer un hermoso libro de tapas repujadas, y también nos saludó con cierta formalidad.

Neruda se explayó pausadamente, sin excederse con los calificativos. A la mesa, estaba sentado un hombre lo más distante del monstruo descrito con tanta cólera y apasionamiento por Pablo de Rokha y Vicente Huidobro.

La conversación de Allende y Neruda fue de Temuco a Valparaíso, de Madrid a París, de Moscú a Santiago de Chile.

Al cabo de dos horas de charla, Matilde y mi esposa salieron a caminar.

De pronto Allende me sacó del letargo:

—¡Tú recitas, Raúl!...

—¿...?

—...y lo haces muy bien...

Guardé silencio.

—¿Ya no recitas?

—Recitaba, Salvador, recitaba...

Neruda sonrió con benevolencia, pero sus ojos irónicos me alertaron sobre la posibilidad de verme envuelto en una demostración lamentable de mis antiguas habilidades como declamador. A pesar de advertir que el poeta se aprestaba a disfrutar a costa mía, no me pude negar ante la exigencia de Allende.

Incómodo por lo que se venía le pregunté al anfitrión con cierta candidez:

—¿Recito de pie o sentado?

Allende y Neruda estallaron en carcajadas. El poeta enjugaba sus ojos con un albo pañuelo. Al cabo de unos minutos de algazara, decidí encararlos. Con resolución, me levanté del sofá para recitar un fragmento de las "Rimas" de Gustavo Adolfo Bécquer.

Después que declamé los versos, hubo silencio. Fue mejor así. Me habría sentido muy incómodo si alguien hubiese dicho *qué bien estuvo, con cuanto sentimiento y emoción ha recitado usted...*

—¿Y sabe poemas míos?

—Sí, don Pablo...

—¡Nada de *don!*... Tome como ejemplo a la gente de mi partido: todos me tutean. Y que yo sepa, nunca se ha venido el mundo abajo por tamaña insolencia...

Con el ánimo más distendido recité versos de *Crepusculario*, "Farewell", entre ellos.

Me premiaron con un prolongado silencio.

El futuro Premio Nobel reflexionaba hondamente.

Allende, también.

Por fin, Neruda habló:

—Señor Tarud... Siempre he pensado que mis poemas no son apropiados para recitarlos aunque sea Berta Singerman quien los declame. Fueron creados como el fruto de densas miradas hacia al interior de uno mismo, del hombre y sus recónditos sentimientos. Creo que van mejor a la hora de la meditación. Hace poco recibí una hermosa carta de una jovencita de Valparaíso. Me contaba que en la tranquilidad de su dormitorio ella se deleita más leyéndolos en silencio que escuchándolos. Y esto nada tiene que ver con su interpretación.

Tenía razón Neruda. La poesía se disfruta en la intimidad. Los recitales que a toda voz desgarran el alma recuerdan el tono demasiado expresivo de los españoles románticos, algo fuera de lugar en nuestro medio, donde las personas son más retraídas y poco dadas a las expansiones del espíritu.

Neruda grabó algunos de sus poemas más célebres. Al leerlos con su voz monocorde adquirieron un sello distinto al de los viejos declamadores.

### A Cuba los boletos

Recibí la invitación de Fidel Castro por escrito, a través de la embajada en Santiago. Cuando Allende supo que yo estaba entre los elegidos, me llamó por teléfono:

—Raúl, ¿vas a viajar?

—Por supuesto...

El senador deseaba pisar el terreno de la nueva revolución americana.

Aquella noche hizo una larga disertación sobre José Martí:

—¿Sabes que fue un gran periodista?

—Vagamente...

—¡Pero, hombre!... ¡Martí, el gran luchador cubano, el patrono de la libertad!... Y tú me vienes con un *muy interesante*...

—Salvador, la política no es mi fuerte. No me formé con la idea de ser regidor, intendente o parlamentario.... Cada cual en lo suyo...

—Es cierto... Se tiene vocación o no para la política. Llévate este ejemplar de las obras de Martí...

—Salvador, ¿por qué te obsesiona tanto Cuba y no la Unión Soviética?

Habló con apasionamiento sobre el tema. Cuba revitalizaba el discurso revolucionario de los padres fundadores: O'Higgins, Bolívar, San Martín, Carrera, Miranda. Devolvía a millones de pobres la certeza de que es posible crear un mundo mejor. La URSS era el presente radiante. Su firme estructura social, su capacidad para crear riquezas, se expresaba con el internacionalismo proletario, alcanzando con sus dones hasta la isla caribeña. Salvador revisaba libros, cotejaba opiniones, le daba duro a éste al calificarlo de *revisiónista*, a aquél lo ensalzaba por apreciar de manera transparente el proceso histórico cubano que culminó al caer Fulgencio Batista, probablemente el más odiado entre los dictadores del continente, cuya lista encabezan con siniestra distinción el paraguayo Doctor Francia y el argentino Juan Manuel de Rosas.

Iniciamos los preparativos para ir a Cuba. México era la única puerta de entrada en América. Fue necesario combinar aviones. En un momento pensamos que la mejor vía era Madrid, pero los costos se dispararían.

Viajamos hacia la isla caribeña en marzo de 1963, cuando Cuba aceraba sus filas para hacer frente al bloqueo económico norteamericano, que acarreó graves problemas de abastecimiento. La pequeña comitiva estaba integrada por Salvador Allende, mi suegro Jorge Aravena Carrasco, Volodia Teitelboim, el presidente de la CUT, Luis Figueroa, el diputado Patricio Hurtado (DC) y dos periodistas.

A los invitados VIP, Cuba los recibía en hoteles heredados de la época de gloria del turismo batistiano. Nos alojaron en el Riviera.

Una mañana, antes de salir en el *tour* del partido, aguardábamos la llegada del autobús cuando cruzó el salón una mujer alta, morena, rotundamente bien dotada, de un andar cadencioso, muy propio de las muchachas del trópico. Al acercársele Allende, ella lo reconoció de inmediato. Era la amante de Camilo Cienfuegos, revolucionario destacado, mano derecha de Castro y uno de los responsables de la caída de Fulgencio Batista.

Una tarde la encontré en la sala de espera. Aceptó una bebida. Me confidenció que había amado por sobre todas las cosas a Cienfuegos. Aún había tiempo para una segunda copa antes de salir a otro destino turístico predeterminado. Con extremo sigilo, temiendo que sus palabras susurrantes fueran advertidas por los agentes que aguardaban en el

hotel, ella me ratificó lo que para la prensa internacional fue siempre un secreto a voces:

—Camilo fue asesinado por Fidel Castro...

—¡...!

—Usted no lo cree pero yo tengo fuentes seguras.

—¿Y por qué lo eliminó?

—Cienfuegos era muy querido y prestigiado en toda Cuba. Se le respetaba porque siempre fue un hombre decente que no manifestó el gran apetito de poder de Castro.

Empecé a incomodarme. Pensé que ella me estaba tendiendo una trampa para determinar si yo también era un *gusano* emboscado, dispuesto a formular críticas anticastristas en el corazón mismo del sistema revolucionario.

La bella mujer reanudó la charla como si nada:

—Camilo también tenía gran ascendiente sobre el Partido Comunista. Esto fue lo que le molestó a Castro. Por eso, ordenó asesinarlo.

—Lo que usted me cuenta es muy grave, pero ¿dónde están las pruebas?

—Algún día se sabrá todo... Adiós.

Su figura espigada y las caderas cimbreantes dejaron una estela de estupor. Era realmente hermosa.

Fuimos invitados por Castro a conocer la Isla de Los Pinos, llamada a partir de 1978, Isla de la Juventud. La noche anterior, Salvador me ordenó que no le contase a nadie acerca de la próxima excursión, porque los únicos pasajeros del helicóptero seríamos el piloto, Castro, Allende y yo.

La Isla de Los Pinos está ubicada al sudoeste de Cuba, en el mar Caribe.

Es un promontorio de 2.230 kilómetros cuadrados, donde abundan los pinos y una sabana de gran superficie. Para Castro, ese lugar tiene una importancia singular, pues, en 1950, fue encarcelado por Batista en una prisión ubicada en las afueras del pueblo de Nueva Gerona.

Nunca he podido escalar grandes alturas y mirar el suelo sin sentir un vértigo aterrador. Los vuelos turbulentos me sofocan. Jamás he sufrido —es la expresión correcta— en una nave tan frágil como un helicóptero cuya capacidad era estrictamente para cuatro personas. Legado también de los norteamericanos, el anticuado Sikorsky crepitaba como una hoja en medio del fuerte viento.

Castro iba al mando de la nave. De pronto ordenaba al piloto que descendiera en el acto, *¡sin demora, chico!*, para que conociéramos alguna nueva obra del régimen o cierta belleza natural. Durante el trayecto nos fuimos de zambullida en zambullida, arriba, abajo, que mira esto, que observa aquello. Fidel tenía algo de niño al disfrutar con el juego del helicóptero, que se encabritaba según sus órdenes, mientras mi estómago apenas lograba resistir.

En Isla de los Pinos estaban reclusos los condenados por delitos contra la revolución. En su mayoría se trataba de políticos y empresarios de la época de Batista, que disfrutaron cuando a Cuba se la consideraba como un burdel paradisíaco.

Yo observaba todo con gran interés. Captaba cada detalle a la espera de conocer y poder luego contar cómo eran las cárceles cubanas, donde sobrevivían ex terratenientes y revolucionarios arrepentidos. Apartándome de la pequeña comitiva me acerqué a un rincón. Desde distancia prudente vigilaban hombres armados. A pesar del celo vigilante, estuve cerca de unas celdas. Entre los barrotes emergió un individuo barbudo, de piel cetrina y ojos hundidos. Algo dijo, quizás un nombre. Le hice una seña y moví los labios para darle a entender que no había escuchado bien. Balbució entre dientes. Capté un vago *Francisco*. Nada más.

El conocimiento de lo que ocurría en el interior de aquella construcción nos ratificó que en las cárceles políticas cubanas se privaba a los reclusos de las mínimas condiciones de higiene. Tampoco recibían libros, diarios y útiles para escribir.

No sé si algo cambió desde entonces. Lo que sí tengo claro es que las dictaduras no son un modelo aceptable en ninguna latitud.

Vi a Fidel pronunciar varios discursos. ¡Qué resistencia, señor! Sin importarle el número de los oyentes, les endilgaba unas largas y apasionadas arengas. Hablaba con un tono medio que paulatinamente iba *in crescendo*. Repasaba y repasaba ejemplos modélicos. Su discurso concordaba con el iletrado y con el docto. Todos terminaban convencidos de las ofrendas maravillosas que algún día proveería la revolución.

De vuelta a La Habana nos esperaba una Comida Martiana en homenaje a José Martí. Concurrirían altos oficiales de las fuerzas armadas cubanas. Castro descendió puntualmente de su vehículo, frente al hotel, para llevarnos al cuartel donde se realizaría la recepción. Desde media hora antes circularon entre nosotros unos tragos largos de ron caribeño. Y como Fidel se esmeraba en sus gestos de camaradería, no encontré nada mejor que entrar en confianza al preguntarle:

—¿Dónde se realizará la comida *mariana*?

A Salvador Allende le corrían las lágrimas de tanto reírse.

El ron, a temprana hora, puede ser muy travieso...

Después de varios días de espera, Castro accedió a una entrevista.

—Nos reuniremos —dijo—, pero primero cenaremos en el hotel. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

Fidel llegó a las 21 horas. Vestía la tradicional tenida verde oliva. Ingresamos a una habitación. A los cinco minutos nos cambiaron a otra en un piso superior. Cinco minutos después estábamos en una tercera pieza, donde todo estaba dispuesto para comer. El servicio secreto extremaba entonces la vigilancia, pues la CIA se había juramentado para asesinar a Castro.

A las 11 de la noche la brisa marina apenas refrescó el ambiente. La jornada nos dejó extenuados porque los cubanos aseguraban que uno debía ver todo para formarse un juicio concluyente acerca de su revolución.

Sobreponiéndose al calor, Castro abrió una caja de puros habanos. Grabé innumerables cintas durante cinco horas de conversación.

Castro, además de notable con sus discursos, es sobresaliente en la charla.

Primera pregunta:

—¿Por qué nacionalizó la finca de su padre?

—Tú, chico, me quieres meter en los problemas familiares...

Segunda pregunta:

—¿Qué piensa de su hermana Juana, la disidente?

—Otra vez con lo mismo...

Guardó un largo silencio.

Se atusó la barba.

Quería y no quería hablar.

De pronto dijo:

—Ya, chico, vamos...

Castro fumaba sin cesar pero no bebió licor. También disparó unas cargas mortíferas contra el gobierno argentino de la época, encabezado por el abogado radical Arturo Frondizzi, quien, a los pocos meses, cayó en el descrédito entre los sindicatos y en el Ejército, que lo acusaba de properonista. Además, cometió el error de concederle una entrevista al Che Guevara, quien venía de Montevideo, donde infructuosamente trató de desbaratar el programa de ayuda norteamericana conocido como

“Alianza para Progreso”, obra del presidente John Kennedy, severamente cuestionada por la izquierda continental. Guevara había proclamado en la capital uruguaya la necesidad de crear una entente liberadora, para oponerse al hegemonismo yanqui. Después de la audiencia con el líder guerrillero, Frondizzi fue criticado por la derecha y sectores afines del Ejército.

Durante nuestra entrevista, Fidel Castro calificó en duros términos a Frondizzi. Aseguraba que el mandatario argentino había otorgado garantías al Che Guevara de no permitir que Argentina cayera en la red financiera norteamericana. Según el líder guerrillero, el programa “Alianza para el Progreso” ocultaba una trampa: el país que aceptara los recursos se comprometía a profundizar el modelo económico liberal y a conceder las máximas franquicias a los capitalistas para que operaran libres de trabas impositivas.

A las cinco de la mañana me estaba acostando cuando golpearon la puerta de mi habitación. Eran Allende y Fidel Castro.

Salvador habló con tono terminante:

—Fidel me ha dicho que sería muy inconveniente que dieras a conocer en la radio sus declaraciones acerca del presidente Frondizzi.

Castro me exigió de inmediato que escucháramos las cintas a fin de encontrar sus dichos, para eliminarlos.

—Pero, ¡cómo!... ¿Por qué tanta desconfianza?

Tuve que argumentar con gran convicción para que no me obligaran a revisar el material. Les garanticé que mantendría bajo reserva el tema argentino, pero contrariando a la distancia al solicitante, semanas después, la Portales difundió la entrevista completa.

Otro de mis objetivos era hablar con el Che Guevara, que se desempeñaba entonces como ministro de Industria y presidente del Banco Central de Cuba.

Argentino, hijo de clase media (nació en Rosario), antes de graduarse como médico en la Universidad de Buenos Aires, Guevara hizo un recorrido en bicicleta por Chile, desde el norte desértico hasta Puerto Montt.

Tan pronto obtuvo su título profesional, en 1953, Guevara huyó de Argentina, para no ser enrolado obligatoriamente como médico en el ejército, de acuerdo con un decreto del presidente Juan Domingo Perón. Estuvo en La Paz, y residió también en Guatemala. Se instaló finalmente en Ciudad de México, donde conoció a los hermanos Castro, Fidel y Raúl.

La vida del Che Guevara todavía conmueve a los jóvenes idealistas del continente. Otra historia es el negocio de empresas capitalistas, que venden poleras, jockeys, adhesivos, distintivos, banderines, discos y libros con la imagen del guerrillero. Por cuenta de los cándidos, unos pocos obtienen jugosos dividendos valiéndose de figura tan opuesta al mercantilismo.

Desde joven, Guevara creyó que los comunistas *criaban* dirigentes oportunistas, demasiado tolerantes con el medio político. Les faltaba –decía– el arrojo de los revolucionarios que combatieron a los zares en 1917.

La entrevista con el Che duró una hora. Con su cabellera larga parecía un Cristo. Tenía la mirada diáfana. El Che buscaba los ojos del interlocutor mientras conversaba animadamente, sin el ampuloso acento tropical.

Las cintas magnetofónicas quedaron almacenadas en algún lugar de la Portales. Finalmente, se extraviaron. Sólo guardo unos breves pasajes transcritos de la charla con Guevara:

–¿Qué los decidió a combatir la dictadura?

–Cuba era entonces un pueblo oprimido sanguinariamente por el dictador Fulgencio Batista y por el imperialismo. Cuba era la casa de citas de los norteamericanos, el gran y brillante prostíbulo de los fines de semana. Se llevaban lo mejor de nuestros jóvenes y de nuestras tierras, y a cambio nos dejaban unas migajas. Finalmente, el pueblo se emancipó.

–Estados Unidos está planeando aumentar el bloqueo económico. ¿Qué repercusiones tendrá esa medida?

–Habrá problemas graves, pero los cubanos tienen un alto concepto de la dignidad nacional. No será una tarea fácil, pero superaremos las dificultades con la ayuda de la Unión Soviética, la China Comunista y el resto de las naciones socialistas de Europa.

–¿Fue atinado colectivizar toda las tierras?

–Hemos llevado adelante una verdadera reforma agraria en contraste con las tibias reparticiones de terrenos que han realizado algunas naciones capitalistas. Ahora los pobres se sienten dueños de sus predios. Tienen legítima participación en las utilidades.

–Pero en educación hay graves problemas...

–Los hay, pero estamos empeñados en solucionarlos a la brevedad. En todo país socialista es fundamental que exista un régimen de educación democrática que fomente los derechos y los deberes de todos los

individuos. Aquí, cada niño o joven tiene acceso a la educación. No hay diferencias de ninguna naturaleza.

–Otro sector que no deja de inquietarlos es el de la salud. Sus opositores afirman que en tiempos de Batista la atención sanitaria era mejor...

–Dicen tonterías. Tienen mala memoria. En tiempos de la dictadura sólo era bien atendido el que tenía dinero. Hoy la atención es universal: todos reciben gratuitamente los servicios que necesitan, según el grado de complejidad de sus enfermedades. Ahora estamos creando centros especiales de investigación que nos aportarán las soluciones a males propios de la zona tropical. Los grandes laboratorios nos cortaron el oxígeno al no remesar más los medicamentos que nuestro pueblo necesitaba. Allá ellos, porque nuestros científicos crearán las drogas necesarias. ¿Puedo preguntar yo, ahora?...

–Por supuesto...

–¿Qué pasa en Chile?

–Existe un gobierno democrático encabezado por el Presidente Eduardo Frei Montalva.

–¿Gobierno democrático me dijo?

–Exactamente...

–Permítame que le rectifique... Sistema democrático es aquel donde todos los ciudadanos tienen los mismos derechos a la salud, educación y trabajo... ¿Ocurre lo mismo en Chile, en Argentina, mi patria de origen?

Para terminar la entrevista Guevara se despidió con una frase que sólo tiempo después comprendí:

–Muy pronto, ustedes me van a ver liderando la causa de otro pueblo de América.

Fueron los acontecimientos capitales de nuestra agenda.

El resto de nuestra permanencia en Cuba lo dedicamos a turistar.

La Habana, uno de los puertos más seguros del mundo, está a 170 kilómetros del territorio norteamericano. Un misil de mediano alcance cruza en pocos minutos de uno a otro extremo. Alguna vez Florida y La Habana fueron ciudades *hermanas*: las mafias de ambas ciudades solidarizaban al estilo siciliano. Los mismos negocios turbios de allá, tenían réplicas millonarias en el lado isleño del caribe. Entonces, la capital tenía poco menos de 1.700.000 habitantes.

Cuando el visitante arriba por el oriente lo recibe la fortificación de El Morro, construida en el siglo XVI para defenderse de los piratas. Es la obra arquitectónica singular de una ciudad antigua. En La Habana Vieja abundan las casonas con balcones sobre vías estrechas. El material predominante en las construcciones es la piedra caliza de un tono coral claro. La contraparte de la ciudad histórica es una Habana de moradas casi lujosas, la mayoría convertida en sedes de servicios públicos y residenciales para estudiantes de provincias.

A los católicos de la reducida comitiva nos impresionó ver la forma en que se ha conservado el convento de Santa Clara cuya construcción culminó en 1644. A comienzos de la era castrista la mayoría de los cubanos sólo admitía con gran cautela su condición de cristianos por temor a los agentes vecinales, que eran muy eficaces para descubrir señales de descontento popular.

También es llamativa la catedral de la Inmaculada Concepción, inaugurada en 1656. Con Hurtado ingresamos al sombrío y grandioso templo. No divisamos un alma. Desde el extremo derecho superior del altar emanaban tenues rayos provenientes de una ventana situada en lo más alto. Nuestro guía se sintió incómodo cuando le pedí que ubicara al sacerdote. "Por ahí debe estar", contestó de manera indolente, negándose a ponernos en contacto.

Pregunté por los grandes hoteles. Sabíamos de su existencia a través de filmes. Otro gesto vago del guía:

—En su mayoría fueron convertidos en escuelas o bibliotecas.

Decidimos no salir más con el mal educado funcionario.

Estábamos a pocos días del retorno a Chile. Si nos sorprendían en algo indebido, lo peor que podría sucedernos sería recibir la orden policial de apresurar nuestra salida.

De noche, La Habana florecía. De cada rincón brotaban parejas de muchachos liberales. El Tropicana rendía justo tributo a su fama al presentar uno de los mejores shows del mundo, con unas bellas mulatas, de piernas largas y sensuales movimientos.

El diputado Patricio Hurtado llevaba muy recomendado por su partido el nombre de un simpatizante del movimiento socialcristiano. Debido a que siempre tuvimos la sensación de ser observados desde prudente distancia, Hurtado tomó todas las precauciones del caso para ponernos en contacto con su camarada. Al día siguiente fuimos a almorzar a su casa.

En un barrio pobre, de construcciones viejas que algún día fueron casas señoriales nos recibió una familia integrada por gentes amables y tímidas. Hablaban con voces susurrantes. *Las paredes tienen oídos, señor*, nos aclaró el dueño de casa, un sujeto de rostro pálido, ojos inteligentes y gestos nerviosos que denotaban una tensión constante. Profesar ideas políticas distintas a las propiciadas por el estado es, en Cuba, un riesgo mayor. A quienes sean sorprendidos realizando actividades políticas contrarias al castrismo los espera una larga reclusión.

La mesa estaba dispuesta modestamente. Algo de pescado, unas raciones de arroz y frutas tropicales. Apareció una botella de ron elaborado en algún alambique casero acerca del cual *nadie* sabía dónde estaba en caso de una sorpresiva inspección.

Arturo Meléndez —tal era el nombre de nuestro anfitrión— nos narró los padecimientos del pueblo.

—Hubo un momento de gloria al caer Batista. Creímos, señor, ingenuamente, que pronto se restauraría la democracia.

—¿Qué tipo de democracia?, —inquirió el diputado Hurtado.

—Una democracia representativa, de autoridades elegidas por el pueblo, generadas desde la base, una democracia que respetase todas las ideologías y las creencias religiosas en tanto éstas no atentaran contra el mismo pueblo que las respaldaba. Queríamos oportunidades de vida mejor, alimentos, medicamentos, viviendas higiénicas, comercio abierto, universidades para pobres y ricos. En resumen, queríamos igualdad...

—¿Y?

—Muy pronto Fidel dio a conocer sus intenciones. Había sido desde joven un marxista entusiasta, pero mientras comandó la guerrilla contra Batista jamás dejó entrever sus propósitos. Disfrazaba muy bien sus intenciones políticas. Por eso fue que nos sorprendió cuando hizo un acto de fe al proclamar que su gobierno era socialista y estaba firmemente adherido al internacionalismo proletario.

Disfrutábamos de una ensalada de frutas cuando unos gritos pusieron un suspenso en la conversación. Temimos vernos envueltos en un escándalo: caíamos detenidos por la *Secreta*, pasábamos a las mazmorras de la Isla de los Pinos y transcurrían años sin que nuestras familias lograsen rescatar nuestros huesos.

Meléndez ordenó que cerraran puertas y ventanas porque en Cuba, a toda hora, salvo en la noche, permanecen abiertas. Nadie se deslumbra por nada de lo que posee el vecino.

Enseguida, apareció la mujer que lloraba a gritos.

—¿Qué ocurre, Melania?

—Alberto...

—¿Mi hermano?

—Lo trasladaron...

—¿Adónde?

—No lo sabemos... No sabemos si está vivo o muerto.

Ellos ignoraban la causa de su detención, y como nosotros nos retiramos casi enseguida, jamás supimos qué fue de él.

Meléndez nos había adoctrinado acerca de la forma de obtener una visión real de Cuba. Al día siguiente nos levantamos a las 4 de la mañana. Una hora más tarde vimos las filas de personas esperando recibir alimentos, pescado o carne. En sus manos tenían libretas de racionamiento. A cada grupo familiar se le asignaba la cuota correspondiente. Había ancianos arrastrando unas sillas pequeñas para reinstalarse a medida que avanzaba la cola.

Al mediodía nos asignaron otro guía. El muchacho resultó ser amable y no se expresaba de manera cortante como el anterior. Fuimos a un restaurante popular. Pedimos nuestros platos aconsejados por Manuel. La comida cubana no es mala. La combinación de sabores dulces y salados forma un contraste al que no estamos acostumbrados en Chile. Llegaron los platos nuestros y no los del guía. Intenté llamar la atención del mozo que nos había atendido, pero Patricio Hurtado me señaló el mostrador, donde Manuel entregaba una vianda a una pequeñuela. Enseguida retornó a la mesa.

—¿No almuerza con nosotros?

—No, compañero...

—¿Por qué no?

Hizo un gesto vago. No insistimos. Estábamos aprendiendo que la discreción resultaba ser una forma de vivir tranquilo en Cuba. Luego nos fuimos a caminar por la costanera. Sólo entonces Manuel nos confidenció:

—Mi ración de comida se la envié a mi novia, para que alimente a su abuela, que está muy enferma.

Estábamos a fines de julio, muy próximos al mes de los calores más intensos en la isla. La temperatura no cede durante la noche. Sudas intensamente. Te bañas y al minuto estás empañado de transpiración. Hombres y mujeres usan tenidas livianas. Predomina el color blanco. Ellas van con poleras y unas faldas de tejido tenue que moldean sus cuerpos. Casi desnudas, despliegan un andar que no es provocativo. Los

foráneos las observan con otros ojos. Mientras nosotros vivimos blindados por nuestros aburridos trajes de gris y las mujeres con tenidas que jamás dejan al descubierto parte mínima de su anatomía, las cubanas transitan por el mundo acostumbradas a lucir mucha piel retinta, cobriza o blanca. Y nadie se enferma de lujuria.

Los jóvenes que conocí apoyaban la revolución, convencidos de que el marxismo resolvería todos sus problemas. El futuro estaba al alcance de sus manos, y a los viejos sólo les restaba aguardar la retirada postrera, después de padecer durante consecutivos regímenes autoritarios, cada vez más pobres, sin derecho a una vida mejor.

Cuba era entonces —y no creo que haya cambiado mucho—, un país de graves contrastes.

También fuimos invitados a su casa por el hermano de Fidel, Raúl Castro. Nos recibió con su esposa, Vilma Espín, que entonces estaba embarazada. Vivían en un amplio departamento. Durante la extensa charla, Raúl se desentendió un momento de nosotros mientras Vilma hablaba del papel femenino en la revolución cubana. Castro padre ofreció una escena entermecedora al jugar con su hijo mayor. Días antes los disidentes nos habían informado que Raúl era el más cruel de los dirigentes rebeldes que destronaron a Batista.

Durante nuestra permanencia en Cuba, Allende me llamó un día a su departamento del hotel porque deseaba hablarme en privado. Él había interesado a Fidel Castro, para que Cuba le proporcionara los equipos a fin de crear un canal de televisión en nuestro país. Con tal propósito, Allende me pidió que redactara una carta en la que yo, como radiodifusor conocido, solicitaba dichos elementos a Castro en mi nombre. La pregunté a Salvador:

—¿Cómo vas a internar los equipos de televisión a Chile?

—No te preocupes... Yo tengo contactos.

Le respondí que lo iba a pensar, pero él insistió en resolver el caso a la brevedad. Por el respeto y cariño que le tenía a mi suegro, Jorge Aravena, le comenté el pedido de Salvador Allende. Llegamos a la conclusión de que tendría que negarme porque en Chile aún no había una política oficial en cuanto a la televisión y, además, porque no quería tener compromisos con el gobierno de Castro. Pronto el tema pasó al olvido.

Retornamos a nuestro país. Allende, muy convencido del camino a seguir, Volodia Teitelboim, también; Hurtado y yo, seguros de que la

democracia es la única vía posible. A pesar de sus defectos, esta forma de gobierno puede ser perfeccionada. En cambio, el socialismo planifica rígidamente, sin abandonar su ideario, aunque el barco se hunda.

### *Encuentros con presidentes y políticos*

Mantuve buenas relaciones con el Presidente Eduardo Frei Montalva. La noche del levantamiento del Ejército, con el general Viaux a la cabeza, en La Moneda se creyó que estaba en marcha un conato revolucionario en contra del gobierno. Llamado por Frei, cerca de las 18 horas ingresé al palacio presidencial. Nadie quiso moverse de la antesala. Cerca de la medianoche se sintieron disparos. El Presidente previno a sus asesores que comenzaba el levantamiento. Había angustia entre funcionarios y dirigentes políticos. El gobierno había enviado a un subsecretario a parlamentar con Viaux.

Ese intento de golpe de estado se originó por razones económicas. Las fuerzas armadas habían sido postergadas en sus remuneraciones por el ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar. Un sector de la oficialidad manipuló a Viaux para desviarlo de sus propósitos originales. El derribo del régimen demócratacristiano constituía el objetivo del grupo "Patria y Libertad", pero entonces no estaban dadas las condiciones. Frei desarmó los recelos al ordenarle a Zaldívar que estudiase en serio las peticiones de los uniformados. De madrugada, un compromiso escrito dio por concluido lo que constituyó una manifestación institucional.

Al día siguiente, Radomiro Tomic Romero, futuro candidato a la Presidencia (sería derrotado por Salvador Allende), fue a mi oficina para escuchar las grabaciones del levantamiento de Viaux. Su rostro transparentaba un aire de huaso astuto que se las sabe todas. Durante hora y media tomó nota de los dichos oficialistas y las réplicas del cuerpo de generales.

Finalmente, Tomic comentó:

—En La Moneda han sobredimensionado las pretensiones del general. ¡Este es un problema absolutamente económico! No hay razones para preocuparse...

El rechazo del viaje de Eduardo Frei Montalva a Estados Unidos constituyó otro golpe para la Democracia Cristiana, que acusó a la mayoría derechista de entorpecer en el Congreso el manejo de las relaciones internacionales que, según la Constitución Política de 1925, era una materia privativa del Presidente de la República.

Ante la emergencia política fui llamado a La Moneda para poner a disposición de la Presidencia el aparato difusor de la Portales. En la tarde, la Plaza de la Constitución se llenó de público que exteriorizaba su respaldo a Frei, a quien vi salir muy airado de su despacho. Me acerqué al mandatario para exteriorizarle mi solidaridad:

—Gracias, Raúl... No sabe cuán grande es esta humillación que le hacen al país, antes que a la persona...

Los ánimos estaban caldeados. Más que la gravedad del acuerdo que inmovilizaba en el territorio nacional al jefe de estado, pesaba la impotencia de no poder desbloquear la oposición liberal-conservadora en el Congreso, que aceptaba o rechazaba el permiso constitucional a un mandatario interesado en viajar al exterior. Los líderes tradicionalistas sostenían que la desaprobación para abandonar Chile constituía un *re-cado* a los norteamericanos: que verificasen en Washington cuán profundas eran las divergencias en materias como la reforma agraria y las leyes laborales exigidas con tanto afán por la izquierda.

En la concentración de desagravio a Frei observé a la multitud enardecida desde la ventana más inmediata a la que ocupó el mandatario para pronunciar el discurso. Con sus dotes oratorias tan singulares les hizo ver el agravio que se había cometido contra el Presidente de todos los chilenos y contra el país que iba a visitar. La derecha sólo se había dado el gusto de tomarse un desquite por leyes que no compartía.

Eduardo Frei fue un mandatario de costumbres hogareñas. Una noche que se retiraba de su despacho en La Moneda me propuso servirnos unos patillos árabes tradicionales:

—¿Cuándo me vas a invitar a casa?

—Cuando usted diga, Presidente.

—¿El jueves próximo?

—Muy bien.

Frei llegó acompañado del ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés Subercaseux, y del dirigente nacional del PDC, José de

Gregorio Aroca, de quien soy muy amigo. Las anécdotas las aportó el Presidente; Valdés, su refinamiento.

Gabriel es un político culto, domina varios idiomas y en música no tiene competidor. De Gregorio es un hombre reposado, de maneras muy agradables. Los platos fueron lo de menos. Más importante fue el gesto del jefe de estado de abandonar durante unas horas sus deberes, para subir a un piso modesto donde no estaba esperándolo un negocio público impostergable.

No fue el único mandatario que estuvo en mi casa. Cuando ya era Presidente, invité también a Allende. Aceptó encantado. A las 9 de la mañana llegaron los integrantes de su equipo de seguridad. Se instalaron en casa para examinar los ingredientes de la cena. Les preocupaba también que el vino no hubiese sido adulterado. La empleada estaba en ascuas. Se sentía muy vejada. Y como era allendista, más le dolía que el compañero dudase de su comida sana.

A Jorge Alessandri no era posible distraerlo de sus hábitos monacales. Sólo ofrecía té y galletas, galletas y té. Su máximo gesto social se producía al encontrarse con un auditorio atento a sus monólogos; sólo entonces hablaba con tono enfático, gesticulando a menudo con energía, en tanto sus manos largas y huesudas marcaban el término de las largas oraciones pronunciadas de manera rotunda. Lo fastidiaban la burocracia, la politiquería, los diputados y los senadores pegotes. Vivía pensando en una sociedad chilena construida sobre bases portalianas. Era imposible introducir una cuña en su caudal verborreico, tampoco había quien se atreviese a interrumpirlo. Pese a ese grado de aspereza, Alessandri tenía gestos delicados. Cuando falleció mi madre, al día siguiente me llamó por teléfono, y más tarde me envió una sentida carta. Días después fui a La Moneda por otros motivos, y el mandatario me recibió en su despacho. Me reiteró su pesar por mi duelo y recordó a su madre, fallecida el 6 de noviembre de 1936, rodeada de todos sus hijos, todos profesionales de gran valer.

Una noche fui a visitarlo en su departamento de calle Philips.

Estaba enardecido:

—¡Uno se esfuerza pacientemente por crear empresas productivas pero el país no da nada!...

—¿Ocurre algo grave, Presidente?

Además de jefe del estado, Alessandri era el presidente del consejo de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones. El Parlamento había despachado una franquicia, según él tan minúscula respecto de las fuertes inversiones industriales, que ofendía a los ciudadanos emprendedores:

—¿Ha visto tamaña ingratitud con quienes creamos riquezas en el país?

Y siguió explayándose, vertiendo hiel.

Mi tendencia política siempre ha sido la de centro, como simpatizante de la DC y admirador de Bernardo Leighton, quien dignificó los asuntos públicos al prodigarse con honradez y vocación de servicio. Leighton distaba de ser un tiranuelo embelesado por el poder. Como titular del Ministerio del Interior encabezó arduas negociaciones con partidarios y opositores. Prefería convencer antes que administrar la fuerza autoritaria.

Los partidarios de una Democracia Cristiana fuerte le atribuían a Leighton un carácter débil. Carecía de los arrestos del duro Edmundo Pérez Zujovic, pero a don Bernardo le gustaba el diálogo, y daba ejemplos de comprensión.

En cierta oportunidad recibí de él una demostración de lealtad. Después de gestionar la concesión de radio Candelaria, la burocracia me impuso reglas arbitrarias. La negativa me disgustó porque la autoridad carecía de argumentos técnicos para desechar la solicitud sin expresión de causa. Acudí al ministro del Interior; en menos de una semana, don Bernardo aventó las dificultades y obtuve los derechos de transmisión de la nueva emisora. Qué menos podía esperar de quien, consecuente con sus postulados cristianos, había entregado su fundo en Angol, para que fuese explotado de acuerdo con la reforma agraria. Aunque el partido lo ayudó a sobrevivir de manera más bien modesta, la tardía actitud solidaria no fue suficiente para alentar a un hombre desinteresado por los dineros ajenos.

El mayor drama lo vivió don Bernardo junto a su esposa, Anita Fresno, cuando fueron víctimas de un atentado en Roma, según la justicia italiana, ordenado por el gobierno militar de Chile para eliminar a uno de sus oponentes más connotados. Hasta el último día de su vida, don Bernardo padeció las graves secuelas de aquella acción injustificable, pues jamás se le vio complotando en el extranjero en contra de Pinochet.

## La Reina Isabel y otros mandatarios

Días antes de la visita de la Reina Isabel II a Chile, un editorialista del diario *The Guardian* planteó a la sociedad londinense si valía la pena que la soberana emprendiese un viaje a Sudamérica, donde los intereses de Inglaterra estaban muy venidos a menos desde hacía décadas. En las selvas acechaban grandes peligros, aquellos remotos países gozaban de un prestigio siniestro por sus entusiastas golpes de estado y hasta en el agua potable se alojaban elementos ponzoñosos.

La influencia ejercida por Inglaterra en Chile, durante el siglo XIX, a través del salitre y el comercio marítimo, constituía apenas un lejano recuerdo, y nada justificaba estrechar lazos con una nación de recursos naturales escasos y pobre. Según el editorialista, no tributaría ningún beneficio que la Reina cruzase el Atlántico hacia un destino incierto. Nuestro servicio diplomático guardó varonil discreción ante los comentarios afrentosos para una sociedad que, con tanta gracia, se autoadjudicaba el título de *los ingleses* de América.

Y la Reina vino a conocer a sus *pares* de este lado del continente.

Isabel Alejandra María, reina de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, hija del rey Jorge VI y de Elizabeth Bowes-Lyon, fue coronada en 1952. Las fastuosas ceremonias conmovieron al mundo. Un documental de la BBC durante semanas concitó el interés de los chilenos que asistieron al cine. La magna asunción, la opulencia y el júbilo de los súbditos revivían un pasado glorioso, cuando la monarquía, un permanente suceso político y social, inspiró durante siglos a la nación más audaz de la tierra al momento de conquistar territorios.

Aquí estábamos los criollos, anhelando participar en el exclusivo besamanos. El delirio se instaló en las calles capitalinas, cuando la soberana llegó al aeropuerto e inició el recorrido hacia el centro de la ciudad. Isabel se hospedó en el Palacio Cousiño, mansión de menor rango para una dama de su investidura, pero la única *decente* que existe en Santiago.

El programa oficial contemplaba una recepción en el Palacio de La Moneda. A medida que los 150 invitados a la cena de gala recibieron con anticipación las esquelas bellamente impresas en papel hilado, se empezó a desencadenar una batalla contra el tiempo. Santiago era una urbe provinciana. Tres o cuatro sastres de primer nivel y unos pocos modistos recibieron encargos de tenidas poco comunes en nuestro me-

dio social. El frac había desaparecido a fines de los años 40 del siglo pasado. Sólo ocasionalmente, un novio rico encargaba la prenda de etiqueta a Europa o Buenos Aires.

Los dos negocios que arrendaban ropa no daban abasto para un grupo tan numeroso de clientes. Los sastres mantenían a su clientela en una vigilia exasperante.

El *tout* Santiago se había encomendado a las manos providentes para lucir de la mejor forma ante Su Majestad. Debido a que la aparición de cada detalle forzaba la búsqueda de la excelencia nos dirigimos a un competente japonés de calle San Diego que, además de zurcir con minuciosidad de neurocirujano, transformaba las camisas tradicionales en almidonadas prendas dignas de un *fraque*. El nipón estaba jocosamente amenazado de muerte si no cumplía con los encargos.

¡Vaya qué noche aquella la de la cena, señor mío!... Antes de salir de casa, mi esposa revisó cada detalle del traje, que el pliegue del chaqué, las solapas, el nudo del corbatín, el lustre de los zapatos.

Sólo éramos dos los invitados de medios de comunicación, Agustín Edwards Eastman de *El Mercurio* y yo, con nuestras esposas.

A la cena, los criollos nos presentamos como quien va a la pasarela, a someternos a una exigente inspección. He vivido lejos de lo que antes se conocía como aristocracia, de modo que sólo al ver el desfile de caballeros y damas de gran empaque, recién pude formarme una idea acerca del nivel más linajudo de la sociedad chilena.

El protocolo de entonces copiaba el rumboso estilo británico. El perímetro del Palacio de La Moneda estaba vigilado por un fuerte contingente policial.

Estacioné el coche en el lugar predeterminado y luego nos dirigimos hacia el epicentro social. Los rostros exteriorizaban un notorio desasosiego. La mayoría experimentaba el salto prodigioso entre los rutinarios salones del Club de la Unión y del Club Español (los más linajudos de entonces) y La Moneda, donde se había instalado la Corte de Saint James. La gente se saludaba nerviosamente. Como jamás hemos sido muy discretos, las damas repasaban cada detalle ajeno con la ansiedad de una competidora dispuesta a ganar:

—¿Viste a la *Maca* con esos horribles aros de oro cargado al cobre que no hacen juego con las perlas baratas que se consiguió en su último viaje a Mallorca?

—Observa al Pato, todo *perejiliento*, nacido en La Vega, y ahora se da el gran tono porque su hija se casó con un senador...

Etcétera, etcétera...

Al ingresar a La Moneda entregué la invitación y nos dispusimos a esperar en una fila de cien o más personas, para ser presentados a S.M. la Reina Isabel. Llegó mi turno. El Presidente Frei Montalva tenía buena memoria. No estaba obligado a recordar nombres y cargos, pero a cada cual le otorgaba lo propio:

—Su Majestad, le presento al señor Raúl Tarud, gerente general de radio Portales de Santiago, y a su esposa...

—Es un honor...

Su diestra enguantada buscó la mía mientras me observaba fijamente. Ella sonrió con calidez. Sólo entonces sentí una agradable sensación de alivio.

Su Majestad preguntó en inglés, mi esposa tradujo:

—¿Qué potencia tiene la emisora?

—50 kilowatts, Su Majestad...

—¿Tienen transmisiones en onda corta?

—En los 49, 31 y 25 metros...

—¿Qué programas ofrecen?

—Noticiarios, radioteatros, shows.

—Gracias... Ha sido muy agradable conocerlos...

Nos despedimos de la reina para mezclarnos con la multitud de criollos agitada por la arrobadora sensación de haber estrechado la mano de una soberana.

En tiempos del Presidente Jorge Alessandri por el propio mandatario fui presentado al mariscal Josip Broz Tito, presidente de Yugoslavia, cuando ésta nación era una de las diez más poderosas del mundo. Tito no tenía la presencia de un militar de carrera. Causaba la impresión de un campesino bonachón. Siempre sonriente, estaba muy atento a conocer la realidad de un país tan distante al que llegaron cientos de compatriotas suyos deseosos de fundar una familia y hacer fortuna.

También por intermedio de Alessandri conocí al presidente brasileño, Joao Belchior Marques Goulart, cuyo rostro moreno tenía un vago parecido a Carlos Menem. Goulart fue el heredero de la política laborista de fuerte tendencia nacional instaurada por el presidente Getúlio Vargas en el seno del Partido Trabalhista Brasileiro. Durante la segunda vicepresidencia, Goulart reemplazó como presidente del Brasil a Jânio Quadros, en septiembre de 1961. Llegó a Chile cuando enfrentaba la

oposición de los militares al sistema brasileño presidencialista. Dispuesto a ceder, Goulart redujo las prerrogativas del primer mandatario, aprobó el sistema parlamentario, dándoles a los legisladores mayor injerencia en las decisiones nacionales, y gobernó con primeros ministros que potenciaron las prerrogativas del presidente. Al año siguiente que Goulart estuvo en Santiago, Brasil aprobó un retorno al presidencialismo. Dos movimientos de militares insurrectos agravaron la crisis económica y Goulart fue derrocado en abril de 1964. Durante su breve permanencia en Chile, las fuerzas de izquierda le concedieron categoría de héroe.

Una visita apasionante fue la del arzobispo ortodoxo Makarios III, líder de los chipriotas de origen turco, tres veces presidente de Chipre y sobreviviente de cuatro intentos de asesinato. El Presidente Eduardo Frei Montalva me lo presentó durante una recepción en el Club de La Unión.

La historia contemporánea no le ha tributado justicia a Makarios III, uno de los hombres más notables del siglo XX.

De nombre civil, Mijail Khristódulos Muskos, era hijo de un pastor y había nacido cerca de Páfos, en Chipre. Después de estudiar en Atenas viajó a Boston, donde se empapó de aires libertarios. Ejerciendo su ministerio ortodoxo, Makarios no cesaba de promover la unión de la mayoría chipriota con Grecia. La *enosis* (unión) fue mal vista por los delegados de las grandes potencias, que una y otra vez desalentaron los intentos anexionistas con el argumento de que perjudicaba a la minoría turca. Quien conozca la historia del Oriente Medio sabe que Turquía perpetró genocidios tanto o más graves que los de los nazi a costa de los judíos en los campos de concentración de la II Guerra Mundial. Cada vez que Makarios planteó sus demandas, Gran Bretaña se opuso.

Derrocado por los coroneles griegos en 1974, Makarios sobrevivió a una invasión turca. Muy convencido de sus ideas no tuvo reparos en ir en contra de sus principios cristianos y organizó un grupo de patriotas que cometieron numerosos atentados terroristas. En 1956, el arzobispo fue deportado por los ingleses a las islas Seychelles, después de graves incidentes ocurridos en Ankara, Atenas y Chipre. Agotadas las negociaciones para unir a Chipre con Grecia, Makarios terminó aceptando, en 1959, la independencia de la isla que tanto amó. Cuando visitó Chile su prestigio declinaba. Y él lo quiso así al retirarse de la vida pública.

## Cuando la Portales fue clausurada

Hoy es impensable ejercer presiones contra un medio de comunicación cuya línea editorial no es del agrado del gobierno. La lección fue aprendida con posterioridad al régimen castrense: la democracia es un bien común y aceptarás, quieras o no, los comentarios adversos.

El Presidente Jorge Alessandri gobernó obsesionado por el deseo de ser un estadista al estilo de Portales: sin mácula, servidor del país y no al revés. Con frecuencia recordaba a los señores políticos la índole de su tarea gubernativa, especialmente cuando parlamentarios izquierdistas exigían aumentos de sueldo para los funcionarios fiscales. Pero en materia de comunicaciones sociales, el Paleta actuaba con un criterio autoritario. Los espacios de cultura constituían una forma de gratuito acceso a los niveles populares de la ciudadanía, para convencerla de las bondades del régimen. Las 21 emisoras capitalinas estaban obligadas a emitir los programas en horarios determinados por la DIE (Dirección de Informaciones del Estado). También era obligatorio remitir diariamente copias de todos los libretos informativos y de comentarios.

Sabido es que entre Chile y Bolivia existe una profunda enemistad, que comenzó con la derrota de los altiplánicos en la Guerra de 1879, y sólo podría culminar si ellos lograran retornar al Pacífico, plan al que Chile no le dará nunca su aprobación porque aquí impera la firme convicción de que se trata de una cosa juzgada.

Cuando la radio Portales atravesaba por el período de bonanza, en la era alessandrista, padecimos una de las persecuciones más ridículas e injustificadas, que tuvo su origen en el conflicto con los bolivianos y en el cariño de un hijo por su padre y la ambición de transformarlo en figura perpetua del arte nacional.

Antecedentes sobre el caso posee el jefe de prensa de entonces de la radio Portales, Raúl González Alfaro, quien asegura que el problema nació de una malquerencia por parte del ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Martínez Sotomayor.

Cuando ambos eran jóvenes, Martínez le pidió algo prestado a González Alfaro. Años después, el periodista recordó de manera amable aquella deuda. De temperamento muy sensible, Martínez Sotomayor creyó descubrir en el comentario de González cierto sarcasmo, y el su-

puesto agraviado se juramentó para cobrársela algún día. Para ello hubo ocasión propicia durante el gobierno de Alessandri Rodríguez.

En ese período se agudizaron las diferencias entre Martínez Sotomayor, a cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, y Luis Mackenna Shiell, ministro de Hacienda. Si éste cercenaba los fondos e impedía un buen pasar en las sedes diplomáticas chilenas, Martínez iba de queja ante el Presidente, quien imponía una tregua en vista de que el gobierno actuaba para lograr el bien común y no desgastarse en rencillas internas. Martínez estaba siempre alerta, y Mackenna enfocaba sus prismáticos sin perderle un paso a Chicharrita, benévolo mote adjudicado por sus íntimos al entonces atildado radical.

Sólo unos meses antes del incidente, González Alfaro había incorporado al departamento de prensa de la Portales a un hijo del escritor costumbrista y autor de populares obras de teatro, Antonio Acevedo Hernández, cuya existencia había transcurrido en medio de estrecheces económicas, desde los años 20, cuando un diario de Santiago publicó por entrega sus novelas *Manuel Lucero* y la *Guerra a muerte*. Don Antonio había ejercido oficios modestos y mal mirados. Fue jornalero, albañil y carpintero. Escritor autodidacto, Acevedo Hernández conquistó cierto prestigio con sus comedias, *Almas perdidas*, *Canción rota* y *Árbol viejo*, escritas entre 1917 y 1927. Su hijo Phidias, el periodista, deseaba que su padre obtuviese el Premio Nacional, para resarcirlo de tantas privaciones, aspiración igualmente sentida por otro hermano, Rubén, quien entonces estaba muy interesado en obtener capital para adquirir un camión y herramientas a fin de reanudar unas nebulosas exploraciones mineras en el Norte Chico.

Aprovechando su condición influyente de reportero de economía de la radio Portales, Phidias Acevedo obtuvo el apoyo del ministro Mackenna:

—Su padre se merece el Premio Nacional de Literatura con creces. Con todo gusto haré las gestiones del caso.

Al considerar que el suspirado reconocimiento estaba listo, Rubén Acevedo reanudó anticipadamente la búsqueda del mítico filón, con cargo a los recursos que provendrían de tan jugosa recompensa. Dos semanas después el jurado dio por ganadora a Marta Brunet, simpatizante radical, escritora y funcionaria diplomática. Muy molesto, Phidias encaró al ministro Mackenna, quien le dio la clave del frustrado plan:

—Entiendo su enojo, pero el responsable de este traspie es el ministro de Relaciones Exteriores...

—¿Qué tiene que ver el ministro Martínez en esta historia?

—La galardonada es militante del Partido Radical, o alguien muy cercana al partido. Martínez hizo valer su ascendiente ante el jurado para que no le concedieran el premio a su padre. Es evidente, Phidias, que el ministro de Relaciones Exteriores anda haciendo de las suyas con eso de las influencias...

Mackenna aplicó el remache al contarle a Phidias Acevedo que una semana antes el ministro de Relaciones Exteriores había concedido audiencia a un ex ministro de Bolivia, enviado por el gobierno de La Paz, en misión secreta, para iniciar gestiones favorables a una salida al mar. Según Mackenna, el ministro Martínez había sugerido la posibilidad de que Chile le concediera un corredor territorial a Bolivia, al norte de Arica, paralelo a la Línea de la Concordia, divisoria con el Perú.

Phidias le contó la historia a Raúl González, quien le previno que, al redactar su nota para el noticiario de las 14 horas, no olvidara de acreditar como fuente noticiosa al ministro Mackenna. Acevedo voló sobre la máquina de escribir y entregó las carillas al jefe de prensa, quien se las devolvió exigiéndole incluir en la nota a Mackenna como fuente responsable del informe. Al reescribirla, Phidias nuevamente incurrió en el desatino de no mencionar al ministro de Hacienda. Con el apuro encima porque faltaban pocos minutos para el cierre del noticiario, González Alfaro marcó con lápiz rojo el nombre del ministro como origen de la versión, y le ordenó a Phidias que llevara el material a la sala de locución, con copia para el radiocontrolador.

Ese día, el ministro Martínez, aquejado por una gripe, estaba escuchando la Portales y estalló en indignación al conocer el informe periodístico. Según sus cálculos, Raúl González se había alineado junto al entonces candidato a senador radical, Julio Durán, de tal manera que al promoverlo periodísticamente, éste ganaría la elección, acrecentando su poder en la Portales, donde era uno de los consejeros. El ministro se levantó de su lecho de enfermo, y en la tarde fue recibido por el Presidente Alessandri, a quien le denunció el comienzo de una conjura internacional, para obligar a Chile, por la vía de los hechos consumados, a resolver la casi centenaria demanda territorial boliviana.

Martínez fue más allá en su queja:

—¡Este es un caso de grave traición a la patria, señor Presidente!... La radio Portales quiere hacernos aparecer como partidarios de cederle una porción territorial a Bolivia. ¡Eso es inadmisible!...

Alessandri convino en lo grave que era tal patraña y ordenó enta-

blar querrela contra quien resultase responsable. Para colmo de males, el caso recayó en un magistrado que militaba en el Partido Radical. Su primera resolución fue la de disponer el arresto de González Alfaro, quien arguyó en su defensa que jamás tuvo el propósito de lesionar el prestigio del gobierno y la seguridad nacional. Para tal efecto le mostró al juez las dos primeras carillas escritas por Phidias Acevedo, en las que aparecían los trazos gruesos de las necesarias rectificaciones, pero el mandante de la ley hizo caso omiso, desvirtuando tales pruebas como no esenciales para la investigación sumaria.

Raúl González permaneció casi un mes en la cárcel, mientras la radio Portales estaba clausurada afrontando unas pérdidas millonarias que afectaron el pago de los sueldos del personal. Peor aún fue la reacción de Julio Durán, quien hizo un mea culpa fuera de todo sentido al escribirle al Presidente Alessandri una carta en uno de cuyos párrafos se leía:

“Condeno de la manera más enérgica el atropello en que ha incurrido el Departamento de Prensa de Radio Portales en contra de la integridad del territorio nacional”.

Sólo por el clamor nacional que generó el caso, las protestas del Colegio de Periodistas y el respaldo de socialistas y comunistas, González Alfaro recobró su libertad. Como consecuencia de este hecho, los legisladores acordaron establecer con mayor precisión jurídica las responsabilidades periodísticas en caso de injurias y calumnias.

A río revuelto, ganancia de pescadores... Apenas declarado el conflicto que perjudicó a radio Portales, los competidores estaban de pascuas. El propietario de radio Minería, Hernán Videla Lira, no cabía en sí de contento. Acudió hasta el despacho presidencial con el objeto de sugerir que ampliasen al máximo permitido la sanción contra nuestra estación. Aunque González Alfaro continuó preso en Capuchinos, una semana después de la orden de clausura reiniciamos nuestras actividades fuertemente injuriados por la prensa obsecuente con el alessandrismo. Nos acusaron de bolivianos, traidores a la patria, vendidos al gobierno de La Paz.

Al cabo de intensas gestiones, el abogado Malaquías Concha logró que nos levantaran la condena. Pero tal no fue el término de la persecución. La DIE (Dirección de Informaciones del Estado), a cargo de Eleazar Vergara, llamó a las agencias publicitarias, para ordenarles que no nos otorgasen más publicidad.

Vergara jugaba con dos cartas marcadas. Públicamente, bloqueó nuestra cartera de avisos, pero, en el plano personal, quiso obtener ventajas. Una tarde me llamó para invitarme a tomarnos unos tragos en el bar del hotel Crillón. Con rostro afable, Vergara me expuso el motivo del encuentro:

—Las cosas pueden marchar mejor si nos contentamos rápidamente...

—¿...?

—Se trata de lo siguiente: si tú procedes a desahuciar de inmediato a todos los integrantes del departamento de prensa de la Portales, porque son marxistas, y carecen de la confianza del gobierno, yo te soluciono el problema publicitario. Te garantizo que retornan de inmediato todos los avisadores, pero a cambio de esto, me permitirás que te dé una lista de periodistas que tú contratarías.

—¡Eso no lo voy a aceptar por ningún motivo!... No puedo despedir a los periodistas. Se trata de buenos profesionales, y no todos son marxistas, como ustedes creen en el gobierno.

—Si insistes en tu actitud, vas a sufrir las graves consecuencias económicas de tu terquedad... Y pronto te arrepentirás de no haber aceptado mi proposición.

Se acabó el trago, nos despedimos, y parte de las amenazas siguieron materializándose.

Juan Lehedé, en su calidad de jefe de la agencia McCann-Erickson y muy amigo mío, me llamó una tarde:

—Tengo que sincerarme contigo... Me han llegado órdenes del gobierno para que te retire toda la propaganda.

—Lo considero extraordinariamente injusto...

—Yo también, pero el ministro Martínez Sotomayor ha obligado a los funcionarios de la DIE para que nos presionen de esta manera a fin de cortarte el *oxígeno*...

Con los sueldos impagos y los gastos por la defensa de Raúl González y de la emisora, estábamos frente a un grave problema. Los diarios arreciaron en sus ataques. Parecían manejados por una gran batuta. Todos marcaban el mismo tono: *la radio Portales es antichilena, es un foco de bolivianos enquistados en el centro mismo de la capital*.

Al mes de esta sostenida operación de descrédito, una mañana me despertó un llamado telefónico. El delegado del personal de la Portales, Eduardo Grunert, me solicitó que no apareciese por las oficinas antes de las 11 de la mañana. Esperé en casa. A la hora prevista ingresé al décimo piso. Encontré las oficinas vacías, el departamento de prensa también.

No había un alma. Por último, fui al auditorio: abro la puerta, se encienden las luces y me recibe una estruendosa ovación.

Grunert pidió silencio, y habló:

—Sabemos que este es un momento muy complicado que está enfrentando la radio. Nos han cortado la publicidad, la campaña de prensa y radio no cede. Estamos solos, absolutamente aislados. Raúl, hemos conversado largamente el problema y acordado que, según tu conciencia, apliques la reducción de sueldos que sea pertinente para salir adelante, a la espera de tiempos mejores.

Con esta decisiva inyección de solidaridad, al día siguiente y durante más de una semana, visité a los clientes, para explicarles cómo se había gestado el incidente, la reacción desproporcionada del Presidente Alessandri, muy manejado por su ministro Martínez. Comerciantes e industriales no podían creer lo que les narré.

Ése era el país real, el de las presiones ilegales. Unas diferencias absurdas bastaron para crear ambiente de escándalo nacional. ¿Se necesitaba un hecho de esta naturaleza para desviar la atención pública de otros problemas? Es muy probable que así haya ocurrido. A veces, los asesores proyectan episodios perturbadores con el objeto de salir bien parados de la crítica pública.

Por fortuna, no fue necesario rebajar los sueldos.

Tiempo después tuve la oportunidad de exponerle al Presidente Alessandri mi malestar por la manera injusta con que habíamos sido tratados por funcionarios de su confianza. En su departamento de calle Philips el mandatario se aislaba del mundo. Muy protegido por una coraza de indiferencia hacía caso omiso de las quejas que le llevaban sus conocidos. Esta vez guardó silencio. Y pasó a su tema predilecto: la música y una reciente edición de la ópera *Aída*, con la diosa del belcanto, María Callas, a quien, dijo, le habría gustado verla en la Scala de Milán.

Cada vez que conocíamos más detalles acerca de este episodio se confirmaba que el responsable de nuestras desdichas fue el director de la Dirección de Informaciones del Estado, Eleazar Vergara, quien dejó como legado numerosas anécdotas que lo definen como un sujeto singular. Un día de marzo de 1960, muy temprano, Vergara citó en su oficina a Ernesto Merino, jefe de la División Radio de la empresa publicitaria MacCann-Erickson, para representarle el malestar del gobierno por varios avisos que La Moneda consideraba vulgares, estridentes y de mal gusto.

—Mire, señor —le expresó Vergara a Merino—, están ustedes pasando una propaganda de Carozzi mal pronunciada, porque el locutor dice *Carotzi*... ¡Hay que terminar con esto!...

Ignoraba Vergara que, según la norma fonética italiana, la Z tiene dos sonidos: sonoro y sordo; el primero como *ds* y el segundo como *ts*. La Z duplicada: en el caso de la palabra *zizzania*, se pronuncia *dsidsania*; y *razza* es *radsa*. Y el sonido sordo se aprecia en la palabra *pazzia*, que se modula *patzia*. Por tanto, *Carotzi* estaba bien dicho.

Tan pronto Vergara concluyó su perorata, Ernesto le pidió el teléfono, y en su presencia llamó a la oficina:

—¡Retiren de inmediato la publicidad de *Carotzi* en todas las radios de Santiago y de provincias!... ¡Rompan la cinta matriz!... ¡No se puede discutir con este tarado!...

Ante tamaña insolencia, Vergara hizo llamar a Carabineros de la Guardia Presidencial, que enseguida expulsaron a Merino de La Moneda.

Este fue el primero de varios rounds de sombras entre el jefe de la DIE y los ejecutivos de las principales radioemisoras capitalinas y los publicistas. En conocimiento de tales problemas, el Presidente Alessandri ordenó una reducción gradual de las atribuciones de la DIE. La gota que colmó el vaso fue la denuncia de Jimmy Brown, locutor y copropietario de la radio Andrés Bello: Vergara estuvo a punto de clausurar la emisora favorita del mandatario porque sus dueños informaron a la Dirección de Servicios Eléctricos que se aprestaban a iniciar sus transmisiones, relegando a la Dirección de Informaciones del Estado a la condición de organismo incompetente.

Semanas después del asunto Martínez-Mackenna ordené despedir a Phidias Acevedo, por su relación obsecuente con el ministro de Hacienda y por fiarse del comentario de éste, pues había puesto en la guillotina la cabeza de todos nosotros. Acevedo acudió presuroso al gabinete del secretario de Hacienda a fin de exponerle su problema. Mackenna llamó telefónicamente a los directores de la radio, Nassir Hirmas y Arturo Aldunate Philips. Los convenció de que la medida era desproporcionada, que el reportero no había faltado a sus deberes. Hubo una turbulenta reunión de directorio. Hirmas, Aldunate, Diez y Durán fueron partidarios de anular el despido del reportero. Me opuse:

—Si adoptan el acuerdo por mayoría, ustedes mandan. Y como no quiero desvirtuar el compromiso que ustedes tomaron con el ministro, acato, pero les advierto que Phidias Acevedo nos volverá a comprometer

ter en otro problema tan grave como el que ha ocurrido, porque él no es empleado nuestro: es funcionario de confianza de Mackenna.

Fue evidente entonces que yo había perdido el respaldo del consejo. Quedé en mal pie ante el personal, como un monigote que podía ser articulado a gusto por los directores. Los únicos que solidarizaron conmigo fueron Salvador Allende y Amador Yarur. Nos olvidamos de la amargura con una comida a la suerte de la olla en mi casa.

Acevedo continuó recreando la imagen del encargado de las finanzas públicas, pero tuvo un nuevo traspíe. Entonces sí fue despedido con el asentimiento del directorio.

### *Camino a La Moneda*

Para elegir su candidato a la Presidencia, la Unidad Popular articuló un procedimiento sui generis. Entre los jerarcas de la izquierda no existían dudas de que el elegido sería Salvador Allende, pero puertas afuera maquinaban para dar la impresión de que la pelea por el cupo sería muy reñida. El senador del PS escenificó una ardua competencia con Jacques Chonchol (MAPU, Movimiento de Acción Popular Unitaria), Rafael Tarud (API, Acción Popular Independiente) y Pablo Neruda (Partido Comunista).

A mediados de 1969, trascendió que Allende sufría de isquemia cardíaca, enfermedad que se caracteriza por un déficit de aporte sanguíneo al corazón. Al obstruirse las arterias por placas de ateromas, las células no reciben oxígeno y nutrientes, con el riesgo de que se desencadene un infarto al miocardio.

En casa de herrero, cuchillo de palo: Allende no daba crédito a sus colegas y solía refutar los diagnósticos.

Un resfrío virulento lo mantuvo en cama varios días. Dirigentes de la UP, que estaban al corriente del problema de salud de Allende, guardaron silencio, pero en la derecha se veía con buenos ojos la posibilidad de que la isquemia despejara el camino electoral en beneficio de Jorge Alessandri. Pronto fue notoria la ausencia del precandidato socialista en las concentraciones. Una mañana, la prensa conservadora reveló que

Allende tenía su salud a mal traer. Salvador me llamó por teléfono al mediodía. Se le notaba muy contrariado:

—Raúl, estos miserables no me dejan tranquilo ni siquiera cuando estoy enfermo...

—Leí el diario... ¿Es muy grave?

—Nada importante... Sólo una gripe. Te voy a pedir el siguiente favor: grábame una declaración.

Del tono solemne pasó a uno de coraje y atrevimiento. Quería denunciar la campaña de infamias en su contra. De pronto, su resfriado estaba *mejor* que nunca. Consecuente con la política de puertas abiertas, accedí a su pedido. Y de paso, él planteó otra solicitud:

—Deseo que me invites a una grabación de La Gran Encuesta, para demostrarles a esos imbéciles que sólo tengo un pequeño malestar.

—¿Estás dispuesto a contestar todo?

—¡Todo!... Que los reporteros me pregunten lo que quieran.

La Gran Encuesta fue durante años el programa periodístico estelar de la Portales. Los domingos, a partir de las 21 horas, el entrevistado recibía un bombardeo reporteril. Germán Gamonal, Juan Gana, Hernani Banda y Ciro Quintana eran los artilleros. Los puntos de vista ideológicos, económicos y religiosos de los propietarios de la emisora carecían de importancia para los efectos del interrogatorio.

La única exigencia previa de Allende apuntó al disfrute de un buen almuerzo antes de la grabación.

El día acordado, Allende llegó puntualmente a la radio. Se sentía cómodo, elegante. No hizo reparos sobre la comida y el vino. Estaba de buen humor:

—Raúl, espero que esta no sea la única Gran Encuesta a la que asista como invitado especial...

Juan Gana abrió los fuegos con una pregunta sobre las relaciones entre los partidos de la UP, conformada por fuerzas de centro, de izquierda y extrema izquierda. Allende aseguraba que su coalición reeditaría la campaña de 1938, cuando Pedro Aguirre Cerda encabezó victorioso el Frente Popular. En 1969, las diferencias doctrinarias eran menores; más significativas resultaban las coincidencias. Incluso, comunistas y socialistas ya no disputaban a palos y balazos, como alguna vez ocurrió en Santiago, después que la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) suscribiera el pacto de no-agresión con la Alemania de Hitler.

Pasada la media hora de "Gran Encuesta", el humo de los cigarrillos enrareció el ambiente. Entonces no existía la sana costumbre de los

90 de discriminar a los fumadores. De pronto, Allende me hizo una seña muy discreta para que suspendiéramos la grabación, los periodistas abandonaron la sala, y abrí la puerta, mientras Salvador bebía, con gesto anhelante, un vaso de agua. Ya no era falta de aire: su rostro congestionado acusaba un problema mayor. Al sentirse muy mal me pidió que lo acompañara al baño. No pudo contener las náuseas y su estómago padeció durante media hora. Allí estaba abatido de un modo deplorable quien infundía respetos por su vozarrón atronador. A cada rato pronunciaba un lastimero "¡No me dejes solo!"

Al retornar a la sala de grabación tuve que sostenerlo con firmeza. Parecía un enfermo a punto de desplomarse. Se reanudó "La Gran Encuesta", pero Allende había perdido su capacidad para envolver a los auditores: era un pálido remedo del bizarro orador del Congreso y las concentraciones multitudinarias.

Horas después me llamaron los dirigentes de la Unidad Popular, Jaime Suárez Bastidas y Antonio Benedicto, para pedirme que no comentara nada de lo que le había ocurrido a Allende. Cualquier filtración noticiosa sería muy perjudicial para sus pretensiones presidenciales en la UP. Les contesté que yo guardaría reserva pero que no me hacía responsable de los periodistas de nuestro departamento de prensa.

Aún teniendo el control en mis manos, jamás ejercí presiones. Enterado de las órdenes que impartían a sus periodistas los editores de ciertos diarios, preferí no aplicar la misma política.

Radio Portales se caracterizó por el pluralismo y la libertad de expresión, patrimonio que se perdió durante el gobierno de la Unidad Popular.

El malestar de salud de Allende no pasó de ser un rumor. Un año después, Benedicto me ratificó que el Presidente sufría de una isquemia cardíaca, "en todo caso, muy tratable".

Después de la escenificación de una ardua lucha interna, hubo claros indicios hacia dónde apuntaba el proceso para elegir al candidato presidencial izquierdista. Renunciaron Pablo Neruda y Jacques Chonchol. Quedaban en ruta mi hermano Rafael y Allende. Tal como estaba programado, la balanza se inclinó por éste último. Tarud tenía tan claras intenciones de ser el candidato que sostuvo varias polémicas con Allende. Mi hermano pronto se dio cuenta que no recibía suficiente apoyo de los comunistas, y renunció a la postulación. Finalmente, el PC y el PS movilizaron sus peones para concertar el pronunciamiento favorable al médico socialista.

En la otra banda también había intensa actividad para demostrar quién llevaba más gente a sus concentraciones. Las de Tomić y Allende fueron multitudinarias, y un problema nada menudo para nosotros, cuando transmitíamos los discursos. A falta de equipos inalámbricos, que eran un sueño, utilizábamos cientos de metros de cable paralelo hasta llegar al teléfono más próximo a fin de hacer contacto con la mesa central de la radio. Militantes del PC se instalaban a lo largo del circuito velando porque nadie cortara la transmisión. Constituía una manera de solidarizar con Allende, a quien también protegían a toda hora.

En cambio, las concentraciones de Alessandri mostraron, desde el comienzo, que el abanderado de la derecha no entusiasmaba a la gente. En un memorable programa de televisión comparecieron los tres candidatos. Fui invitado a presenciar la grabación del Paleta en los estudios de Chile Films. Diputados y senadores liberales y conservadores derrochaban confianza. El presidente del Senado, Hugo Zepeda Barrios, me dijo:

—Don Jorge Alessandri sí que es un candidato de verdad...

—¿Cree usted que va a ganar las elecciones?

—¡De aquí a Penco, mi amigo!

Alessandri no demostraba su verdadera edad. Con escasas arrugas, sus ojos verdes de mirada penetrante y gestos de caballero antiguo, era el ciudadano pródigo en actos políticos y administrativos honestos. “Deseo servir, no ser servido”, me decía, cuando yo lo visitaba en su departamento de calle Philips. Por compromisos públicos solía abandonar con disgusto su preciosa colección de óperas y los libros de clásicos franceses, que leía en su propio idioma. Representaba *El Paleta* los últimos aires de la *belle époque*. Las mujeres lo adoraban. Su soltería empedernida había generado historias, algunas irrepetibles por lo desagradable y nada de veraces. Aún así, era el sueño de cuarentonas en estado de merecer.

Durante la grabación los camarógrafos fraguaron una maniobra para perjudicar al *Paleta*: mostraron desde todos los ángulos las manos temblorosas de Alessandri. Los líderes de la derecha no repararon en ese momento en la persistencia con que las cámaras recogían los movimientos espasmódicos del anciano político. La noche que el programa fue difundido, un sentimiento de conmiseración recorrió las filas derechistas.

JAR quedó fuera de combate, sin apelación, en el tercer lugar.

## Victoria de la UP, amenazas de la derecha

Chile se iba a dividir en dos bandos irreconciliables. La radicalización ideológica se manifestó en una elección complementaria realizada en Temuco, entre el economista radical de izquierda, Alberto Baltra Cortés, quien no ocultaba sus simpatías por el Partido Comunista, y el eterno parlamentario de la Democracia Cristiana, Jorge Lavandero Illanes, que entonces lucía una apostura de galán de cine, conocido por su afición a las motocicletas y por las mujeres hermosas, con las que se lucía en los mejores restaurantes de Santiago.

Uno de los discípulos predilectos del profesor Baltra era el secretario general de la Universidad de Chile, Ricardo Lagos Escobar, militante radical. Entonces yo arrendaba un departamento en Providencia donde en varias oportunidades nos reunimos para conversar sobre política. Lagos pretendía instaurar un nuevo Partido Radical, fiel seguidor de los legendarios Matta y Gallo, acaudalados mineros atacameños que a mediados del 1800 se rebelaron contra el gobierno de la época y protagonizaron una revolución sofocada a sangre y fuego en numerosas batallas, las dos últimas ocurridas en el cerro Grande, cerca de La Serena.

Días antes de los comicios numerosas radios capitalinas instalaron sus equipos de prensa en la capital de la Araucanía. A falta de tecnología fue necesario aguzar el ingenio. Si desde la partida todas las emisoras estaban en la misma línea en cuanto a equipamiento, en el pronóstico temprano radicaría nuestra ventaja. Un experto en números, Mauricio Tassara, formó equipos de informantes que se instalaron en los centros de votación. Apenas se cerraron las urnas, a las 16:15, Tassara entregó a través de Portales el primer informe sobre la votación que apuntaba a un eventual triunfo de Lavandero. Desde ese momento, el bombardeo fue incesante. Omitimos la descripción del ambiente en los centros escolares donde se efectuaba el recuento de sufragios, para destacar las cifras, única cuestión que interesaba en esos momentos.

Los competidores no salían de su asombro. Perdieron el primer round de un largo combate que culminaría con las elecciones presidenciales de 1970.

La experiencia ganada en Temuco nos permitió perfeccionar el sistema de entrega instantánea de cómputos. La clave radicaba en la constitución de equipos celulares, cada uno al mando de un planillero, que recolectaba los datos entregados por sus ayudantes.

En julio de 1970, canal 13 y radio Portales acordaron realizar la transmisión conjunta de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre, en las que participaron Jorge Alessandri Rodríguez (partidos Conservador y Liberal), Radomiro Tomic (PDC) y Salvador Allende (Unidad Popular). Los detractores criticaron el acuerdo, con cierta razón. La radiodifusión y la televisión son genéricamente incompatibles. Todavía no se ha dado el caso de una estación de TV que transmita sus noticiarios desde una radioemisora, o a la inversa. Pero en este caso puntual cada uno de los medios resultaba beneficiado por el hecho de que su socio era el primero en sintonía en su área.

Nuevamente Mauricio Tassara sacó a relucir la celeridad de su equipo de informantes distribuidos a lo largo del país, y desde el primer minuto se hizo evidente que Allende ganaría las elecciones con el tercio de los sufragios válidamente emitidos, pero en modo alguno suficientes para ser el Presidente de la República.

A las 20 horas el informe gubernamental aseguró que Allende superaba ligeramente en votos a Radomiro Tomic. Canal 13 suspendió su transmisión especial y dio paso a los programas nocturnos habituales. Sólo continuaron emitiendo sus espacios eleccionarios las radios Chilena, Nuevo Mundo y Portales.

Hubo una presión muy grande para que la Portales también boicoteara la información sobre la victoria de Allende. Recibí innumerables llamados telefónicos de parlamentarios y empresarios. Hasta la radio también llegaron diputados y senadores de izquierda para exhortarnos que prosiguiéramos con la transmisión.

Pasadas las 21 horas me llamó el ex ministro del gobierno alessandrista, Ernesto Pinto Lagarrigue. Quería prevenirme:

—Raúl, debes tomar una decisión ahora, y debe ser para bien porque en caso contrario te espera la bancarrota. Nadie querrá colocar un aviso en tu radio si sigues apoyando así a Allende.

—...

—¿Me escuchas, Raúl?... ¡Esto va en serio... ¡Tienes que poner fin a las transmisiones eleccionarias de inmediato!...

—¿Por qué tengo que hacerlo?

—Porque sería muy grave que Salvador Allende asumiera la Presidencia de la República.

—¿Y si no lo hago?

—Te vamos a cortar el oxígeno económico... ¡Estás advertido!...

—Como ustedes quieran, pero en nuestro caso no se trata de cortar

la transmisión o seguir informando sobre el resultado de la elección porque me da la real gana... Por un principio ético, al que me debo como radiodifusor, terminaremos nuestra emisión a la hora de costumbre.

Ernesto cortó el teléfono. Y para el resto de mis días, que han ido más allá que los suyos, me cortó el saludo.

Minutos después recibí un llamado de José María Navasal, uno de los ejecutivos de canal 13:

—Sabemos que sigues transmitiendo desde los locales de votación...

—Así es...

—...pues ello no es conveniente para los intereses superiores del país.

—¿Por qué?

—Porque si el candidato marxista llega a la Presidencia, Chile se verá envuelto en enormes dificultades.

—¿Entonces?

—Te imploro, suspende la transmisión de inmediato.

A Navasal le repetí lo que le había dicho a Pinto Lagarrigue. Además, le expuse otra poderosa razón:

—José María, con la debida anticipación nuestra radio contrató publicidad, tantos avisos por tal cantidad de dinero, para difundirlos durante toda la jornada, ganara el candidato que ganara. Si yo suspendo ahora, ¿cómo compenso a los clientes? ¿Me vas a dar tú los recursos para que no me lleven a los tribunales por incumplimiento?

—Raúl, un aporte patriótico no te costaría nada...

—Por favor, ustedes tienen que comprenderme... Siga transmitiendo o no, la radio Portales no va a cambiar el resultado de la elección porque son los ciudadanos quienes deciden. Las urnas están cerradas y a nadie le cabría en la cabeza la idea de que nosotros podríamos alterar las cifras oficiales.

Mantuve a firme mi palabra, contra viento y marea. Cumplidas las pautas publicitarias, apenas terminó su discurso Allende, finalizamos la transmisión. Aún entendiendo la natural preocupación de los empresarios respecto de un colapso social, económico y político en Chile, entonces comprendí que el hecho de seguir transmitiendo las elecciones en modo alguno modificaría el escenario político del país.

A las cuatro de la madrugada llegué a casa. A las siete de la mañana fui despertado por el llamado telefónico de alguien que estaba de un buen humor espléndido:

—¿Raúl?... ¡Hola!...

—¿Quién habla?

—Salvador Allende... Te estoy llamando para que me lleves al programa “La Gran Encuesta” porque, según antecedentes bastante confiables, la derecha está armando un ambiente de gran pánico en el país, y quiero hablar en la radio Portales para tranquilizar a la gente.

—Por mi parte no hay problema, pero debo consultarle a mis socios, los Hirmas...

—No te preocupes, voy a llamar a mi compadre Alfredo Hirmas.

El electo Presidente de la República llamó a Alfredo, a quien le expuso su deseo de salir al paso de los rumores garantizando a la ciudadanía que no habría descalabro económico, pues su programa de gobierno no contemplaba medidas radicales que afectaran a los inversionistas. Alfredo expuso la solicitud en familia. Nassir Hirmas, presidente del consejo de la radio Portales, se opuso, mientras sus hermanos Alfredo y Miguel estaban de acuerdo en acceder. Para zanjar la disputa me llamaron a reunión. Después de conocer sus argumentos les advertí que sobre ellos recaía la decisión final:

—Pero si me preguntan, estoy de acuerdo en invitar a Allende a “La Gran Encuesta”.

Finalmente, resolvieron efectuar el programa. En la emisora me esperaba otra batalla. Ciro Quintana, entonces jefe del departamento de prensa, se negó a entrevistar a Allende. El comentarista Luis Hernández Parker también rehusó porque nunca pudo olvidar la polémica que sostuvo con jefes de la Unidad Popular, cuando éstos le recordaron su pasado de marxista leninista, reprochándole que bajo el manto delicado de su objetividad protegía los intereses empresariales. Germán Gamonal tampoco aceptó. Al cabo de numerosas reuniones decidieron ir a la mesa redonda, Ciro Quintana, Hernani Banda y otro reportero que entonces comenzó como comentarista, Juan Gana.

En la casa de Allende ubicada en la calle Guardia Vieja, nos reunimos el 6 de septiembre a las 16:30 horas. En la sala estaban dos de los asesores de Allende, Augusto Olivares y Carlos Jorquera, quienes al verme ingresar se esmeraron en injuriarme. Jorquera fue el más grosero:

—¡Hola, turco lameculo!... ¡Ahora que triunfó Allende te acercas a él para sacar una buena lonja!...

Los periodistas no vacilaron en ponerse de pie dispuestos a retornar de inmediato a la radio. Les pedí que se calmaran, y a Jorquera, con el mismo lenguaje arrabalero con que me había tratado al comienzo, lo puse en su lugar. Era entonces un hombre violento capaz de expresarse en los términos más crudos.

—Señor Jorquera, el lameculos será usted porque está bajo el mismo techo donde vive su patrón, pero hemos llegado no para celebrar el triunfo del señor Allende. Ayer, a las siete de la mañana, me despertó para pedirme que lo entrevistáramos en “La Gran Encuesta”.

En ese momento bajaba Allende, después de su siesta.

Remaché sobre caliente:

—¿Cómo es esto, don Salvador? ¿Me invitó o no usted a su casa?

—Lo invité...

—¿Para una entrevista periodística?

—Efectivamente...

—Entonces dígame a sus amigos que pongan fin a sus insultos. Desde que llegué no han cesado de injuriarme.

Allende los llevó aparte. Al rato Olivares y Jorquera parecían dos afligidos párrocos escuchando misa en el Vaticano.

Grabamos el tan esperado programa y lo difundimos.

La gente estaba ansiosa por conocer los planes definitivos de quien aparecía como el probable Presidente de la República. A pesar de sus convincentes explicaciones, Allende no logró disipar los temores que imperaban entre los empresarios y la derecha. El pánico había nacido a prueba de las mil promesas que hizo Allende en el sentido de que ninguna de sus medidas provocaría trastorno económico.

Al día siguiente de su triunfo, una hora después de recibir el llamado de Allende, llegaron a casa mi hermano Rafael y Amador Yarur. Minutos más tarde se nos unió el ejecutivo Mario Azócar de la empresa publicitaria J. Walter Thompson. A las 9 había una veintena de personas inquietas por el futuro del país, tomando café en el living. Todos éramos amigos de años. Azócar estaba muy preocupado. Dentro de lo posible deseaba que proyectáramos un eventual gobierno allendista a fin de orientarse acerca del naciente proceso.

—Esta no va a ser una revolución con vino tinto y empanadas —le manifesté—. El gobierno de Allende va a evolucionar paulatinamente hacia un régimen marxista.

—¿Es tu impresión real?

—Es lo que sé porque conozco muy bien a Allende. Somos amigos. Y lo que les he dicho respecto de cómo será el cambio que experimentará su gobierno, si es declarado Presidente, responde a lo que en tantas oportunidades me ha dicho acerca de lo que él haría si llegara a La Moneda.

Azócar informó a los ejecutivos mundiales de la empresa. Meses

después, J. Walter Thompson fue la primera publicitaria que cerró sus oficinas en Chile para instalarse en Buenos Aires.

Cada vez que me consultaron acerca del futuro que le esperaba al país, dije lo que sabía, sin recurrir a inventos o tramas novelescas al estilo de algunos políticos que amasan la historia con sus propios ingredientes. Durante nuestra visita a Cuba escuché las largas conversaciones que Allende sostuvo con Fidel Castro y otros jefes del Partido Comunista. Salvador se adecuaba a la realidad socialista de la isla caribeña, se sentía muy a gusto con los aires proletarios, pero llegado el momento de la verdad confesó sus sueños más caros. No creaba expectativas falsas entre los cubanos mediante discursos de ocasión. Lo que él expresaba correspondía a sus más sólidas convicciones.

### *Allende ingresa al negocio radial*

Había transcurrido año y medio del régimen allendista. Chile vivía sumido en un ambiente de guerrilla. Las divergencias sociales, económicas y políticas eran tan profundas que nadie tomaba posiciones en el centro. La iglesia también se polarizó. Los "Curas para el Socialismo" se identificaban con la clase obrera. Los derechistas encabezados por el presbítero Raúl Hasbún y otros jóvenes anticomunistas recibían apoyo de la cofradía "Tradición, Familia y Propiedad" (TFP). La jerarquía debió caminar entonces sobre un campo minado por sacerdotes que aspiraban a un mundo de igualdad, mientras otros querían preservarlo sin cambios radicales. También chicoteaban sus flancos los partidarios de la lucha sin cuartel. Los españoles comprometidos con el Opus Dei rememoraban las viejas y cruentas disputas de la España prefranquista y las eficaces soluciones de entonces.

Nuestros reporteros salían a las calles para ser testigos de una guerra no declarada. Ahumada, Bandera, Compañía, Catedral y la Alameda eran campos de batalla donde se enfrentaban bandos irreconciliables.

Ignoro si fue el resultado de las amenazas de Pinto Lagarrigue, pero las agencias publicitarias redujeron sus avisos en la Portales. En el departamento de prensa se generó una situación incontrolable. Los periodistas de izquierda llevaban más agua para su molino, privando a la

Democracia Cristiana y a los partidos Liberal y Conservador del derecho de ser considerados como entes generadores de noticias.

El futuro se ensombreció tanto con las medidas de Allende que propuse al directorio de la Portales vender las emisoras de Talca, Santiago y Valparaíso. Hubo mayoría a favor. Sostuve numerosas reuniones con Benjamín Matte, miembro del directorio de la radio de la Sociedad Nacional de Agricultura e integrante del grupo clandestino de derecha «Patria y Libertad».

Matte se desistió con un argumento contundente:

—¿Qué ganamos con comprar la Portales si viene pronto la estatización socialista de los medios informativos?

Mi único patrimonio podría ser neutralizado en cualquier momento y perderíamos 13 años de labor. Una expropiación socialista debía producirse en términos tan absolutos que los ex propietarios quedarían con lo puesto.

El verano de 1972 lancé todo por la borda. Mi hermano Arturo se quedó al frente del negocio. Al diablo con la incertidumbre, dije. Me fui por dos semanas a Viña del Mar. Un domingo, a las 10 de la mañana, tocaron el timbre de mi departamento ubicado en la Avenida Perú. Abrí y con gran sorpresa me encontré con que el visitante era el edecán presidencial de Allende, el capitán Araya.

—¿Señor Tarud?

—Sí, soy yo...

—El Presidente lo invita a almorzar a usted y su señora esposa en Cerro Castillo.

—Debe haber un error... Seguramente se trata de mi hermano que es senador.

—¿Usted es Raúl Tarud Siwady, gerente general de radio Portales?

—Sí, yo soy...

—Entonces es a usted a quien invita su Excelencia.

Apenas se retiró el capitán Araya, le comenté a mi esposa:

—Malos aires empezarán a soplar...

Pensé en los Hirmas, pensé mal de ellos, por supuesto.

De acuerdo con la definición *chilensis*, en nuestro país hay tres o cuatro *palacios*. Dos son los más conocidos, el Palacio Cousiño y el Palacio Presidencial de Cerro Castillo. El primero de ellos podría ser una aproximación modesta al concepto de palacio, aceptada la calificación en mérito de su línea arquitectónica rica en ornamentación, muebles de estilo y superficie construida algo mayor que las de algunas vi-

viendas levantadas durante la Colonia. Pero otorgarle el rango de *palacio* a la casa presidencial de Cerro Castillo constituye una falta de seriedad para valorar las exactas proporciones de una obra. Es apenas una casona más grande que las de veraneo mejor dotadas de Zapallar.

Ingresamos a Cerro Castillo. Allende presidía la mesa, donde noté a Humberto Martones —ex ministro del general Ibáñez—, el ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, y un cubano casado con una de las hijas del Presidente, quien nos invitó a tomar asiento.

—Y aquí llega Raúl Tarud, gerente general de la Radio Portales...

Una oleada de indiferencia recorrió el vasto recinto.

—¿Qué nos puedes contar del Festival de la Canción de Viña del Mar, Raúl?

—Va marchando, va marchando, Presidente...

—Debería terminarse ese festival.

—¿Por qué, Presidente?

—Es una expresión del sentido de clase que tienen los *pijos*.

—Yo creo que no —me atreví a expresar.

—¿Por qué no?, —preguntó Chonchol.

—Porque al festival va gente rica y pobre. Además, es una tradición artística que prestigia al país.

Para mi tranquilidad, el tema del festival se desvaneció rápidamente. Los buenos mostos surten efectos maravillosos: todos hablan y nadie atiende al interlocutor.

A los postres se escuchó la voz de Chonchol:

—Compañero Presidente, usted está al corriente de los problemas que tengo en el ministerio. Le agradecería que, después del almuerzo, me recibiera primero porque debo volver a Santiago por asuntos urgentes.

—Lo siento, compañero ministro, pero antes debo hablar con el compañero Tarud.

Apenas terminamos de comer, Allende me hizo una seña. Me tomó del brazo mientras caminábamos en dirección a su privado.

—¿Un whisky?

—Con soda...

—Raúl, tú eres un hombre de mucha suerte...

—¿...?

—A partir de ayer tú eres socio del Presidente de la República en la radio Portales...

Siempre he tenido una entereza a toda prueba, pero cuando Allende me comunicó la noticia, más que una puñalada, sentí indignación por

no haber sido informado por los Hirmas del paso que ellos habían dado para salvaguardar sus intereses en perjuicio de los míos. Y aunque yo comprendía que muchos empresarios estaban pegados a la mirilla de sus puertas, observando el escenario político para ver cómo evolucionaba, la movida de los Hirmas revelaba la pérdida de un principio respetado en la colonia árabe: nunca atacarás por la espalda a uno de los tuyos.

Reaccioné indignado:

—¡Esta es una traición de los Hirmas!... ¿Cómo es posible que hayan dado este paso si habíamos quedado de acuerdo en vender la radio Portales en conjunto?

Allende se sonrojó:

—¿Cómo? ¿Rechazas el enorme privilegio de ser socio del Presidente de la República?

Cuando estábamos a solas, yo lo tuteaba:

—Debes comprender que es lo único que tengo. Había un acuerdo para negociar la venta, sin que ninguno obtuviese ventajas...

—No te preocupes. Todo va a marchar bien.

Nunca he dejado de lamentar la maniobra de los Hirmas.

Vendieron su participación accionaria del 32% a Salvador Allende en trescientos pesos, el valor de un paquete de cigarrillos de la época, con el objeto de salvaguardar el resto de su enorme patrimonio, una precaución pueril porque, quizás con mayor encono que en otros casos, las empresas de los Hirmas fueron de todos modos estatizadas y controladas por fiscalizadores que, si no descubrieron evidencias, las inventaron con el fin de dar la sensación de que sus dueños complotaban contra el gobierno popular.

Otra consecuencia de la participación accionaria de Allende fue que instaló en su escritorio de La Moneda un teléfono que lo conectaba con mi oficina. Me llamaba varias veces a la semana, invitándome a tomar desayuno en su casa de Tomás Moro, donde vivía rodeado del GAP (Grupo de Amigos Personales). La mayoría de sus miembros pertenecía al ala extrema del Partido Socialista y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

En su calidad de socio, Allende se daba tiempo para mantenerse al corriente de los asuntos internos de radio Portales. Ignoro quiénes eran los correos que le proporcionaban antecedentes sobre determinadas personas.

Mientras desayunábamos, un día me dio la orden perentoria:

—Debes despedir a la momia que tienes ahí, a Ana María Edwards.

—Ella es la gerenta comercial... Se trata de una persona leal y eficiente. No la puedo despedir...

—Entonces, busca una fórmula para que *desaparezca* de Santiago.

Para salvarla de una persecución trasladé a Ana María a la Portales de Valparaíso. Después supe que Allende ordenó su salida para acceder a la solicitud de los periodistas de izquierda que trabajaban en la radio. La gerenta comercial nunca se inmiscuyó en el funcionamiento del departamento de prensa, pero el FTR (Frente de Trabajadores Revolucionarios) quería expulsarla por el hecho de que ella pensaba de manera distinta.

Con las acciones que pertenecieron a la familia Hirmas en su poder, Allende tomó posesión de la Portales. Designó como jefe del departamento de prensa al periodista Leonardo Cáceres, adjudicándole la categoría de intermediario entre él y yo. A partir de ese momento, los periodistas tomaron su propio rumbo, desentendiéndose de los accionistas, muy ajenos a los deseos de éstos de que en la Portales prevaleciese siquiera un ápice de objetividad.

Allende estaba más que satisfecho. A tal grado llegó la penetración de los partidos gobernantes en el manejo administrativo de la emisora que los reportajes especiales sólo se realizaban con el visto bueno de dirigentes del Partido Comunista —Orlando Millas, que fue ministro de Economía de Allende, o Américo Zorrilla, que también integró el gabinete como secretario de Hacienda.

“La Gran Encuesta”, durante años había sido el espacio estelar de la emisora, pero en la nueva etapa perdía gradualmente su imparcialidad.

En el departamento de prensa circulaban aires revolucionarios. Dos o tres periodistas invitados a Cuba retornaron con visiones paradisíacas del socialismo castrista. Sin alardes retóricos fueron al grano al expresar solidaridad con el régimen caribeño e instar al gobierno y a los trabajadores a seguir la senda proclamada por el Che Guevara.

A los pocos meses de la entronización de Allende, mi hermano y yo estábamos como pollos en gallinero ajeno. Veíamos a diario cómo los periodistas adquirían plena autonomía. El discurso tradicional de la Portales era historia vieja. La cobertura noticiosa al servicio de todos los sectores fue reemplazada por enfoques sectarios. Cuando se produjo el incidente de la estación transmisora del canal 13 en Concepción, donde apareció involucrado el presbítero Raúl Hasbún, Portales injurió al sacerdote con el mismo estilo desenfadado que empleaban los redactores de los diarios Clarín y Puro Chile.

Aquella desembozada injerencia me afectó la salud y sufrí una rara descompensación. Después de numerosos exámenes supe que mi corazón marchaba perfectamente. Los médicos empezaron a buscar la fuente de mis males con un costo económico cada vez mayor. En cierto momento creyeron que yo tenía leucemia debido al exceso de glóbulos blancos. Las muestras de sangre tomadas desde el esternón me provocaban un padecimiento inaguantable. Debido a que en Chile no había clínica que me garantizara el tratamiento adecuado decidí viajar a Miami, para someterme a otra larga serie de pruebas de laboratorio. Me radiqué temporalmente en Ciudad de Panamá, gracias a la hospitalidad de José Bustamante, primo hermano de mi esposa. Una vez a la semana viajaba a la ciudad norteamericana, donde finalmente determinaron que yo no tenía leucemia. La certeza provino de un chileno especialista en cáncer, quien hizo un descarte paso a paso, para concluir que mis padecimientos tenían su origen en un problema congénito, el mismo que también atacó a mi hermano Manuel, pero en el caso mío había sido desencadenado por la pérdida paulatina de una empresa que tanto sacrificio nos costó fundar y mantener.

Durante los exámenes realizados en Miami, el médico chileno llegó a la conclusión de que yo había padecido el trastorno después que Allende me anunciara que éramos socios. Al día siguiente del almuerzo de Cerro Castillo caí en cama con una fiebre persistente de 41 grados provocada por estafilococo áureo, en modo alguno atribuible al consumo de alimentos contaminados. “Ese fue el resultado de una fuerte baja en las defensas orgánicas debido a graves trastornos emocionales”, me diagnosticó.

Cuando yo estaba con un estado febril insoportable me llamó telefónicamente el Presidente, para solicitarme que recibiera en mi casa a los dirigentes socialistas, Carlos Altamirano Orrego y Hernán del Canto, porque ellos deseaban suscribir un contrato publicitario.

—Otórgales un buen descuento a los camaradas —me sugirió Allende—. El partido, que ha hecho tanto por mí, bien se lo merece...

—Pero Salvador, estoy muy mal de salud. No puedo recibirlos...

—Bueno, tienes que hacer un esfuerzo.

Pronto escuché a unas personas que conversaban animadamente al observar los cuadros que colgaban de las paredes del living. Minutos después, Carlos Altamirano ingresó a mi dormitorio, convertido en un toro de lidia. Con ese modo suyo de entonces, corrosivo e insolente, me dijo:

—Aquí está el hombre propietario de las valiosas telas ganadas con el sudor de los proletarios...

Intentó atenuar la observación con una carcajada. Luego de un prolongado silencio, dijo:

—Observa, Hernán, así son las casas de los burgueses...

Había aparecido el sujeto odioso, que se acomplejaba ante las posesiones ajenas. Saqué fuerzas de flaquezas. En circunstancias como esas, la mejor defensa es el ataque:

—Señor Altamirano, sólo lo recibo porque me lo ha suplicado Salvador Allende. Además, sus comentarios son demagógicos. Yo conozco su casa, donde sí hay cuadros dignos de un millonario...

Aunque Altamirano quiso moderar su actitud agresiva, no le permití que me replicara:

—Además, no me venga con estas historias de los burgueses, porque si vamos a hacer un recuento de los ricos de última hora de este país, usted es el primero. Seguramente, ahora quiere acreditar buena conducta revolucionaria y modestia delante de Hernán del Canto, pero todos sabemos que usted, precisamente, no vive en una choza de la José María Caro...

Entramos en materia.

Carlos Altamirano tenía una mirada perversa. En el fondo de sus lentes de marco grueso, los ojos destellaban con desprecio.

—Señor Tarud (había tomado distancia después de tutearme), el Partido Socialista necesita difundir el máximo de frases por la radio Portales.

—Para todo hay un límite, para la publicidad también.

—¿Me está diciendo que no?

—Le estoy diciendo que el exceso de frases o avisos puede saturar al auditor, y en vez de ganar ustedes las simpatías que tanto necesitan, se van a ver perjudicados. Los avisos tampoco se pueden incluir en todas las tandas, porque hay horarios preferenciales por los cuales nuestros clientes pagan más y al contado, máximo con cheque a un mes de plazo. ¿Entiende?

—Claro, como usted quiere que el próximo Presidente de la República sea Luis Corvalán y no yo...

—Señor Altamirano, la campaña del Partido Socialista debe ser equilibrada, pero, sépalo de una vez por todas: no soy socialista ni comunista. Sólo me anima mi condición de socio del mandatario, y como tal debo cuidar los intereses de la radio.

No me colocaron la pistola al pecho, pero *acordamos* un descuento forzoso del 40%, para un plan publicitario que le habría venido como anillo al dedo a cualquier empresa.

Semanas antes, Allende me había expresado sus temores acerca de una pugna de intereses que dejaría *muertos y heridos* entre socialistas y comunistas. A lo largo de la historia, ambos partidos se vieron involucrados en disputas doctrinarias, aunque unos y otros admitían su firme apego a la tesis proletaria, con mayores o menores diferencias acerca de si éste era más leninista o aquél más marxista.

—Ten mucho cuidado en no caer en excesos propagandísticos que favorezcan sólo al Partido Socialista —me previno Salvador.

Al comienzo no me quedó claro lo que Allende deseaba de su radio en materia publicitaria. Tiempo después recibí información sobre el movimiento de peones estratégicos en La Moneda, donde el PS y el PC libraron una lucha sorda para maniatar a Allende y conducir a gusto propio la política gubernamental. Los socialistas deseaban apurar los plazos, consolidando sus planes sin pérdida de tiempo, para establecer los enclaves que permitieran al país ingresar a la sociedad proletaria, sin darle tiempo de reacción a la derecha. En cambio, el PC era partidario de un gobierno prudente, que avanzara dos pasos y retrocediera uno, si convenía estratégicamente. Para los comunistas, la posición exacta del partido la daba el último hombre de la última fila: si éste poseía un buen caudal doctrinario y madurez política, hacia delante los militantes representaban una avanzada indestructible.

En la lucha por ganar posiciones dentro de La Moneda, pronto los comunistas obtuvieron un triunfo significativo: instalaron muy cerca de Allende al argentino Antonio Benedicto, experto en comunicaciones sociales, a cargo de todos los nexos informativos del país.

¿Cómo definir el ambiente que imperaba entonces en la radio Portales? Un día de protestas multitudinarias y ventanales cerrados, para impedir el ingreso del gas lacrimógeno, recibí la visita del cariacontecido Sergio Diez, ex miembro del anterior consejo de la Portales. Diez describió con una expresión popular el ambiente imperante:

—Esto parece una remolienda de curados que van y vienen...

El estado de achispamiento ideológico imperante en la mayoría de los reporteros lo proporcionaba la certeza de que la coalición gobernante conduciría al país hacia un estado de bienestar superior. Y ellos contribuían con su cuota, seguros de que no habría una vuelta atrás, porque la proletarización estaba penetrando en la médula de la sociedad.

Acerca de esta situación de alzamiento generalizado recuerdo a una joven dicharachera, llena de energía y hermosa, con rasgos muy parecidos a los de doña Tencha en plena juventud. Beatriz Allende Bussi, a quien llamaban Tati, era una de las hijas predilectas del mandatario. Estaba casada con un cubano militante del MIR. El movimiento originado en la Universidad de Concepción había recibido con trompetas imperiales la llegada del joven emisario castrista, exponente fiel de la clase trabajadora más avanzada del mundo.

Una mañana, Beatriz ingresó muy agitada a la oficina:

—¡Quiero que *me* transmita el discurso que Miguel Henríquez pronunció en el último pleno del MIR!...

De acuerdo con el tiempo de duración de la cinta magnetofónica le fijé el precio, que ella pagó de inmediato con dinero que extrajo de su bolso. A fin de evitar problemas con el socio mayoritario de la emisora, me comuniqué telefónicamente con Benedicto. Al informarle que la hija del Presidente había contratado una hora de transmisión, para dar a conocer el discurso de Henríquez, el argentino estalló de indignación:

—¡Eso no puede ser!... ¡Ven de inmediato a La Moneda!...

Allende, acompañado de su asesor de comunicaciones, cursó la orden estricta:

—Raúl, devuélvele el dinero a mi hija, y no transmitas ese discurso, ni siquiera un extracto para los noticiarios, nada...

De vuelta en la radio me comuniqué con Beatriz Allende:

—Lo siento... Por órdenes superiores no es posible dar a conocer el discurso de Henríquez. Aquí tengo su dinero y la cinta magnetofónica.

Ella reaccionó muy mal. Tenía un carácter duro, muy convencida de sus ideales:

—¿Cómo es esto? ¿Quién dio la orden? ¿Mi padre? ¿Dónde queda la libertad de expresión acerca de la cual tanto cacarea el gobierno?

—Ese no es un problema mío... Usted debe hacer la consulta pertinente en La Moneda. Converse con el señor Benedicto.

De conflicto en conflicto, transcurrían días de gran incertidumbre. Al año y medio del gobierno socialista los ingresos de la Portales eran francamente malos, no obstante que Allende dio órdenes personales a los interventores de las principales empresas en proceso de estatización para que recibieran a nuestros agentes vendedores de avisos. En varias oportunidades fui a la textil Yarur con la esperanza de obtener recursos, pero la nueva burocracia dificultaba los trámites. En tres meses recibimos cuatro órdenes publicitarias de menor valor.

En las puertas de ingreso a las empresas nadie sabía nada, en las oficinas imperaba un desorden aplastante, y cada vez perdíamos el tiempo en reuniones con jefes de los politburós de cada industria. Obreros recién ascendidos por méritos políticos a puestos ejecutivos o de alta complejidad técnica nos endilgaban una retahíla de conceptos ideológicos. Luego del adoctrinamiento, imprescindible para situarnos en el momento que vivía el país, los responsables iniciaban una ronda de preguntas que tenía por objeto descubrir nuestros puntos de vista. Las tensiones del momento —decían muy serios—, obligaban a mantener una actitud de vigilancia revolucionaria a fin de impedir que los recursos del proletariado pasaran a poder de los *cerdos imperialistas*.

Después que le informé de las crecientes dificultades económicas de la radio para cancelar los sueldos, Allende me reiteró su decisión de mantener la emisora a flote a como diera lugar.

—Pero, Presidente, si no nos dan un centavo en las empresas intervenidas, ¿cómo lo vamos a lograr?...

—¡Si yo doy una orden, se tiene que cumplir de inmediato!...

Con instrucciones o sin ellas, los interventores inventaron mil disculpas para tramitar los contratos pactados. Al final descubrimos que los escasos recursos de las empresas intervenidas se diluían entre los mandos medios y jamás llegaban a destino.

Entonces decidí irme del país.

Cuando a mis amigos les informé de mi decisión, reaccionaron con envidia:

—¡Que bueno que te vas!, —me dijo Enzo Bolocco—. Tienes suerte porque aquí la mayoría de nosotros no tiene el destino asegurado... ¡Yo me quedo para pelearla!...

Allende tenía los ojos velados por sus propias ansias de instaurar un régimen socialista. Desde los tiempos en que yo era su generalísimo en la provincia de Talca, cuando postuló por segunda vez a la Presidencia de la República, él siempre tuvo claro que cuando llegara a La Moneda introduciría cambios profundos en la sociedad chilena. Y en ese papel se empeñaba con todo su talento, sin importarle los costos, mientras la Central de Inteligencia Americana y los grupos económicos chilenos y las transnacionales infiltraban con sus ideas a las fuerzas armadas. Desde la primera hora hubo generales conectados con la CIA.

Durante un desayuno en Tomás Moro, Allende me confidenció que los primeros meses de 1973 serían peores que los vividos desde su llegada al poder:

—Pero tengo la firme convicción de que si hay una lucha armada, al final ganará el pueblo. Los humillados y ofendidos de Chile son más que los empresarios y los explotadores de la clase obrera.

Era imposible rebatirle ideas tan arraigadas. Nada lo haría cambiar.

La noche anterior al episodio que narraré enseguida me había llamado el edecán para citarme a las 8 de la mañana, con toda puntualidad, por instrucciones de su Excelencia. Estuve allí a la hora indicada. Vi pasar a mucha gente. Llegaron las 9, las 10, y yo firme como una estaca, no por obsecuente sino por prudente. Alessandri me había enseñado que los Presidentes llaman a reunión, pero son ellos quienes deciden el momento oportuno. A las 10:30 empezaron a salir tres grupos de personas. Desde el despacho de Allende emergían jurados enemigos de comunistas y socialistas. No pasaba día sin que ellos proclamaran sus protestas en contra del marxismo gobernante. También llamaban a la población a la desobediencia civil, a poner en marcha una resistencia que acabara cuanto antes con el infierno de la revolución con sabor a vino tinto y empanadas.

Finalmente, apareció Allende:

—¿Qué es de tu vida, Raúl? ¿Viste a los que estaban aquí?

—Los conozco a casi todos y los saludé.

El Presidente esbozó una sonrisa ladina. Me limité a observarlo, permaneciendo muy atento. Estábamos a fines de 1972. Vivíamos tan abrumados por las dificultades que un tumbo más sólo aumentaría el nivel del agua dentro del barco a punto de hundirse.

Sobre el escritorio había una enorme maleta de fibra que entonces usaban los turistas adinerados.

Allende me dio una orden imperiosa:

—¡Abre la maleta!

Corrí los pestillos, levanté la tapa. Jamás vi tanto dinero. Los fajos de 100 dólares estaban simétricamente dispuestos a lo ancho y largo de una maleta que debía tener 60 centímetros de largo por unos 35 de ancho y 20 de alto. Eran miles y miles en moneda norteamericana.

No venía a cuento que yo hablara. Estaba demasiado impresionado.

Allende aseguró:

—Crean que me van a comprar, pero yo necesito este dinero para los gastos que tenemos. Hay personas de poder que desean colaborar con el gobierno para resolver los problemas que tenemos en La Moneda.

Entonces, ciertos acaudalados hombres de negocio jugaban a dos bandas, asegurándose con el “sí” y el “no”. En los años 60, cuando se

aproximaba una campaña eleccionaria me llamaban para distribuir sus millones entre moros y cristianos:

—Por favor, mándame una factura por gastos publicitarios para *equis*...

—Pero si hace tiempo que tú no avisas en la radio.

—Hombre, estos son dineros para la campaña presidencial.

—¿La campaña de quién?

—De todos, pues hombre... Asigna seis millones para Alessandri, dos millones para Tomic y 1 millón para Allende.

Era un procedimiento normal en esa época. Todas las emisoras seguían el mismo curso administrativo. Los *donantes de sangre* asignaban mayor cantidad de recursos siguiendo los dictados de su corazón político. El modus operandi se popularizó tanto que las campañas publicitarias, durante dos décadas por lo menos, no fueron financiadas por partidos sino por gente rica. Entre algunos empresarios, aquellos dineros se clasificaban tributariamente como publicidad, sin indicar qué tipo de propaganda habían ordenado. Esta modalidad ya no es frecuente. Impuestos Internos vigila con celo policial, y por Internet.

En ese período, como representante de Allende se inscribió en el registro accionario un ciudadano llamado Jorge Venegas, que hoy vive en Talca. Es quien más sabe acerca de los medios económicos de que disponía el malogrado Presidente.

Venegas vive en Talca, próximo a los 80 años, enfermo, desencantado del Partido Socialista, dispuesto a no pronunciar palabra alguna que agrave la memoria de quien fue su amigo de tantos años. Tampoco revelará el destino final de aquellos recursos. Por lo que sé, no se trata de cifras millonarias que les haya reportado a sus beneficiarios un placer disfrute para el resto de sus vidas.

Después de un período de suspenso respecto de los bienes de Allende, a Venegas le fue encomendada la tarea de invocar derechos familiares y hacerlos valer ante los organismos pertinentes. Hace unos años, él me aseguró que nunca recibió un centavo de Allende como recompensa por asesorarlo financieramente.

En el gobierno de la UP, Venegas mantuvo una agria disputa con el Partido Socialista, al que censuró por su falta de entereza para representarle a Allende que la radio Portales se estaba inclinando hacia el Partido Comunista. El asesor presidencial replicó con dureza y fue expulsado después de exigir que el PS, consecuente con su ideario, sancionara a los militantes que exigían estrechar relaciones con el MIR y el FTR.

Al tomar conocimiento del incidente, Allende le hizo ver su preocupación a Venegas:

—¿Sigues conmigo, o también me dejas igual como dejaste al partido?

—No tengas temores. Tú eres mi amigo. Los demás son unos huevones que están jugando a los guerrilleros de utilería.

—Si tú me ayudas, entonces me despreocupo de la radio Portales.

—Descuida...

El 11 de septiembre de 1973, Allende tenía el 51% de las acciones de radio Portales. Después del golpe de estado, Venegas no tuvo problema para poner en venta dichas acciones debido a que se trataba de documentos legalmente cedidos por la familia Hirmas a Allende. El ex ministro de finanzas de Pinochet, Fernando Léniz, y el dirigente empresarial, Fernando Agüero, facilitaron las gestiones para negociar aquellos papeles. Debido a las fuertes presiones de la Sociedad de Fomento Fabril, Venegas liquidó las acciones de Allende en 12 millones de pesos de la época.

Con el retorno de la democracia, los socialistas quisieron reparar el injusto trato que le dieron a Venegas, invitándolo a retornar al partido, pero el ex asesor rechazó el ofrecimiento porque sigue muy dolido.

### La lealtad de La Payita

Durante sus campañas políticas en Talca, con Salvador Allende entablé una relación de cierta familiaridad. Dejé de llamarlo *senador*, y empecé a tutearlo. Al asumir la Presidencia de la República, ordenó a su secretaria, *la Payita*, que me advirtiera sobre la forma respetuosa en que debía dirigirme a él en el futuro.

—Espero que no faltes a ese deber, Raúl... Tú conoces bien el temperamento del Presidente —me advirtió *la Payita*.

Observé la norma, contrariándolo a veces sin proponérmelo. Estaba de visita en Chile el Presidente de México, Adolfo López Mateos cuando Allende me llamó a La Moneda para ver modo de brindarle una asesoría. Mientras acompañaba al Presidente en su despacho, ingresó el mandatario azteca. Fuimos presentados por Allende. De inmediato me excusé, alejándome del lugar. Según el protocolo, no correspondía que

permaneciese junto a dos jefes de estado que, probablemente, deseaban hablar asuntos privados. *El Chicho* se molestó pero yo me atuve al propósito de no inmiscuirme.

Allende observaba atentamente lo que ocurría a su alrededor. Aunque durante su carrera parlamentaria no fue objeto de trato descomedido por parte de la derecha, salvo los ataques ideológicos, en general se le respetaba. Siempre aspiró a que nada ni nadie lo opacase. Un día me expresó con tono sentencioso:

—El Presidente de la República es la máxima representación del poder en Chile. Quien ahora ocupa este sillón tuvo como antecesores a ilustres hombres: O'Higgins, Carrera, Balmaceda. ¡No lo olvides jamás!...

Cuando llegó Fidel Castro en visita oficial, Allende lo recibió muy contento. Por fin tenía en casa a su hermano de ideales. Al cabo de una semana, la prolongada estada del líder cubano empezó a crearle problemas a La Moneda. Los asesores estaban cansados, pues trabajaban arduamente para que Fidel conociera del territorio nacional cuanto desease.

Una tarde de té y galletas de agua, Allende me confidenció:

—Parece que hemos cometido un error al tener tanto tiempo a Fidel entre nosotros... Debería haber sido más corta su visita.

Cuando ambos mandatarios se encontraron en La Moneda, el día anterior al retorno de Castro a Cuba, fue notoria la competencia entre dos hombres que aspiraban a representar a los revolucionarios del continente. Tan pronto ingresó Fidel al Salón O'Higgins, los periodistas dejaron solo a Allende, y optaron por captar las impresiones del visitante. El dueño de casa se sintió molesto al dejar de ser el centro de la atención:

—¿Por qué todos abandonan en tropel al Presidente y se van con Castro?, —preguntó.

Si el tema no era político, y como una manera de distender su ánimo, Allende hablaba de asuntos triviales. Adoraba las corbatas italianas de seda, anchas y de tonos discretos. A menudo le preocupaba su estado de salud. Una tarde, después de analizar la marcha de la radio, hizo un gesto de dolor al sentarse.

—¿Se siente mal, Presidente?

—Me duele mucho un testículo...

Entré en detalles para confirmarle que su mal no era exclusivo. Después de una intervención quirúrgica yo padecí de una infección postoperatoria que me significó perder uno de aquellos órganos que tanto mortificaban a Allende. El médico tratante me insertó una prótesis y

el doctor Zahri dio las puntadas que dejaron el nuevo elemento como si fuese natural. El doctor Zuzaeta, experto urólogo, me previno entonces:

—Si usted hubiese usado slips y no calzoncillos, habría salvado la pieza...

A Salvador lo obsesionó el tema. Después que le conté acerca de los dolores, la hospitalización y el tipo de cirugía, quedó tan convencido de la advertencia del doctor Zuzaeta que me hizo un pedido inusual, en tono jocoso:

—Para evitarme problemas, voy a usar slips de ahora en adelante... Tú puedes contribuir para que el Presidente disfrute de buena salud: tráeme un par de docenas de slips de los buenos...

Se los llevé al día siguiente. Y dejó la otra prenda, larga, abombillada, estilo 1900.

En corrillos, a menudo se hablaba acerca de las dotes de donjuán de Allende. Según su secretaria privada, la *Payita*, todo era una especulación. Ella conocía muy bien al mandatario. Durante años vivió al lado de la casa de Allende, en Guardia Vieja. La correspondencia privada circulaba por sus manos, y ella era el nexa con la Portales. Fue una secretaria leal.

Tras el golpe militar, la *Payita* se ha mantenido indiferente ante las ofertas millonarias para que rememore la vida personal de su ex jefe.

De no ser por un apoyo solidario, ella no se habría salvado el 11 de septiembre de 1973, cuando las fuerzas militares encabezadas por el general Javier Palacios Ruhmann ocuparon La Moneda. El ingreso de una ambulancia al bombardeado edificio marcó el destino de la *Payita*. El chofer del vehículo fiscal la conocía por fotos. En un momento de descuido de los uniformados, le proporcionó un delantal, para dar la impresión que era una enfermera. Con un par de heridos a bordo, la ambulancia abandonó el palacio presidencial, sin que nadie se enterara del personaje que en ese momento trasponía las puertas del infierno hacia la libertad.

## Quinta parte

### *Hacia el exilio*

Transcurría 1972. Con la radio a cargo de otras personas, resultaba imposible defender nuestros derechos como socios. El grupo gobiernista se había apoderado de todos los nexos y los funcionarios éramos monigotes que firmaban documentos redactados por los cerebros de izquierda.

A los seis meses de elegido Allende, el comité asesor desapareció, aunque el directorio se mantuvo en funciones hasta que se produjo el traspaso de las acciones de la familia Hirmas al Presidente. Al transformarse en el socio mayoritario, Allende reemplazó con gente de su confianza a los antiguos directores Sergio Diez, Julio Durán, Arturo Aldunate, Nassir Hirmas, Alfonso Ardizzoni, Arturo y Raúl Tarud.

Socialistas muy afines con Allende, Mario Osses y Jorge Venegas plasmaron la línea política pro Unidad Popular. De la tan alabada independencia de la Portales quedaron los recuerdos. Osses y Venegas solían reunirse en la radio para hablar de problemas contingentes y tomar café aparentando tranquilidad mientras las finanzas tocaban fondo.

Tardíamente, los empresarios culparon a los Hirmas por haber cedido su patrimonio mediante una maniobra de oportunismo político. Una mañana me llamaron desde la radio, para informarme que los trabajadores habían ocupado la fábrica de textiles Hirmas. Intenté mediar en el conflicto, pero Allende me ordenó de manera perentoria:

—¡No te metas en problemas!...

—Ellos le cedieron sus acciones. Les debemos un mínimo de consideración...

—¡Los problemas gremiales no son de tu incumbencia!...

En casa, la situación era muy grave. Mi hijo integraba el comando derechista "Rolando Matus", al que se le atribuyeron numerosas acciones terroristas. En una de las protestas encabezó el grupo que, a bordo de su automóvil, pasó frente a la residencia presidencial, gritando consignas en contra de Allende.

Al día siguiente Allende me llamó muy molesto:

—Por ser tu hijo no fue detenido y sometido a proceso, pero como él es tan resuelto, tienes que enviarlo fuera del país por su propia seguridad.

Semanas antes yo le había implorado a mi hijo que se marginara del comando "Rolando Matus" por el temor de que le sucediera algo funesto, ya que la barricada derechista se había instalado con pertrechos suficientes para dar una larga batalla callejera, sin importarle las consecuencias. Mi hijo desoyó las advertencias. Sólo después de ser detenido pudo comprender que el clima político amenazaba con turbulencias mayores. A los 20 años de edad, con sus estudios suspendidos, finalmente viajó a Ecuador, refugio de cientos de opositores al régimen socialista, y el resto de la familia permaneció en Santiago.

A diario yo apelaba al autocontrol para enfrentar las odiosidades en la Portales. La consigna era la de no aceptar las provocaciones de exaltados izquierdistas. El odio de clases estaba tan enraizado en el PS, que de manera desquiciada instruyó a sus militantes para ejercer vigilancia incluso sobre quienes poseían modestas viviendas y automóviles.

Entre los elementos moderados de la Unidad Popular existía la certeza de que un plebiscito habría sido ganado con el 66% de los votos, pero debido a la obstinada negativa del PS a consultar al pueblo, se dilató la solución de los agobiantes problemas, con el resultado de que la derecha y los militares dispusieron de tiempo suficiente para complotar.

De haberse llevado a cabo la consulta nacional, el régimen se habría consolidado temporalmente, planteándosele a los opositores el inconveniente de que Allende habría recibido un espaldarazo democrático. La posibilidad de dar el golpe de estado en esas circunstancias habría sido inabordable.

En la víspera de la huelga de los camioneros, en octubre de 1972, el barrio donde vivíamos estaba sumido en una tranquilidad aparente. Dos bombazos remecieron los ventanales. Cortaron la luz tres veces. Hubo atentados en contra de estaciones transmisoras de radio. Las calles estaban sembradas con los clavos *miguelitos*, para dificultar el paso

de los carros policiales y del ejército. En la mañana siguiente, nuestra asesora del hogar nos advirtió que le iba a ser muy difícil retornar a casa debido al paro de microbuses. El pan, la leche, la harina y los vegetales escaseaban. Crecía el mercado negro de las conservas y los huevos. Entonces yo fumaba. Para conseguirme un paquete de cigarrillos pagué el doble del valor real. En la Portales, los periodistas de izquierda controlaban la emisora y el sindicato.

Después de mucho pensarlo decidimos reducir nuestros bienes y viajar al exterior. Vendí la radio Candelaria en 2 millones de pesos —\$30 millones de hoy—, mi departamento de Viña del Mar en 4 mil dólares, y mi casa en 20 mil dólares. Esta última venta fue la más lamentable. La vivienda, de 350 metros cuadrados de superficie edificada y grandes comodidades, costaba mucho más. Retorné al país decidido a recuperarla. Sueño quimérico: al cabo de tres años costaba US\$280.000...

El dinero de las ventas ejecutadas a vil precio fue depositado en un banco norteamericano. A las 48 horas iniciado el paro de los camioneros, me fui del país. Había renunciado a la emisora que fundé con tanto sacrificio, dejaba atrás a mis hermanos y sus familias.

—¿Cuándo vuelven?, —nos preguntaron parientes y amigos.

—No sé —contesté—. No sé, pronto, lo más pronto posible.

En los momentos de graves dificultades rehuyo a la gente y llevo mi amargura a solas, pero en el aeropuerto no pude controlarme ante quienes nos fueron a despedir. Lloré a la par que mi mujer. Qué importaba la pérdida de tantas cosas materiales, muy valiosas, por cierto; más nos dolía dejar atrás nuestras familias, el terruño.

### *Recuerdos, según Ernesto Merino*

Ernesto Merino Herrera, es otro personaje importante de la antigua Portales. Con sus puntos de vista ingeniosos, Merino orientó por buen camino al comité creativo encargado de producir los radioteatros unitarios y seriados. De libretista de radio Minería pasó a la agencia publicitaria MacCann-Erickson, interesada en sus cualidades como autor de los libretos del programa "El doctor Mortis", fuente originaria de todos los miedos que era posible sentir a la medianoche, cuando uno

sintonizaba la emisora con el propósito de incursionar en el mundo de las pesadillas.

Ernesto asesora a radio Cooperativa. Encarna la historia viviente de décadas de experiencias radiales en Chile. Resulta más práctico preguntarle dónde no ha estado y qué no ha hecho.

También se sumó a esta suerte de retrospectiva con una semblanza de su propio estilo:

“Una noche de verano fui a buscar a Raúl Tarud a su casa en la calle Las Nieves. Lo había llamado ese mismo día para invitarlo a comer en algún restaurante, una simple invitación a un amigo muy querido con el cual no conversaba desde hacía tiempo.

“Estábamos en medio de los mil días de la Unidad Popular, cuando los que no éramos del régimen no llevábamos una vida fácil. El día para mí tenía comienzo y término a cualquier hora y en cualquier lugar, pues yo trabajaba para el partido Demócrata Cristiano como director de su agencia de propaganda.

“Si bien la radio Portales constituyó una de las voces influyentes del régimen socialista, yo estaba al corriente de que Raúl fue un empresario independiente, de centro. La sociedad con Salvador Allende le había sido impuesta. El medio radial en esos tiempos era poderoso. La Portales marcó la pauta de ese poder con su primera sintonía general por muchos años gracias a programas entretenidos.

“Convinimos con Raúl en que yo iría a su casa, porque en ese momento él no tenía auto.

“Al llegar a la calle Las Nieves comencé a buscar la residencia donde tantas veces había estado disfrutando de comidas y fiestas, donde las luces brillaban casi todas las noches, y siempre había grupos homogéneos de invitados políticos, artistas, publicistas y empresarios que solían protagonizar noticias importantes. Allí reinaba Tany Aravena, esposa de Raúl Tarud e hija de un ex ministro del Interior de Carlos Ibáñez del Campo en su período democrático. Con su cigarrillo siempre encendido, ella creaba un clima familiar muy cálido y controlaba todos los pormenores para un servicio perfecto.

“Eran tiempos graves. En esos encuentros se revivían las sociabilidades de antes, cuando las diferencias de opiniones no eran motivo de enemistades o descalificaciones feroces. En esas fiestas se notaba el poder de concertación que tenía la Portales.

“Esa noche pasé dos veces por la cuadra en la cual yo ubicaba la casa de la familia Tarud: un bungalow rodeado de cuidados jardines con

luces que complementaban la decoración. Estacioné el auto en un punto cualquiera para buscar a pie la casa. A mitad de la cuadra, al lado sur, me detuve en lo que me parecía una sombra de algo conocido.

“Miré a través de la maciza verja, tratando de reconocer el lugar. Todo estaba sumido en una obscuridad espesa, impenetrable, sin un rayo que indicara que allí había vida. No me extrañaron las sombras tan densas. Eran los tiempos de los apagones. Sin embargo, en otras casas había luz. Miré el reloj. Eran la 10 de la noche, la hora en que había quedado de pasar a buscar a mi amigo.

“¿Estaba durmiendo? ¿Habría olvidado la invitación? ¿Se habría cambiado de casa y no me lo había advertido pensando que yo sabía?

“Hundí el botón del timbre, y me quedé esperando. Pasaron algunos segundos antes que un sonido y una voz adormilada, surgida de la nada, me sobresaltaran.

“—¿Ernesto?...

“—¿Raúl?

“—Pasa, te dejé la verja sin llave....

“Empecé a caminar por el sendero, sin ver nada. Lo único concreto que me guiaba era la voz de Tarud, que me aseguraba que estaba sin luz. Llegué al interior del jardín, junto al umbral donde me esperaba. Al interior divisé las luces débiles de algunos candelabros. Sobre la mesa del comedor había copas y cristales de bacarat con números de remate en cada pieza. La mesa de comedor, dos sofás Cruz Montt, un *bouffe* legítimo francés, una licorera inglesa, también con números. Lo demás, vacío; las murallas sin cuadros, los suelos sin alfombras, espacios amplios sin muebles.

“—¿Qué pasa aquí?, —pregunté casi a modo de saludo, con una extraña sensación.

“—Hoy se remató todo.

“No entendí nada.

“—Vine por tres días a rematar todo lo que tengo y me vuelvo a Panamá.

“—¿Vuelves a Panamá?, —pregunté muy extrañado porque no pensaba encontrarme con cambios tan radicales. Además, nos habíamos visto solamente unas semanas atrás.

“Mientras echaba llave a la puerta y caminábamos hacia el auto, me explicó que ya tenía a toda su familia en Panamá, porque no resistía más las presiones políticas, a las cuales se agregaban amenazas contra su hijo.

“Por eso se iba.

“Ahora que recuerdo esta escena pienso que ahí se inició el réquiem definitivo para radio Portales, *la primera de Chile* como alardeaba su clarín publicitario.

“Y era cierto. La Portales, sin Raúl Tarud, no seguiría siendo la que era, *la primera de Chile*. Para ser la primera de Chile se necesitaba su espíritu, su tesón amable y constante, su prolijidad para estar informado de todo lo que sucedía en su radio, su inmediatez para echar a andar cualquiera idea que llevara más arriba la sintonía y la alejara más aún de la monótona competencia. Se necesitaba también su sentido de público y sus relaciones, su carencia de regateo para hacer todo lo que su radio necesitara para ser inexpugnable.

“Durante años integré el Comité Creativo de radio Portales, junto con Raúl González Alfaro, Antonio Castillo y Roberto Inglez, el gringo que dirigía en Inglaterra una orquesta mundialmente famosa y que no sé por qué dejó la fama por quedarse en Chile.

“Tarud presidía esos comités semanales y uno de sus milagros era que idea buena que saltaba a la mesa se implementaba rápidamente, muchas veces el mismo día. Y eso era tan agradable y saludable...

“Así como fue una de las radios más importantes, más chilenas y más longevas en su éxito e importancia —en los días de gloria del medio—, la Portales, tuvo un triste final. Ausente Raúl Tarud, la radio perdió fuerza. Se deprimió. Se desordenó. Se cayó y se calló, después de dar tumbos guiada por gentes que piensan que lo bueno es fácil. Y Tarud sabe que no es fácil.

“Años después estuve ligado a otra gran radio, que ha heredado por años el mayor rating. Cuando se trató de buscar a un gerente y a un director, opiné que esa persona debía ser como Raúl Tarud, un hombre que vivió con su radio auestas, día y noche, pero amándola, no pesándole.”

De Merino nos quedan los mejores recuerdos.

### *Amador Yarur, nuestro ángel tutelar*

Durante los primeros meses vivimos en Ciudad de Panamá con los 1000 dólares mensuales que nos proporcionaba el depósito de dinero en el banco norteamericano. Cuando bajaron los intereses, el presupuesto familiar se redujo a 700 dólares. El arriendo nos costaba 300 dólares. La comida era carísima. La ropa, mala y a precios desproporcionados. Vivíamos como los monjes trapenses, sin holgura, afectados espiritualmente porque añorábamos la patria. Nos perseguían los recuerdos, los rostros familiares. Encontrábamos todo malo. Hacia donde miráramos, aparecía la imagen vívida de nuestra tierra.

Elegimos Ciudad de Panamá porque allí vivía un primo hermano de mi esposa, que se dedicaba al cabotaje. Desde el comienzo nos aseguró que era un negocio de amplias posibilidades. Dinero fácil en corto plazo. La esperanza se desvaneció al transcurrir mucho tiempo sin que yo pudiera conseguir trabajo.

Afrontamos ocho meses de penurias agravadas por las noticias que recibíamos de Chile. El país estaba en llamas. Las fuerzas armadas no se atrevían a dar un paso definitivo para derribar al gobierno allendista.

Amador Yarur supo en Quito que yo me encontraba en una grave situación. Viajó a Ciudad de Panamá, con su hija Adriana, para consolarme como a un hijo. Después de comentarle que la depresión me estaba llevando por mal camino, recibí una inesperada proposición de don Amador:

—Váyanse a Ecuador... Allá podemos hacer cualquier cosa. Yo te ayudaré porque te conozco y somos amigos...

Nos trasladamos a Quito, donde todo se me hizo más grato entre los chilenos exiliados.

En la capital ecuatoriana vivían numerosos integrantes del Movimiento “Patria y Libertad”. Con Benjamín Matte y Pablo Rodríguez Grez nos reuníamos a menudo.

De Amador Yarur recibí un fuerte respaldo. En su empresa distribuidora de automóviles Peugeot me desempeñé como empleado con derecho a un porcentaje en las ventas. A los pocos meses, formamos una sociedad con un primo hermano de mi esposa, para distribuir materiales de construcción.

El 11 de septiembre de 1973, entre los miembros de la colonia chilena empezó a circular desde muy temprano la versión de que las fuer-

zas armadas habían derrocado al gobierno de la Unidad Popular. Los exiliados celebraron el acontecimiento en un estado de dicha celestial. En medio de la emotiva euforia tuve que hacer frente a sentimientos encontrados. Me alegré porque llegaba a su fin un período de grandes penurias políticas, sociales y económicas; pero me entristecí al evocar a Salvador Allende y sus quiméricos proyectos de redención social, frustrados desde el primer minuto por la imposibilidad de llevarlos a cabo sin lastimar a la mayoría de la población democrática. El derrocamiento aniquiló estructuras ideológicas y sociales basadas en un credo mesiánico. Tanto Allende como sus ministros vivieron a espaldas de la realidad: observaban el país a través de un prisma sectario.

El golpe de estado fue la consecuencia de sucesivos y graves errores. En 1972, los partidos gobiernistas perdieron su brújula al encarnizarse en disputas internas. A falta de consenso, la ultraizquierda ganó terreno con su llamado a dirimir la contienda mediante una lucha fratricida sin cuartel. Circulaba entonces la versión de que 100 mil guerrilleros cubanos merodeaban en torno de las casas del barrio alto de Santiago, dispuestos a degollar a sus moradores; y de que la UP tenía 10 mil hombres apertrechados con ametralladoras Kalachnikov, lanzacohetes y granadas antitanques.

Aún se discute si Allende disponía efectivamente de esos 110 mil extremistas aptos para el combate. Si los hubiese tenido —sostienen algunos—, con tal poder de fuego habría pulverizado las fuerzas armadas, Carabineros e Investigaciones.

Pese a carecer de armamento equiparable al del Ejército, gente de la UP ofreció resistencia, por lo menos durante 48 horas, a partir del día del golpe de estado. Los combates más intensos se libraron en el perímetro de La Moneda. Desde los edificios fiscales situados en la Plaza de la Constitución disparaban tiradores emboscados.

Respaldé la intervención de las fuerzas armadas porque en septiembre de 1973 todas las vías de solución estaban agotadas, pero jamás justificaré la saña con que se actuó para torturar y asesinar a mansalva. Actos tan horribles atentaron contra los derechos humanos. Si un individuo ha cometido un delito son los tribunales de justicia quienes deben establecer las condenas. No porque mi vecino piense distinto, le voy a quitar la vida. Un ejemplo de irracionalidad fue el intento de asesinato de Bernardo Leighton y su esposa, en Roma, por parte de agentes de seguridad chilenos.

En Quito vivíamos en mejores condiciones que en Ciudad de Panamá. Al cabo de un año me llamó telefónicamente Enzo Bolocco, entonces miembro del directorio de la Sofofa, para ofrecerme la gerencia de radio Portales. Al comienzo me confundió su acto de generosidad. Días después obtuve antecedentes acerca de cómo habían evolucionado los acontecimientos en Chile después de la caída del gobierno de la Unidad Popular. Los militares no estaban enterados de que el principal socio de la emisora era el depuesto mandatario. Tan pronto identificaron todos los bienes de Allende, que no eran muchos, contrariamente a lo que se creyó al comienzo del golpe, Pinochet ordenó premiar la constancia de la Sociedad de Fomento Fabril por su lucha en contra del régimen socialista. Y para ello, nada mejor que regalarle la emisora que con tan sacrificio habían fundado los hermanos Tarud a comienzos de los años 60.

Desde antes que el organismo empresarial resolviera darme trabajo en la que había sido mi fuente laboral, yo estaba preocupado por lo que pudiera ocurrirme en caso de retornar a Chile. Vinculados a Allende como socios, los Tarud representaban un apellido explosivo. En Ecuador no tenía contactos para sondear a los militares, y aguardé unas semanas, confiado en que mi hoja de vida me acreditaría como persona honorable y apta para cumplir la función.

Por esa misma fecha viajaba a Bogotá el general Javier Palacios Ruhmann a cargo de una delegación del Ejército que participaría en los Juegos Militares de Sudamérica. El oficial era muy amigo de Amador Yarur. Palacios fue el primero en ingresar a La Moneda a sangre y fuego, el 11 de septiembre.

Así se fueron encadenando los acontecimientos. Con Yarur viajamos a Colombia y ubicamos al general. Desde el comienzo, Palacios se mostró comprensivo, pero no fue fácil adaptarme a una posición poco menos que mendicante ante quien representaba a una junta militar cruel y obstinada.

Finalmente me atreví a dar el paso, teniendo en cuenta más que nada a los míos:

—General, me llamaron de la Sofofa para hacerme cargo de radio Portales...

—Lo felicito...

—Pero usted ignora una serie de antecedentes personales y de familia.

—¿Usted participó en actividades extremistas antes del 11?

—No pero mi hermano, que era senador, militaba en la Unidad Popular y yo fui socio de Salvador Allende.

Aunque después supe que Palacios conocía mi historial, en esa ocasión se manifestó *sorprendido*:

—¿En qué empresa fue socio de Allende?

—En la radio Portales.

—¿Teme que le ocurra algo si vuelve a Santiago?

—Vivo angustiado pensando en lo que podría pasarle a mi familia. Yo quemé mis naves montando una empresa que, finalmente, terminó en manos de otros, pero no porque yo me lo propusiera...

—Señor Tarud, vuelva tranquilamente al país. Estos son mis teléfonos y mis direcciones en Santiago.

—¿Tengo garantías?

—Por supuesto... Si hubiese serias sospechas en contra suya se lo habría dicho de inmediato, sin rodeos.

En dos días desarmamos lo que pacientemente habíamos construido pensando en una larga permanencia en tierra ecuatoriana.

Fue muy penosa la despedida de Amador Yarur. Aún vive, por fortuna. Él representa a una casta de hombres probos y solidarios. Amador no cobra dividendos por la mano que tiende a quien lo necesita. También nos dolió dejar atrás a mi cuñada, Carmen Aravena, casada con Víctor Manuel Álvarez. Ambos también volvieron tiempo después a Chile.

En el avión viajamos numerosos chilenos que retornaban al país después de haber vivido exiliados en similares condiciones. Éramos los despatriados anteriores al movimiento militar. También venía la periodista Silvia Pinto, quien junto a Raúl González Alfaro y otros libraron una lucha periodística temeraria en contra de Allende.

Cuando la aeronave aterrizó, aplaudimos emocionados.

Me esperaban numerosos funcionarios de la radio.

Al día siguiente, fui recibido por el pleno directivo de la Portales con un coctel, discursos y deseos de ventura personal.

Fernando Agüero, al solemnizar la entrega administrativa de la radio, me advirtió:

—Asumes como gerente general, pero responderás de todo lo que suceda en la emisora. Primero, tienes que conseguir dinero.

Emprendí una lucha titánica en medio de la crisis económica. El personal estaba con sus sueldos atrasado en un mes. Después de examinar el estado contable pasé varias noches sin dormir. Las cuentas deta-

laban enormes deudas con proveedores, cajas previsionales, Endesa y la Compañía de Teléfonos de Chile.

Apelé al general Palacios, quien de inmediato gestionó una entrevista con el presidente del Banco del Estado, un oficial de la Aviación que nos otorgó un crédito blando.

Reiniciamos la marcha con relativa tranquilidad.

Respecto de los intereses del malogrado Presidente, debo aclarar que al 32% que le fue obsequiado por la familia Hirmas se agregó otro 19% que le vendí bajo fuerte presión. ¿Quién le habría dicho que no a un hombre tan tenaz como él? En 1974, yo conservaba el 11% de las acciones. Una mañana fue a visitarme Enrique Godoy, vinculado desde hacía años a las actividades radiales y representante de Andrónico Luksic Abaroa, quien entonces fundaba sus primeros negocios de envergadura que, al cabo de veinte años, lo transformaron en uno de los hombres más ricos de Sudamérica. Godoy me tentó con una buena oferta para adquirir mis intereses en la emisora. Estimé necesario conversar con los dueños mayoritarios. Cuando le planteé el posible negocio a Fernando Agüero, recibí una contundente advertencia:

—Si tú le vendes las acciones a ese señor, tendremos muy presente que Luksic fue muy desleal con los empresarios, y tú dejarás de ser gerente general de la radio Portales de inmediato.

—¿Por qué tanta pasión, tanto odio? Yo retorné al país muy mal económicamente y me gustaría que me dieran una oportunidad para recuperar siquiera parte de mi patrimonio. Además, Luksic asegura que me pagará las acciones a buen precio.

Agüero impidió la transacción. Ejercía en plenitud el poder que le otorgó la Sofofa al designarlo vicepresidente del directorio de radio Portales.

Dispuesto a correr riesgos, y apremiado por dificultades económicas, me entrevisté con Javier Vial, entonces próspero inversionista, quien aceptó adquirir las acciones, pero muy seguro de que yo estaba al borde de la desesperación me canceló 25 mil dólares, una cantidad irrisoria comparada con la que me había ofrecido Andrónico Luksic. Ignoro por qué la Sofofa no me despidió apenas sus dirigentes tomaron conocimiento del traspaso.

A partir de marzo de 1974, la radio Portales empezó a desarticularse. Una de las primeras medidas, adoptadas al margen de mi competencia, fue el reemplazo de los periodistas experimentados por novatos. Asumió la jefatura de prensa un señor de apellido Carrasco, contrataron

reporteros carentes de trayectoria y varios recién llegados sentaron plaza de comentaristas.

Pese al discreto nivel profesional de los periodistas, mantuvimos una buena sintonía, con espacios muy elaborados para hacer frente a emisoras dispuestas a superar a la otrora Primera de Chile. Los dos programas estelares eran "Confidencias de un espejo" y "Lo que cuenta el viento". Entre los locutores, las filas estaban raleadas. El sambenito de izquierdista le fue adjudicado gratuitamente a profesionales de larga trayectoria. De los antiguos profesionales sólo sobrevivieron Julián Aldea (tuvo una permanencia efímera), Patricio Varela y Julio Videla.

### *La noche que estalló la bomba*

Tan pronto fue instaurada la Junta Militar, y temiendo un rebrote democrático, los generales iniciaron el control de los medios informativos. Los diarios fueron censurados por oficiales jóvenes. En radios y canales de televisión los uniformados también sometían los libretos a revisión.

En 1975 imperaba la censura periodística. Al asumir la gerencia general de Portales entendí que iniciábamos un recorrido por sendero escabroso y que nos salvaríamos indemnes sólo si acatábamos las órdenes militares.

Invitado a una de esas reuniones castrenses a las que dejaban pasar a uno que otro civil, tomé unos tragos acompañado de un general muy próximo a Pinochet. Mi interlocutor cataba con deleite un whisky tras otro. Iniciamos la charla con maneras ceremoniosas. A cada momento el uniformado repasaba con cuidado las palas de sus hombreras, símbolos de su nivel jerárquico. Las esperanzas estaban puestas en este oficial de mando firme, ideas claras y ciega lealtad al Presidente. Transcurrida una hora de charla, los ojos del general empezaron a naufragar en el aire espeso del casino:

—¿Sabes, Raúl? Eres un buen chato, y por eso te voy a dar una *firme*... Como tú eres de la Portales, puedes sacarle mucha punta al lápiz...

Dije algo así como *claro, por supuesto, tú dirás*...

—Hoy, cuando estaba esperando reunirme con mi general Pinochet, un colega me contó que renunciaron el ministro del Interior, Sergio Onofre

Jarpa, y el ministro de Hacienda, Luis Escobar Cerda... ¿Qué te parece la *bombita*?

—¿Es un hecho real o una broma?

—¡Carajo, hombre!... No sabes valorar la sinceridad de un amigo...

Siguió bebiendo. De pronto se puso tenso. Una luz de conciencia había penetrado en su mente aletargada. Entonces me previno con tono de combatiente:

—¡Si cuentas lo que te dije, atiéndete a las consecuencias!...

Enseguida el militar entró en una etapa de progresiva modorra. Dejó de hablar. Miraba hacia el vacío, ignorándose, como si no hubiese ocurrido nada durante las dos horas anteriores. Luego se balanceó pero sin perder el equilibrio.

Al día siguiente tras pasé los datos a un reportero de confianza. La información cayó como bomba, en La Moneda estaban indignados y las primeras sospechas recayeron en los gremialistas, donde supuestamente se estaba generando un *bolsón de aire* contrario a Pinochet y la Junta.

A mediodía llegaron a la radio los dirigentes empresariales Juan Eduardo Ibáñez y Vasco Costa:

—¡Tienes que darnos el nombre de la persona que te proporcionó la información!...

—¡No puedo!...

—Es necesario. Si accedes quedarás libre de la sospecha de estar complotando, salvas tu prestigio y continúas en el cargo.

Aunque no soy periodista, decidí ampararme en el secreto profesional. Después de todo yo era el responsable de un medio de comunicación.

Ibáñez y Costa insistieron. Les respondí con la misma decisión. Enseguida tomaron el camino más corto:

—¡Estás despedido!...

El directorio me dio vacaciones pero en vez de pagarme el sueldo correspondiente a un año sólo me canceló un tercio.

Nuevamente a la calle, ahora para siempre desvinculado de la Portales.

Al día siguiente que fui despedido de las radios Portales y Carolina me llamó por teléfono mi amigo Ernesto Merino, quien entonces asesoraba a radio Cooperativa. La estación figuraba en el tercer lugar y los directores se propusieron emprender una intensa campaña para mejorar su programación, con el objeto de transformarla en la primera en la frecuencia de amplia modulación.

Merino me ofreció trabajo como asesor del comité creativo de Cooperativa. Acepté el desafío. Había quedado tan dolido por el retiro tan indigno que la nueva función me llenaba de esperanzas con la idea de ganar la revancha.

Una de las tareas del comité consistía en estructurar un atractivo concurso diario. Es bien sabido que la audiencia no se gana de un día para otro o por arte de magia. Durante cuatro meses escuché atentamente todos los programas de Cooperativa en mi oficina. Del seguimiento acucioso surgieron proposiciones para realizar cambios en la línea programática.

Una noche yo me encontraba en el gimnasio de mis hijos, ubicado en Luis Carrera 1656, cuando el recepcionista me informó que me llamaba por teléfono Carlos Wilson, quien había sido gerente general de radio Cooperativa y mantenía una estrecha relación con sus ejecutivos. Wilson se había enterado de que en la última encuesta de medición de audiencia nuestra emisora ocupaba el primer lugar. Le manifesté mi satisfacción por la noticia que me había proporcionado, pero también le hice ver mi temor de que el gobierno militar se enterara que yo estaba colaborando con la radio de la oposición y adoptara alguna medida para perjudicarme. Carlos logró apaciguarme sólo a medias. Durante la noche tuve la sensación de que el espectacular triunfo de la Cooperativa encerraba un mal presagio para mí y mi familia.

A las 8 de la mañana del día siguiente me llamaron para informarme que habían entrado a robar a mi oficina ubicada en Monjitas 626, 2° piso. Al llegar al recinto encontré las luces encendidas y todos los cajones abiertos. Sólo faltaban un receptor de radio y una máquina de escribir. La puerta de doble chapa no tenía señal de haber sido violentada. Con este extraño robo tuve la sensación de que me habían desnudado. Después de revisar los archivos llegué a la conclusión de que el móvil era otro.

Durante la noche del día siguiente, la alarma de mi casa sonó dos veces. Recorrí las dependencias y divisé dos autos detenidos al frente con hombres armados en su interior. Mi esposa y mi nieto, Carlos Tarud, empezaron a angustiarse por la vigilancia desembozada, pues hubo otros dos incidentes similares.

A la tercera noche sentimos la explosión de una bomba. Minutos después me informaron que el artefacto había provocado graves daños en la fachada del gimnasio de mis hijos. Iniciamos de inmediato los trabajos de reparación por tratarse de un recinto al que ingresaba mucha gente que si notaba los perjuicios dejaría de ir por efecto del pánico.

Otra bomba de alto poder estalló en el frontis cuatro noches después, aproximadamente a las 21 horas, el momento de mayor actividad en el gimnasio. Unos pocos segundos antes había pasado por el lugar mi hija Ana María, quien no sufrió lesiones.

Con tales evidencias ya no tenía duda alguna que la Central Nacional de Inteligencia me estaba amedrentando para obligarme a abandonar la asesoría a radio Cooperativa. Lo grave de esta acción radicaba en la posibilidad de que uno de mis familiares perdiera la vida. Llamé por teléfono a Hernán García Barzelatto, ex yerno del general Augusto Pinochet. Le conté lo que me estaba sucediendo y mi temor de sufrir una desgracia irreparable. Hernán me consiguió una entrevista con el director de la CNI, el general Humberto Gordon Rubio, quien me recibió al día siguiente. Su apariencia amable no guardaba proporción con la siniestra campaña de atemorizamiento.

—Señor Tarud... ¿Es efectivo que usted está colaborando con radio Cooperativa? —me preguntó Gordon con el aire de quien formula una observación intrascendente.

—Sí, general, pero creo que no es razón suficiente para que me persigan de esta manera. Temo por la vida de mis hijos, de mi esposa y de mi nieto.

—Quédese tranquilo. No va a ocurrirle nada más, ni a usted, ni a su familia, pero confío en que dejará de colaborar con esa radio sediciosa...

### *El infortunio que abatió a mi padre*

Desde 1978, y durante varios años, Jaime Guzmán se desempeñó como el veedor oficial de la Portales en la era de la Sofofa. Ese es el período de articulación del hegemónico movimiento gremialista, cuya pretensión era la de transformarse en el pilar ideológico fundamental del gobierno, objetivo que fue ampliamente logrado.

Con espíritu pedagógico, Jaime nos instruía acerca de la línea política favorable al régimen militar. Sus insinuaciones obligaban al jefe de prensa, Abel Esquivel, a tomar las medidas aconsejables. Cada espacio de la emisora contribuyó con el gobierno de las fuerzas armadas. Esta

línea recta evitaba los pronunciamientos sobre candentes problemas sociales y económicos.

Con motivo del plebiscito de 1980, convocado por el gobierno para ratificar la nueva Constitución Política, la Portales inició alrededor de las 16 horas la transmisión de los resultados obtenidos en las primeras mesas receptoras de sufragios.

Guzmán nos llamó muy preocupado:

—¡Están equivocados!...

—¿Equivocados en qué?

—Para que sea más real el plebiscito, les falta proporcionar porcentajes de los votos nulos y en blanco. Es mejor que den porcentajes...

—¿Qué porcentajes si todavía es muy temprano? Las mesas están recién cerradas...

—Jueguen con la imaginación, den porcentajes de propia cosecha.

El jefe del equipo encargado de la computación de los votos era, una vez más, Mauricio Tassara. A falta de cifras reales *ilustramos* a los auditores con tantos por ciento que le otorgaban al gobierno una victoria aplastante.

La radio tiene una ventaja respecto de los medios escritos: las palabras se las lleva el viento.

En el exterior, la imagen de la Junta Militar de Gobierno se deterioró por las violaciones a los derechos humanos que perpetraban comandos autónomos. Aunque las democracias europeas emprendieron una campaña de aislamiento internacional, Pinochet ignoró las presiones y continuó sus profundas reformas, haciendo caso omiso de las advertencias en el sentido de que las nuevas reglas perjudicaban a la clase trabajadora. El político gobiernista que se atreviese a proponer una apertura gradual era acallado drásticamente por el general.

Jaime Guzmán estimaba que era deber de la radio informar sobre todos los acontecimientos, favorables o negativos para el gobierno, pero la mayor contribución de la Portales tenía que materializarse mediante un apoyo *inteligente* a las fuerzas armadas.

Con el decantamiento de los hechos, Guzmán me merece respeto. A menudo, él solía referirse a la necesidad de relajar progresivamente los controles y propender a un entendimiento razonable con los sectores democráticos.

Tan notorio era el deseo mayoritario de recobrar la democracia que cuando el ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa Reyes, habló de una posible apertura política, me entusiasmé más de la cuenta y organiza-

mos una “Gran Encuesta” con destacados políticos, entre ellos el demócrata cristiano Juan Hamilton Depassier. El mismo día en que se transmitiría el programa fui llamado a La Moneda por el general Hernán Bédarides González, quien me expresó con voz tronante:

—¡No hay “Gran Encuesta”!...

—¿Por qué no?

—¡Repito: no habrá “Gran Encuesta” esta noche!...

—Eso no es posible... Los invitados están llegando en este momento a la radio para almorzar y luego grabar el foro.

—¡No, no, no!... ¡Se terminó, y punto!...

—General, trate de entenderme...

—¡Por última vez le repito: no hay programa!...

En la radio informé a los invitados acerca de lo que había ocurrido. Entre los frustrados panelistas figuraba Jaime Guzmán, quien había accedido a intervenir en la mesa redonda. El almuerzo concluyó de inmediato. Nadie creyó las explicaciones. Evité mencionar a Bédarides como responsable de la censura. Entonces un general tenía en sus manos un poder ilimitado. Al día siguiente reanudamos la marcha caminando con los pies desnudos sobre un piso cubierto de vidrios rotos.

Respecto de Guzmán debo admitir que en ocasiones dejaba de lado su apego a los rígidos principios doctrinarios y actuaba como deben hacerlo los hombres en momentos cruciales.

Antes de morir, mi madre no pudo ver a nuestro hermano Rafael porque se encontraba exiliado en España. Mi padre, que también ansiaba un reencuentro, después de constatar que se alejaban las posibilidades caía en un estado de depresión que nos causaba gran pena.

Con mi hermano Arturo le solicitamos a Guzmán que gestionara ante el gobierno el retorno de Rafael. Una tarea titánica emprendió Jaime. En aquellos días el régimen rechazaba sin expresión de causa todas las solicitudes de los exiliados como respuesta a la dura campaña internacional en contra del general Pinochet.

Guzmán expuso el caso al ministro del Interior, Sergio Fernández Fernández, quien aprobó la solicitud en el término de una semana.

—El ministro me ha recalado que se trata de una excepción. No hay precedentes —me manifestó Jaime—. Fernández accedió sólo por tratarse de un hermano tuyo...

A los 90 años, mi padre todavía gozaba de muy buena salud. La noticia lo alegró, a pesar de que la autorización de ingreso por 15 días contemplaba un impedimento que no debía ser violado por ningún mo-

tivo: Rafael Tarud quedaba facultado para reunirse con sus familiares en Santiago y por ningún motivo podría ir a Talca. En caso que el gobierno aceptara nuestra solicitud, yo firmaría una carta que haría llegar al gobierno en señal de acatamiento.

Un logro notable de Jaime Guzmán constituyó el resultado de su gestión. Hay que situarse en la época para comprender las dificultades que debían sortear quienes emprendían cruzadas de esta naturaleza.

Transcurrieron varias semanas sin que tuviéramos una respuesta de los hijos de Rafael: fue imposible saber en ese momento si mi hermano estaba dispuesto a viajar aceptando las condiciones impuestas por el gobierno.

Al visitar a mi padre en Talca me enteré que mi cuñado Abraham Hasbún estaba realizando una gestión paralela ante amigos del General Director de Carabineros, César Mendoza Durán, para que Rafael retornara definitivamente a Chile.

Hasbún expresaba con entusiasmo que existían muchas posibilidades de coronar el trámite con éxito. En mi fuero interno siempre consideré esa iniciativa como una pérdida de tiempo. Aún siendo miembro de la Junta Militar, a menudo tuvimos evidencias de que el general Mendoza carecía de ascendiente sobre sus pares en la Junta de Gobierno.

Al cabo de una semana de espera nos informaron del fracaso de la gestión de Hasbún. Mi padre cayó en un estado de progresivo letargo. Empezó a angustiarse cada vez más porque lo habían ilusionado en vano con un trámite que estaba de más por cuanto ya contábamos con la autorización del ministerio del Interior.

Un serio revés puede originar un profundo deterioro psicológico en un hombre mayor de edad. A diario recibíamos en Santiago el informe de la enfermera sobre la incontrolable depresión de mi padre: clamaba por Rafael y lloraba por las noches sin tener consuelo. Falleció tres meses después de recibir la deplorable noticia. Los médicos que lo atendieron certificaron que el hecho de no poder ver a su hijo fue el golpe definitivo.

Tanto el ministro Fernández como Guzmán me representaron su malestar por el desinterés demostrado para acogernos a la franquicia del gobierno después de los ingentes esfuerzos que ellos habían realizado para lograr el ingreso. Qué distinto hubiese sido aceptar el retorno de Rafael por 15 días. Después se habría decidido como lográbamos su vuelta definitiva.

Aclaro que en este triste desenlace no tuvo responsabilidad mi hermano.

## Un enredo de Kukulina Show

Un año después del golpe militar, Jaime Celedón emergía como un publicista de gran prestigio entre los empresarios. Su prosperidad se basaba en una simple fórmula muy en boga entre demócratacristianos: Jaime no enfiló su proa en contra de Pinochet.

Combinando su acendrado espíritu social con los intereses mercantiles, que son inevitables en los medios de comunicación, Jaime se desplazaba en las altas esferas gozando de pase liberado entre los partidarios del general. En su agencia publicitaria figuraban los mejores avisadores del país.

Un día acordamos cenar en mi casa, con Celedón, Gonzalo Bertrán y César Antonio Santis. Celedón contó chistes irónicos sobre las fuerzas armadas. Jaime suele desplegar un humor agudo, a veces insolente, que uno termina aceptando porque en él sólo prima el deseo de divertir a sus interlocutores.

Me propusieron arrendar un espacio dominical en el canal 7, de 14 a 19 horas. Yo aportaría la mitad de los avisadores, y Celedón, el resto, que para estos efectos sólo actuaría como representante de su agencia publicitaria, mientras que la sociedad sería integrada por Santis, Bertrán y yo.

Jaime especuló con un futuro portentoso:

—Esta sociedad está destinada al éxito, Raúl. Con tus influyentes contactos ganaremos mucho dinero...

—Claro que puede ser un muy buen negocio —les dije—, pero enfrentaríamos un problema moral. Más temprano que tarde los ejecutivos del canal pueden descubrir que un jefe de programas (Bertrán) se ha adjudicado un espacio en beneficio propio...

—¿De qué problemas hablas? —replicó Celedón—. Nos hemos hecho muy amigos del director del canal, el general de aviación González.

—Peor aún —manifesté—. Podríamos caer todos en desgracia si el gobierno se entera de que el director designado por la Junta militar ampara irregularidades.

—¡No seas pesimista, Raúl! —dijo Santis—. Deja todo en nuestras manos. Sabemos cómo manejarnos en esos niveles...

—No me parece que el asunto sea tan simple como ustedes lo plantean.

En vista de mi negativa Celedón optó por volver a contar chistes.

El tema no se mencionó más.

En buena hora no acepté ser el número tres en un negocio transparente en apariencias. Beltrán y Santis formaron la sociedad. El programa "Kukulina Show" partió bendecido por los dioses traviosos: semanas después, el dúo fue demandado judicialmente. Un hermano de César Antonio Santis, que ocupaba un cargo importante en Savory, fue despedido. La empresa era uno de los avisadores importantes, y alguien que no dejó huellas hizo ver a las autoridades militares la concomitancia entre quienes figuraban como los sostenedores del espacio y el ejecutivo de la fábrica de helados.

Este hecho en nada disminuye la formidable creatividad profesional de Gonzalo Bertrán, a quien siempre admiré. Tampoco le reportó graves contratiempos a Celedón. De Santis no guardo buenos recuerdos.

A comienzos de 1980 designé a César Antonio, director de la nueva radio Carolina, uno de los mejores proyectos de la Portales. Dotado de una voz agradable y de buena presencia, Santis demostró su falta de seriedad profesional cuando le pedí que viajara a Nueva York para comprar discos. Allí el mercado de las grabaciones es muy amplio, y con los dólares que llevaba seguramente traería unos cuantos cientos de álbumes. Esperaba su retorno dentro de seis días, pero se demoró veinticinco: había pasado a Puerto Rico, para visitar a su amiga Nidia Caro. La relación había comenzado en el Festival de la Canción de Viña del Mar. Le perdoné a Santis la grave falta, pero después incurrió en numerosos incumplimientos. Finalmente, lo despedí. Por cierto, no alcanzó a ejercer su cargo, pues el proyecto de radio Carolina se hallaba en su última etapa.

Después de prescindir de Santis informé del incidente al directorio de radio Portales, que resolvió contratar a un director que poseyera amplios conocimientos para definir una programación juvenil, el segmento más acorde con el nuevo estilo que pretendía imponer radio Carolina. Sostuve que no había inconveniente para buscar al experto. Los directores sabían que yo sólo tenía experiencia en programación masiva. Conforme al propósito de iniciar el posicionamiento juvenil de Carolina FM se necesitaba a una persona de menor edad.

Hubo largos debates. Cuando el tiempo apremiaba los consejeros se dieron por vencidos y aceptaron otorgarme plenas facultades para materializar la flamante estación. En un acto de audacia nombré como nuevo director a mi hijo Jorge Antonio Tarud Aravena. El otro paso consistió en ratificar el nombre definitivo de la emisora. Hubo quienes al

comienzo se sintieron disgustados por el nombre de mujer, pero Carolina conquistó finalmente el corazón de todos porque al cabo de seis meses la emisora obtuvo la primera sintonía y durante nueve años ganó las mediciones de popularidad. En un ejemplo de atinado manejo estratégico, Carolina FM todavía figura entre las tres primeras en el segmento juvenil capitalino.

### *Pinochet y los curas "rojos"*

Mientras Pinochet fue Presidente, lo visité en cuatro o cinco ocasiones en su despacho de La Moneda. Después de cada encuentro, yo quedaba con la impresión de que se mantendría firmemente instalado en su sitio, que nada podría moverlo del puesto, ni siquiera la intensa y dura campaña europea. Era imposible pensar en su relevo si el Ejército sacralizaba a diario el poder de su mando, y con adhesión religiosa rechazaba la posibilidad de pensar en su potencial reemplazante. En aquellos años de poder desbalanceado, Pinochet era el mandatario vitalicio de Chile, el capitán general *ab aeternum*.

Por eso, cuando le traspasó la banda presidencial a Patricio Aylwin Azócar, tuve la certeza de que yo no tendría la oportunidad de una nueva cita con el general. Después de detentar todo el poder, un hombre de carácter tan recio como el suyo está más propenso a vivir en soledad, lejos del mundanal ruido.

Sorpresivamente, cuando yo todavía era gerente general de la radio Portales, y el general Pinochet se desempeñaba como comandante en jefe del Ejército, recibí un llamado telefónico de su ayudante quien, en nombre de don Augusto, me invitó a su despacho para tomar el té. Días después acudí al encuentro en el ministerio de Defensa. Charlamos durante una hora. Mientras puertas afuera circulaban numerosas versiones acerca del futuro que le esperaba a Pinochet, en su reducto le escuché hablar con entusiasmo acerca de la posibilidad de una revancha política. Entonces pensaba, sin duda alguna, que el pueblo lo apoyaría en su retorno triunfal:

—Aunque, por ahora, veo bastante incierta la posibilidad de ser candidato a la Presidencia de la República...

Pinochet daba por descontado que los gremialistas superarían sus diferencias internas para armar en torno del general una poderosa estructura partidaria que lo llevara de nuevo a La Moneda como el reemplazante del Presidente Aylwin:

—Todo es posible, don Raúl... Tome en cuenta usted el porcentaje que obtuvimos en el plebiscito, con todo el mundo en contra y una poderosa campaña interna financiada con dineros extranjeros. Si a la gente se le recuerda punto por punto la inmensa labor realizada por mi gobierno durante 17 años, ese porcentaje de apoyo subiría de manera considerable.

Cuando era Presidente, Pinochet almorzaba frecuentemente con representantes de medios informativos. En una oportunidad, mientras tomábamos café, el general empezó a encenderse de indignación porque alguien había tocado el tema de los sacerdotes enemigos del régimen.

Pinochet no bebía de manera inmoderada; por tanto su irritación no era el fruto de unas libaciones excesivas. De pronto, cortó los bisbisos de sus invitados con expresiones terminantes:

—¡Casi todos los curas son rojos, son extremistas!... Ellos constituyen mi mayor dolor de cabeza...

Nadie se atrevió a replicarle porque retomó instantáneamente el curso de sus reflexiones a toda voz:

—Ahí tienen al famoso obispo de Talca, monseñor González... Es de su ciudad, pues, señor Tarud... ¡También es un comunista!...

—No es comunista, Presidente —le manifesté, arrepentido enseguida de mi atrevimiento.

—¡Es comunista!... Los rojos están infiltrados entre los curas. Atacan al gobierno utilizando la fachada de los derechos humanos. ¡Ustedes saben muy bien de lo que estoy hablando!... Y esta infiltración no sólo se da en la alta jerarquía, porque entre los curitas hay algunos cuya conducta deja mucho que desear. Resulta que uno de ellos, de ojitos verdes, muy belicoso, pues aparece frecuentemente en la prensa, tiene un guachito. Los servicios de inteligencia tienen los datos completos sobre cada uno de esos curas rojos...

Para sorpresa nuestra enseguida dio a conocer una lista de integrantes de la iglesia católica supuestamente implicados en actuaciones inmorales.

En aquellos días, las profundas diferencias entre Pinochet y la jerarquía se dirimían con estocadas a fondo, y algunas veces, el general resultaba profundamente lastimado, pues él siempre ha profesado adhe-

sión a la fe católica. Solía recordar que algunos de sus dignatarios lo atacaron con tal crudeza que él se sentía moralmente habilitado para replicar con el mismo grado de aborrecimiento. Ese rencor tan vivo de ambas partes revelaba las dificultades para encontrar una senda común y avenirse por las buenas.

Respecto de los civiles, Pinochet también recordaba algunos casos capitulares. En una ocasión se explayó sobre los problemas enfrentados por el Presidente Carlos Ibáñez del Campo en su segundo período, cuando el legendario líder de la Central Única de Trabajadores (CUT), Clotario Blest Riffo, paralizó el país con numerosas huelgas. Según Pinochet, el Presidente Ibáñez había perdido entonces sus arrestos varoniles que lo llevaron el poder como un genuino caudillo:

—Sí, señores... ¡Le faltó hombría al general para reprimir a los sediciosos... De haber sido yo entonces el Presidente, habría detenido en el acto a Clotario Blest y lo habría descuerado en la cárcel. Ibáñez fue demasiado complaciente; en cambio, yo no tolero las insubordinaciones de los civiles.

En el mundo de la diplomacia uno suele recibir sorpresas. Muy compuestos al comienzo en toda recepción oficial, los invitados pronto se dejan llevar por el grato ambiente. Al cabo de unos tragos, las lenguas se sueltan.

En una oportunidad recibí del Presidente Aylwin una invitación para asistir en La Moneda a una recepción en homenaje al Presidente George Bush, padre del actual mandatario norteamericano. Según el orden protocolar, con mi esposa nos instalamos junto al embajador de Italia, la actriz María Maluenda y el agregado militar de la embajada de Estados Unidos. Mientras disfrutábamos del plato de fondo, todo era una taza de leche, pero al momento de los bajativos, el uniformado me manifestó en correcto castellano:

—Observe usted... ¡Qué bonito es ver a antiguos miembros de la Junta Militar cenando a escasa distancia del Presidente Aylwin!...

El general Pinochet estaba en una mesa muy próxima a la del primer mandatario. El militar extranjero no cabía en sí de gozo. Luego de un silencio prolongado, y a falta de un tema interesante, el agregado me sorprendió con su declaración:

—Nosotros, en la CIA, estábamos convencidos de que Pinochet constituía un caso especial porque todos los dictadores de América latina terminaron involucrándose en el tráfico de drogas, menos él... Pero sucedió que en los últimos cinco años de su gobierno, todo se desbocó, y el

tráfico de estupefacientes experimento un gran auge, por lo cual llegamos a la conclusión de que algunos militares estaban comprometidos de alguna manera...

Guardé un silencio muy prudente.

De los familiares del ex Presidente, a la única que conozco es a su hija Lucía, ex esposa de mi amigo, Hernán García Barzelatto, quien se desempeñó durante varios años como gerente general de Televisión Nacional. Con Hernán, firmamos los contratos de transmisión radial exclusiva del Festival de la Canción de Viña del Mar. La relación se mantuvo con el segundo esposo de Lucía, Hernán Aravena.

En una cena en casa de Lucía me atreví a plantearle las historias que circulaban acerca de violaciones a los derechos humanos cometidas por las fuerzas armadas.

Lucía no se molestó por la pregunta. Ha experimentado casi a diario la sorpresa:

—Últimamente me está sucediendo con gran frecuencia el hecho siguiente: muchas personas me cuentan sobre incidentes de torturados y desaparecidos. Pero lo que yo sé, y puedo dar fe de la honestidad sin límites de mi padre, es que los excesos fueron cometidos por funcionarios muy alejados de él... Mi padre siempre ha dicho, y no por justificar esas arbitrariedades, que en Chile hubo una guerra en la que estaban enfrascadas las fuerzas armadas y los extremistas de izquierda. Y en una guerra, Raúl, caen personas de ambos lados. Los marxistas no le van a perdonar jamás haber perdido el poder en 1973, pero mi padre tiene su conciencia muy tranquila. Ahora es una persona que no está en condiciones de vivir en permanente conflicto ante los tribunales de justicia.

En otra ocasión, Lucía protestó con angustia apenas contenida:

—¿Hasta cuándo vamos a seguir viviendo en este clima de odio tan grande contra mi padre?... Una tarde, poco antes de que detuvieran a mi padre en Londres, yo iba al centro en automóvil. Al enfrentar un semáforo con luz roja, mientras estábamos detenidos, una persona bajó el vidrio de su coche y me insultó de la peor manera... ¡Hija de asesino!... ¡Ladrona!... En fin. ¿Hasta cuándo va a seguir este odio?

—Lucía, te estimo mucho, soy tu amigo leal, pero debo ser sincero: esto va a durar mientras tu padre viva porque quien ha encabezado un gobierno fuerte, si no muere en el poder, vivirá enfrentando el drama de la confrontación con quienes son sus rivales más enconados.

Mientras su padre permanecía secuestrado en Londres, Lucía intentó entrevistarse con el Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, para ex-

presarle el deseo de la familia de que al general Pinochet se le otorgase clemencia, que la Concertación depusiese el odio hacia el ex mandatario, como un acto humanitario, y se apelara a los mismos principios de quienes con tanto celo defienden los derechos de las personas. Frei no le concedió la audiencia, aunque a través de los asesores le pidió que ella planteara por escrito sus fundamentos. Apenas asumió el Presidente Lagos, intentó tomar contacto con el mandatario entrante, pero recibió por respuesta el silencio.

—De Lagos, comprendo sus razones —me dijo en una oportunidad Lucía—, pero a Frei no lo entiendo...

—Lo que ocurre con el ex Presidente Frei es muy simple: él jugó un papel muy significativo en las gestiones de alto nivel que realizó el gobierno de Chile para que tu padre retornara al país. Pero cuando él volvió, ¿ustedes le agradecieron el esfuerzo desplegado?

Lucía guardó silencio.

Reconozco que el gobierno de Pinochet evitó que se instaurara en nuestro país un régimen marxista. Justifico la necesidad de poner fin al gobierno de Allende mediante un golpe de estado. El gobierno militar sentó las bases de una política macroeconómica correcta, que originó el desarrollo de los últimos años. Gracias a las buenas bases, los gobiernos de la Concertación han logrado mantener al país en un nivel más que decoroso mientras las naciones sudamericanas enfrentan graves dificultades. Pero respecto de los derechos humanos tengo aprensiones muy serias: las ideas no se terminan matando a quienes piensan distinto.

En la familia Pinochet existe la certeza de que el general se encuentra solitario. Sólo unos pocos de sus más leales seguidores evocan las realizaciones del gobierno militar. La mayoría de quienes consolidaron su futuro económico gracias al paraguas protector del pinochetismo, ahora elude el contacto con el ex mandatario.

Lucía Pinochet admite que esa es la realidad:

—Mi padre realizó una labor muy grande en beneficio del país, y al mismo tiempo muchos de sus fieles amigos se enriquecieron. Con el paso de los años fueron muy pocos los que respondieron. Con escasísimas excepciones, estoy muy decepcionada de la gente.

Aunque en nuestras conversaciones ella no menciona con frecuencia a Joaquín Lavín Infante, entiende que el líder *natural* de la derecha también le dio la espalda a su padre.

Ahora que los juicios en contra del general se han acallado, Lucía recién empieza a pensar en ella después de cuatro matrimonios. De sus

ex maridos guarda buenos recuerdos, con ellos mantiene buenas relaciones, pero la soledad no puede ser un estado permanente:

—Con los problemas que ha enfrentado mi padre no tengo ánimo para nada que no sea su causa... Cuando superemos esta situación pensaré en una vida más estable.

### *Bolocco y Menem*

En los años 80 fuimos invitados por primera vez a casa de los Bolocco. Después del almuerzo en familia —toda una gala porque ellos se esmeran con regia cortesía—, nos acercamos a la piscina, para escapar del calor veraniego. Y aparece Cecilia, en tenuta de baño, provocando la admiración de mi esposa y sus más cálidos elogios. En el esplendor de la mocedad, la jovencita lucía bellas formas y una cautivadora inocencia, pues nos brindaba el trato que se le concede a conocidos de toda la vida. Ella estudiaba en el Santiago College, establecimiento caro pero muy al alcance de su padre.

Nadie aventuraba entonces la fantasía de que Cecilia Bolocco iba a ganar el estrellato universal, aunque ella siempre atesoró la ambición de ser famosa, quizás una artista de ballet, alguien que no pasara inadvertida. El rasgo prevaleciente en su edad dorada era la espontaneidad. Cierta tarde, de visita en casa, irrumpe Cecilia, jubilosa:

—¡Hola, tío!...

—¿Cómo estás?

—No muy bien... ¡Tengo el estómago malo!... Me porté mal anoche: me comí un chocolate. Falté a mi promesa de no comer en exceso para no subir de peso...

El primer contacto que tuve con su padre, Enzo Bolocco, fue su llamado telefónico que recibí en Quito, para que yo retornara a Santiago, a la brevedad, a fin de hacerme cargo de la Portales. Pocos meses antes, por resolución del general Pinochet, la Sociedad de Fomento Fabril había asumido el control de la emisora como socia mayoritaria. Con el objeto de organizar la administración, Enzo fue designado presidente del directorio de la emisora. Fue entonces cuando nos hicimos amigos. Nos reuníamos dos veces a la semana para analizar la marcha del negocio.

Enzo aportó su experiencia de empresario creativo y entusiasta. Como productor de televisores, en Arica disfrutaba del aprecio general por la amplitud de criterio con que supo afrontar las dificultades durante el gobierno de la Unidad Popular. Pero Bolocco no contaba con un inesperado cambio en las reglas del juego. Al cabo de un año de incertidumbre, los economistas civiles del régimen castrense desmantelaron el sistema proteccionista mediante la fuerte reducción de aranceles aduaneros. Las ventas de productos chilenos cayeron en picada, como resultado de las importaciones, y sólo se salvó una empresa criolla de las transnacionales, que habían inundado el mercado con aparatos modernos y baratos.

Víctima del traspie ajeno a su voluntad, Bolocco se declaró en quiebra, aunque tuvo el coraje de seguir adelante como presidente del consejo de la Portales.

Cierto tipo de relaciones laborales se caracterizan por una frialdad asombrosa: hoy, amigos para toda la vida; pero apenas uno cae, mañana las lealtades se esfuman. De las proclamas de adhesión sincera y cariñosa se pasa al ataque por la espalda, especialidad en la que algunos suelen adquirir gran maestría. Enterada de la desgracia de Bolocco, la Sofofa empezó a ver con malos ojos que un empresario arruinado dirigiera su emisora y envió al gerente general, Fernando Agüero, quien, en vez de comunicarle directamente el cese a Enzo, optó por llamarme:

—Raúl, por favor, sé amable, quiero darte un encargo.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Enzo Bolocco. Tiene que dejar la radio...

—¡Lo temía!... Él no se lo merece...

—¿Cómo?

—Ha tenido un desempeño muy competente.

—Como quieras calificarlo, es asunto tuyo, pero los consejeros me encargaron te ordene que le exijas la renuncia a Enzo.

—No soy el más indicado.

—Así lo acordaron los consejeros.

—Te repito: no soy el más indicado para esa misión. Yo soy subalterno de Bolocco. ¿Por qué quieren despedirlo?

—Es un desprestigio para la Sofofa. Su quiebra está dando origen a muy malos comentarios.

Agüero insistió y me vi obligado a tomar una medida lamentable.

Me dolía esta situación porque era muy amigo de Bolocco, y aún lo soy, a toda prueba. A pesar de sus graves problemas económicos, él ac-

tuó con gran dignidad en radio Portales. La Sofofa le daba una puñalada en la espalda a una persona que durante el gobierno de Salvador Allende montó clandestinamente el canal 5 de televisión como un aporte a las aspiraciones libertarias.

Llamé a Enzo. Sin explicarle el motivo le pedí que nos reuniéramos. Me invitó a comer. En el ambiente familiar, los Bolocco se prodigaron siempre con gran calor humano. Su residencia era muy acogedora. Estaba adornada con elementos de buen gusto, hermosos muebles y cuadros de grandes pintores nacionales. Pero esa noche no pude contener mi sorpresa apenas entré a su casa. En el espacioso living había cuatro o cinco sillas. Las paredes estaban desnudas. Por la falta de calefacción, el frío acentuó el ambiente de penuria. La familia Bolocco padecía de una tensión extrema. Comimos en silencio. Ningún tema era apropiado para mitigar la sensación de que su mala suerte estaba en curso pleno.

Enzo tomó la iniciativa:

—¿Qué buenas noticias me traes, Raúl?

—Agüero me exigió que te pidiera la renuncia...

—Bueno, del árbol caído todos hacen leña...

Enzo no hizo otro comentario durante la cena. Al día siguiente envié a la Sofofa una carta breve, negándose más tarde a recibir los llamados que suelen dedicar quienes prescinden de personas honradas y eficientes.

Años después me dijo que siempre lamentó que me hubiesen utilizado para representar un papel tan indigno.

En poco tiempo su familia debió hacer frente a un período de graves dificultades. La muerte de su hijo, la quiebra de la fábrica de televisores, el despojo arbitrario de su puesto en la emisora, la enajenación de sus bienes.

En la fecha del grave traspie financiero experimentado por su padre, Cecilia Bolocco tenía 17 años. La jovencita vio con desconsuelo cómo se volatilizaba el patrimonio familiar. Del lamentable episodio ella obtuvo la lección de que sólo una fe inquebrantable permite superar los escollos. Es seguro que su ejemplo revitalizó a Enzo, quien pudo remar airoso aguas arriba. Ahora es nuevamente un hombre de éxito, que no guarda rencores en contra de quienes le infligieron un indebido maltrato psicológico.

Al primer matrimonio de Cecilia no pude asistir porque ese mismo día se casaba una sobrina en Viña del Mar, pero colaboré en la organiza-

ción de su boda al sugerirle que fuera a hablar con el alcalde de Santiago, Carlos Bombal Otaegui, para que le facilitara el Palacio Cousiño, donde se realizó la recepción. Ella estaba muy ilusionada con su futuro marido. Nunca me he enterado por qué se separaron. Puertas afuera, la gente comenta a su entero gusto, pule o multiplica la historia, pero Cecilia guarda extrema prudencia respecto de los motivos que la impulsaron a cortar definitivamente una relación que a la mayoría siempre le pareció un cuento de hadas.

Cecilia ganó el título de Miss Universo, tuvo una boda espléndida, sorprendió a todos con su separación, hubo algún intento para reiniciar su vida sentimental, hizo carrera de gran estrella latinoamericana de la televisión en Miami, es la animadora de mayor popularidad en nuestro país y contrajo matrimonio con uno de los líderes políticos más connotados de Argentina.

La chica de ayer es mujer emprendedora, desafiante. Lleva una vida intensa. Demuestra que tiene el temple del acero al momento de cambiar de rumbo. Sus mandatos no son caprichos o giros frívolos. Planifica y resuelve mediante el imperio de quien se siente dueña del mundo. En plena madurez es la más linda de estos pagos.

Chilenos y argentinos recibieron desconcertados su anuncio de que se casaría con el ex Presidente de Argentina, Carlos Menem. Manteniéndose muy ajena al ruido periodístico, indiferente ante la cruda oposición de la hija de Menem, contra viento y marea, Cecilia impuso su magna sentencia. Si los más fieles seguidores del ex mandatario carecían de capacidad de reacción ante el sorpresivo anuncio, las agoreras de Buenos Aires, que sacan la suerte con las hojitas de té, le auguraron a la pareja un matrimonio al estilo del debut y despedida. ¡Cuán equivocadas estaban!

A mediados de junio del 2002, llegué al suntuoso departamento de Cecilia, invitado a una fiesta sorpresa en honor de su padre, Enzo, con motivo de cumplir 70 años de edad. Treinta jubilosos festejantes, más la familia Bolocco, Cecilia y Menem, disfrutamos de un cóctel y una cena exquisitos. El piso, ubicado en un rangoso edificio del sector oriente de la capital, ocupa todo el primer nivel. He visto residencias fastuosas, valoradas en uno o dos millones de dólares, pero ésta resalta por la decoración refinada, sus detalles ornamentales valiosos y elegantes, maderas, bronce, pinturas al óleo, estantes, libros. La dueña de casa adquirió cada elemento pensando en un conjunto armónico, de manera que entre un aposento y otro impera una transición estética muy agradable.

Entre los asistentes a la fiesta estaba Pedro Caraball, amigo de Enzo desde los tiempos en que ambos emprendieron el temerario plan de montar el canal de televisión clandestino en Concepción.

A los pocos minutos de nuestra llegada hizo su aparición el doctor Menem.

No vacilé en acudir donde él para saludarlo:

—Es un placer conocerlo. Soy descendiente de palestinos: mis padres nacieron en Belén.

—¡Entonces somos de la misma región! Usted recordará que mi familia es de origen sirio...

Semanas antes habíamos viajado con mi esposa a Buenos Aires, para alejarnos del esmog y por la curiosidad de ver cómo en Argentina se profundizaba uno de los conflictos sociales más profundos de su historia. A nuestra atalaya santiaguina nos llegan noticias fragmentarias que dificultan el esclarecimiento del rompecabezas. Miembros de la colonia árabe residente nos expresaron su conmovedora preocupación. Cuesta admitir que Argentina, otrora la nación más culta, industrializada y productiva de Latinoamérica, retrocede a niveles propios de 1840, cuando las pampas eran asoladas por partidarios del dictador Juan Manuel de Rosas, paladín de la aristocracia conservadora, rico ganadero y exportador de carne. De Rosas, tenaz partidario del federalismo, creó la Confederación Argentina. Combatió con extrema dureza a sus rivales con su propia organización política, el Partido Restaurador Apostólico, valiéndose del apoyo de la Sociedad Popular Restauradora, llamada La Mazorca, la policía secreta y una amplia red de espías. Ahora se vive el mismo clima de incertidumbre y caos, con la diferencia que impera un régimen democrático.

El periodismo transandino no vacila en disparar andanadas demoledoras en contra de la corriente justicialista encabezada por Carlos Menem, a quien se le considera como el único causante de la actual decadencia. Sin embargo, quien estudie esa crisis de manera objetiva llegará a la conclusión de que es el resultado de graves errores compartidos. Gran responsabilidad le compete a todos los sectores de la sociedad argentina, sin excusas admisibles. No hay partidos o agrupaciones sociales exentos de pecados capitales. La apatía de los burócratas en el desempeño de sus cargos, el despotismo con que los gobernadores manejan el sistema federal, según el particular gusto de cada uno, la complicidad del poder judicial con los políticos más desvergonzados, los sobornos policiales y el deporte de la evasión tributaria, tales son algu-

nos de los componentes de un proceso agravado en los últimos cuatro años, a partir del momento en que Menem se retira el poder.

Para bien o mal de la historia del vecino país, el esposo de Cecilia Bolocco tiene un lugar en los anales transandinos. Hijo de inmigrantes sirios, Menem recibió una formación doctrinal como mulsumán suní, seguidores de Alá que cultivan estrecha relación con el Corán. En plena mocedad, Menem se convirtió al cristianismo y llegó a ser uno de los líderes del Partido Justicialista. Es abogado, y fue gobernador de La Rioja. Durante la dictadura del general Jorge Rafael Videla permaneció cinco años encarcelado. Después de ocupar la primera magistratura (1989 a 1999), Menem maniobra detrás del escenario. Dispuesto a volver a la Casa Rosada ensalza en su discurso las virtudes esenciales del justicialismo: socialista, cristiano, nacionalista, humanista y populista.

Aquella noche de la fiesta en homenaje a Enzo Bolocco, Menem se avino con gran cortesía a explayarse sobre su futuro político. Estaba de buen humor, convencido de que su estrella seguirá brillando.

—Don Carlos, vengo llegando de Buenos Aires, y he encontrado un ambiente muy negativo para usted.

—Tengo clara conciencia de lo que está ocurriendo en Argentina, pero esa situación se va a revertir porque estamos realizando un buen trabajo partidario, sobre todo en las provincias, donde tengo mucha fe que vamos a tener un amplio respaldo. En Buenos Aires tenemos la pretensión de lograr el veinticinco por ciento del apoyo popular. El panorama electoral es, aparentemente, desfavorable para nosotros, pero tenderá a cambiar.

—De acuerdo con lo que observé, la mayoría de los políticos y de los medios informativos lo responsabiliza a usted de lo que está ocurriendo en su país.

—Ese es un grave error de apreciación porque en mi período de gobernante no se registraron los graves problemas que hoy enfrenta el Presidente Duhalde. Teníamos un sistema financiero privado y público muy sólido, con 100 mil millones de dólares en depósitos, pero Duhalde y su equipo económico cometieron el grave error de devaluar la moneda. Fue el comienzo del fin: la industria está arrasada, también la agricultura; el desempleo llega al cincuenta por ciento. Si Argentina hubiera continuado con la paridad, estaríamos en otro mundo... ¡Se han cometido graves errores!...

—¿Por qué desea ser nuevamente Presidente si el país se dirige hacia la bancarrota?...

—Precisamente por eso: como argentino quiero ayudar a mi patria. Tengo fórmulas para superar las dificultades en forma progresiva, mediante un plan a diez años plazo. Nuestra estrategia no consiste en resolver los problemas en dos o tres meses. Hemos estudiado las medidas con mucho detenimiento, con los mejores especialistas de que dispone el Justicialismo. Allí hay gente de gran prestigio académico: masters, doctores, ex funcionarios de organismos internacionales.

—¿No teme un rotundo fracaso?

—Para nada, señor... No me asusta enfrentar nuevamente la responsabilidad de ser Presidente de la nación. Sé positivamente que recibiré mucho apoyo externo, especialmente de Estados Unidos, donde tengo muy buenos amigos.

Menem sonreía con una candidez sorprendente, como si las particularidades económicas de su país fuesen males menores, posibles de erradicar con su plan.

Al día siguiente viajó a Estados Unidos, para cenar el martes con el Presidente George Bush, acompañado por su esposa. Cecilia tuvo que suspender su participación en el programa de canal 13. En la capital norteamericana Menem sostuvo una reunión privada con altos personeros del Fondo Monetario Internacional, para darles a conocer los alcances de su plan decenal. No hubo versión de ese encuentro, pero sí produjo cierta espectacularidad la conferencia que ofreció el ex mandatario en una universidad, donde fue abucheado por jóvenes argentinos que realizan sus estudios en Estados Unidos. Después de sus actividades en Washington, la pareja se dirigió a Dallas, donde reside el ex Presidente George Bush, padre del actual mandatario. En el rancho de la familia presidencial permanecieron dos días disfrutando del amable anfitrión.

Menem no oculta sus contactos externos: con Bush padre son socios. Cuando abordó el tema de su viaje a Norteamérica no le pregunté qué tipo de relaciones comerciales tienen ambos. Habría sido una intromisión indebida. Después de todo, él se había mostrado gentil en extremo al concederme atención mientras los demás invitados disfrutaban de la fiesta en homenaje al padre de Cecilia. Cuando estábamos en lo mejor de la charla apareció una agraciada joven con una píldora blanca que Menem cogió del platillo para tomársela con un buen sorbo de agua. En ese momento se acercó la esposa de Caraball:

—Por Dios que ha sufrido, usted, don Carlos... Si estuvo seis meses recluso...

—Amable señora, el sufrimiento no fue nada gracias a Cecilia. Con

ella, todos los tragos amargos pasan fácilmente... Usted la conoce tan bien como yo: es una mujer maravillosa, cariñosa, inteligente. Estoy muy enamorado de ella. Ella me ayuda en todo...

Medios noticiosos transandinos notoriamente adversos a Menem reparan a menudo en su condición de septuagenario. Con todo descaro suelen caricaturizarlo como un sujeto decrepito que usa bastón. El reparo periodístico a la edad de Menem no guarda relación con el individuo que yo conocí. El marido de la joven Bolocco muestra una vitalidad poco común, se expresa con fluidez, no vacila en su conversación, tampoco hace las inevitables pausas que son comunes en personas de avanzada edad. Tiene a flor de labios el recuerdo preciso, infinidad de nombres y fechas. Intelectualmente se mantiene en *training*.

La charla llegó a su fin cuando Cecilia llamó al orden a los dicharacheros invitados, para ofrecerle la comida a su padre. Enzo no cabía en sí de la sorpresa, pues había concurrido a una comida familiar para celebrar el cumpleaños de su hijo y se encontró con la bienvenida calurosa de parientes y amigos. Menem se mantuvo en discreto segundo lugar, consciente que la estrella del momento era su suegro. Muy emocionado, Enzo recordó haber sido en su momento un hombre caído en desgracia, apenas rodeado por muy pocos leales; en cambio, allí se exteriorizaba una demostración de afecto invaluable. Con gorros, pitos y confetti, el ambiente se cargó de alegría. Diestros guitarreros entonaron canciones de nuestra época. Después de la cena, todo el mundo a bailar.

### *De la cesantía a la televisión*

Durante año y medio me dediqué a observar las paredes del departamento.

La depresión de un cesante es el infierno real. No hay otro estado anímico que de manera tan devastadora ataque a un ser humano que carece de futuro porque su presente es la incapacidad para ganarse el pan diario.

Un día me llamó Marcos Assadi del canal de televisión de la Universidad Católica de Valparaíso, para ofrecerme las ventas publicitarias de un programa infantil que estaba planificando desde hacía meses.

“Pipiripao”, con Nicolini, fue un notable acierto de audiencia y avisaje, a pesar de las dificultades técnicas para difundir el espacio en Santiago, donde sólo el 50% de los televisores recibía la señal, y de dicho porcentaje, sólo la mitad en buenas condiciones. Con las ganancias a la vista sugerimos a los ejecutivos del canal la compra de nuevos equipos. Asumí el cargo de gerente comercial y durante siete años el canal UCV obtuvo utilidades.

De aquella fructífera etapa tengo recuerdos imborrables de personas con las cuales trabajé de manera asidua; por ejemplo, de Ana María Barceló, actual gerenta de Ventas de Chilevisión.

De otros, el recuerdo no es tan positivo. En los directorios de las empresas siempre hay quien supervisa, censura, propone y logra sus objetivos. Mi amigo Jorge von Schröders se indignaba todos los fines de mes porque mi cheque era más grande que el suyo. La animosidad se traspasó a sus colaboradores y pronto el ambiente laboral se hizo irrespirable.

Empecé a mirar hacia Santiago. El propietario de Megavisión, Ricardo Claro Valdés, inició la reestructuración del canal. Alguien le sugirió mi nombre por los contactos que yo tenía con las agencias publicitarias. Fue un momento de gran consuelo para mí cuando me designaron gerente comercial de Megavisión.

Desde el comienzo advertí un panorama financiero poco alentador. A raíz de la denuncia hecha por Claro en contra del entonces senador Sebastián Piñera Echenique, por el caso Matthei, varias empresas retiraron sus avisos de Megavisión. Fue una tarea titánica convencer a los publicistas acerca de la necesidad de que retornaran al canal. Al cabo de dos meses, los más reacios estaban de vuelta. Experimentamos un gran alivio cuando Claro entró en sociedad con inversionistas mexicanos. En la primera reunión con los nuevos jefes, uno de ellos, algo pedante, me asignó tarea inmediata:

—Señor Tarud, la meta de este año es vender 18 millones de dólares en publicidad.

—¡No señor, no!...

—¿Cómo que no?

—¡No vamos a vender 18 millones sino 20 millones de dólares!...

Todos prorrumpieron en carcajadas.

Al 31 de diciembre, Megavisión había cerrado sus ventas anuales con una recaudación de 21 millones de dólares.

Claro y su mano derecha, Baltazar Sánchez, confiaron en mi trabajo a partir de entonces. La gerencia general del canal estaba en manos de

un sobrino de Claro, Eulogio Pérez Cotapos, un hombre muy agradable, que condujo el negocio bastante bien con Agustín Vargas, quien ahora dirige el área internacional de TVN.

Al cabo de unos meses, Pérez Cotapos empezó a perder ascendiente sobre su tío, un hombre de gran carácter. Claro lo presionaba por resultados, y como éstos no llegaron en la cantidad deseada lo reemplazó por el asesor nuestro, un teórico al cien por cien. Fue difícil entendernos con el recién llegado, porque hizo prevalecer su autoridad para obligarnos a vender según el sistema del *dos por uno*: el cliente pagaba un aviso y el canal le obsequiaba otro.

Megavisión se llenó de publicidad barata mientras los resultados económicos iban a la baja sostenida. Hecho trizas el sistema publicitario que habíamos impuesto, finalmente el canal terminó pagando un precio demasiado alto. El experto *marketero* había recurrido a sus teorías disociadas con la realidad, sin lograr los frutos que ansiaba Ricardo Claro.

Fueron cuatro años de dificultades, para imponer un estilo de trabajo, con la mira de anticiparnos a los canales *grandes* ofreciendo nuestros planes mientras los demás dormían. Sólo a medias logramos reflotar una embarcación que tocaba fondo.

Ricardo Claro aceptaba mi forma directa de decir las cosas. Sin venias diplomáticas, yo le comentaba lo que era pertinente. Transcurrieron seis años en esta contienda. En 1997, el proceso económico chileno perdía la impresionante velocidad que había movilizado a todos los sectores productivos nacionales en demanda de metas ambiciosas. Los últimos meses se advirtió una baja en las ventas de publicidad, y como siempre sucede en tales casos, Claro estimó conveniente nombrar un nuevo gerente comercial. Yo fui designado como su asesor. El recién llegado acreditaba un logro impresionante: en dos años había elevado en 34% las ventas de la viña Santa Rita, propiedad de Claro Valdés. Cuando el nuevo ejecutivo asumió el cargo, se infló como un pavo real. Después que nos describiera muy ufano sus éxitos, le advertí que su nueva función le exigiría acostumbrarse a una nueva realidad:

—Buena es su marca como vendedor de vinos, pero la televisión es distinta...

—Estás equivocado, Raúl, y te lo voy a demostrar... De todas maneras, quiero que te quedes como asesor.

Lo pensé durante unos días. Llegué a la conclusión de que no podía aceptar la oferta, aunque fuese muy generosa. Yo había sido degradado de manera poco honorable, y sentí que nada más tenía que hacer en Megavisión.

El gerente procedente del área vitivinícola duró ocho meses en sus funciones. Tras suyo dejó un récord de fracasos.

Un último apunte acerca de Ricardo Claro. Es exigente, pero si le contestas con la verdad, él respeta los puntos de vista contrarios. Durante mi desempeño como gerente comercial de Megavisión no tuve puntos discordantes con él. Reconozco su capacidad como talentoso hombre de negocios.

Megavisión había concentrado en sus filas superiores a profesionales competentes: Alfredo Escobar Cousiño, de acreditada experiencia en programación (trabajó un largo período en canal 13 y fue director de un canal en Quito), Juan Carlos Zegers, gerente de finanzas, un amigo leal y de gran sensatez; Alfonso Infante, gerente técnico; a la talentosa periodista Patricia Guzmán; Antonio Hormazábal, subgerente técnico; y Carmen Bascuñán, una relacionadora pública muy eficiente y de vasta trayectoria.

El canal hizo madurar su proyecto, y hoy tiene muy buen *rating*.

Estos años de actividad empresarial me dejaron varias lecciones: el ejecutivo duro e implacable no es el más idóneo para manejar capitales e individuos. Si bien las empresas se dirigen con capacidad técnica, también deben primar en ellas las mejores relaciones humanas; en caso contrario, el personal trabajará de manera deficiente.

Empecé, entonces, a mirar en otra dirección. Yo tenía buenos antecedentes acerca del empresario mexicano Ángel González, propietario de 30 canales de televisión en 11 países de América. El *chaparrito* pasa inadvertido. No todos creen que es el poseedor de una fortuna cimentada con su vasta experiencia en programación, que maneja sus cadenas con calculadora en mano y compra al por mayor paquetes de películas, seriales y telenovelas.

La primera noticia de que González estaba en el país se produjo cuando adquirió la señal 17 a TV Azteca. El canal La Red ya había pasado por varias administraciones, entre ellas la sociedad formada por Saieh y Abumohor, quienes compraron la señal a Televisión Nacional de Chile, que para este efecto abrió una licitación pública. También hubo unos capitalistas australianos.

A Saieh y Abumohor, lamentablemente, no les fue bien. Pagaron el precio de su inexperiencia, sin poder arribar a puerto seguro durante el primer año de actividad. Para resarcirse de las pérdidas se asociaron con un grupo canadiense que ignoraba lo concerniente a la idiosincrasia criolla.

Cuando aparece en el escenario local el financista Ángel González, su primera medida consiste en nombrar a José Manuel Larrain como director del canal. Con José Manuel habíamos trabajado juntos en Megavisión y tuvimos una relación afectuosa. En posesión de su cargo, Larrain me designó gerente comercial de la Red junto a Iván Varas, ex integrante del mismo equipo de Megavisión. Varas se había desempeñado como subgerente de Producción en canal 7 y en Megavisión como gerente de Producción. A Iván se le debe reconocer el gran mérito de haber producido durante muchos años el Festival de la Canción de Viña del Mar con un éxito que no ha sido superado. Es un hombre de talento y experiencia.

El estado del canal era caótico. Más del 70 por ciento de la programación correspondía a espacios arrendados. Me tocó la tarea de limpiar la pantalla eliminando los programas externos, todos de muy mal gusto y con una sintonía insignificante.

Una revisión exhaustiva del movimiento contable nos permitió establecer que los arrendadores de los espacios no pagaban con puntualidad. Me entrevisté con cada uno de ellos para advertirles acerca de las eventuales consecuencias en caso de incumplimiento, pues los contratos habían sido firmados mediante procedimientos irregulares.

Sólo uno de los avisadores estaba al día. Y pagaba muy bien. En el spot aparecía una mujer semidesnuda acostada en una cama. Con expresión lánguida y voz sensual planteaba su llamado:

“Si quieres pasar un grato momento conmigo llama al teléfono XX. Te estamos esperando.”

La publicidad del prostíbulo fue eliminada rápidamente.

Por carecer de una programación de buen nivel, la Red estaba obligada a insistir en la política de limpiar la pantalla, una tarea muy ingrata. Establecimos un plazo de dos meses para iniciar la nueva programación. Visitamos las agencias de publicidad y a los clientes potenciales para informarles de los cambios.

Existía confianza en el nuevo segmento que estaba diseñando la estación. La trayectoria profesional de los nuevos ejecutivos y el aval que me concedían las agencias por una relación de más de 50 años constituían garantías de éxito a mediano plazo.

El actual gerente comercial de la Red siempre ha reconocido que me correspondió la tarea más difícil: formar un buen departamento comercial con profesionales que todavía siguen en sus tareas.

Severas discrepancias con el director me impidieron realizar una labor productiva a largo plazo, y renuncié.

*Llegó el futuro: radiotelefonía digital*

La radiotelefonía seguirá progresando, aunque muy segmentada. La señal digital se apresta a consolidar en Sudamérica la era de los canales deportivos, financieros, musicales y de variedades. Chile no ingresará fácilmente a la etapa superior de la tecnología. Las estaciones digitales dedicadas a un área determinada de las entretenciones requieren de un nivel económico que sólo alcanzaremos en dos o tres décadas. Entretanto, no auguro muy buen futuro a los dueños de emisoras. Muchos de ellos quedarán en el camino.

La televisión abierta está beneficiándose de las transmisiones digitales, pero seguirá limitada por sus esquemas tradicionales. En el cable, los canales especializados brindan mayores oportunidades a los telespectadores, y, por hoy, la televisión abierta basa su éxito transitorio en los informativos y en algunos espacios de producción nacional como las telereseries y estelares.

Si yo poseyera medios económicos no crearía una emisora al estilo de la Portales. Debido a que hoy la radiotelefonía actual tiene que conciliar los intereses de un vasto conglomerado de auditores, el esquema tradicional de noticias, música y programas misceláneos requiere de grandes capitales.

La modalidad de las transmisiones exclusivas de noticias es exitosa en Estados Unidos y Europa, donde, con aportes estatales, existen cadenas informativas radiales de alcance mundial. "La Voz de América" emite desde Washington y es un ejemplo clásico, pero pertenece a un país de 270 millones de habitantes, con el primer potencial económico del mundo.

En los años 40 solíamos jactarnos de ser uno de los pueblos con mayor apego por la literatura. La inolvidable revista infantil *El Peneca* lanzaba 165 mil ejemplares semanales. Se distribuía con gran éxito en Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, Colombia y Venezuela. Editoriales como Zig-Zag, Ercilla y Nascimento abastecían de libros el mercado nacional y exportaban a toda América obras de autores nacionales y de celebradas plumas europeas y norteamericanas. La pasión por los libros constituía un *deporte* nacional. Los teatros representaban piezas clásicas y contemporáneas. También el cine disfrutaba de un éxito que perduró durante décadas. El auge de las expresiones culturales marchó a la par que el desempeño de maestros formados en las antiguas escuelas normales.

Después que irrumpiera el régimen militar se produjo un desbande en los servicios de educación y asumieron tareas pedagógicas personas ni siquiera mínimamente dotadas para educar. Se estima que dos mil o tres mil individuos no aptos ingresaron al ministerio de Educación. Sólo al cabo de cinco años, la mayoría recibió un ligero barniz de capacitación. Al paso que se degradaba la calidad de la enseñanza en escuelas y liceos, la eliminación de materias humanísticas del plan general de estudios desincentivó el interés por la cultura. Cada vez menos libros, cada vez menos ciudadanos capaces de expresarse con un lenguaje comprensible. El advenimiento de la televisión marcó de manera lenta pero inexorable el retroceso en los hábitos de lectura.

Humorísticamente definida como la *caja idiota*, la televisión ha desvirtuado su rol original ante las nuevas generaciones al inculcarles costumbres foráneas, promover la diversión fácil por sobre el estudio, desvirtuar el amor por las tradiciones nacionales y universalizar el mal gusto. Sólo en la televisión por cable hay tres o cuatro canales que privilegian el conocimiento.

En tanto los medios de comunicación social no asuman su rol de agentes colaboradores de la educación, el país no podrá ascender al escalón superior del desarrollo. Lo planteó en términos dramáticos el rector de la Universidad de Chile al señalar el retroceso educacional:

"El 40 por ciento de los chilenos son analfabetos funcionales..."

Con tan grave afirmación dejó en evidencia que cuatro de cada diez chilenos no comprenden los sencillos términos contenidos en cualquier folleto, ya sea el de un artefacto casero o el de una máquina de fácil manejo.

Pensando en una tarea de estado, si nos propusiésemos superar en plazo prudente nuestro subdesarrollo cultural, las radioemisoras cumplirían una misión significativa. Entre los países latinoamericanos, Chile es todavía un oasis de oportunidades en esta área. Durante los años de experiencia adquirida al frente de una emisora como la Portales comprendí que las emisoras pueden transformarse en un medio potente de educación popular. La onda amiga de todos los hogares entra sin golpear, no necesita que el auditor abandone sus tareas cotidianas.

De acuerdo con estudios recientes, las transmisiones en onda larga representan el futuro. La señal que se emite como amplia modulación dispone de equipos digitales de alcance superior al de la frecuencia modulada, pues éste es direccional.

Todavía es posible recobrar el terreno perdido programando una

emisora con espacios atractivos. La radio Cooperativa es el ejemplo más próximo al de Portales. Aunque le cuesta lograr el financiamiento mensual (vende \$250 millones y gasta \$210 millones), su modelo se aproxima al que tradicionalmente conocimos en el país: buenos informativos, pequeños espacios de información especializada (preferentemente orientados el área de la medicina), música, consejos, solidaridad social. También es digno de consideración el esquema programático de radio Oasis, donde los locutores se esmeran por hablar correctamente, al tiempo que sus espacios musicales de auténtica onda *retro* nos permiten disfrutar de una discoteca de hace veinte o treinta años, cuando los compositores populares todavía no eran seducidos por el frenético estilo de los instrumentos electrónicos.

¿Cuál estilo perdurará? Ahora gozan de gran prestigio unos *comentaristas* cuyo mayor esfuerzo intelectual radica en *conversar* con los auditores recurriendo al lenguaje de los bajos fondos. Los novatos sacralizan las groserías, contribuyen a que nuestros niños y jóvenes actúen con pereza mental respecto del correcto uso de las palabras. ¿Para qué hablar bien si en *la radio* enseñan el modelo, y gratis?

## Epílogo

---

### *La herida que no cierra*

Entre los integrantes de nuestra colonia suelo escuchar a menudo:

—¿Cree usted que el caso palestino le interesa a la gente?

Siempre contesto:

—La gente no se interesará en la medida que guardemos silencio...

A fines del 2001, en Palestina había 47 mil víctimas, entre muertos y heridos; las pérdidas materiales superaban los 7 mil millones de dólares; el 60% de bosques y terrenos agrícolas fue arrasado por bombardeos; debido a la destrucción de sus edificios sólo funciona el 30% de los servicios sanitarios, de salud, de educación elemental, media y universitaria; el 49% de la población mayor de 5 años de edad padece de trastornos psicológicos. Hasta mayo del 2002 habían muerto 803 palestinos y 238 judíos.

Según el censo de 1895, el 99,5% de la tierra palestina pertenecía a 453.000 árabes; y los judíos sólo eran propietarios del 0,5%, con 47.000 individuos.

En 1896, el ideólogo Theodor Herzl propuso crear una patria que acogiera al pueblo israelita en Uganda, Argentina o Palestina. La mayoría se pronunció por Palestina. A comienzos del siglo veinte, 25.000 judíos eran dueños de una porción considerable del territorio.

Para concretar el proyecto, millonarios norteamericanos y europeos de origen hebreo crearon un fondo destinado a la compra de tierras en Palestina. Durante la invasión pacífica adquirirían un predio y a los pocos días compraban el terreno colindante; luego el de más allá, hasta

formar una vasta extensión en la que ya no había propietarios árabes a su alrededor. En esta operación, la jerarquía religiosa judía inculcó a sus fieles la creencia de que los habilitaba el sentimiento nacido al amparo de la Torá, según el cual es misión de todo judío luchar por la Tierra Prometida.

El académico de la Universidad de Cambridge, Albert Houraní, autor del libro *La historia de los árabes*, revela el origen de la lucha en que desde hace décadas están enfrascados ambos pueblos:

“La principal excepción en este sentido era Palestina, donde desde la década de 1880 estaba incrementándose una comunidad judía de nuevo tipo: no los judíos orientales de antiguo arraigo sino judíos de Europa central y oriental, individuos que no habían venido a Jerusalén para estudiar, rezar o morir, sino que llegaban en concordancia con una nueva misión de una nación judía restaurada y afirmada en la tierra. En 1897, esta aspiración se reflejó en la resolución del Primer Congreso Sionista que reclamaba la creación de un hogar del pueblo judío en Palestina, garantizado por ley pública. A pesar de la oposición del gobierno otomano y la creciente inquietud de la población árabe local, hacia 1914 la población judía de Palestina se elevaba aproximadamente a 8.500 individuos, es decir el 12% del total. Aproximadamente una cuarta parte se asentó en la tierra adquirida parcialmente mediante un fondo nacional y declarada de propiedad inamovible del pueblo judío, sobre la cual no podían instalarse más judíos.”

En su libro *El Mundo Árabe*, el académico Desmond Stewart ha señalado el punto clave de la cuestión árabe:

“Hasta 1917, Palestina fue un país árabe en el cual las minorías cristianas y judías vivían en paz con el 90% de la mayoría musulmana. Para musulmanes, cristianos y judíos, Palestina es una tierra santa. Mahoma fue conducido místicamente al cielo desde Jerusalén.

No hay duda alguna: el actual ambiente de guerra es el mismo que prevalecía hace 60 años. El martes 30 de julio de 1940 visitó Talca el periodista palestino Jorge Sabaj Zurob, director propietario del periódico *La Reforma*, que entonces circulaba en Santiago en edición bilingüe.

Sabaj formuló a la prensa unas declaraciones que no han perdido actualidad:

“No culpo de estas dificultades a los judíos. Son los responsables directos, los altos dirigentes de la política sionista. En un estado que no puede albergar más de 2 millones de habitantes, se ha pretendido hacer entrar un pueblo de 17 millones. Se ha querido formar un estado dentro de otro. Naturalmente, esto no se logrará, dado que los árabes no lo pueden permitir. Y porque los judíos están expuestos a los constantes ataques de aquéllos por todos lados.”

Las Naciones Unidas, en 1948, permitieron la instalación de una patria judía en territorio palestino. Desde fines de los años 40, el Consejo de Seguridad de la ONU ha aprobado 97 resoluciones que rechazan las agresiones de Israel. Hasta 1990, de 690 resoluciones de la Asamblea General de la ONU, 429 afectaron al gobierno judío.

Esta es la herida que no cierra en el corazón de Palestina, traspasa a las generaciones, impide el normal desarrollo de una sociedad demasiado vapuleada a través de los siglos. Los Tarud estamos en Chile como resultado de una de aquellas persecuciones. No habrá tranquilidad entre nosotros mientras tanto sobre Belén sigan ondeando las banderas de la guerra.

## INDICE ONOMÁSTICO

### A

Ab El Kader, Luid 48  
Acevedo Hernández, Antonio 181  
Acevedo, Phidias 104, 181, 182, 183,  
186  
Acevedo, Rubén 181  
Aceves Mejía, Miguel 140  
Agliatti, Jorge 103, 106  
Agüero, Fernando 208, 220, 221, 237  
Aguilera, Aristides 140  
Aguilera, Osvaldo 76  
Aguirre de Aguirre, Juanita 51  
Aguirre Doolan, Humberto 52  
Álamo Appara, Nicolás 114  
Albert, Luis 21  
Aldea, Julián 115, 222  
Aldunate Phillips, Arturo 99, 186, 211  
Alessandri Palma, Arturo 59, 62  
Alessandri Rodríguez, Jorge 102, 105,  
119, 120, 130, 174, 178, 180,  
187, 190, 192  
Alfonso, Pedro Enrique 92  
Altamirano, Carlos 201, 202  
Álvarez Goldsack, Ramón 134  
Álvarez, Víctor Manuel 220  
Allende Bussi, Beatriz 204

Allende Gossens, Salvador 92, 98,  
110, 136, 137, 157, 158, 159,  
160, 161, 162, 164, 165, 171,  
172, 174, 187, 188, 189, 190,  
192, 194, 195, 196, 198, 199,  
200, 201, 202, 203, 204, 205,  
206, 207, 208, 209, 211, 214,  
218, 220, 238.  
Amadori, Luis César 129  
Anka, Paul 117  
Aravena, Carmen 220  
Aravena Carrasco, Jorge 88, 92, 93,  
94, 96, 143, 161, 171  
Aravena, Hernán 234  
Aravena, Lidia Natalia 93  
Ardizonni, Alfonso 99  
Aschabibat 47  
Assadi, Marcos 243  
Atala Zacur, Abraham 64  
Aubá, Josefa 104  
Aylwin Azócar, Patricio 231

### B

Bach, Liselotte 89  
Baker, William Roger 117  
Baltra Cortés, Alberto 191  
Balladares, Enrique 131

Barceló, Ana María 244  
 Bascuñán, Carmen 246  
 Batista, Fulgencio 161, 166  
 Becaud, Gilbert 137  
 Bécquer, Gustavo Adolfo 76, 159  
 BéjaresGonzález, Hernán 227  
 Bellet, Albert 20  
 Ben de Barajas, Lisa 91  
 Benavides, Gloria 140  
 Benedicto, Antonio 189, 203  
 Bertrán, Gonzalo 229, 230  
 Bertucci, Mireya 85  
 Blest Riffo, Clotario 233  
 Boffica, Rodolfo 122  
 Bolocco, Cecilia 236, 238, 241  
 Bolocco, Enzo 205, 219, 236, 237,  
 241  
 Bombal Otaegui, Carlos 239  
 Bon, Chela 80  
 Bossio, hermanos 31  
 Brack, Mario 57  
 Brown, Jimmy 186  
 Broz Tito, Josip 178  
 Brunet, Marta 181  
 Bunster, Álvaro 122  
 Bush, George 233  
 Bustamante, José 201

**C**

Cabré, Enrique 59  
 Cáceres, Leonardo 200  
 Calderón, René 104  
 Callas, María 185  
 Caraball, Pedro 240  
 Cariola, Carlos 60  
 Carlos Dandurain 81  
 Carmona, Juvenal 144  
 Caro, Nidia 230  
 Castillo, Alberto 116  
 Castillo, Antonio 137, 138, 140, 141,  
 216

Castro, Fidel 136, 153, 160, 162, 165,  
 171, 196, 209  
 Castro, Raúl 171  
 Celedón, Jaime 229  
 Céspedes, Mario 122  
 Céspedes, Silvia 81  
 Cienfuegos, Camilo 161  
 Cifuentes, Maruja 61  
 Clark, Juan y Mateo 18  
 Claro, Ricardo 244, 245, 246  
 Clavel, Mario 116  
 Como, Perry 133  
 Concha, Malaquías 183  
 Correa, Bonifacio 30  
 Cortés, Alberto 149  
 Cortés, Mapita 134, 135  
 Costábal, Roberto 67  
 Croharé, Juan Carlos 144

**CH**

Chaliapin, Fiodor 60  
 Chat, Alfredo 78  
 Chelén, Alejandro 111  
 Chevalier, Maurice 137  
 Chijani, Luisa 114  
 Chonchol, Jacques 187, 189, 198  
 Chuaqui, Benedicto 14

**D**

Dacarett, Carlos 15, 17  
 Dacarett, Helena 17  
 De Calixto, Eduardo 61, 129, 146  
 De Calixto, Mónica 146  
 De Gregorio, José 174  
 De la Quintana, Marta 59  
 De la Rúa, Fernando 241  
 De Rokha, Pablo 159  
 De Rosas, Juan Manuel 161, 240  
 De Sotomayor, Luis 18  
 Deformes, Renato 130

Deik, Elías 108  
 Del Campo, Pedro 88, 96, 97, 99, 103,  
 107  
 Del Canto, Hernán 201, 202  
 Del Castillo, Pedro 18  
 Del Río Gundián, Sótero 119  
 Destreman, Silva y Cía 20  
 Deza, Francisco 107, 108  
 Dezerega, Bartolomé 122  
 Diamond, Harvey 57  
 Diez, Sergio 99, 203, 211  
 Dimas, Luis 140  
 Dipp, Juanita 114  
 Donoso, Humberto 64  
 Dunsmore, Lucy 121  
 Durán Neumann, Julio 99, 182, 183,  
 211

**E**

Edwards, Ana María 199  
 Edwards Bello, Joaquín 67  
 Edwards Eastman, Agustín 177  
 Edwards, Jorge 123  
 Esbir, Jorge 114  
 Escobar Cerda, Luis 223  
 Escobar Cousiño, Alfredo 246  
 Espín, Vilma 171  
 Esquivel, Abel 225

**F**

Favio, Leonardo 149, 150  
 Fernández, Camilo 123, 128, 133, 139  
 Fernández Fernández, Sergio 227  
 Ferrada, Tennyson 129  
 Figueroa Arrieta, Alfredo 59  
 Figueroa, Gabriel 129  
 Figueroa, Luis 161  
 Flores Pinaud, Alejandro 79, 80, 81,  
 115, 143  
 Folch, Enrique 102

Foncea, José 158  
 Fontaine, Arturo 153  
 Frei Montalva, Eduardo 107, 142,  
 167, 172, 173, 178, 179  
 Frei Ruiz-Tagle, Eduardo 234  
 Frondizzi, Arturo 164  
 Frontaura, Rafael 144  
 Fuentes, José Alfredo 140  
 Fuentes, Raúl 121  
 Fuenzalida, Luis 149

**G**

Gálvez, Alejandro 145  
 Gamonal, Germán 104, 188, 194  
 Gana, Segundo 44  
 Gana Urzúa, Agustín 45  
 García Barzelatto, Hernán 225, 234  
 García, Norberto 59  
 García Reyes, Julián 126  
 García, Ricardo 139  
 Gatica, Arturo 90, 116  
 Gatica, Erasmo 89  
 Gatica, Lucho 132, 133, 135, 136, 137  
 Gautier, Margarita 77  
 Godfrey, Carlos 121  
 Godoy, Enrique 221  
 Goltier, Ambrose 20  
 Gómez López, Mario 104  
 González Alfaro, Raúl 100, 104, 110,  
 124, 127, 180, 220  
 González, Ángel 247  
 González, Anita 61, 89  
 González Dávila, Alfonso 53  
 González, Mariano 76  
 González, Víctor 104  
 González Videla, Gabriel 92, 109, 112  
 Gordon Rubio, Humberto 225  
 Goulart, Joao 178, 179  
 Granda, Chabuca 149  
 Graziolli, Ubaldo 59  
 Grove, Marmaduke 60

Grunert, Eduardo 139, 184  
 Guerrero, Alberto 104  
 Guevara, Ernesto Che 164, 165, 166, 200  
 Guíñez, José 52  
 Guixé, Pepe 115, 139, 145  
 Gutiérrez, Reginaldo 81  
 Gutiérrez, Venerando 74  
 Guzmán, Patricia 246  
 Guzmán Bravo, Rosario 153  
 Guzmán Errázuriz, Jaime 225, 226, 227, 228  
 Guzmán, Marco Antonio 104  
 Guzmán Maturana, Juan 76

**H**

Hales, Alejandro 111  
 Haley, Bill 132, 137, 138  
 Hamilton, Juan 227  
 Hamuy, Mario 114  
 Haramoto, Carlos 122  
 Hasbún, Abraham 88, 99, 108, 228  
 Hasbún, Nelson 94  
 Hasbún, Raúl 196, 200  
 Hassan, Ahmed 49  
 Heiremans, Eugenio 89  
 Helo, Carlos 128, 145  
 Henriette, Camilo 20  
 Hernández, Flor 131  
 Hernández Parker, Luis 104, 105, 123, 194  
 Hills, George 123  
 Hirmas, Alfredo 194  
 Hirmas, Nassir 99, 186, 194, 211  
 Hitler, Adolf 63, 188  
 Hormazábal, Antonio 246  
 Huidobro, Vicente 159  
 Hurtado de Mendoza, García 18  
 Hurtado, Patricio 161, 168, 170

**I**

Ibáñez del Campo, Carlos 93, 100, 104, 110, 233  
 Ibáñez Ojeda, Pedro 113  
 Iglesias, Julio 152  
 Inglez, Roberto 103, 116, 126, 132, 133, 135, 139, 216

**J**

Jarpa Reyes, Sergio Onofre 223, 226  
 Jesús 39, 40, 76  
 Jorquera, Carlos 194  
 Jorquera, Gerardo 116  
 Justiniano, Carlos 61

**K**

Kausel, Edgar 102  
 Kennedy, John 165  
 Krauss Rusque, Enrique 108  
 Kuschel, Carlos 126

**L**

Labán, Miguel 111  
 Lagos Escobar, Ricardo 191  
 Landaeta, Amparito 131  
 Larraín Errázuriz, Manuel 95  
 Larraín Gorigoytía, Raimundo 111  
 Larraín, José Manuel 247  
 Larraín, María Pilar 140  
 Lásca, José 114  
 Lavandero Illanes, Jorge 191  
 Lavín Infante, Joaquín 235  
 Ledesma, Argentino 140  
 Lehar, Franz 34  
 Leighton Guzmán, Bernardo 175, 218  
 Léniz, Fernando 208  
 Leymon, Frankie 117  
 Lieux, Alfredo 99, 115, 125  
 Lira Massi, Eugenio 104

Littin, Miguel 38  
 Lomitz, Cinna 122  
 López Mateos, Adolfo 208  
 López, Waldo 88  
 Loyola, Margot 123  
 Lozán, Humberto 130  
 Lucena, Pepe 104, 115  
 Luksic Abaroa, Andrónico 221  
 Luz Eliana 126, 139, 140

**LL**

Lloyd del Pacífico 43

**M**

Mac Iver, Enrique 59  
 Mackenna Shiell, Luis 181  
 Machado, hermanos 76, 81, 154  
 Magallanes Moure, Manuel 81  
 Mahoma 40, 252  
 Makarios III 179  
 Maluenda, Enrique 89  
 Maluenda, María 77, 233  
 Maluenda, Rafael 59  
 Manzanero, Armando 135  
 Marini, Leo 140  
 Martí, José 160, 163  
 Martínez, Santos 20  
 Martínez Sotomayor, Carlos 180  
 Martones, Humberto 198  
 Matas, Raúl 96, 121, 139  
 Matte, Benjamín 197, 217  
 Matte Larraín, Arturo 92, 99  
 Mazzini, Giuseppe 16  
 Mejías, Pedro 130  
 Melej, Carlos 114  
 Meléndez, Arturo 169  
 Melfi, Domingo 42  
 Menadier Carrasco, Julio 119  
 Mendoza Durán, César 228  
 Menem, Carlos 178, 239, 240

Mercadal, Francisco 52  
 Merino, Ema 52  
 Merino, Ernesto 127, 140, 185, 213, 223  
 Migliano, Mario 104  
 Millas, Orlando 200  
 Miranda, Javier 128  
 Mistral, Gabriela 53, 76, 81  
 Molina, Crisólogo 26  
 Molina Garmendia, Enrique 76  
 Molina, Jorge 142  
 Molina, Juan Ignacio 76  
 Montenegro, Ricardo 89  
 Monti, Willy 140  
 Montilles, Mario 131  
 Montt, Pedro 43, 49  
 Moreno, Darío 122  
 Moreno, Manuel 21  
 Moreno, Raul «Shaw» 140  
 Moya Grau, Arturo 117  
 Muñoz Ferrada, Carlos 54  
 Muñoz, Luis 149  
 Musalem, José 111

**N**

Nassar, Raúl 35  
 Navarro, Lucho 128  
 Navasal, José María 121, 193  
 Nazar, Alfredo 114  
 Neruda, Pablo 81, 157, 158, 159, 160, 187, 189  
 Noemí, Guillermo 114  
 Noemí Huerta, Alejandro 114  
 Norambuena, Manuel 76

**O**

Olivares, Augusto 194  
 Ortega Aguayo, Abraham 66  
 Ortega, Palito 116  
 Osses, Mario 211

**P**

Page, Patty 133  
 Palacios Ruhmann, Javier 210, 219  
 Palet, Miguel 20  
 Palma, Carmen 89, 90  
 Paluz, Margarita 114  
 Parada, Guillermo 116  
 Perales, José Luis 149  
 Pérez Cotapos, Eulogio 245  
 Pérez Freire, Osmán 59  
 Pérez Rosales, Vicente 41, 43  
 Pérez Zujovic, Edmundo 175  
 Perlá, José 131  
 Perón, Juan Domingo 165  
 Pezoa Véliz, Carlos 81  
 Piaf, Edith 137  
 Pineda, Sergio 104  
 Pinto, Francisco Antonio 76  
 Pinto Lagarrigue, Ernesto 192  
 Pinto, Silvia 220  
 Piñeiro, Silvia 129  
 Piñera, Sebastián 244  
 Preisler, Isabel 152  
 Presley, Elvis 137

**Q**

Quadros, Jânio 178  
 Quevedo, Jorge 129  
 Quintana, Ciro 104, 188, 194  
 Quinteros Tricot, Carlos 59

**R**

Raab, Bellet y Compañía 31  
 Ramírez Arellano, María 59  
 Ramírez, Daniel 140  
 Ramírez, Guillermo 104  
 Ramos, Mario 90  
 Ramos, Melchor José 76  
 Raphael 149, 151  
 Raval, Estela 116

Riesco, Germán 43  
 Rivas López, Julio 126  
 Rivera, Enrique 83  
 Rock Tarud, Juan Antonio 70  
 Rodríguez Grez, Pablo 217  
 Rodríguez, Leandro 22  
 Rojas Gallardo, Luis 59  
 Rojas, Manuel 18, 123  
 Rojas, Róbinson 104  
 Román Heitman, Donato 89  
 Romero, Jorge 90, 115, 135, 144

**S**

Saavedra, Pompeyo 131  
 Sáez, Raúl 106  
 Said, Isabel 85  
 Saint Jauveur, Félix 20  
 Sainte Marie, Darío 103  
 Salas Reyes, Horacio 139  
 Salazar, Arturo 58  
 Salum, Marco Antonio 111  
 Sánchez, Baltazar 244  
 Sánchez, Enrique 118  
 Sandrini, Luis 91  
 Santis, César Antonio 229, 230  
 Sarah, Roberto 64  
 Sazié, Enrique 58, 59, 60  
 Scott, Scottie 140  
 Schipa, Tito 60  
 Serieux, Emile 20  
 Serra, Pedro 72  
 Serrat, Joan Manuel 153  
 Shore, Dinah 134  
 Silva Acuña, Sergio 106  
 Silva, Guillermo 76  
 Silva Henríquez, Raúl 147  
 Silva, Juan Ramón 121  
 Silva, Víctor Domingo 76, 81  
 Silva Vildósola, Carlos 58  
 Singerman, Berta 77, 160  
 Soré, Ester 61

Soto Ayala, Carlos 76, 79  
 Soto, Fresia 140  
 Suadi Dawid, Rahme 7, 13  
 Suárez Bastidas, Jaime 189  
 Suárez de Deza, Vicente 80

**T**

Tarud Aravena, Jorge Antonio 230  
 Tarud Beltrán, Nelson 39, 126  
 Tarud El Masri, Giries 7, 13  
 Tarud, Elías 18  
 Tarud Rumié, Daniel 69  
 Tarud Siwady, Rafael 112  
 Tarud Siwady, Raúl 197  
 Tassara, Mauricio 191, 192, 226  
 Teitelboim, Volodia 136, 161, 171  
 Tomic Romero, Radomiro 172, 192  
 Torres, Lautaro 76  
 Tume, Juan 114

**V**

Vaccaro, Andrés 20  
 Vaccaro, Hernán 91  
 Valdés, Pedro 26  
 Valdovinos, Carmen 84  
 Valech Sarquis, Víctor 114  
 Valenzuela, Armengol 48  
 Valenzuela, Tulio 88  
 Varas, Iván 247  
 Varela, Patricio 104, 116, 139, 222  
 Vargas, Agustín 245  
 Vargas, Pedro 140, 154, 155  
 Venegas, Jorge 207, 211  
 Vergara, Eleazar 66, 183, 185  
 Vergara Santa Cruz, Ruperto 130

Vial Espantoso, Carlos 101, 132  
 Vial, Javier 221  
 Videla, Julio 115, 222  
 Videla Lira, Hernán 99, 105, 117, 183  
 Villalobos, Óscar 62  
 Villarroel, Hilda 76  
 Vivado, Gastón 89  
 Vivado Orsini, Ricardo 60  
 Vivado, Ricardo 119  
 Viveros, Sonia 89  
 Von Schröders, Jorge 244

**W**

Wilson, Carlos 224  
 Wilson, Larry 139, 140

**Y**

Yankelevich, Adolfo 87, 128  
 Yáñez, Manuel 109  
 Yarur, Amador 187, 195, 217, 219,  
 220  
 Yarur Banna, Jorge 97, 104, 130  
 Youssef, Ramón 35

**Z**

Zalaquett, Emilio 114  
 Zaldívar, Andrés 172  
 Zaror, Antonio 78  
 Zaror, Miguel 78  
 Zaror, Moisés 29  
 Zegers, Juan Carlos 246  
 Zepeda, Hugo 190  
 Zorrilla, Américo 200

## HISTORIA DE UNA VIDA

Raúl Tarud Siwady



rolina, Candelaria y Alondra (actual Corporación), y cumplió, además, funciones ejecutivas en UCV Televisión y en los canales Megavisión y La Red.

Su presencia en el mundo de las comunicaciones le permitió vivir de cerca los acontecimientos políticos y sociales de un largo período de nuestra historia reciente, en algunos de los cuales se vio fuertemente involucrado.

PLANETA